

L MARX O COMPAÑERO

Aldo Casas nos presenta una imagen amplia y compleja de la vida y personalidad de Marx, enfatizando su carácter de revolucionario, comunista y anticapitalista. No es un Marx "políticamente correcto", momificado para regocijo de los apologistas del capitalismo, sino que es un pensador radical que nos invita a sublevarnos en el siglo XXI, como él lo hizo durante el siglo XIX. Este libro es un recuento de aspectos de la vida y la obra de Marx, un relato en que su autor se apoya en diversos escritores del mundo, y en ese sentido forma parte de un esfuerzo colectivo que se nutre de las múltiples preocupaciones que inspira y genera la riqueza siempre viva del legado de Marx.
Del prefacio de Renán Vega Cantor

Una lúcida reflexión sobre las relaciones entre el contexto histórico, las circunstancias personales de Marx y su producción teórica. Pero, además, Aldo nos muestra su relación íntima con el marxismo. Su vía al marxismo. Su modo de vivirlo, sentirlo y ejercerlo a lo largo de su trayectoria como imprescindible militante orgánico de la clase trabajadora que ha sido y es. Su modo de militarlo y hacer que brote de él una inteligencia nueva.
Del epílogo de Miguel Mazzeo



ALDO CASAS

KARL MARX NUESTRO COMPAÑERO

KARL MARX NUESTRO COMPAÑERO

Una invitación a conocer su vida y sus combates



ALDO CASAS

Herramienta ediciones

ISBN 978-987-1505-52-4



9 789871 505524

Herramienta ediciones

KARL MARX
NUESTRO COMPAÑERO

UNA INVITACIÓN A CONOCER
SU VIDA Y SUS COMBATES

Aldo Casas

KARL MARX
NUESTRO COMPAÑERO

UNA INVITACIÓN A CONOCER
SU VIDA Y SUS COMBATES


Herramienta
ediciones

Karl Marx Nuestro compañero
Una invitación a conocer su vida y sus combates
Aldo Casas

© 2017 Ediciones Herramienta
Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Ignacio Fernández Casas
Diseño de interior: Anahí Cozzi
Colaboraron en la revisión de los textos y en la corrección de los mismos:
Omar Acha, Miguel Vedda y Mercedes Casas
Corrección final: Daniel Contartese
Coordinación de edición: Chiche Vázquez
Agradecemos a *Federico Martedí*, autor de las ilustraciones de tapa
y de varios de los dibujos interiores

Ediciones Herramienta
Av. Rivadavia 3772 – 1/B – (C1204AAP), CABA, Argentina
Tel. (+5411) 4982-4146 / Celular: 15-5996-5021
revista@herramienta.com.ar - www.herramienta.com.ar

ISBN: 978-987-1505-52-4
Printed in Argentina. Impreso en la Argentina, febrero de 2017
Todos los derechos reservados. Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Casas, Aldo
Karl Marx : Nuestro compañero : una invitación a conocer su vida y sus combates /
Aldo Casas - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Herramienta, 2017.
256 p. ; 22,5 x 15,5 cm.

ISBN 978-987-1505-52-4

I. Estudios Políticos y Sociales . I. Título.
CDD 320.092

*Dedico este libro a Lidia Daleffe.
Mi gran amor.
Compañera de vida y de lucha.*

Índice

Prefacio	11
Marx nunca se ha ido - <i>Renán Vega Cantor</i>	
Prólogo	21
Capítulo 1	25
Un lenguaje para la lucha de clases	
Capítulo 2	43
Marx: el comunista que nació en el siglo XIX	
Capítulo 3	65
Nuestro Marx: un revolucionario con quien podemos debatir los militantes del siglo XXI	
Capítulo 4	89
De la filosofía y el periodista, al comunismo revolucionario	
Capítulo 5	119
Marx, Engels y las revoluciones de 1848	
Capítulo 6	145
<i>El capital</i> y la crítica marxiana de la economía política	
Capítulo 7	173
La AIT y la Comuna de París	

Capítulo 8	197
"Con los principios no se negocia"	
Capítulo 9	217
Marx, primer crítico del "marxismo"	
Cronología	235
Karl Marx y Friederich Engels	
Breve cronología biográfico-contextual	
Epílogo.....	249
El obrador de Aldo Casas - Miguel Mazzeo	

Prefacio

*Renán Vega Cantor**

Karl Marx nunca se ha ido

"Marx es contemporáneo de nosotros. Es como la (mala) conciencia del capital. Porque el capital, en aquella época que él diseñó su retrato-tipo, estaba haciendo sus primeros daños y perjuicios, y hoy en día, se ha convertido ya en un social *killer* adulto que destroza el planeta entero".

Daniel Bensaïd, *Marx ha vuelto*, Editorial Edhasa, Buenos Aires, 2011, p. 50.

* Historiador. Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá, Colombia. Doctor de la Universidad de París VIII. Diplomado de la Universidad de París I en Historia de América Latina. Autor y compilador de los libros *Marx y el siglo XXI*, 2 volúmenes. Bogotá: Pensamiento Crítico, 1998-1999; *El Caos Planetario* (Buenos Aires; Herramienta, 1999); *Gente muy Rebelde*. 4 volúmenes (Bogotá: Pensamiento Crítico, 2002); *Neoliberalismo: mito y realidad*. Entre sus últimos trabajos, podemos mencionar: *Los economistas neoliberales, nuevos criminales de guerra; el genocidio económico y social del capitalismo contemporáneo* (2010). La República Bolivariana de Venezuela le entregó en 2008 el Premio Libertador por su obra *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar*. Dirige la revista CEPA (Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo). Es integrante del Consejo Asesor de la Revista Herramienta, en la que ha publicado varios de sus trabajos.

En la medida en que la lógica del capital se ha ido expandiendo por el mundo entero, un proceso que tan solo se ha logrado plenamente en los últimos treinta años, la mercancía se ha impuesto como la razón suprema de la existencia humana. Pero aparte de ese hecho incontrastable que ha significado convertir a la tierra en un gran bazar planetario, donde todo se compra y se vende, otra característica del capitalismo realmente existente radica en que las mercancías cada vez duran menos, y lo que tiende a dominar es lo efímero, lo fugaz, lo instantáneo. El capitalismo es cultor del presente, dimensión temporal que le sirve para reducir la vida humana a pocos actos: comprar, consumir y contaminar. Los seres humanos, en este mundo capitalizado hasta los tuétanos, no tenemos ni pasado ni futuro, estamos perpetuamente encadenados al presente hedonista, sin sueños, utopías, ni esperanzas, salvo que consideremos que el celular es la utopía, que el consumo es el sueño del edén hecho realidad y las esperanzas se reducen a poseer una cantidad de cosas inútiles y dañinas que lanzan las empresas capitalistas a toda hora para envenenar el alma y el cuerpo y destruir los ecosistemas, con tal de obtener fabulosas ganancias.

Esta realidad capitalista domina el mundo material y la producción de ideas, hasta el punto que estas últimas también se han hecho desechables. En rigor, como norma dominante ya no hay ideas sino ocurrencias y disparates, que se venden también como si fueran aportes extraordinarios al saber humano, cuando en el fondo son simplemente estupideces, como se ve a diario en las universidades del mundo entero, convertidos en centros de la ignorancia generalizada. Peor aún, esas universidades se parecen cada vez más a los centros comerciales, donde las ideas se hacen desechables y, aunque no tengan ninguna importancia creadora que beneficie a los seres humanos, a sus promotores sólo les interesa enriquecerse, como se demuestra con las estupideces que promueven el "pensamiento positivo" y baratijas por el estilo.

Nada ni nadie parecería perturbar ese "mundo feliz" del capitalismo, al estilo de la distopía de Aldo Huxley, que habría logrado auto-reprodu-

cirse al infinito, mediante la producción ininterrumpida de mercancías y su consumo generalizado. Nada importarían las desigualdades sociales, ni la explotación intensificada de los trabajadores en los cinco continentes, ni la destrucción de los ecosistemas, porque el dominio del capital marcharía hacia el crecimiento eterno, ahora impulsado por las pretendidas nuevas lógicas de acumulación, basadas en el espejismo del dinero como creador de riqueza (D-D', la ficción dineraria), que generarían las nuevas tecnologías informáticas. Este estribillo fue el que se repitió a diario durante casi dos décadas, tras el fin del socialismo burocrático y la desaparición de la URSS, cuando el triunfalismo del "nuevo desorden mundial" llevó a proclamar que habíamos entrado en una nueva época, de dicha eterna, sin crisis ni sobresaltos para un capitalismo que llegó hasta proclamar, por boca de un ideólogo de quinta categoría, pretendidamente hegeliano, el fin de la historia. Fue en ese momento (1989-2007) cuando aparentemente desapareció el nombre que encarna al principal crítico del capitalismo, Karl Marx, al que se volvió a declarar muerto y se procedieron a efectuar muchos cortejos fúnebres en numerosas ocasiones en la década de 1990.

El capitalismo y sus ideólogos mundiales, envalentonados con su triunfo en la Guerra Fría, pudieron respirar tranquilos porque el espectro de Marx y el comunismo había pasado a mejor vida. Pero como ha acontecido en diversos momentos en la historia del capitalismo desde el siglo XIX, la idea coetánea de la muerte de Marx y la consolidación de un capitalismo sin crisis ni contradicciones resultó ser sólo una pretensión vacua y sin sentido. Esos ideólogos de la prosperidad eterna del capital hacían suya la pretensión que el propio Marx criticaba con ironía en su tiempo, hablando de las crisis: "Todos quieren la competencia sin sus nefastas consecuencias. Todos quieren lo imposible: las condiciones de vida burguesa, sin las consecuencias necesarias de estas condiciones". La crisis capitalista que se inició en el 2007, y se mantiene en estos momentos, puso de presente que Karl Marx en realidad nunca se había ido, que su espíritu crítico y combativo siempre nos ha acompañado.

El libro *Karl Marx, nuestro compañero*, escrito por el militante revolucionario Aldo Casas, viene a recordarnos, con un lenguaje sencillo,

claro y directo, pero con gran coherencia argumentativa, la importancia perenne del barbudo de Tréveris para enfrentar el capitalismo. En este prefacio vamos a destacar algunas de las ideas centrales de esta obra.

2

Aldo Casas destaca, en primer lugar, el rescate de la tradición teórica que fundó Karl Marx. Este es un sólido y necesario punto de partida, debido a la profusión en nuestro tiempo de diversos lenguajes, en los ámbitos político, académico e intelectual, radicalmente diferentes al empleado por Marx y cuya finalidad, en la mayor parte de los casos, ha consistido en hacer olvidar un vocabulario indispensable para desentrañar los mecanismos de explotación, opresión y desigualdad que caracterizan al capitalismo. Aldo Casas nos recuerda que la terminología introducida por Marx es "un lenguaje para la lucha de clases". En esa fórmula sencilla, pero contundente, se recoge el sentido esencial del vocabulario de Marx, con el cual se inauguró una tradición teórica hace unos 170 años, que sigue viva y se mantiene como un instrumento para interpretar y, a partir de allí, luchar por la transformación de la realidad capitalista. Que se haya construido una nueva semántica social y política, radicalmente crítica, es uno de los aportes imperecederos de Marx, cuyo abandono por parte de importantes sectores de ese híbrido que se sigue llamando "izquierda" ha tenido consecuencias desastrosas. Porque una cosa es la necesidad de actualizar el contenido de los términos con referencia a las modificaciones del mundo real, y otra muy distinta es el abandono puro y simple con el pretexto de que la realidad ha cambiado tanto que es otra y que para aprehenderla ya no sirven los términos críticos de la tradición teórica de Marx.

Ese cambio de terminología, como lo demostró Pierre Bourdieu en sus últimos escritos, no es algo fortuito, sino resultado de una estrategia del capitalismo tendiente a eliminar de la conciencia de los seres humanos la posibilidad de pensar el mundo de otra forma que las ideas dominantes, generadas por el mismo capitalismo. Así las cosas, dejar de utilizar los conceptos de explotación, capitalismo, clases sociales, lucha de clases, plusvalía —para mencionar solo algunas de las desarrolladas

por Marx— no es cualquier cosa, no es un cambio puramente decorativo, sino que es una mutación decisiva, porque significa renunciar a las posibilidades analíticas (no solo descriptivas) para comprender la realidad y, sobre todo, políticas para enfrentarla.

Cuando se deja de utilizar el término *explotación*, por ejemplo, se está renunciado a comprender lo que está sucediendo en el mundo del trabajo a nivel mundial y se pierden los nexos existentes entre generación de valor (que efectúan los trabajadores mediante la explotación) y la ganancia obtenida por los capitalistas y acumulada en forma de riqueza monetaria o de capital físico. El abandono del término explotación no ayuda a desentrañar lo que se encuentra tras el dato estadístico (apartemente frío) que denota un contenido aberrante de la sociedad capitalista, como el que suministró la ONG Oxfam a comienzos de 2016, cuando se indicó que solamente el 1% de la población mundial tiene más riqueza que el 99% restante. ¿Cómo entender esta tremenda disparidad si no se habla de explotación? Y eso nos remite a lo que sucede con los trabajadores por doquier, una gran mayoría de los cuales está sometida a condiciones laborales no del siglo XXI sino de los siglos XVIII y XIX, y cuya fuerza de trabajo genera la inmensa riqueza que beneficia a una reducida porción de la población mundial, formada por multinacionales y grandes capitalistas.

Desde luego, decir esto no implica que las formas de explotación no hayan cambiado y no haya que incorporar nuevos elementos de la realidad capitalista, pero importa subrayar que si se quiere comprender de verdad lo que está sucediendo, debe hablarse de explotación, una dura situación que no ha desaparecido en el "capitalismo financiarizado" o en el "capitalismo informacional", para recordar dos denominaciones que han gozado de alguna popularidad en los últimos años.

Aldo Casas nos recuerda en su libro la importancia de usar unos términos que dotan de identidad a los anticapitalistas del mundo y nos suministran unos instrumentos analíticos y políticos que deben ser enriquecidos, porque no son pétreos e inmutables, con el estudio de la realidad concreta. Renunciar a ese lenguaje es perder un soporte básico

en la lucha anticapitalista, es como hallarnos huérfanos, sin una brújula que oriente nuestras luchas y acciones. Perder nuestro lenguaje no es cualquier cosa, es deponer de entrada las armas de la crítica radical para enfrentar al capitalismo.

3

Un segundo aspecto que debe destacarse de la obra de Aldo Casas es el rescate de la noción de crítica en el pensamiento de Marx, un término que no es un recurso retórico ni mucho menos. Es bueno recordar que el vocablo crítica está presente en algunos de los escritos más importantes de Marx: *Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel*, *La Sagrada Familia (Crítica de la crítica crítica)*, *Contribución a la crítica de la economía política*, *El capital*, *Crítica de la economía política*. Ese uso frecuente muestra una preocupación constante por parte de Marx, que tendría tres finalidades complementarias. En un primer sentido, la crítica apunta a desentrañar los mecanismos específicos que caracterizan el funcionamiento específico de las relaciones sociales capitalistas, como una realidad histórica, esto es finita, que sin embargo ha sido presentada desde sus orígenes como una relación natural, eterna e inmodificable. A esa labor crítica, demoledora, Marx le va a consagrar la mayor parte de su existencia, sobre la que nos dejó unos cimientos invaluable, que se constituyen en las piezas más notable del anticapitalismo jamás escritas y que, por lo mismo, le granjearon el odio eterno de los capitalistas de todas las épocas.

La crítica en Marx tiene un segundo sentido, que se dirige a develar las mixtificaciones ideológicas de la "ciencia económica estándar", que en su tiempo incluían a lo mejor de la economía clásica. Se trataba de demostrar que tras las categorías de la economía se ocultaba la pretensión de presentar como natural y eterno al capitalismo, como si no fuera una relación social sujeta a sus propias contradicciones y como si además el fetichismo de esas categorías no fuera la expresión más profunda del fetichismo de la mercancía y el dinero.

Pero Marx no es un crítico que critica porque sí, como sucede a menudo con los iconoclastas o nihilistas, sino que tiene en mente una so-

iedad alternativa al capitalismo (aunque, por desgracia, en esa dirección haya avanzado poco, por múltiples y variadas razones). Por ello, la apuesta de Marx es por una sociedad emancipada, en la que los productores asociados rijan sus propios destinos.

Los tres elementos de la crítica que nos recuerda Aldo Casas son de gran importancia, pero sobresale en mí entender con más fuerza el último, si se consideran los intentos fallidos de avanzar en esa dirección durante el siglo XX. Dicho en otros términos, la derrota de los proyectos anticapitalistas en el intento de construir el socialismo ha hecho que se acepte en algunos círculos liberales de Europa el sentido de la crítica de la realidad capitalista y de las categorías que los encubren, pero que se dude de la posibilidad de alcanzar el tercer sentido de la crítica.

Sin embargo, el fracaso de esos proyectos no invalida la urgencia de construir alternativas al capitalismo, porque como lo sostiene Aldo Casas, ahora esa necesidad es más apremiante ante la crisis civilizatoria, que pone en peligro la propia supervivencia de la humanidad, que es la terrible realidad que hoy enfrentamos. Pero aquí hay un punto discutible o que por lo menos requiere precisar algún tipo de matiz. Nos referimos a la idea de Marx sobre la *abundancia* en una sociedad futura y alternativa al capitalismo. Habría que aclarar qué se entiende por abundancia, si es simplemente el poseer cosas materiales sin límite alguno —lo cual ya sería característico de los países capitalistas superdesarrollados, empezando por los Estados Unidos— o hacer extensivo ese consumo de un 20 o 30% de la población mundial al resto de la gente del planeta (un poco como lo que podemos denominar la delirante "opción China"). Este sentido material de abundancia es en la actualidad imposible de alcanzar, porque nuestro planeta tierra, el único habitado y habitable, es finito en recursos y en energía, y de él no se pueden extraer materia suficiente para concederle a siete mil millones de seres humanos los lujos y despilfarro que caracteriza al habitante promedio de los Estados Unidos. Para que eso fuera posible, ya lo sabemos, se necesitarían algo así como nueve planetas como la tierra, de los que no disponemos.

En esas condiciones, a mi modo de ver la idea de abundancia en Marx debe ser entendida en un sentido más profundo, que suponga, desde lue-

go, la satisfacción de las necesidades vitales de los seres humanos, junto con las necesidades históricas indispensables, y, sobre todo, con el gozar de tiempo libre para enriquecer las relaciones humanas (abundancia de tiempo y de relaciones y no de cosas). Abundancia significa en ese sentido algo diferente, puesto que apunta a construir una sociedad plena de vínculos afectivos, con mucho tiempo libre para disfrutar, y sin que el trabajo sea visto como un castigo, como lo es hoy en el capitalismo.

4

Aldo Casas destaca que la obra de Marx expresa un pensamiento revolucionario fructífero, vivo y en diálogo permanente y crítico con lo más valioso de la ciencia y el conocimiento de su tiempo. Marx se veía a sí mismo como un "devorador de libros", con lo cual quería decir que estaba al tanto y le interesaba todo lo que se produjera en términos de conocimiento en su momento. Pero ese saber enciclopédico que caracterizaba a Marx, y sorprendía a quienes lo conocieron, no pretendía acumular saberes o títulos, algo que caracteriza a los pedantes doctores y profesores universitarios de nuestros días, sino que estaba destinado a convertirse en la materia prima de una elaboración intelectual muy original, cuyo objetivo era alimentar la lucha de los trabajadores contra el capital. Si bien Marx dialogaba con la ciencia de su tiempo, no era un científico convencional, que atesoraba saberes para él, sino que consideraba que "quienes tienen la suerte de poder dedicarse a los estudios científicos deben ser también los primeros en poner sus conocimientos al servicio de la humanidad". Un saber al servicio de la humanidad es un lema que resume lo que era y quería Marx, y también debería guiar la actividad de los trabajadores del pensamiento y de los militantes revolucionarios que procuran seguir la senda anticapitalista de Marx en nuestros días.

En ese esfuerzo intelectual, Marx se va a ver influido por lo más notable del pensamiento de su época, el fermento que nutre su síntesis crítica y, por supuesto, también va a recepcionar concepciones que hoy podemos considerar eurocentristas, progresistas y evolucionistas, como bien lo recuerda Aldo Casas. Estos son algunos aspectos que resaltan los

críticos de Marx, entre los que se incluyen algunos poscolonialistas o de-colonialistas, desconociendo que gran parte de las afirmaciones eurocentristas y progresistas fueron rectificadas en gran medida en otras obras, lo que desde luego no implica desconocer algunas páginas desafortunadas como las que escribió sobre Simón Bolívar. Así, para señalar un ejemplo, la afirmación de Marx de comienzos de la década de 1850 sobre las pretendidas bondades del capitalismo inglés en su expansión por la India son superadas con la demoledora crítica que realiza años después sobre el carácter colonialista y opresor de ese capitalismo, no solo en el continente asiático sino en el propio suelo europeo, como acontecía en Irlanda.

5

El hilo conductor del libro *Karl Marx, nuestro compañero* es el de rastrear la vida de un luchador comunista y revolucionario. Sí, con todas las letras, sin dudas ni prevenciones, reivindicar que, antes que nada, Marx fue comunista desde que rompió con los jóvenes neohegelianos en los primeros años de la década de 1840 y cuando, al constatar la injusticia, la desigualdad y la explotación adoptó como proyecto vital el ideario comunista, no como un conjunto genérico y vacío de dogmas o recetas, sino como un proyecto vivo en permanente construcción. Y el despliegue de ese ideario lleva a que Marx se enfrente con la realidad capitalista de su tiempo, soporte la persecución y el destierro, los cuales se convierten en incentivos que impulsan la búsqueda intelectual y política y guía sus investigaciones, desde sus primeros pasos como periodista en la *Gaceta Renana*, en 1842, hasta la elaboración de *El capital*, su magna e inconclusa obra.

Aldo Casas, que es un revolucionario, militante y convencido, con una trayectoria de lucha de más de medio siglo en la Argentina y otros lugares del mundo, a partir de su propia experiencia reflexiona sobre los momentos principales de la vida y la obra de Marx —y paralelamente, aunque en menor medida, de la de su infatigable compañero Federico Engels— y nos presenta una imagen nítida sobre los pasos esenciales del trasegar revolucionario de Marx.

Y este sí que es un aporte esencial del libro que prologamos, porque no se presenta a un Marx "descafeinado", al margen de los compromisos y retos que en su tiempo asumió con consecuencia, como conductor y partícipe en las luchas obreras, en la fundación de la Primera Internacional, en sus numerosos y continuos debates y polémicas, en sus reflexiones sobre la Comuna de París, en el seguimiento de sus obras, las cuales no se explican sin indagar por el contexto político en que se producen. Sí, Aldo Casas, que es un militante, revolucionario y comunista —en el sentido profundo de la palabra, y no como un calificativo hueco que se usa a la manera de un rótulo— nos presenta una imagen amplia y compleja de la vida y personalidad de Marx, enfatizando su carácter de revolucionario, comunista y anticapitalista. No es un Marx "políticamente correcto", momificado para regocijo de los apologistas del capitalismo, sino que es un pensador radical que nos invita a sublevarnos en el siglo XXI, como él lo hizo durante el siglo XIX.

De ahí que, al final de su libro, Aldo Casas recalque que un principio ético y político que caracterizaba a Marx se puede sintetizar con el lema "con los principios no se negocia", para indicar que una lucha de toda la vida, como la de Marx y la de Aldo Casas, no se abandona por alguna que otra veleidad mercantil, material o burocrática.

Ello hace que este libro sea a la vez un recuento de aspectos de la vida y la obra de Marx, un relato en que su autor se apoya en diversos escritores del mundo, y en ese sentido forma parte de un esfuerzo colectivo que se nutre de las múltiples preocupaciones que inspira y genera la riqueza siempre viva del legado de Marx. Ese relato se ha elaborado con el espíritu del luchador social anticapitalista con hondas preocupaciones para que las nuevas generaciones escuchen el trueno relampagueante de Karl Marx, un pensador que nunca se fue, sino que siempre vivió entre nosotros, en las luchas abiertas o encubiertas que nunca han cesado de librar los trabajadores y los explotados y oprimidos del mundo entero contra el sistema del capital.

Bogotá (Colombia), septiembre 12 de 2016.

Prólogo

Año tras año, la ya inmensa cantidad de trabajos dedicados a comentar, desarrollar críticamente y/o polemizar con la obra de Karl Marx se incrementa con nuevas investigaciones, eruditos aportes y polémicas enriquecedoras.

Este pequeño libro que viene a sumarse a tan diversa y rica bibliografía, no tiene sin embargo el propósito de terciar en los debates que generan la exégesis de la obra marxiana y la tan discutida crisis del marxismo o de *los mil (y un) marxismos*. Tampoco viene a presentar el estado de la situación de tales discusiones. Presenta, en todo caso y muy modestamente, el estado de situación de mi personal relación con *el obrador* de Karl Marx, un obrador al que he recurrido en las idas y vueltas de más de cincuenta años de una militancia política y social iniciada allá por los años 1960.

Sin la presunción de considerarme un experto *marxólogo*, pienso que mis lecturas, que fueron a veces fragmentarias y marcadas por exigencias políticas del momento, en otras ocasiones estudios más rigurosos, cuando se trataba de preparar cursos de formación o conferencias, y también reflexiones críticas disparadas por acontecimientos inesperados o exigencias polémicas, constituyen una aproximación seguramente accidentada pero vital y sostenida en el tiempo a este legado inmenso, diverso y en parte muy complejo. Lo que me anima a escribir, con la

esperanza de ayudar a que nuevos compañeros adviertan que ese barbudo personaje que los retratos icónicos presentan como un adusto señor que posa vestido con levita y aspecto evidentemente decimonónico, fue un revolucionario, un revolucionario que sigue ayudándonos con su insuperado estudio crítico del capital, con sus experiencias pioneras en la organización sindical y política de los explotados, con sus aciertos pero también con sus derrotas y fracasos, e incluso con vacilaciones e incertidumbres que, en gran medida, son muy semejantes a las que nosotros mismos tenemos actualmente. Por eso digo que sigue siendo nuestro compañero: un imprescindible compañero en la lucha, ya más que secular, por la emancipación social y el comunismo.

Con lo dicho, queda claro que estos breves capítulos no constituyen un curso de introducción al marxismo, ni una biografía de Marx. En ellos se revisitan diversos momentos del trayecto vital de Karl Marx y algunos textos con ellos relacionados, lo que permite ofrecer un panorama general tanto de las luchas en que se comprometió, como de sus múltiples aportes intelectuales. Esta manera de aproximarse a una obra tan extensa y difícil de abarcar, permite destacar la importancia de algunas de sus publicaciones o manuscritos, teniendo el cuidado de no presentarlos como algo acabado y cerrado hace un siglo y medio, sino como *work in progress*.

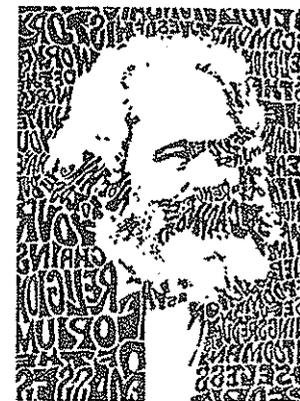
No se pretende explicar la (o las) obras de Marx, sino extender una invitación para asomarse a su *obrador*, al inmenso taller de trabajo que fue montando en años de militancia e investigación. Allí se encuentran a disposición de quien quiera tomarse el trabajo de examinarlos, trabajos teóricos más o menos definitivos, otros en pleno desarrollo y muchos apenas esbozados; planes y esquemas de trabajo hechos y re-hechos con tachaduras y enmiendas; sofisticados instrumentos conceptuales de probada productividad, junto a otros de dudosa utilidad. El objetivo de estas páginas, en suma, es despertar en quien las lea el deseo de continuar estudiando a Marx y con Marx, a sabiendas que tan formidable legado no puede transmitirse en dos o tres días, ni leyendo a las apuradas algunos textos seleccionados: apropiarse del mismo requiere un imprescindible esfuerzo personal.

Como instrumento auxiliar para la mejor comprensión de los diversos capítulos, que están dispuestos en un orden que combina abordajes temáticos y secuencias temporales, se incluye un epílogo o capítulo que brinda una casi telegráfica información sobre la vida de Karl Marx (en gran medida indisoluble, como luego se verá, de la de su amigo y camarada Friedrich Engels), casi año por año, recordando su contexto histórico y social.

Un lenguaje para la lucha de clases

¿Qué valor tuvo y conserva la obra de Marx? ¿Cuál fue la influencia que adquirió en las luchas políticas de aquella Europa del siglo XIX en la que naciera? ¿Qué relaciones existen entre Marx, las experiencias revolucionarias del siglo XX y el fracaso del llamado *socialismo realmente existente*? ¿Hasta dónde sus aportes teóricos y orientaciones políticas guardan relación con nuestra época, sus nuevos conflictos, dilemas y aspiraciones? Ningún militante o investigador comprometido con el objetivo de la emancipación social puede dejar de plantearse tales interrogantes, y las respuestas que se han dado, siempre circunstanciadas y provisionarias, ocupan bibliotecas enteras y generan polémicas que no han cesado de reproducirse y renovarse a lo largo de 150 años. Es natural entonces que, también en este libro, interrogantes similares aparezcan, bajo diversas formas, una y otra vez.

Este capítulo avanza una primera respuesta que, sin ignorar ni desmerecer esas discusiones, tiene muy amplio sustento: existe al menos un legado de Karl Marx difícilmente discutible, algo que ha resistido el paso del tiempo, las sustanciales diferencias del contexto histórico y político del siglo XIX con las circunstancias extremas vividas en el siglo XX y el incierto comienzo del siglo XXI, así como las notables



mutaciones que implican tajantes diferencias entre la Europa victoriana y el actual mundo del capital globalizado, con su crisis ambiental y civilizatoria a cuestas. Este legado es la imperecedera contribución de Marx al lenguaje que seguimos utilizando hoy día los revolucionarios de todo el mundo.

Es preciso llamar la atención sobre aquello que, por ser de uso tan cotidiano y permanente, suele pasar desapercibido: el lenguaje, las palabras que utilizamos y las ideas a ellas asociadas tienen mucha importancia. La importancia del lenguaje que utilizamos para hablar o escribir, no es solo discursiva, sino también práctica. Nos resultaría difícil, si no imposible, reflexionar y discutir sobre la marcha de la economía mundial, sobre la historia latinoamericana o sobre los acontecimientos políticos en cualquiera de nuestros países, sin recurrir a términos y conceptos como "clases" y "lucha de clases", "historia", "mercancías", "mercado mundial", "imperialismo", "explotación", "plusvalía", "capital", "fuerza de trabajo", "trabajo asalariado", "trabajo abstracto", "valor", "valorización", "acumulación del capital", "capital financiero", "producción", "estructura", "superestructura", "Estado", "praxis", etcétera.

Y el caso es que todas estas palabras y conceptos, mencionados acá sin pretensiones de exhaustividad ni orden alguno, tienen mucho que ver con Marx. No fueron inventadas por Marx, pero él las utilizó y articuló haciéndolas más precisas, más penetrantes y esclarecedoras, contribuyendo de manera decisiva al establecimiento de lo que bien puede considerarse un cierto tipo de lenguaje, un lenguaje más o menos especializado, incluso técnico, referido a y relacionado con la lucha de clases, al punto de convertirse él mismo en parte de esa lucha de clases. Porque no se trata de un discurso "autosuficiente", por así decirlo, sino estrechamente relacionado con la materialidad de la realidad y las prácticas sociales en contextos históricos concretos, vale decir, a riesgo de repetirnos, con la lucha de clases.

Este lenguaje que en gran medida debemos a Marx surge, como él mismo, en un determinado momento y contexto histórico-social (ver anexo 1: *Carlos Marx 1818-1883*), pero ha seguido luego transformándose y enriqueciéndose, acompañando el despliegue de la lucha de cla-

ses en todo el mundo. Como ya se dijo y como él mismo se encargara muchas veces de puntualizarlo, no corresponde a Karl Marx el mérito de haber *descubierto* la existencia de clases sociales, ni de la lucha de clases. Bien sabía, porque los había estudiado a conciencia, que los historiadores de Francia y de la Revolución Francesa, mucho antes que él, habían estudiado la conformación de grupos sociales con intereses encontrados en el seno de la sociedad feudal, incluso investigado y narrado el enfrentamiento entre esos grupos o clases sociales en el curso de la Gran Revolución. Lo notable y distintivo es que, cuando Marx utiliza esos términos, logra decir mucho más que aquellos ilustres historiadores.

El *Manifiesto comunista*, por ejemplo, sostiene que "La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy es la historia de la lucha de clases"¹; y antes, en *La ideología alemana*, había escrito que

...la "historia de la humanidad" debe estudiarse y elaborarse siempre en conexión con la historia de la industria y del intercambio. [...] todas las luchas que se libran dentro del Estado, la lucha entre la democracia, la aristocracia y la monarquía, la lucha por el derecho del sufragio, etcétera, no son sino las formas ilusorias bajo las que se ventilan las luchas reales entre las diversas clases [...] La historia no es sino la sucesión de las diferentes generaciones, cada una de las cuales explota los materiales, capitales y fuerzas productivas transmitidas por cuantas la han precedido; es decir, que por una parte, prosigue en condiciones completamente distintas la actividad precedente, mientras que, por otra parte, modifica las circunstancias anteriores mediante una actividad totalmente diversa.²

Relacionando así historia, producción material y lucha de clases, y destacando que la historia es la historia de la lucha de clases³, Marx contribuye a construir un lenguaje más preciso y a la vez multifacético, un lenguaje capaz de exponer el carácter histórico (vale decir, transitorio)

- 1 Karl Marx-Friedrich Engels, *El manifiesto comunista*. Buenos Aires, Ediciones Herramienta, 2008, pág. 25.
- 2 Karl Marx-Friedrich Engels, *La ideología alemana*. Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos, 1975, págs. 30, 35, 49.
- 3 Sobre estos textos se volverá en el capítulo 4.

del capitalismo y de las nuevas formas que asumen en este sistema el antagonismo social y la lucha de clases:

Las relaciones de producción burguesas son la última forma antagónica del proceso social de la producción social, antagónica no en el sentido del antagonismo individual, sino en el de un antagonismo que surge de las condiciones sociales de vida de los individuos, pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean, al mismo tiempo, las condiciones materiales para resolver este antagonismo.⁴

Otro ejemplo notable es el caso de la palabra y el concepto de "mercancía". Sabido es que mercados y mercancías existen desde tiempos inmemoriales, pero Marx desafía esa antigua sabiduría y va mucho más allá de la misma cuando arranca su libro *El capital* con una tajante afirmación⁵:

La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un "enorme cúmulo de mercancías", y la mercancía individual como la forma elemental de esa riqueza. Nuestra investigación, por consiguiente, se inicia con el análisis de la mercancía.⁶

Vale decir que, para explicar qué es el *capital*, empieza por presentar de un modo innovador algo aparentemente tan conocido la *mercancía*. Cierto es que, por un lado, las mercancías siguen siendo —como siempre fueron los productos que se llevaban al mercado— algo que se intercambia o vende porque sirven para satisfacer determinadas necesidades del que las adquiere. Pero ocurre que en el capitalismo la cantidad de mercancías que se trasladan de una punta a la otra del mundo se multiplica de manera arrolladora por otra razón muy diferente, por una razón que para los capitalistas pasa a ser mucho más importante que la utilidad

4 Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*. México, Siglo XXI Editores S.A., 2008, págs. 5-6.

5 Sobre estos conceptos se volverá en el capítulo 6.

6 Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Tomo I, Vol. 1. Argentina, Siglo Veintiuno Editores, 2014, pág. 43.

específica de cada producto: en el sistema capitalista, la mercancía pasa a ser portadora de *valor de cambio*, algo que normalmente se expresa en dinero. Lo que Marx viene a poner en evidencia es que, en el capitalismo, lo que más importa de la mercancía es que sea portadora de *valor de cambio*, y que el intercambio generalizado de mercancías *con la mediación del dinero* está motorizado por el imperativo de la *valorización*, o sea la generación, realización y multiplicación de valor.

Más aún: en el capitalismo todo tiende a adquirir un precio y transformarse en mercancía, y estas mercancías cuyos valores de cambio se independizan de los respectivos valores de uso, comienzan a comportarse de manera misteriosa. Siendo producidas por seres humanos, parecen adquirir más poder que los mismos productores y sus precios suben o bajan por razones que escapan a compradores o vendedores, hasta llegar al punto en que los mercados deciden sobre la suerte y fortuna de capitalistas, trabajadores y pueblos enteros. A esto llama Marx "el fetichismo de la mercancía", explicando que

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente [...] en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores.⁷

Por detrás de todo ello esto está el hecho de que, en el capitalismo, la *fuerza de trabajo* (o capacidad de trabajo) humano no solo pasa a tener precio y ser una especie de mercancía, sino que esta tan peculiar mercancía resulta ser la más importante en todo el proceso de producción y reproducción del capital. El análisis de la mercancía en general y de la "fuerza de trabajo" en particular, permite destacar la forma específica que asume la explotación de clase en el capitalismo. Este es un sistema caracterizado por el intercambio: el capitalista compra o alquila la fuerza de trabajo del operario por un día o por un mes, a cambio de pagar al

7 K. Marx, *El capital*. Ob. cit., pág. 88.

trabajador un determinado salario que le permitirá comprar y consumir lo necesario para subsistir. Luego de lo cual, todo lo producido durante la jornada o mes de trabajo es propiedad del patrón (capitalista), poseedor del dinero que le permite comprar el usufructo de la fuerza de trabajo y propietario también de las máquinas y la materia prima con que se trabaja. Este (aparentemente normal e inocente) intercambio de salario por fuerza de trabajo, encubre que ya dentro de la empresa, ese salario que le permite vivir (y cuyo valor equivale a lo producido en tres o cuatro horas de trabajo) obliga a que el obrero trabaje gratis para el capitalista todo el resto de la jornada. El valor excedente que resulta del trabajo no pagado y con el cual se queda el capitalista, se llama *plusvalía*. Esta es la forma específica que asume la explotación en el capitalismo. Y el entramado de normas, convenciones y estructuras que regulan dicha forma es lo que Marx denomina *relaciones sociales de producción*.

Los dos ejemplos dados ilustran la importancia de este especial lenguaje que constituye un formidable legado de Marx. Un lenguaje con términos e ideas que son cambiantes y que pueden incluso chocar entre sí, que sirven para mejor entender y combatir la explotación, para pensar y actuar con más claridad y eficacia por el cambio social. El lenguaje es un instrumento a través del cual los seres humanos nos comunicamos y sirve en este caso para comprender la realidad en que vivimos y para organizarnos con el fin de transformarla. Y es también un terreno de confrontación ideológica y política. Por lo tanto, las palabras y el lenguaje no son neutros, se cargan con sentidos y emociones cambiantes y en ocasiones opuestos. Conservar y desarrollar este esperanto revolucionario construido a lo largo de 200 años de lucha es y ha sido una tarea colectiva: al aporte insustituible de Marx se sumaron también los de múltiples corrientes: mutualistas, sindicalistas, cooperativistas, anarquistas, socialistas, comunistas, a los que luego se sumaron los nacionalistas revolucionarios, ecologistas, feministas, etcétera.

Es un lenguaje que, como Marx, nació en Europa, porque la lucha de clases contra el capital nació allí donde emergió la inédita y expansiva forma de relación social característica del capitalismo con su inevitable contra-parte: las luchas y las organizaciones obreras que se desarrolla-

ron en la Europa del siglo XIX. Pero este lenguaje llegó también, como el capitalismo, a América. Y a pesar de las incrustaciones o deformaciones eurocéntricas que traía, también en nuestras tierras comenzó a ser utilizado para luchar contra el capitalismo en nuestros países y, a partir de determinado momento, incluso para librar combate contra la colonialidad del poder y el saber en nuestra América. Ganó y sigue ganando pues nuevos contenidos y expresiones. Vale como mejor ejemplo la obra del peruano José Carlos Mariátegui, que pensó de manera original el socialismo desde Nuestra América, asumiendo la viva tradición de resistencia de los pueblos originarios y advirtiéndonos:

No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano. He aquí una misión digna de una generación nueva.⁸

En la década de 1960, la Revolución Cubana, Fidel Castro y el Che dieron nuevo impulso a este lenguaje nuestro; lo hicieron prácticamente, poniendo el cuerpo en la lucha, y también en el terreno de las ideas. Por aquel entonces había llegado a predominar la concepción de la revolución por etapas: primero deberían realizarse revoluciones democrático-burguesas a las que correspondería cumplir la tarea de desarrollar y modernizar la economía de nuestros países, y después, en algún momento futuro, llegaría la etapa de lucha por el socialismo... Así lo sostenía el canon impuesto por Stalin a los Partidos Comunistas; pero llegó la Revolución Cubana y, con ella en marcha, Fidel y el Che dijeron:

...las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución.⁹

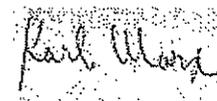
8 José Carlos Mariátegui, "Aniversario y Balance", en *Ideología y Política*. Lima: Biblioteca Amauta, 1971, pág. 249.

9 Che Guevara, "Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental". https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm

Claro que es un patrimonio que sufre los vaivenes de la lucha. Hubo y hay momentos y ocasiones en que este lenguaje de la lucha de clases deja de serlo para convertirse en una jerga divorciada de la vida, como advirtiera poéticamente nuestro Roque Dalton (ver anexo 2: *Decires*). Peor aún, durante el siglo XX, el discurso de los comunistas devenidos en casta gobernante de los estados burocráticos denominados socialistas o repúblicas populares convirtió al rico y rebelde lenguaje del marxismo en un galimatías grotesco: la más burda opresión y explotación de los trabajadores fue denominada *dictadura del proletariado*, generándose una neolengua que buscaba impedir la reflexión y acción colectiva, como denunciara George Orwell en una tremenda novela distópica, *1984* (ver anexo 3: *La ortodoxia significa no pensar*).

Y quienes vivieron las décadas finales del siglo XX saben por experiencia propia que determinadas palabras en momentos de reflujo quedan recluidas a los diccionarios y que incluso de ellos quieren borrarlas. Con la llamada revolución conservadora de los años 1980 y 1990, la palabra imperialismo prácticamente desapareció del lenguaje público, e incluso se difundieron términos sustitutivos, como globalización, mundialización, posmodernidad. ¿Por qué? Porque decir imperialismo señalaba sin eufemismo una forma de organizar la sociedad mundial, en virtud de la cual algunos países capitalistas avanzados obtenían enormes privilegios a costa de la gran mayoría de la humanidad. Ni qué decir de comunismo, por ejemplo, palabra que remitía a la perspectiva de una sociedad emancipada de la explotación de clase pero que el anticomunismo de la guerra fría y los crímenes de las burocracias estalinista convirtieron en una mala palabra, sinónimo de totalitarismo, burocratismo y opresión. Parecida desventura cupo a la palabra socialismo que, asociada como estaba a comunismo, también cayó en desgracia, cuando la prepotencia del neoliberalismo impuso que *de eso no se habla* ¡Fueron necesarios los levantamientos anti neoliberales de los pueblos de Nuestra América, la radicalización de la revolución bolivariana y la valiente decisión política del comandante Hugo Chávez para que se volviese a hablar, por lo menos en estas tierras, de socialismo!

Esta articulación de lenguaje y de lucha de clases potenciada por el legado marxiano, indica que no es, ni debemos tratarlo, como a un idioma muerto, es una lengua viva siempre alimentada por la actividad crítico-práctica radical, anticapitalista, feminista, ecosocialista (ver anexo 4: *La voz insepulta del marxismo*).



Anexos del capítulo 1

Anexo 1: Carlos Marx (1818-1883)

Carlos Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Tréveris, ciudad de la Prusia renana. Su padre era un abogado judío convertido al protestantismo en 1824. Su familia era acomodada y culta, aunque no revolucionaria. Después de cursar en Tréveris los estudios de bachillerato, Marx se matriculó en la Universidad, primero en la de Bonn y luego en la de Berlín, siguiendo la carrera de derecho, mas estudiando sobre todo historia y filosofía. Terminados sus estudios universitarios, en 1841, presentó una tesis sobre la filosofía de Epicuro. Sus ideas eran todavía entonces las de un idealista hegeliano. En Berlín se acercó al círculo de los "hegelianos de izquierda" (Bruno Bauer y otros), que intentaban sacar de la filosofía de Hegel conclusiones ateas y revolucionarias.

Después de cursar sus estudios universitarios, Marx se trasladó a Bonn, con la intención de hacerse profesor. Pero la política reaccionaria de un gobierno —que en 1832 había despojado de la cátedra a Ludwig Feuerbach, negándole nuevamente la entrada en las aulas en 1836, y que en 1841 retiró al joven profesor Bruno Bauer el derecho a enseñar desde la cátedra de Bonn— le obligó a renunciar a la carrera académica. En esta época, las ideas de los hegelianos de izquierda hacían rápidos progresos en Alemania. Fue Ludwig Feuerbach quien, sobre todo a partir de 1836, se entregó a la crítica de la teología, comenzando a orientarse hacia el materialismo, que en 1841 (La esencia del cristianismo) triunfa resueltamente en sus doctrinas; en 1836 ven la luz sus Principios de la filosofía del porvenir. "Hay que haber vivido la influencia liberadora" de estos libros, escribe Engels años más tarde refiriéndose a esas obras de Feuerbach. "Nosotros" (es decir, los hegelianos de izquierda, entre ellos Marx) "nos hicimos al momento feuerbachianos". Por aquel entonces, los burgueses radicales renanos, que tenían ciertos puntos de contacto con los hegelianos de izquierda, fundaron en Colonia un periódico de oposición, la Gaceta del Rin (que comenzó a publicarse el 1º de enero de 1842). Sus principales colaboradores eran Marx y Bruno Bauer; en octubre de 1842, Marx fue nombrado redactor jefe del periódico y se trasladó de Bonn a Colonia. Bajo la dirección de Marx, la tendencia de-

mocrática revolucionaria del periódico fue acentuándose, y el gobierno lo sometió primero a una doble y luego a una triple censura, para acabar ordenando su total supresión a partir del 1º de enero de 1843. Marx viose obligado a abandonar antes de esa fecha su puesto de redactor jefe, pero la separación no logró tampoco salvar el periódico, que dejó de publicarse en marzo de 1843. Entre los artículos más importantes publicados por Marx en la Gaceta del Rin, Engels menciona, además de los que citamos más abajo, el que se refiere a la situación de los campesinos viticultores del valle del Mosela. Como las actividades periodísticas le habían revelado que no disponía de los necesarios conocimientos de economía política, se aplicó arduosamente al estudio de esta ciencia. En 1843, Marx se casó en Kreuznach con Jenny von Westphalen, amiga suya de la infancia, con quien se había prometido ya de estudiante. Pertenecía su mujer a una reaccionaria y aristocrática familia prusiana. Su hermano mayor fue ministro de la Gobernación en Prusia durante una de las épocas más reaccionarias, de 1850 a 1858. En el otoño de 1843, Marx se trasladó a París, con el propósito de editar allí, desde el extranjero, una revista de tipo radical en colaboración con Arnoldo Ruge (1802-1880), hegeliano de izquierda, encarcelado de 1825 a 1830, emigrado después de 1848, y bismarckiano después de 1866-1870). De esta revista, titulada Anales franco-alemanes, sólo llegó a ver la luz el primer cuaderno. La publicación hubo de interrumpirse a consecuencia de las dificultades con que tropezaba su difusión clandestina en Alemania y de las discrepancias de criterio surgidas entre Marx y Ruge. Los artículos de Marx en los Anales nos muestran ya al revolucionario que proclama la "crítica despiadada de todo lo existente", y, en especial, "la crítica de las armas", apelando a las masas y al proletariado. En septiembre de 1844, pasó unos días en París Federico Engels, quien será, a partir de este momento, el más íntimo amigo de Marx. Ambos tomaron conjuntamente parte activísima en la vida, febril por aquel entonces, de los grupos revolucionarios de París (especial importancia revestía la doctrina de Proudhon, a la que Marx sometió a una crítica demoledora en su obra Miseria de la Filosofía, publicada en 1847) y, en lucha enérgica contra las diversas doctrinas del socialismo pequeñoburgués, construyeron la teoría y la táctica del socialismo proletario revolucionario o comunismo (marxismo). En 1845, a petición del gobierno

prusiano, Marx fue expulsado de París como revolucionario peligroso, y fijó su residencia en Bruselas. En la primavera de 1847, Marx y Engels se afiliaron a una sociedad secreta de propaganda, la "Liga de los comunistas" y tomaron parte destacada en el II Congreso de esta organización (celebrado en Londres, en noviembre de 1847), donde se les confió la redacción del famoso Manifiesto del Partido Comunista, que vio la luz en febrero de 1848. Esta obra expone, con una claridad y una brillantez geniales, la nueva concepción del mundo, el materialismo consecuente aplicado también al campo de la vida social, la dialéctica como la más completa y profunda doctrina del desarrollo, la teoría de la lucha de clases y del papel revolucionario histórico mundial del proletariado como creador de una sociedad nueva, de la sociedad comunista.

Al estallar la revolución de febrero de 1848, Marx fue expulsado de Bélgica y se trasladó nuevamente a París, desde donde, después de la revolución de marzo pasó a Alemania, estableciéndose en Colonia. Del 1º de junio de 1848 al 19 de mayo de 1849 se publicó en esta ciudad la Nueva Gaceta del Rin, que tenía a Marx de redactor jefe. El curso de los acontecimientos revolucionarios de 1848 y 1849 vino a confirmar de un modo brillante la nueva teoría, como habían de confirmarla también en lo sucesivo todos los movimientos proletarios y democráticos de todos los países del mundo. Triunfante la contrarrevolución, Marx hubo de comparecer ante los tribunales y, si bien resultó absuelto (el 9 de febrero de 1849), posteriormente fue expulsado de Alemania (16 de mayo de 1848). Vivió en París durante algún tiempo, pero, expulsado nuevamente de esta capital después de la manifestación de 13 de junio de 1849, fue a instalarse a Londres, donde pasó ya el resto de su vida.

Las condiciones de vida en la emigración eran extraordinariamente penosas, como lo prueba especialmente la correspondencia entre Marx y Engels (editada en 1913). La miseria llegó a pesar de un modo verdaderamente asfixiante sobre Marx y su familia; a no ser por la constante y altruista ayuda económica de Engels, Marx no sólo no habría podido llevar a término *El capital*, sino que habría sucumbido fatalmente bajo el peso de la miseria. Además, las doctrinas y corrientes del socialismo pequeñoburgués y del socialismo no proletario en general, predominantes en aquella época, obligaban a Marx a mantener una lucha incesante y despiadada, y a veces defenderse contra los ataques personales más

rabiosos y más absurdos (El señor Vogt). Apartándose de los círculos de emigrados y concentrando sus fuerzas en el estudio de la economía política, Marx desarrolló su teoría materialista en una serie de trabajos históricos. Sus obras *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) y *El capital* (t. I, 1867) significaron una revolución en la ciencia económica.

La época de intensificación de los movimientos democráticos, a fines de la década de 1850 y en la década de 1860, llamó de nuevo a Marx al trabajo práctico. El 28 de septiembre de 1864 se fundó en Londres la famosa I Internacional, la "Asociación Internacional de los Trabajadores". Alma de esta organización era Marx, que fue el autor de su primer Manifiesto y de un gran número de acuerdos, declaraciones y llamamientos. Con sus esfuerzos por unificar el movimiento obrero de los diferentes países y por traer a los cauces de una actuación común las diversas formas del socialismo no proletario, premarxista (Mazzini, Proudhon, Bakunin, el tradeunionismo liberal inglés, las oscilaciones derechistas de Lassalle en Alemania, etcétera), Marx, a la par que combatía las teorías de todas estas sectas y escuelitas, fue forjando la táctica común de la lucha proletaria de la clase obrera en los distintos países. Después de la caída de la Comuna de París (1871) —que Marx (en *La guerra civil en Francia*, 1871) analizó de un modo tan profundo, tan certero y tan brillante, con tan gran espíritu práctico y revolucionario— y al producirse la escisión provocada por los bakuninistas, la Internacional no podía subsistir en Europa. Después del Congreso de La Haya (1872), Marx consiguió que el Consejo General de la Internacional se trasladase a Nueva York. La I Internacional había cumplido su misión histórica y cedió el campo a una época de desarrollo incomparablemente más amplio del movimiento obrero en todos los países del mundo, época en que este movimiento había de desplegarse extensivamente, engendrando partidos obreros socialistas de masas dentro de cada estado nacional.

Su intensa labor en la Internacional y sus estudios teóricos, todavía más intensos, quebrantaron definitivamente la salud de Marx. Éste prosiguió su obra de transformación de la economía política y se consagró a terminar *El capital*, reuniendo con este fin una infinidad de nuevos documentos y poniéndose a estudiar varios idiomas (entre ellos el ruso), pero la enfermedad le impidió dar cima a *El capital*.

El 2 de diciembre de 1881, murió su mujer. El 14 de marzo de 1883, Marx se dormía dulcemente para siempre en su sillón. Yace enterrado, junto a su mujer, en el cementerio de Highgate de Londres. Varios hijos de Marx murieron en la infancia, en Londres, cuando la familia atravesaba extraordinarias dificultades económicas. Tres de sus hijas contrajeron matrimonio con socialistas de Inglaterra y Francia: Eleonora Aveling, Laura Lafargue y Jenny Longuet. Un hijo de esta última es miembro del Partido Socialista Francés.

Autor: Vladímir Ilich Uliánov (Lenin) - Escrito entre julio y noviembre de 1914 Fuente: www.elhistoriador.com.ar

Anexo 2: Decires

«El marxismo-leninismo es una piedra para romperle la cabeza al imperialismo y a la burguesía.»

«No. El marxismo-leninismo es la goma elástica con que se arroja esa piedra.»

«No, no. El marxismo-leninismo es la idea que mueve el brazo que a su vez acciona la goma elástica de la honda que arroja esa piedra.»

«El marxismo-leninismo es la espada para cortar las manos del imperialismo.»

«Qué va! El marxismo-leninismo es la teoría de hacerle la manicure al imperialismo mientras se busca la oportunidad de amarrarle las manos.»
¿Qué voy a hacer si me he pasado la vida leyendo el marxismo-leninismo y al crecer olvidé que tengo los bolsillos llenos de piedras y una honda en el bolsillo de atrás y que muy bien me podría conseguir una espada

y que no soportaría estar cinco minutos en un Salón de Belleza?

Roque Dalton (El Salvador, 1935-1975)

Taberna y otros lugares (1969), Premio Casa de las Américas

Anexo 3: "La ortodoxia significa no pensar..."

... Le estamos dando al idioma su forma final, la forma que tendrá cuando nadie hable más que neolengua. Cuando terminemos nuestra labor, tendréis que empezar a aprenderlo de nuevo. Creerás, seguramente, que nuestro principal trabajo consiste en inventar nuevas palabras. Nada de eso. Lo que hacemos es destruir palabras, centenares de palabras cada día. Estamos podando el idioma para dejarlo en los huesos. [...] - ¿No ves que la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente? Al final, acabamos haciendo imposible todo crimen del pensamiento. En efecto, ¿cómo puede haber crimen tal si cada concepto se expresa claramente con una sola palabra, una palabra cuyo significado esté decidido rigurosamente y con todos sus significados secundarios eliminados y olvidados para siempre? [...] Por supuesto, tampoco ahora hay justificación alguna para cometer un crimen por el pensamiento. Sólo es cuestión de autodisciplina, de control de la realidad. Pero llegará un día en que ni esto será preciso. La revolución será completa cuando la lengua sea perfecta. [...] Hacia el 2050, quizá antes, habrá desaparecido todo conocimiento efectivo del viejo idioma. Toda la literatura del pasado habrá sido destruida. Chaucer, Shakespeare, Milton, Byron... sólo existirán en versiones neolingüísticas, no sólo transformados en algo muy diferente, sino convertidos en lo contrario de lo que eran. Incluso la literatura del partido cambiará; hasta los slogans serán otros. ¿Cómo vas a tener un slogan como el de "la libertad es la esclavitud" cuando el concepto de libertad no exista? Todo el clima del pensamiento será distinto. En realidad, no habrá pensamiento en el sentido en que ahora lo entendemos. La ortodoxia significa no pensar, no necesitar el pensamiento. Nuestra ortodoxia es la inconsciencia.

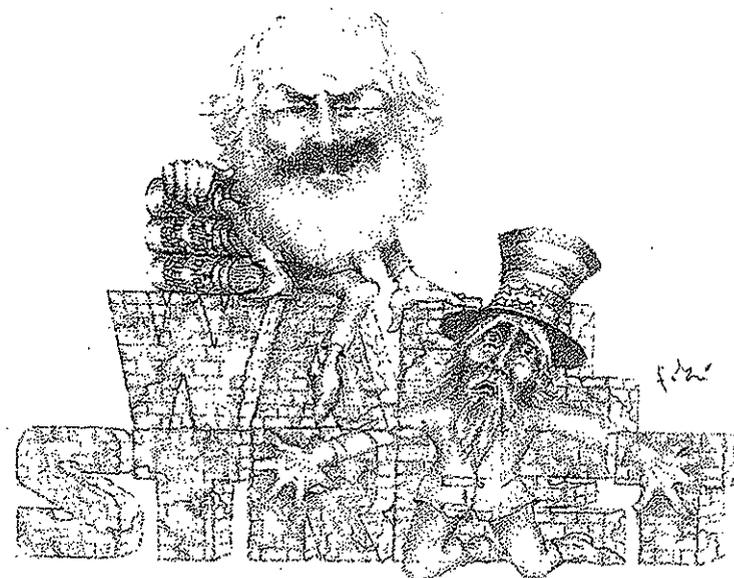
George Orwell: 1984, Salvat Editores S.A., edición electrónica de Utopía, R6 08/01, pág. 27.

Anexo 4: La voz insepulta del marxismo

Soy la voz insepulta del marxismo [...] Sólo algunos de mis avatares yacen bajo los escombros del Muro de Berlín. Otros retroceden ante las imágenes polacas de la Virgen. Pero espiritualmente, por así decir, ando aún por todas partes. Mi respiración empapa la vida del mundo, no sólo Occidental. Me han usado, como a casi todo, para perpetrar pesadillas sociales y bodrios de la Imaginación. Me han invocado para torturar [...] He dado palabras para nombrar lo que hoy sigue hiriendo, he nutrido el nervio, la rabia orgullosa, la agudeza crítica [...] Y he proporcionado aperturas, fantásticos relatos interpretativos, anchas alucinaciones teóricas que alimentan la fantasía rebelde y el placer inteligente. Para los amantes del fútbol: soy un fino centrocampista que crea juego inagotable. Y nada más. Conmigo se seguirá discutiendo. No seré cemento de construcciones perversas, sino movilidad y sugerencias; presiento nuevas metamorfosis. El que quiera puede recibirme. Y el que no, que se embrome.

Marcelo Cohen, "Una voz en las Librerías", Página 12 (Buenos Aires), 24 de Junio de 1990.

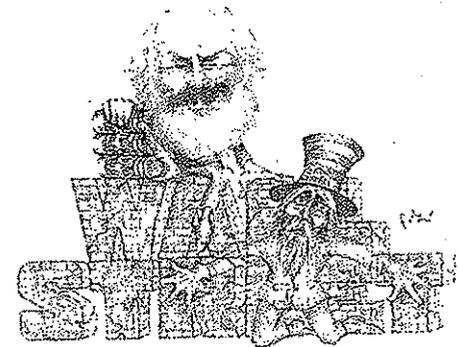
Capítulo 2



Marx: el comunista que nació en el siglo XIX

Karl Marx nació en 1818 y falleció 65 años después, en 1883. Estas fechas nos dicen que vivió y luchó, hasta el fin de sus días, en una época histórica en la cual tanto la sociedad europea como el mundo entero eran muy diferentes a la actual realidad del capitalismo ya globalizado. Es preciso tener presente aquel contexto si se quiere lograr una mejor comprensión de muchos análisis y políticas de Marx apuntadas, precisamente, a intervenir en las luchas sociales y políticas del siglo XIX.

Cuando la vida de Marx se apagó, en Londres, los restos del ilustre exiliado, por entonces prácticamente retirado de la actividad política pública, fueron despedidos en una ceremonia casi íntima: aproximadamente doce personas (una de sus hijas, los dos yernos, dos científicos amigos y unos pocos colaboradores) escucharon las condolencias que por telegrama hicieron llegar socialistas franceses, rusos y españoles, las palabras pronunciadas por el líder del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania, Wilhelm Liebknecht, y la conmovida semblanza trazada por Friedrich Engels, su más íntimo amigo y camarada (ver anexo 5: *Palabras de Friedrich Engels en el*



sepelio de Karl Marx). Un primer y agudo retrato de Marx que puede sintetizarse en tres precisas afirmaciones: "el más grande pensador de nuestros días", "una figura gigantesca" y "ante todo, un revolucionario".

La prensa europea, que durante muchísimos años se ensañara contra Marx presentándolo como el subversivo más peligroso y sanguinario del mundo, casi ignoró su desaparición. Sin embargo, ni las calumnias, ni la ignorancia, podían borrar la profunda huella que dejaba. A tal punto fue "una figura gigantesca", que no solo descolló entre sus contemporáneos decimonónicos. Su influencia se dejó sentir también, aunque no sin equívocos y contradicciones, en los acontecimientos y procesos que marcaron al siglo XX. Y los debates referidos al socialismo del siglo XXI, o como prefiera hoy denominarse al movimiento real que procura ir *más allá del capital*, siguen teniendo como una de sus obligadas referencias al revolucionario internacionalista que murió siendo, legalmente, un apátrida. *Marx intempestivo*, tituló el marxista francés Daniel Bensaïd un libro que analiza las diversas temporalidades en que se inscribe y puede considerarse la obra marxiana.

Sin perder de vista lo antedicho, corresponde retomar el eje de este capítulo y destacar algunas características peculiares del período histórico en que Marx debió actuar. Desde Inglaterra, luego de haberse cumplido la denominada primitiva acumulación capitalista¹ impuesta a sangre y fuego, se relanzaba la reproducción ampliada del capital con la potencia y dinamismo que añadían la gran industria y el maquinismo. Y se avanzaba en la remodelación del conjunto del Viejo Continente tras la conmoción de la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas y la Santa Alianza contrarrevolucionaria. (Ver anexo 6: *La era de las revoluciones*).

Para quienes crecimos en un mundo en el que ya la expansión planetaria del capitalismo se ha concretado, con el explícito concurso del marco institucional que ofrece el sistema mundial de estados que co-

1 Que, no lo olvidemos, fue en gran medida lograda con la desposesión, explotación y genocidio de los pueblos y el territorio de Nuestra América (Abya Yala), con el tráfico de esclavos africanos, la colonización del Asia y la imposición del "libre comercio" del opio a China.

nocemos, resulta difícil incluso imaginar la situación que existía cuando nació Marx: él fue contemporáneo a la conformación del moderno Estado-nación, estructuralmente funcional al nuevo orden del capital, que fue imponiéndose con sus contradicciones, antagonismos y dinámica expansiva a partir de aquel puñado de países de Europa que algunos años después, hacia fines del siglo XIX, se lanzarían al reparto imperialista del mundo. (Ver anexo 7: *El siglo XIX*).

La cuna de Marx estuvo en Tréveris, una muy tradicional pero pequeña ciudad de Renania. Bien puede decirse que era alemán, pero lo cierto es que en 1818 ese territorio, que había estado ocupado por los ejércitos napoleónicos, había sido anexado a lo que por aquel entonces era una laxa confederación germana de principados, ciudades libres y pequeños estados que orbitaban en torno a las disputas dinásticas de los Hohenzollern (en Prusia) y los Aushurgos (en Austria). Como ya se dijo, eran tiempos de agudos contrastes y violentas rivalidades en Europa. Alemania no había alcanzado su unidad nacional y apenas comenzaría a industrializarse a partir de 1850, en tanto el maquinismo y la gran industria marchaban ya a pleno vapor, literalmente, en Inglaterra. La vecina Francia era otro país capitalista con un Estado relativamente moderno, como también Holanda y Bélgica. Pero tampoco Italia, por ejemplo, había terminado de construirse como Estado-nación y gran parte de Europa central y oriental permanecía bajo la dominación del imperio austríaco, del imperio zarista o del otomano. Del otro lado del Océano Atlántico, la unificación nacional de los Estados Unidos sólo llegaría muchos años después y al precio de una sangrienta y larga guerra civil. En cuanto a las antiguas colonias españolas, el ímpetu independentista y el sueño de la Patria Grande de la América del Sur trastabillaba entre desgarramientos nacionales e interminables conflictos intestinos.

Cierto es que la gran Revolución Francesa había ya marcado la hora final del viejo ordenamiento monárquico-estamental heredado de la Edad Media, pero es verdad también que el mapa de Europa estaba dibujado por los inestables acuerdos surgidos tras la derrota de Napoleón. Se trataba, en suma, de una época en la cual el nuevo orden del capital estaba apenas en sus inicios y sólo podía considerarse relativamente

consolidado en un pequeño rincón del mundo; y la dominación de la clase burguesa (como personalización del capital) lejos estaba de asumir formas políticas y estatales definidas y más o menos estables.

La ilimitada voracidad intelectual de Marx le permitió asimilar críticamente el trabajo de todos los pensadores descollantes en los más diversos campos del conocimiento a los que pudo acceder, sin dejar de prestar el máximo de atención al curso de las confrontaciones políticas y la lucha de clases, lo que le permitió gestar una concepción tan revolucionaria como internacionalista y dinámica, que iría ganando en complejidad y capacidad interpretativa a lo largo de toda su vida. Las investigaciones y elaboraciones con que Marx buscó elucidar la dinámica expansiva y las contradicciones del capital, deben ser consideradas en gran medida anticipaciones históricas. Precisamente por ello su voz poderosa fue por entonces poco comprendida, como si fuese un *trueno inaudible* que recién ahora estaríamos en condiciones de oír en todo su alcance y resonancia.

El descomunal porte intelectual de Marx hizo que descollara en todos los círculos con los cuales se relacionó. Pero el siglo XIX no sólo lleva la marca que su notable inteligencia dejó en el terreno de las ideas, porque Karl Marx fue un revolucionario, un militante comprometido, aferrado al objetivo de contribuir a que los obreros del mundo, con la lucha, pudieran romper las cadenas de la explotación clase, de modo tal que la revolución proletaria fuese capaz de concretar y superar la emancipación política y hacer realidad la emancipación humana. Por detrás y por encima del teórico, existió un hombre apasionado, un *peleador* áspero e implacable en defensa de sus convicciones y de lo que consideraba correcto, temperamento que en algunos casos lo llevó a cometer gruesas injusticias, según el juicio de un biógrafo tan calificado y políticamente solidario como Franz Mehring. Pero este mismo biógrafo destaca que se trató de un ser desprovisto de apetencias y egoísmos personales, generoso tanto material como intelectualmente. Por todo esto resultan completamente infundadas las pretensiones de otros historiadores que califican (en verdad, descalifican) la personalidad de Marx porque se vestía con trajes de la época, hacía malabarismos para mantener

con un mínimo de decencia una familia numerosa y, a despecho de la absoluta pobreza material en que vivían, se preocupaba para asegurar la mejor educación a sus hijas, calificándolo debido a ello como una especie de burgués vergonzante, cuando la realidad es que mantuvo su compromiso revolucionario al precio de terribles sufrimientos. (Ver anexos 8 y 9: *Recuerdos de Marx* y *La muerte de Munsch*). De los sesenta y cinco años que vivió, cuarenta estuvieron absolutamente dedicados a la actividad revolucionaria, en todas las facetas que esta podía asumir: desde la lucha contra la esclavitud en Norteamérica, y el derecho al sufragio del proletariado inglés, hasta la comuna de los obreros y el pueblo de París, pasando por la solidaridad con los polacos aplastados por el zarismo o los irlandeses sometidos por Inglaterra. Consagrando lo mayor y mejor de sus esfuerzos, obviamente, a la organización y el desarrollo político del movimiento obrero internacional. Sus intervenciones políticas prácticas, los textos de agitación, las conferencias educativas, los ensayos histórico-políticos, la inmensa producción periodística, la ingente cantidad de notas de estudio e investigación que ninguno de sus contemporáneos, a excepción posiblemente de Engels, llegó a conocer, incluida la elaboración de más largo aliento a la que denominaba con orgullo su actividad científica, tuvieron siempre ese propósito revolucionario, sostenido por el inquebrantable compromiso ético y moral con la emancipación de los trabajadores y la humanidad toda. Como él mismo escribiera en uno de los muchos momentos en que él y su familia vivían asfixiados por la miseria:

Me río de los llamados hombres "prácticos" y de su sabiduría. Si uno resolviera ser un buey, podría, desde luego, dar las espaldas a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado *no práctico* si no hubiese terminado por completo mi libro, por lo menos en borrador.²

Este revolucionario militante que supo describirse diciendo: "nada de lo humano me es ajeno", desplegó sobre tal base una brillante y

² Carta de Marx a Siegfried Meyer, en *Karl Marx / Friedrich Engels. Correspondencia*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1987, pág. 184.

multifacética actividad teórica que, desde muy joven, no pasaba inadvertida. Había empezado a estudiar abogacía, como lo quería su padre, y lo atrajeron e influenciaron las clases del constitucionalista hegeliano Eduard Gans, a las que asistió; pero tras el fallecimiento de éste, casi inmediatamente, se volcó a la filosofía. Cuando se doctoró, en 1841, era ya uno de los jóvenes más destacados de su generación. Así lo presentaba uno de sus compañeros de entonces:

...prepárate, pues, a conocer muy pronto al más grande y probablemente el único auténtico filósofo actual. Dentro de poco, cuando sea conocido por el público (a través de sus obras y de sus clases en la universidad), concentrará sobre sí las miradas de toda Alemania. El doctor Marx, éste es el nombre de mi ídolo, es todavía muy joven (apenas tiene 24 años). Él será quien dé el golpe de gracia a la religión y a la filosofía medievales; en él se compaginan el espíritu más mordaz con la más profunda seriedad filosófica: imagínate a Rousseau, Voltaire, Holbach, Lessing, Heine y Hegel unidos en una sola persona, fíjate que digo unidos y no arrojados en el mismo saco éste es el doctor Marx.³

Estudioso, crítico, filoso polemista, se preparaba para lo que podría haber sido una destacada carrera docente, pero el oscurantismo impuesto por Federico Guillermo IV le cerró las puertas de las universidades⁴. Por otra parte, su talante e inquietudes no se avenían con el carácter excesivamente especulativo y autocomplaciente de la crítica de los jóvenes hegelianos. Desde sus primeros pasos con éstos, las preocupaciones de Karl tendían a desplazarse desde la crítica filosófica hacia la crítica política y la cuestión social. Así, una vez descartada la perspectiva académica, optó por dedicarse al periodismo, se radicó en la ciudad de Colonia y comenzó a trabajar en la *Gaceta Renana* (*Die Rheinische Zeitung*), una publicación democrática sujeta a la hostilidad y censura de

3 Carta de Moses Hess a Berthold Auerbach de septiembre de 1871, cit. en Umberto Cerroni, *El pensamiento de Marx*. Barcelona, Ediciones del Serbal, 1980, pág.17.

4 Bruno Bauer, por aquel entonces mentor del brillante estudiante, lo instaba a doctorarse sin más demoras para iniciar su carrera académica... cuando él mismo fue expulsado de la cátedra que ocupaba por ateísmo.

un régimen que se caracterizaba por el protestantismo más reaccionario y un autoritarismo político sin fisuras. Muy pronto, Marx pasó a ser el secretario de redacción del periódico: el dinamismo que le imprimió, la difusión conquistada y el contenido radical de sus propios artículos lo convirtieron en una de las figuras más descolante entre los demócratas enfrentados al autoritarismo prusiano en la ciudad de Colonia, y en una figura conocida y apreciada por el público en general. Cuando chocó con la censura, antes que someterse a la misma, eligió renunciar a la *Gaceta* e irse de Alemania, contratado por Arnold Ruge⁵ para acometer una nueva y muy ambiciosa empresa periodística, con base en París.

Pero Marx no emprendió este proyecto en soledad. Antes, el 19 de junio de 1843 y después de siete años de noviazgo, se casó (por civil y por iglesia!) con Jenny von Westphalen, quien fue no sólo su gran amor, sino también una abnegada y eficiente compañera de ideales y lucha. Tras una breve estadía en la ciudad de Kreuznach, en cuya biblioteca pública Marx pudo profundizar sus estudios de historia, tomar notas y comenzar a escribir el importante aunque inconcluso estudio *De la filosofía del Estado de Hegel*⁶, el joven matrimonio partió, con muchos más proyectos que recursos, hacia París.

Ya en París, inicialmente de la mano de Moses Hess, se involucró en las reuniones y debates de los numerosos exiliados alemanes que allí residían y, con ellos, también en la intensa vida política y social de la clase obrera francesa. En 1844 se declaró comunista y escribió el texto que mucho más tarde habría de publicarse (parcialmente, porque una parte se perdió) con el título de *Manuscritos económico-filosóficos*. Se trata de un texto notable, en el que la denuncia de la *propiedad privada* está complementada y desarrollada con una penetrante crítica de la *alienación* que conlleva el trabajo asalariado (volveremos sobre el mismo en el capítulo 4).

5 A. Ruge era el editor de los *Anales alemanes*, publicación también censurada, con la que ya había colaborado Marx. Concibe entonces, en sociedad con Moses Hess, el proyecto de los *Anales franco-alemanes*, a editar en París, para el cual es contratado Marx.

6 En los llamados Cuadernos de Kreuznach.

El ambicioso proyecto de los *Anales franco-alemanes* (*Deutsch-Französische Jahrbücher*) no logró las esperadas colaboraciones y pronto reveló ser económicamente insostenible. Sólo llegó a publicarse un número doble, volumen que incluyó *La cuestión judía* y la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, escritos por Marx, así como el *Esbozo para una crítica de la economía política*, de Engels. El gobierno prusiano incautó los ejemplares de la revista que debían ser vendidos en Alemania y esto, sumado a las desavenencias entre quienes financiaban la publicación, terminó con la misma.

Pese al fracaso de los *Anales*, la estadía en París fue más que provechosa y abrió a Marx nuevos horizontes. Allí Marx pudo conocer y codearse con casi todos los *subversivos* de Europa, atraídos por la ciudad que por entonces aparecía como la capital cultural y política del Viejo Continente (Walter Benjamin llamó a París capital del siglo XIX). Allí fue también donde recibió la visita de Friedrich Engels, a quien corresponde destinar un párrafo aparte.

Renano, al igual que Marx, aunque oriundo de la ciudad de Bartmen, Friedrich provenía de un hogar más que acomodado: su padre era un comerciante y fabricante textil, protestante pietista y políticamente reaccionario. Engels, por el contrario, cuando fue a cumplir con el servicio militar en Berlín, comenzó a frecuentar los mismos círculos intelectuales que Marx (incluso se cruzaron y saludaron en los pasillos de la *Gaceta*). Más allá de ese encuentro ocasional, lo que importa es destacar que ambos tuvieron evoluciones teórico-políticas convergentes y que, casi simultáneamente y en forma independiente, ambos se alejaron de los jóvenes hegelianos aproximándose al comunismo. Marx se hizo comunista en Francia: al conocer la vida política y los apasionados debates de los obreros parisinos quedó profundamente conmovido por aquellos hombres y mujeres que, después de trabajar 14 o 15 horas, se reunían para discutir ideas y proyectos de cambio social. Engels, que había sido enviado a la fábrica de la cual su padre era copropietario, en Manchester, se relacionó con una combativa obrera textil irlandesa, Mary Burns, que sería luego su compañera. Con la ayuda de ella y su hermana Lizzy, pudo adquirir un conocimiento directo de la situación de los trabaja-

dores fabriles, lo que sumado al riguroso estudio de los documentos disponibles, en especial de los informes de los inspectores laborales, le permitió escribir *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, trabajo que impactó a Marx por la cruda y documentada exposición de la terrible explotación a que era sometido el proletariado británico.

Marx y Engels mantuvieron en París diez días de intensas conversaciones, alcanzando un acuerdo de principios que marcó el comienzo de una colaboración que duraría toda la vida⁷ y tuvo inmediatas implicancias. La primera fue la decisión de escribir en el periódico de los exiliados alemanes *Adelante!* (*Vorwärts!*), que publicó (en serie) *Situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels, así como también un virulento artículo de Marx exaltando la huelga de los tejedores de Silesia (y rompiendo políticamente con Ruge), que provocó una airada protesta de la monarquía prusiana. Poco después, las autoridades francesas ordenaron la expulsión del peligroso alemán y Marx debió partir hacia la capital de Bélgica, Bruselas, ciudad en la que viviría tres años. Allí se trasladó entonces Friedrich Engels, con quien recorrió durante un mes Inglaterra, el indiscutible centro neurálgico del capitalismo. Luego estudiaron, militaron y escribieron en estrecha colaboración entre 1845 y 1848.

Fue un período de rupturas y delimitaciones. A nivel filosófico, con los círculos neohegelianos que ambos habían frecuentado y reagrupamientos que los continuaban, como los Hombres libres (hermanos Bauer, Stirner) o los denominados Socialistas verdaderos (Moses Hess, Grün). También precisaron sus diferencias con las concepciones

⁷ La colaboración entre Marx y Engels se mantuvo, inalterable e ininterrumpida, hasta la muerte del primero. Colaboración no sólo intelectual, sino también afectiva y material. Engels fue el más íntimo amigo de Marx y Jenny y el tío adorado por las hijas del matrimonio. Cuando la situación económica de la familia Marx se hizo insostenible, Engels sacrificó sus propios intereses y capacidades asumiendo la administración de la empresa que su familia tenía en Manchester y durante veinte años dedicó la mayor parte de su tiempo a una actividad comercial y contable que aborrecía, con el solo propósito de ayudar financieramente a Marx y posibilitar que éste continuase su investigación y labor política. Y tras la muerte del amigo, asumió la improbable tarea de preparar la edición del Libro II y el Libro III de *El capital*. La relación entre Engels y Marx es un ejemplo de amistad, devoción y compromiso compartido, que también dice mucho de los valores humanos de ambos.

voluntaristas y conspirativas que predominaban en los círculos obreros que habían comenzado a frecuentar. Publicaron *La Sagrada Familia* e iniciaron la redacción de una serie de textos polémicos —otra vez, inconclusos— que muchísimos años después de fallecidos los autores serían reunidos y publicados en el libro titulado *La ideología alemana*. Simultáneamente, Marx apuntó en una agenda unas anotaciones que llegarían a ser célebres: *Sobre Feuerbach*.

El de Bruselas fue también un período de intensa actividad práctica y aprendizaje político, injustamente minimizado o ignorado por algunos biógrafos y comentaristas. A lo largo de 1846 Marx, con Engels, Wolff, Hess y otros exiliados, organizaron en Bruselas el Comité Comunista de Correspondencia, con filiales en otras importantes ciudades de Europa. Y si bien fracasó un proyecto editorial que pretendía ser continuación de los *Anales*, dieron impulso decisivo a un proyecto político mucho más importante y acuciante⁸: los miembros del Comité Comunista de Correspondencia se incorporaron en 1847 a la Liga de los Justos que pasó a denominarse Liga de los Comunistas en su primer congreso (reunido en Londres el mes de junio). A los pocos meses, en el segundo congreso (celebrado en noviembre) se encargó la redacción del programa a Marx y Engels. Simultáneamente, los miembros de la Liga en Bruselas fundaron una organización legal y abierta, la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes así como también una Asociación Democrática de la que Marx era vicepresidente y trabajaba en la organización de un Congreso Internacional Democrático proyectado para mediados del año siguiente, en colaboración con los Demócratas Fraternalistas de Londres. Y completando este intenso despliegue militante, Marx abrió un nuevo frente de polémica teórica y política cuando publicó (en francés) *Miseria de la Filosofía*, en frontal polémica con Proudhon, anarco-mutualista muy influyente en los núcleos obreros de Francia y relacionado también con los Socialistas verdaderos de Alemania.

Pero los acontecimientos se precipitaron. La gravedad de la crisis co-

mercial mundial impactó en la situación social y política. En Suiza, los conservadores fueron derrotados por un levantamiento popular que señalaba la inminencia de una ola revolucionaria. La Liga intimó a Marx y Engels por la demora en la redacción del programa que se les había encomendado, exigiéndoles que lo presentaran a más tardar el 1° de febrero, cosa que lograron con Marx escribiendo noche y día, casi de un tirón. Así se llegó a la publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* en febrero de 1848: el folleto fue editado en Londres, escrito en alemán, pero sin mención de autores para introducirlo en Alemania. El caso fue que, apenas se había puesto punto final al *Manifiesto*, la ola revolucionaria que allí se anunciaba sacudió a varios países de Europa y los anónimos autores debieron asumir una muy activa y pública participación política (e incluso militar) en la revolución alemana. Sobre estas cuestiones volveremos en un próximo capítulo.

8 La situación internacional estaba marcada por la grave crisis alimentaria en Europa, un nuevo levantamiento de los polacos en Cracovia contra el zarismo y síntomas diversos de revueltas sociales y políticas...

Anexos del capítulo 2

Anexo 5: Palabras de Friedrich Engels en el sepelio de Karl Marx

El 14 de marzo [de 1883], a las 2:45 de la tarde, dejó de pensar el más grande pensador de nuestros días. Apenas le dejamos dos minutos solo, y cuando volvimos, le encontramos dormido suavemente en su sillón, pero para siempre. [...] Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el hecho, tan sencillo, pero oculto hasta entonces bajo la maleza ideológica, de que el hombre necesita, en primer lugar, comer, beber, tener un lecho y vestirse antes de poder hacer política, ciencia, arte, religión, etcétera; que, por tanto, la producción de los medios de vida inmediato, materiales, y por consiguiente, la correspondiente fase económica de desarrollo de un pueblo o de una época es la base a partir de la cual se han desarrollado las opciones políticas, las concepciones jurídicas, las ideas artísticas e incluso las ideas religiosas de los hombres y con arreglo a la cual deben, por tanto, explicarse, y no al revés, como hasta entonces se había venido haciendo. [...] Marx descubrió también la ley específica que mueve el actual modo de producción capitalista y la sociedad burguesa creada por él. El descubrimiento de la plusvalía iluminó de pronto estos problemas, mientras que todas las investigaciones anteriores, tanto las de los economistas burgueses como las de los críticos sociales, habían divagado en las tinieblas. [...] Tal era el hombre de ciencia. Pero esto no era, ni con mucho, la mitad del hombre. [...] Pues Marx era, ante todo, un revolucionario. Cooperar, de este o del otro modo, al derrocamiento de la sociedad capitalista y las instituciones políticas creadas por ella, contribuir a la emancipación del proletariado moderno, a quien él había infundido por primera vez la conciencia de su propia situación y de sus necesidades, la conciencia de las condiciones de su emancipación: tal era la verdadera misión de su vida. La lucha era su elemento. [...] Por eso, Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Los gobiernos, lo mismo los absolutistas que los republicanos, le expulsaban. Los burgueses, lo mismo los conservadores que los ultra demócratas, competían a lanzar difamaciones contra él. Marx apartaba todo esto a un lado como si fueran telas de araña, no hacía caso de ello [...]. Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.

Discurso pronunciado en el cementerio de Highate, Londres, el 17 de marzo de 1883. Carlos Marx-Federico Engels *Obras Escogidas en dos tomos*, tomo II, págs. 163/165. Editorial Progreso, Moscú, 1955.

Anexo 6: El siglo XIX

Los estudios históricos recientes han restado importancia al alcance y la significación de la Revolución Industrial, al observar que los conflictos entre clases sociales han sido sólo uno de los rasgos que han configurado las confrontaciones políticas en general y los movimientos socialistas y obreros en particular. Han señalado la influencia perdurable y continuada de las ideas y las formas de la acción política de la Revolución Francesa de 1789; el papel fundamental que desempeñaba la religión en la interpretación del mundo; el efecto considerable, aunque complejo e intrincado, del nacionalismo, y la relevancia de la vida doméstica y de las relaciones entre hombres y mujeres en la organización de la sociedad. De todos estos estudios surge la imagen de una época que se aleja bastante de la nuestra.

Situar a Marx en aquella época significa recordar que cuando Marx hablaba de "capitalismo" no se refería a su versión contemporánea, que la burguesía que Marx diseccionó críticamente no se corresponde con la clase actual de capitalistas globales, que la concepción de Marx de la ciencia y la erudición, reflejada en la palabra alemana "*Wissenschaft*" tenía connotaciones distintas a las del uso contemporáneo. [...].

La vida de Marx, sus sistemas de pensamiento, sus actividades y sus objetivos políticos pertenecieron principalmente al siglo XIX, una época de la historia de la humanidad que ocupa un lugar extraño en relación con el presente: no resulta manifiestamente lejana ni ajena, como la Edad Media, ni cabe en la memoria contemporánea, como sucede, por ejemplo, con el mundo de la época de la guerra social o los regímenes comunistas de los países de Europa del este entre 1945 y 1989. [...] De vez en cuando, el siglo XIX irrumpe de pronto en el presente, con una claridad y una familiaridad espeluznante. [...] Algo similar se puede decir de la relación entre la vida y el pensamiento de Marx con el presente: algunos momentos resultan próximos, pero generalmente, me resultan fascinantes las diferencias entre el mundo de Marx y el contemporáneo, o entre su sistema de pensamiento y sus propósitos políticos, y los de sus sucesores del siglo XX que se definían a sí mismo como "marxistas".

Jonathan Sperber, *Karl Marx*. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores, 2013, págs. 14-16.

Anexo 7: La era de las revoluciones

No es exagerado decir que todos los estados continentales de menor importancia surgidos al oeste de Rusia y Turquía y al sur de Escandinavia después de aquellas dos décadas de guerra [1792-1815] se vieron, juntamente con sus instituciones, afectados por la expansión o la imitación de la Revolución Francesa. [...] Pero los cambios en fronteras, leyes e instituciones gubernamentales fueron nada comparados con un tercer efecto de aquellas décadas de guerras revolucionarias: la profunda transformación de la atmósfera política. Cuando estalló la Revolución Francesa, los gobiernos de Europa la consideraron con relativa sangre fría: el mero hecho de que las instituciones cambiaran abruptamente, se produjeran insurrecciones y las dinastías fueran depuestas y los reyes asesinados o ejecutados, no conmovía en sí a los gobernantes del siglo XVIII, que estaban acostumbrados a tales sucesos y los consideraban en otros países desde el punto de vista de su efecto en el equilibrio de poderes y en la relativa posición del suyo. [...] Pero en 1815 una actitud completamente distinta hacia la revolución prevalecía y dominaba en la política de las potencias.

Ahora se sabía que la revolución en un único país podía ser un fenómeno europeo; que sus doctrinas podrían difundirse más allá de las fronteras, y —lo que era peor— sus ejércitos, convertidos en cruzados de la causa revolucionaria, barrer los sistemas políticos del continente. Ahora se sabía que la revolución social era posible, que las naciones existían como algo independiente de los estados, los pueblos como algo independiente de sus gobernantes, e incluso que los pobres existían como algo independiente de la clase dirigente. “La Revolución Francesa —había observado el reaccionario De Bonald en 1796— es un acontecimiento único en la historia.” Se quedaba corto. Era un acontecimiento universal. [...] El bandido y patriota griego —Kolokotronis— expresaba así sus sentimientos: “A mi juicio, la Revolución Francesa y los hechos de Napoleón abrieron los ojos al mundo. Antes, las naciones nada sabían y los pueblos pensaban que sus reyes eran dioses sobre la tierra y que por ello estaban obligados a creer que todo cuanto hacían estaba bien hecho. Después del cambio que se ha producido es más difícil el gobierno de los pueblos”.

Eric Hobsbawm, *La era de la Revolución (1789-1848)*. Buenos Aires: Crítica-Editorial Planeta, 2012, págs. 92-93

Anexo 8: Recuerdos de Marx (Fragmento)

La esposa de Marx fue su colaboradora durante toda su vida, en el más verdadero y pleno sentido de la palabra. Se habían conocido de niños y habían crecido juntos. Marx sólo tenía diecisiete años cuando se comprometió. La joven pareja tuvo que esperar siete largos años antes de casarse en 1843. Desde entonces jamás se separaron.

La señora Marx murió poco antes que su marido. Nadie tenía un mayor sentido de la igualdad que ella, aunque nació y se crió en el seno de una familia aristocrática alemana. Recibía a los trabajadores, vestidos con sus ropas de trabajo, en su casa y en su mesa con la misma cortesía y consideración que si fueran duques o príncipes. Muchos trabajadores de distintos países disfrutaron de su hospitalidad y estoy convencido de que ninguno de ellos imaginó siquiera que aquella mujer que los recibía con una cordialidad tan hogareña y sincera descendía, por la línea materna, de la familia de los Duques de Argyll y que su hermano era ministro del rey de Prusia. Esto no le importaba a la señora Marx; había renunciado a todo para seguir a su Karl y nunca, ni siquiera en las épocas de tremenda necesidad, lamentó haberlo hecho.

Tenía un cerebro claro y brillante. Sus cartas a los amigos, escritas sin restricciones ni esfuerzo, son logros magistrales de un pensamiento vigoroso y original. Era un placer recibir una carta de la señora Marx. Johann Philipp Becker publicó varias de sus cartas. Heine, satírico despiadado, tenía la ironía de Marx pero sentía gran admiración por el espíritu penetrante y sensible de su esposa; cuando los Marx estaban en París era uno de sus visitantes habituales.

Marx tenía tanto respeto por la inteligencia y el sentido crítico de su mujer que le mostraba todos sus manuscritos y daba gran importancia a su opinión, según él mismo me dijo en 1866. La señora Marx copiaba los manuscritos de su marido antes de enviarlos a la imprenta.

La señora Marx tuvo varios hijos. Tres de ellos murieron a una tierna edad, durante el periodo de dificultades que atravesó la familia después de la Revolución de 1848. Por entonces vivían como emigrantes en Londres, en dos pequeñas habitaciones en Dean Street, Soho Square. Yo sólo conocí a las tres hijas. Cuando fui presentado a Marx en 1865 su

hija más joven, ahora la señora Aveling, era una niña encantadora con un carácter muy alegre. Marx solía decir que su mujer se había equivocado en el sexo cuando la había traído al mundo.

Las otras dos hijas formaban un contraste sorprendente y armonioso. La mayor, la señora Longuet, tenía la tez morena y la complexión vigorosa del padre, los ojos oscuros y el pelo negro azabache. La segunda, la señora Lafargue, tenía el cabello claro y la piel color de rosa, su hermoso cabello rizado tenía un resplandor dorado, como si hubiera apesado los rayos del sol poniente: era como su madre.

Otro miembro importante del hogar de los Marx era Hélène Demuth. Nacida de una familia campesina, entró al servicio de la señora Marx mucho antes de su matrimonio, cuando apenas era más que una niña. Cuando se casó, permaneció a su lado y se dedicó a la familia Marx con un olvido total de sí misma. Acompañó a su señora y al esposo de ésta en todos sus viajes por Europa y compartió su exilio. Era el hada de la casa y siempre encontraba solución a las situaciones más difíciles. Fue gracias a su sentido del orden, a su economía y a su habilidad que la familia Marx nunca se encontró privada de lo más esencial. Sabía hacer de todo: cocinaba, limpiaba la casa, vestía a las niñas, les cortaba sus vestidos y los cosía con la señora Marx. Era ama de llaves y mayordomo al mismo tiempo: manejaba toda la casa. Las niñas la querían como a una madre y los sentimientos maternales que abrigaba hacia ellas le daban tal autoridad. La señora Marx la consideraba su amiga del alma y Marx le dispensaba una amistad especial: jugaba con ella al ajedrez y con frecuencia perdía.

Hélène quería ciegamente a la familia Marx: todo lo que hicieran estaba bien a sus ojos y no podía ser de otra manera; quien criticara a Marx tenía que vérselas con ella. Extendía su protección maternal a todo el que fuera admitido en la intimidad de los Marx. Era como si hubiera adoptado a toda la familia Marx. Sobrevivió a Marx y a su mujer y entonces trasladó sus cuidados a la casa de Engels. Lo había conocido desde niña y le dispensaba el mismo afecto que tenía por la familia Marx.

Engels era, por así decir, un miembro de la familia Marx. Las hijas de Marx lo llamaban su segundo padre. Era el *alter ego* de Marx. Durante mucho tiempo sus dos nombres nunca se separaron en Alemania y permanecerán unidos para siempre en la historia.

Marx y Engels fueron la personificación en nuestro tiempo del ideal de amistad pintado por los poetas de la antigüedad. Desde su juventud se desarrollaron juntos y paralelamente, vivieron en una íntima camaradería de ideas y sentimientos y compartieron la misma agitación revolucio-

naria; mientras vivieron cerca trabajaron en común. Si los acontecimientos no los hubieran separado por más de veinte años habrían trabajado juntos, probablemente, durante todas sus vidas. Pero después de la derrota de la Revolución de 1848, Engels tuvo que irse a Manchester, mientras que Marx se vio obligado a permanecer en Londres. Aun así, continuaron su vida intelectual en común, escribiéndose casi diariamente, dándose sus opiniones sobre los acontecimientos políticos y científicos y sobre el trabajo de ambos. En cuanto Engels pudo librarse de su trabajo se apresuró a marchar de Manchester a Londres, donde fijó su casa a sólo diez minutos de distancia de su querido Marx. Desde 1870 hasta la muerte de su amigo no pasó un solo día sin que ambos se vieran, unas veces en casa de uno y otras en la del otro.

Fue un día de gozo para los Marx cuando Engels les anunció que venía de Manchester. Se habló mucho de su próxima visita y, el día de su llegada, Marx estaba tan impaciente que no podía trabajar. Los dos amigos se pasaron toda la noche fumando y bebiendo juntos y conversando sobre todo lo que había sucedido desde su última reunión.

Marx apreciaba la opinión de Engels más que la de ningún otro, porque Engels era el hombre al que consideraba capaz de ser su colaborador. Engels constituía para él todo un auditorio. Ningún esfuerzo le habría parecido excesivo a Marx para convencer a Engels y ganarlo para sus ideas. Lo he visto, por ejemplo, leer una y otra vez volúmenes enteros para encontrar el dato que necesitaba para hacer variar la opinión de Engels sobre algún punto secundario que no recuerdo, acerca de las guerras políticas y religiosas de los albigenses. Fue un triunfo para Marx lograr que Engels cambiara de opinión.

Marx estaba orgulloso de Engels. Se complacía en enumerarme todas sus cualidades morales e intelectuales. Una vez hizo el viaje especialmente a Manchester conmigo para presentármelo. Admiraba la versatilidad de sus conocimientos y se alarmaba por lo más mínimo que pudiera sucederle. "Tiemblo —me decía— por miedo de que pueda sufrir un accidente de caza. Es tan impetuoso; galopa por el campo con las riendas flojas, sin pararse ante ningún obstáculo."

Marx era tan buen amigo como esposo y padre amante. En su mujer y sus hijas, en Hélène y Engels encontró los objetos merecedores del amor de un hombre de su calidad.

Testimonio de Paul Lafargue, en *Varios Autores, Cómo era Carlos Marx según quienes lo conocieron*, www.omegalfa.es Biblioteca Libre s/f, págs. 15-18.

Anexo 9: La muerte de Musch

En marzo Eleanor estaba peor, y como Fawksy, sus estridentes chillidos molestaban tanto a los de casa que contrataron a una nodriza irlandesa con la esperanza de que el cambio tranquilizase a la criatura. Marx, que padecía una grave inflamación ocular que según creía él se la había causado la lectura de sus propios manuscritos, también estaba tragando frascos de medicina tratando de curarse de una fuerte tos. Pero el más enfermo de todos, según le dijo Marx a Engels, era Musch, su querido hijo de ocho años. Marx se hizo cargo del cuidado del niño, que padecía una severa fiebre gástrica que no podía quitarse de encima, y estuvo a su lado día y noche mientras duró su enfermedad. El 8 de marzo, según le dijo a Engels, el médico estaba contento porque el muchacho parecía haber hecho grandes avances hacia su recuperación, tantos, de hecho, que Marx ya estaba considerando ir a visitar a Engels en cuanto pudiese hacerlo con la conciencia tranquila.

A lo largo de marzo, la enfermedad de Musch fluctuó: el médico se mostró primero satisfecho con sus progresos, y luego preocupado cuando desarrolló nuevos síntomas y reaparecieron otros que parecían superados. El 16 de marzo Marx le dijo a Engels que temía que Musch no se recuperase, pero once días más tarde dijo que había mejorado visiblemente, y el médico dijo que había motivos para la esperanza. Lo importante era que Musch estaba muy débil y no estaba nada claro que pudiese resistir el tratamiento necesario para fortalecerle lo suficiente como para viajar al campo —lejos del viciado aire de Londres— donde, según el médico, podría recuperarse totalmente.

Marx siguió velando a su hijo, estando a su lado y acompañándole cada vez que se levantaba de la cama. Lenchen también estaba continuamente con el muchacho. Jenny, sin embargo, estaba tan consternada ante la perspectiva de perder a su hijo, al que se refería como su orgullo, su alegría, su ángel, el hijo de su corazón, que procuraba quedarse en la habitación delantera, lejos de su hijo, que estaba en cama en la trasera, cerca del único hogar del apartamento. Temía que sus lágrimas asustasen al chico. Pero Musch, aquel muchacho de mirada expresiva y cabeza grande, era muy listo, y decía a sus hermanas: "Cuando mamá viene a hacerme compañía, siempre me tapa las manos y los brazos para no ver lo delgado que están." Sabía lo que su madre temía.

Mientras Edgar estaba enfermo, las niñas cuidaban de Eleanor y no perdían de vista a la nodriza irlandesa, que era alegre y de natural bonda-

dosa, pero que tenía predilección por el brandy y la ginebra. Jenny decía que las niñas "la vigilaban como un halcón," y finalmente Eleanor se hizo más fuerte. Engels se hizo cargo de escribir los artículos de Marx para el *Tribune*, y de este modo entraba al menos un poco de dinero en la casa. El 30 de marzo Marx le dijo a Engels que la salud de Musch cambiaba de hora en hora. Pero las fluctuaciones implicaban más pasos atrás que adelante. La enfermedad del muchacho parecía haberse convertido en una especie de consunción abdominal, una forma de tuberculosis, y aunque no lo decía abiertamente, el médico parecía haber perdido la esperanza. Marx escribió: "Durante la pasada semana la tensión emocional ha hecho que mi mujer esté peor que nunca. En cuanto a mí, aunque me sangra el corazón y me arde la cabeza, tengo, naturalmente, que mantener la compostura. Ni un solo momento durante su enfermedad mi hijo ha sido infiel a su carácter bondadoso y al mismo tiempo independiente".

El 6 de abril Marx escribió a Engels: "El pobre Musch nos ha dejado. Hoy, entre las cinco y las seis se ha quedado dormido (literalmente) en mis brazos. Comprenderás cómo lamento su muerte". Su hijo, el maravilloso granujita, el coronel, cuya imaginación, vitalidad y buen humor habían sido la auténtica savia vital de la familia, ya no estaba; su carita macilenta, su carne fría al tacto. Tras él, en las pequeñas habitaciones bajo el alero de un desvencijado edificio, en un barrio que era una cochambrosa colmena, en la ciudad más grande del mundo, quedó una angustiosa soledad.

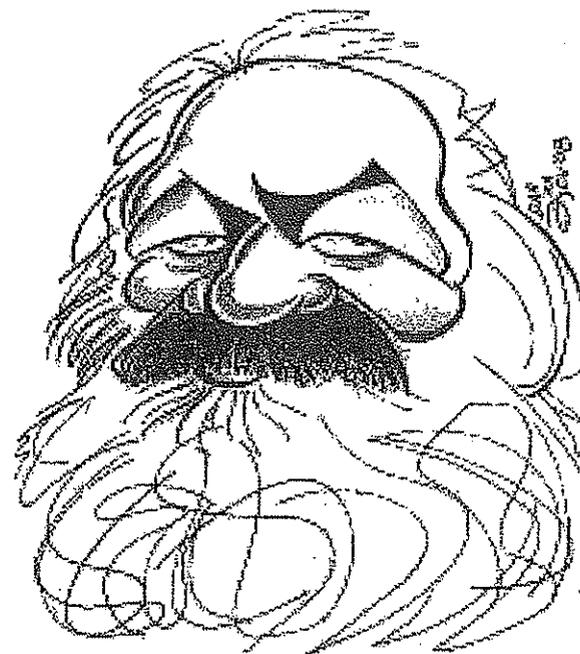
Liebkecht describió la escena en la casa de Marx inmediatamente después de que Musch fuese declarado muerto. Jenny y Lenchen lloraban sobre su cuerpo, una a cada lado, junto con las niñas, a las que Jenny agarraba con tanta fuerza que parecía que quería defenderlas de la muerte que le había arrebatado a su hijo. Marx rechazó enojado todo consuelo; la muerte de su hijo no había sido una pérdida, había sido un robo.

Pero ¿quién era el ladrón? Musch había muerto de tuberculosis intestinal, una enfermedad nada infrecuente, pero en su caso exacerbada por una mala nutrición y unas condiciones de vida poco saludables. Ningún padre en circunstancias similares podría dejar de preguntarse qué podía haber hecho para evitar aquel trágico resultado, y no cabe duda de que Marx y Jenny también se lo preguntaron. Tampoco cabe duda de que aquel descenso al rincón más oscuro de sus almas solo podía haberles llevado a una conclusión: el camino revolucionario que habían elegido

era lo que lo había matado. Era el tercer hijo que perdían Marx y Jenny, pero su muerte era mucho más dolorosa. Jenny confesó que el día del fallecimiento de Musch fue el más terrible de su vida, peor que todos sus anteriores sufrimientos combinados. Un amigo de la familia dijo que la muerte de Musch hizo que el cabello moteado de canas de Marx se volviese blanco de la noche a la mañana.

(Fragmento del libro *Amor y Capital*, de Mary Gabriel, editado por *El Viejo Topo*) http://www.elviejotopo.com/web/libros_novedades.php

Capítulo 3



Nuestro Marx: un revolucionario con quien podemos debatir los militantes del siglo XXI

Como ya se advirtió en el capítulo anterior, Marx no fue un hombre ajeno a su tiempo. Muy por el contrario, su acción y su pensamiento estuvieron enraizados en la realidad del mundo en que vivió, más precisamente, de aquella Europa que se autoconcebía como centro del orbe, el punto más alto en la evolución de la civilización o cultura humana y motor del progreso universal. Lo que hoy denominamos, en suma, *eurocentrismo* y con sobrados motivos asociamos al colonialismo, el racismo y los fenómenos de irracionalismo asociados al avasallante racionalismo instrumental, todo lo cual no resultaba en modo alguno evidente para los europeos de entonces.

En aquella Europa había surgido una forma de organización social a la que recién a mediados del siglo XIX se le aplicó el sustantivo con que hoy la conocemos: capitalismo. Forma social que, además de expoliar los bienes de todo el planeta, generaba en el seno mismo de las metrópolis capitalistas una masa creciente y pauperizada de hombres y mujeres a la que se imponía (de



ser necesario con los métodos más barbaros y violentos) una nueva y férrea disciplina laboral (Marx hablará del "despotismo de la fábrica") alienada y alienante. No habían terminado de desaparecer ni la vieja segmentación estamental, ni el ordenamiento político del Antiguo Régimen que la Revolución Francesa había comenzado a demoler, cuando ya un nuevo y descarnado antagonismo social enfrentaba a burgueses y proletarios. Y a la vez, otras opresiones, de género, nacionalidad y cultura se interconectaban con las diferencias de clase. Las ideas y concepciones filosóficas, políticas, económicas y científicas que se debatían en aquel período de aceleradas transformaciones generaban un nuevo y dinámico ambiente intelectual al que no podía ser ajeno el pensamiento de Marx.

A partir de esto, el revolucionario ruso Vladimir I. Lenin, en la que posiblemente sea más difundida presentación de la génesis del pensamiento de Marx, sostenía que "su doctrina surgió como la continuación directa e inmediata de las doctrinas de los más grandes representantes de la filosofía, la economía política y el socialismo", agregando: "El marxismo es el heredero legítimo de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés" (Ver anexo 9: *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*). Por prestigiosa y autorizada que sea la opinión del dirigente bolchevique, basada a su vez en la de Karl Kautsky, el más destacado teórico del Partido Socialdemócrata Alemán y la Segunda Internacional, no corresponde aceptarla a libro cerrado. Por el contrario, es preciso establecer con el máximo rigor posible qué tipo de relaciones existen entre Marx (y sus textos) con dichas fuentes.

El desaparecido marxista brasileño José Chasin sostuvo que "antes de interpretar o criticar es inevitablemente necesario comprender y dar prueba de haber comprendido"¹, y tras una rigurosa consideración de la producción marxiana, llegó a la conclusión de que, sin desmedro de reconocer que Marx abrevara con provecho en las mencionadas fuentes (y en otras muchas, como Baruch Spinoza, cabe agregar) lo que real-

1 José Chasin, Marx. *Ontología y método*. Buenos Aires: Herramienta, 2015, pág. 29.

mente importa es reconocer que el discurso marxiano, su naturaleza teórica o teórico-práctica y el complejo de categorías que le dan su peculiar fisonomía, irrumpe y se afirma con radical originalidad. Originalidad que sorprendió y desconcertó, tanto a sus contemporáneos como a gran parte de los exégetas posteriores, como lo prueba la cantidad y disparidad de las interpretaciones que suscitó y suscita aún hoy.

Una primera pista para entender cabalmente la singularidad marxiana se encuentra en el precoz y raigal sentido de responsabilidad y compromiso social que puede advertirse ya en una de las monografías con que el jovencito Karl terminó sus estudios secundarios:

La principal consideración que debe guiarnos en nuestra elección de profesión es el bien de la humanidad, nuestra plenitud [...]. Cuando hemos escogido la profesión en la que podemos contribuir mejor a la humanidad, las responsabilidades nunca nos hundirán porque son sacrificios por el bien de todos.²

Más allá de las resonancias del *deber ser* kantiano que se advierten en la composición del adolescente, encontramos allí expresiones que ganan mayor peso y significación cuando reaparecen en labios del Marx maduro: "quienes tienen la suerte de poder dedicarse a los estudios científicos deben ser también los primeros en poner sus conocimientos al servicio de la humanidad". Así se lo dijo a su yerno y camarada Paul Lafargue³ y en su correspondencia abundan expresiones con igual sentido.

Más importante aún es advertir que, pocos años después, el brillante estudiante universitario que participaba de las lecturas y discusiones de los Jóvenes hegelianos se diferenciaba de sus amigos del *Club de los doctores* declarándose insatisfecho con un filosofar reducido a confrontaciones teológicas y meramente especulativas. Marx no escondía su ateísmo, creía necesario e incluso imprescindible combatir el oscurantismo religioso, pero deploraba la falta de atención a la política:

2 "Observación de un joven en la elección de su profesión", citado por Jonathan Sperber, *Karl Marx. Una vida decimonónica*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2013, pág. 49.

3 Paul Lafargue, "Recuerdos de Marx", en AA. VV., *Cómo era Carlos Marx. Visto por quienes lo conocieron*. www.omegalfa.es Biblioteca Libre, pág. 4.

Los aforismos de Feuerbach tan sólo no me convencen en el punto de que alude mucho a la naturaleza y muy poco a la política. Ésta es sin embargo la única alianza por la que la filosofía actual puede hacerse verdad.⁴

Marx se orienta desde entonces hacia una renovada crítica de la política y de la relación sociedad civil/Estado. Inicialmente se apoyó en Feuerbach (el más consecuente y consistente de los críticos de Hegel) para romper expresamente con el carácter especulativo de todo el idealismo alemán, y luego, casi inmediatamente, se distancia del mismo Feuerbach, declarándose partidario de un nuevo materialismo, asumiéndose como un materialista práctico, o un materialista comunista, según escribió en las *Tesis sobre Feuerbach* y en algunos pasajes de *La ideología alemana*.

Cabe suponer, por otra parte, que tomar una parte de la filosofía alemana, para ensamblarla con parte de la economía política inglesa y repetir la operación con parte del socialismo francés, aún si en cada caso se escogiera lo mejor, difícilmente pueda conducir a "una nueva y armoniosa síntesis". De tal procedimiento, lo más probable sería obtener una amalgama, un híbrido de dudosa trascendencia. En cualquier caso, lo cierto es que al *devorar* una descomunal cantidad de libros, revistas, documentos oficiales y estadísticas, lo que Marx hacía estaba lejos de ser un *bricolaje*. Disculpándose con una de sus hijas por importunarla con sus reclamos de libros, y en términos coloquiales, Marx se autodefinió como "una máquina traga-libros":

Seguramente te imaginarás, mi querida niña, que amo mucho a los libros [...]. Pero te equivocas. Yo soy una máquina condenada a tragarlos, y devolverlos luego, con una nueva forma, como una papilla para la gleba de la historia.⁵

4 Carta dirigida a Ruge en marzo de 1843, citada por Ernst Bloch, *El principio esperanza*. Biblioteca Filosófica Aguilar, vol. 1, pág. 188 <http://anocheioalmitadella.blogspot.com>

5 Citado en Pierre Dardot & Christian Laval, *Marx, Prénom: Karl*. París: Gallimard, 2012, pág. 26.

La *boutade* debe ser tomada en serio, porque efectivamente, como destacan los estudiosos franceses Pierre Dardot y Christian Laval,

La operación característica de esta máquina marxiana, es la crítica como recuperación y transformación de textos. Por eso en cada texto de Marx hay que tomar nota del gran volumen de lecturas realizadas, del espesor de aquellos textos de los que su trabajo crítico se apoderó, de todos los libros y artículos que asimiló, re-copió y corrigió, de todas las ideas y enunciados que reformula, y literalmente, desbordan sus escritos.⁶

Vale decir: Marx se relacionó con una inmensa cantidad de autores de manera tal que asimilándolos simultáneamente los transformaba en instrumentos conceptuales y nuevos textos originales, sin desmedro de que puedan encontrarse allí ecos, sombras o reflejos de textos *deglutidos* que, así *reconvertidos*, reaparecen de tanto en tanto y deliberada o inadvertidamente, mezclados con las palabras y el discurso del propio Marx. Son textos que admiten e incluso requieren, en cierto sentido, una lectura intertextual.

Aquella voracidad o *bulimia* intelectual de Marx, que siempre encontraba algo más para leer y agregar a sus trabajos y que desesperaba a los editores porque postergaba *ad infinitum* la entrega de los textos para imprenta, puede parecer amén de insaciable, errática. Sin embargo, esa interminable investigación estaba motorizada y presidida por una disposición muy clara y absolutamente innovadora. Bien lo explica Istvan Mészáros, cuando destaca que el ajuste de cuentas del joven Marx con el idealismo alemán (y consigo mismo) representó

...una reorientación de la filosofía, inequívocamente clara y radical, dirigida hacia los "hombres reales y activos"; en la dirección de su "proceso real de desarrollo, perceptible empíricamente", en dirección a su "proceso de vida material" considerado dialécticamente como un proceso de vida activo; en suma: en dirección a la representación "de la actividad práctica, del proceso práctico de desarrollo de los hombres". Esto se adecuaba bien a la inspiración juvenil de

6 Dardot & Laval, *ob. cit.*, pág. 29.

“buscar la idea en la propia realidad”, naturalmente, entendida sin embargo en un nivel mucho más elevado, visto que la última formulación indicaba, en la referencia a la práctica social, también la solución, mientras que la primera se reducía a una intuición “si bien genial” del problema en sí.⁷

Despejada la equívoca idea de que el pensamiento de Marx deba ser considerado continuación directa e inmediata de las mencionadas tres fuentes, cabe estudiar cómo y cuándo las utilizó el revolucionario nacido en Tréveris. Amén del inicial interés que lo llevo a adquirir una muy sólida formación en filosofía, sobre la cual algo ya se dijo y se retomará en un próximo capítulo, estudió con apasionado interés todo lo relativo al socialismo francés. Más precisamente, recurrió en primer lugar a los historiadores de la Gran Revolución que hacia fines del siglo XVIII había liquidado al rey de Francia y expulsado del poder a la aristocracia. En aquella revolución dirigida por la burguesía contra el Antiguo Régimen, Marx supo advertir elementos de una revolución moderna, en el sentido de que no sólo había significado un cambio en las alturas, sino también en las relaciones sociales, en función de proyectos más o menos conscientes que fueron modificándose sobre la marcha y en función del choque de los intereses y proyectos de diversas fuerzas sociales... Sobre la marcha, por ejemplo, aquella Revolución Francesa había tomado una decisión drástica, como las que a veces deben adoptar las revoluciones: decapitó a los reyes de Francia, cortando con el filo de la guillotina la vieja y arraigada superstición de que el poder de las monarquías tenía un carácter divino. Así se demostró que los hombres podían prescindir de la testa coronada del monarca y pensar con sus propias cabezas una manera distinta de gobernarse. En aquel acontecimiento histórico, Marx buscaba también experiencias e indicios que pudieran ser útiles para las futuras revoluciones obreras, tal y como también lo hicieron, años después, Lenin, Trotsky o Rascovsky. Tomó nota de que los obreros (o sus antecesores, enrolados en el ala más radical de los *sans-culottes*)

7 István Mészáros, *Filosofía, ideología e ciencia social*. San Pablo: Boitempo, 2008, pág. 103.

que habían participado en aquella revolución conformando su fuerza más decidida, una vez derrotada la aristocracia, fueron tratados por la burguesía sin ningún miramiento: volver al trabajo, sin derecho a hacer huelga, ni a formar sindicatos, ni a votar, ni siquiera a una verdadera república democrática. Leyó también al utopista francés Claude Saint-Simón y a otros precursores del socialismo críticos de tal o cual aspecto del capitalismo. El estudio de las diversas fases de la Revolución Francesa, incluyendo la victoria del Termidor y la derrota de *la conjura de los Iguales* liderada por Babeuf, despertó una temprana intuición en Marx: para romper los límites puestos por la burguesía en defensa de sus intereses de clase, los obreros deberían avanzar hasta ponerse en condiciones de hacer una radical revolución social que, en lugar de reemplazar el dominio de una clase por otra clase, terminase con la división y explotación de clase. También adquirió la convicción que una verdadera revolución debe ser, necesariamente, un proceso internacional.

Como ya se recordó, el Viejo Continente estaba en plena transformación, no sólo en el plano político-estatal, sino también y sobre todo a nivel de lo que, según sus palabras, constituía la anatomía de la sociedad civil. Marx comprendió entonces la necesidad de ocuparse y preocuparse con esa revolución industrial, ya en pleno desarrollo en Gran Bretaña, que introducía máquinas que multiplicaban la capacidad productiva y la sumisión del obrero al capital. Por ello, se impuso el estudio riguroso (y como siempre, crítico) de David Ricardo y los demás economistas “clásicos”, e Inglaterra se convirtió en punto de referencia para la crítica del capital y de la economía política. También para aprender de las experiencias de organización obrera en lucha contra la explotación capitalista, desde el movimiento de protesta y sabotaje conocido como *rebelión de los luditas* (por su inspirador, el artesano Ned Luddlam) en 1811 y, sobre todo, el movimiento Cartista, que organizó y movilizó masivamente a los trabajadores de Inglaterra tras objetivos políticos y de reforma económica y social. Marx admiraba la capacidad organizativa de la clase obrera inglesa, sin dejar de ser un crítico implacable de las limitaciones que, una y otra vez, la colocaban a la cola de sus explotadores: en primer lugar, el chauvinismo y racismo con que el

proletariado inglés trataba a los superexplotados trabajadores irlandeses (por añadidura, católicos), así como también la subordinación de los dirigentes laborales a las combinaciones electorales conducidas por los liberales.

En el terreno específicamente político, a juicio de Marx las experiencias más avanzadas y dinámicas eran las protagonizadas por la clase obrera francesa, para la cual las estrofas de *La Marsellesa* seguían resonando como himno revolucionario que alentaba nuevos combates: por las irrealizadas aspiraciones democráticas, enlazadas con el reclamo de República social. No en balde, el contacto en París con los emigrados alemanes, con los revolucionarios que allí afluían de toda Europa y, muy especialmente, con los círculos obreros tan activos en Francia, fue un factor muy importante en la "conversión" de Marx al comunismo.

Por lo demás, alemán al fin y unido por fuertes vínculos personales y políticos con los trabajadores del territorio en el que había nacido (y junto a los cuales luchó físicamente, cuando las circunstancias lo exigieron y lo permitieron), siguió también con mucha atención (y preocupación, sobre todo hacia el final de sus días) el imponente desarrollo del Partido Obrero Social-Demócrata de Alemania que llegó a ser, indudablemente, el más importante e influyente de toda Europa.

Marx logró también mantenerse al tanto de los desarrollos y cambios, por momentos vertiginosos, en las ciencias y la tecnología de la época, repartiéndose para ello el estudio de temas y libros con su amigo Engels. Las matemáticas, la física, la química, la geología, la biología, la antropología, la tecnología puede decirse que prácticamente no hubo disciplina sobre la que no se interiorizara, tomando notas, formulando agudos comentarios y utilizando siempre críticamente la información acumulada.

La magnitud y diversidad de la producción intelectual de Marx queda evidenciada con la sola mención de sus escritos. Los de su temprana juventud: el *Cuaderno Spinoza* y la tesis doctoral *Diferencia entre la Filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro* (1841) y, en un segundo momento, los artículos periodísticos en los *Anales* y la *Gaceta Renana*; la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1842-43); *Sobre la cuestión*

judía (1843); *Contribución a la crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel. Introducción* (1843). Los del joven Marx, en el momento del doble pasaje desde el democratismo radical al comunismo y desde el idealismo al nuevo materialismo: los *Manuscritos económico-filosóficos* (1844) y los cuadernos con apuntes de la lectura de diversos economistas; *La sagrada familia* (con Engels, 1845); *Tesis sobre Feuerbach* (1845) y los distintos textos reunidos en *La ideología alemana* (con Engels, 1845-46). Finalmente, los que jalonan su obra madura: *Miseria de la Filosofía* (1847); *Manifiesto comunista* (escrito por Marx pero firmado en conjunto con Engels, 1848); *Trabajo asalariado y capital* (1849); *Las luchas de clases en Francia* (1850); *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1851); *Los grandes hombres del exilio* (con Engels y Dronke, 1852); *Historia de la vida de lord Palmerston* (1865); *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*; *Contribución a la crítica de la economía política capitalista* (1859); *El señor Vogt* (1860); *Manuscritos de 1861-63* (borradores luego utilizados para la *Teoría de la plusvalía*); la conferencia *Salario, precio y ganancia* y *El capital* libro I (1865); los borradores para los libros II y III de *El capital* (1867 y ss.); *La guerra civil en Francia* (1871); *Crítica del Programa de Gotha* (1875); *Glosas marginales al Manual de Economía política de Adolph Wagner* (1881-82); *Apuntes etnológicos* (1880-83)... A lo que deben sumarse miles de páginas de artículos escritos para decenas de periódicos de muchos países y una monumental correspondencia: se conservan más de cuatro mil cartas de Marx y Engels —la mitad entre ellos mismos— y otras diez mil que les fueron dirigidas.

La mayor parte de ese material, disperso en diversos archivos, recién comenzó a ser publicado muchos años después de muerto Marx, y aún hoy se siguen rescatando, traduciendo y preparando para la edición, textos prácticamente desconocidos que habían permanecido manuscritos con una pequeña letra casi ilegible, sobre todo en alemán aunque intercalando citas y expresiones en inglés, francés, griego y latín. La nueva edición crítica de las obras completas de Marx y Engels (*Marx-Engels Gesamtausgabe 2*), actualmente en curso, ocupará ¡114 volúmenes, en 122 tomos!

Pero constituiría una seria distorsión histórica que el reconocimiento que merece Karl Marx como agudo investigador y teórico descollante y prolífico, opacara o relegase a un segundo plano el no menos merecido reconocimiento del rol de Marx como activo militante, impulsor, organizador y asesor del movimiento obrero internacional en general, y del movimiento obrero alemán en particular: desde el Comité Comunista de Correspondencia y la Liga de los Comunistas, hasta la Primera Internacional o Asociación Internacional de Trabajadores y, tras la disolución de ésta, contribuyendo a la orientación de los partidos obreros que comenzaron a surgir en Alemania, Francia, Bélgica, etcétera. E incluso de los revolucionarios rusos, a los que prestó creciente atención hacia el fin de sus días. Ya volveremos sobre todo esto.

Es indudable que Marx fue un hombre decimonónico, y no sólo porque así lo indique su fecha de nacimiento. Su personalidad y formación estuvieron en muy diversos aspectos marcados por valores culturales y pautas de conductas propias de aquella época. Algunas, adquiridas desde la infancia, en un hogar relativamente acomodado, con un padre profesional del derecho e ilustrado al que recordó con respeto y reconocimiento durante toda la vida. Enfrentado al oscurantismo religioso característico del imperio prusiano, fue sensible al impetuoso desarrollo de los conocimientos científicos y las ilusiones en el progreso que aquella Europa cultivaba. Impactado por la incesante revolución que la búsqueda de plusvalía motorizaba en el terreno productivo, así como también en las ciencias y técnicas de la época, fue también sacudido por revoluciones teóricas como la teoría de la evolución y los desarrollos de la física o la química. Por ello, no es sorprendente encontrar en textos de Marx elementos de eurocentrismo, patriarcalismo, positivismo, de ilusiones en el progreso. No faltan quienes han insistido hasta la exageración en la importancia de tales marcas de época, y algunos llegan a sostener que el pensamiento y elaboraciones de Marx, referidos a un momento histórico y un horizonte cultural pretérito, carecen ahora de actualidad y eficacia (es por caso la opinión del biógrafo Jonathan Sperber). Por arbitrarias que nos parezcan estas valoraciones, sesgadas por prejuicios e incomprendimientos teóricos y políticos, debemos sin embargo

asumir el desafío y los interrogantes que implican. ¿Tiene sentido proponerse un *diálogo* con Karl Marx desde el siglo XXI? ¿En qué aspectos envejecieron sus análisis del capital? ¿Qué valor conservan sus indicaciones políticas en un contexto de capitalismo global y un proletariado tan distinto al de entonces? ¿Es aplicable su análisis crítico del capitalismo surgido en Inglaterra a la situación en nuestra América? ¿Cómo asumir e interpretar las diversas y sucesivas crisis del marxismo? Derrumbadas las falsas certezas del marxismo-leninismo-stalinismo, las reales incertidumbres y debates entablados entre los mil (y un) marxismos plantean múltiples interrogantes que admiten o, mejor aún, requieren respuestas complementarias, a partir de un hecho incontrovertible:

Devenido efectivamente planetario, el capital es, más que nunca, el espíritu de nuestra época sin espíritu y el poder impersonal del reino de la mercancía. Nuestro horizonte plomizo y nuestro triste destino. Mientras él domine las relaciones sociales, la teoría de Marx seguirá siendo actual y su novedad siempre recomenzada constituirá el reverso y la negación del fetichismo mercantil universal.⁸

De allí se deriva lo que el colombiano Renán Vega Cantor bien llama la terca actualidad de Marx en un comentario que reproducimos *in extenso* (ver anexo 10: *Marx y el siglo XXI*). En primer lugar, un mínimo requisito de seriedad y honestidad intelectual exige prestar la debida atención al hecho de que el trabajo de Marx se desarrolló a lo largo de un prolongado período de más de cuarenta años, en el curso de los cuales su pensamiento experimentó no solo diversos desarrollos, sino también alteraciones y enriquecimientos, en buena medida por la confrontación de lo ya elaborado con circunstancias históricas cambiantes, por las experiencias y nuevos rasgos de la lucha de clases y, por último pero no en importancia, por la íntima convicción del mismo Marx para quien era inconcebible la teorización revolucionaria sin un continuado ejercicio crítico y autocrítico atento a la praxis y apuntado siempre a obtener un saber real sobre las determinaciones del objeto de estudio.

⁸ Daniel Bensaïd, *Marx intempestivo. Grandezas y miserias de una aventura crítica*. 2ª edición, Buenos Aires: Herramienta, 2013, pág. 19.

También corresponde tener en cuenta que el empeño teórico y político de Marx no puede juzgarse limitándose a una gran obra (para el caso, *El capital*) considerada definitiva. Su legado es más bien un inmenso *corpus* heterogéneo y polimorfo, y más importante que una obra resulta ser el obrador de Marx, los textos que el autor mandó a imprenta, pero también las hipótesis, proyectos, borradores, sucesivas redacciones. Allí se encuentran algunos trabajos terminados, otros a medio hacer y muchos apenas esbozados, planos con tachaduras y enmiendas, herramientas conceptuales de dispar valor: desde instrumentos sofisticados y de probada efectividad junto a otros de dudosa utilidad. Es hora de asumir que el audaz proyecto crítico de Marx quedó inconcluso, pues comprender esto debe llevar a hacernos cargo colectivamente de un legado que impone una lectura crítica, dinámica y abierta en un doble sentido. Por un lado, atenta a registrar en ese *corpus* textual de indudable coherencia, las vacilaciones, aporías e incluso contrasentidos que son también parte de la investigación marxiana, tanto más que siendo inacabada (y por ello mismo), aporta sin duda un cúmulo de conocimientos relativamente verificados, arrastra también aquellos problemas que Marx no resolvió y que siguen siendo nuestros problemas, los que enfrenta la praxis revolucionaria en nuestros días. En otro plano, esta apertura consiste también, como señala nuestro compañero Michael Löwy, en disposición a:

...aprender y enriquecerse con las críticas de los aportes provenientes de otros sectores, en primer lugar, de los movimientos sociales, [...] "revisitar" las otras corrientes socialistas y emancipadoras [...] cuyas intuiciones, ausentes o poco desarrolladas en el "socialismo científico", a menudo se revelaron fecundas [...] finalmente, la renovación crítica del marxismo exige también su enriquecimiento por medio de las formas más avanzadas y más productivas del pensamiento no marxista [...] así como la consideración de los resultados limitados pero a menudo útiles de las diversas ramas de la ciencia social universitaria.⁹

9 Michel Löwy, *La teoría de la revolución en el joven Marx*. Buenos Aires: Herramienta, 2014, págs. 16-17

Con estas precauciones cabe insistir, con pleno convencimiento y énfasis, que Marx es un revolucionario con el que podemos y debemos debatir los militantes del siglo XXI. Digo incluso que nunca existió tanta necesidad (y posibilidad) de llevar adelante esta discusión. (Ver anexo 11: *El capitalismo universal*).

Néstor Kohan escribió un libro titulado, precisamente, *Nuestro Marx*, y cuando le preguntaron por qué dicho título, contestó:

...hace referencia a la pluralidad de tradiciones dentro de la familia marxista. Aunque por economía de lenguaje hablemos y escribamos en singular, en realidad existen muchos marxismos. Y de hecho hay muchos Marx. Debemos reconocerlo sin sonrojarnos ni avergonzarnos. El nuestro es, o al menos pretende ser, un Marx posible, no el único, sino el nuestro. Es el Marx del marxismo revolucionario, interpretado desde América Latina y el tercer mundo, desde el mundo periférico y dependiente e interpelado desde una nueva generación que aspira a retomar en el mundo contemporáneo la ofensiva política, ideológica y cultural por décadas abandonada en función de derrotas y fracasos ajenos, suspiros y nostalgias que no nos pertenecen. Ya es hora de dejar de suspirar "por los buenos y bellos tiempos que se han ido y no volverán". Ya es tiempo de dejar atrás los complejos de inferioridad y las bienintencionadas pero inoperantes "defensas del marxismo" (como si este *corpus* teórico y político fuera un barco que va a naufragar, una fortaleza sitiada o una ciudad en crisis que se apresta a enfrentar una invasión) para retomar la ofensiva ideológica. Que se defiendan nuestros enemigos. Hay que quitarle la iniciativa al enemigo. Nuestro Marx es entonces un Marx que pretende ser contemporáneo y al ataque.¹⁰

Modestamente, yo pienso lo mismo.

10 "El marxismo es un universo abierto": Entrevista a Néstor Kohan de Salvador López Arnal, 29 enero 2014 www.rebellion.org/noticia.php?id=180083

Anexos del capítulo 3

Anexo 9: Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo

La historia de la filosofía y la historia de la ciencia social muestran con diáfana claridad que en el marxismo nada hay que se parezca al "sectarismo", en el sentido de que sea una doctrina fanática, petrificada, surgida al margen de la vía principal que ha seguido el desarrollo de la civilización mundial. Por el contrario, lo genial en Marx es, precisamente, que dio respuesta a los problemas que el pensamiento de avanzada de la humanidad había planteado ya. Su doctrina surgió como la continuación directa e inmediata de las doctrinas de los más grandes representantes de la filosofía, la economía política y el socialismo. [...] El marxismo es el heredero legítimo de lo mejor que la humanidad creó en el siglo XIX: la filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés. Nos detendremos brevemente en estas tres fuentes del marxismo, que constituyen, a la vez, sus partes integrantes.

I La filosofía del marxismo es el materialismo. [...] Pero Marx no se detuvo en el materialismo del siglo XVIII, sino que desarrolló la filosofía llevándola a un nivel superior. La enriqueció con los logros de la filosofía clásica alemana, en especial con el sistema de Hegel, el que, a su vez, había conducido al materialismo de Feuerbach. El principal de estos logros es la dialéctica, es decir, la doctrina del desarrollo en su forma más completa, profunda y libre de unilateralidad, la doctrina acerca de lo relativo del conocimiento humano, que nos da un reflejo de la materia en perpetuo desarrollo. [...] Marx profundizó y desarrolló totalmente el materialismo filosófico, e hizo extensivo el conocimiento de la naturaleza al conocimiento de la sociedad humana. El materialismo histórico de Marx es una enorme conquista del pensamiento científico. [...] La filosofía de Marx es un materialismo filosófico acabado, que ha proporcionado a la humanidad, y sobre todo a la clase obrera, la poderosa arma del saber.

II Después de haber comprendido que el régimen económico es la base sobre la cual se erige la superestructura política, Marx se entregó sobre todo al estudio atento de ese sistema económico. La obra principal de Marx, *El capital*, está consagrada al estudio del régimen económico de la sociedad moderna, es decir, la capitalista. La economía política clásica anterior a Marx surgió en Inglaterra, el país capitalista más desarrollado. Adam Smith y David Ricardo, en sus investigaciones del régimen econó-

mico, sentaron las bases de la teoría del valor por el trabajo. Marx prosiguió su obra; demostró estrictamente esa teoría y la desarrolló consecuentemente; mostró que el valor de toda mercancía está determinado por la cantidad de tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción. Allí donde los economistas burgueses veían relaciones entre objetos (cambio de una mercancía por otra), Marx descubrió relaciones entre personas. [...] La teoría de la plusvalía es la piedra angular de la teoría económica de Marx. El capital, creado por el trabajo del obrero, oprime al obrero, arruina a los pequeños propietarios y crea un ejército de desocupados. [...] Al azotar la pequeña producción, el capital lleva al aumento de la productividad del trabajo y a la creación de una situación de monopolio para los consorcios de los grandes capitalistas. La misma producción va adquiriendo cada vez más un carácter social—cientos de miles y millones de obreros ligados entre sí en un organismo económico sistemático—, mientras que un puñado de capitalistas se apropia del producto de este trabajo colectivo. Se intensifican la anarquía de la producción, las crisis, la carrera desesperada en busca de mercados, y se vuelve más insegura la vida de las masas de la población. Al aumentar la dependencia de los obreros hacia el capital, el sistema capitalista crea la gran fuerza del trabajo conjunto. [...] El capitalismo ha triunfado en el mundo entero, pero este triunfo no es más que el preludio del triunfo del trabajo sobre el capital.

III Cuando fue derrocado el feudalismo y surgió en el mundo la "libre" sociedad capitalista, en seguida se puso de manifiesto que esa libertad representaba un nuevo sistema de opresión y explotación del pueblo trabajador. Como reflejo de esa opresión y como protesta contra ella, aparecieron inmediatamente diversas doctrinas socialistas. Sin embargo, el socialismo primitivo era un socialismo utópico. Criticaba la sociedad capitalista, la condenaba, la maldecía, soñaba con su destrucción, imaginaba un régimen superior, y se esforzaba por hacer que los ricos se convencieran de la inmoralidad de la explotación. Pero el socialismo utópico no podía indicar una solución real. No podía explicar la verdadera naturaleza de la esclavitud asalariada bajo el capitalismo, no podía descubrir las leyes del desarrollo capitalista, ni señalar qué fuerza social está en condiciones de convertirse en creadora de una nueva sociedad. Entretanto, las tormentosas revoluciones que en toda Europa, y especialmente en Francia, acompañaron la caída del feudalismo, de la servidumbre, revelaban en forma cada vez más palpable que la base de todo desarrollo y su fuerza motriz era la lucha de clases. [...] El genio de Marx

consiste en haber sido el primero en deducir de ello la conclusión que enseña la historia del mundo y en aplicar consecuentemente esas lecciones. La conclusión a que llegó es la doctrina de la lucha de clases. [...] Sólo el materialismo filosófico de Marx señaló al proletariado la salida de la esclavitud espiritual en que se han consumido hasta hoy todas las clases oprimidas. Sólo la teoría económica de Marx explicó la situación real del proletariado en el régimen general del capitalismo. En el mundo entero, desde Norteamérica hasta el Japón y desde Suecia hasta el África del Sur, se multiplican organizaciones independientes del proletariado. Éste se instruye y educa al librar su lucha de clase, se despoja de los prejuicios de la sociedad burguesa, está adquiriendo una cohesión cada vez mayor y aprendiendo a medir el alcance de sus éxitos, templa sus fuerzas y crece irresistiblemente.

V. I. Lenin, en *Prosveschenie* nº 3, marzo de 1913, Tomado de Marxist Internet Archive [http://www.marx2mao.com/M2M\(SP\)/Lenin\(SP\)/CPM13s.html](http://www.marx2mao.com/M2M(SP)/Lenin(SP)/CPM13s.html) V. I. Lenin

Anexo 10: Marx y el siglo XXI

Podemos señalar en forma somera los aspectos que perviven de la obra y pensamiento de Marx. El primero, y más evidente en la situación actual, la crítica del capitalismo y todos los elementos que le son asociados, como la generalización del poder de la mercancía —el valor de cambio en contra del valor de uso—, del fetichismo de la mercancía, de la propiedad privada de los medios de producción en pocas manos, a cambio de la desposesión generalizada de la mayor parte de los seres humanos del planeta. Marx no sólo formula el más acertado y demoledor diagnóstico de las características del capitalismo, sino que además reivindica la acción humana como fuerza motriz del cambio histórico, que permite al hombre abandonar el reino de la prehistoria, en la que predomina el capital, la mercantilización, la enajenación y la opresión. En ese sentido, el proyecto de Marx es profundamente humanista, puesto que tanto el conocimiento social como las proyecciones políticas que se plantean deberían conducir a superar las inhumanas condiciones económicas y sociales que enajenan al hombre, y en primer lugar a los trabajadores. Es esa deshumanización y enajenación la que predomina en la actualidad, y lleva a que el capitalismo masacre a pueblos enteros a nombre

de la sacrosanta eficiencia y competitividad, para obtener resultados macroeconómicos "exitosos", no importa que eso signifique la ruina, el hambre y la muerte de cientos de miles de seres humanos. En estas condiciones, el planteamiento de Marx es profundamente ético, en la medida en que aunque su denuncia de la explotación no se basa en presupuestos morales, si reivindica la humanización del hombre como parte del proyecto de construir y reconstruir una nueva sociedad que supere la prehistoria actual.

El análisis de la acumulación de capital y sus consecuencias nefastas sobre los seres humanos y la naturaleza, tiende a resaltar el origen principal de la desigualdad entre los hombres, como un proceso eminentemente social y no natural, que debería ser remediado por la acción consciente de los sujetos históricos. En esta perspectiva, Marx no sólo critica al modo de producción capitalista sino que postula la necesidad de construir una sociedad alternativa —así en su época no se hubiera ocupado suficientemente de eso y así las experiencias históricas del siglo XX encaminadas a construir sociedades alternas al capitalismo no hayan sido exitosas—. Marx formula entonces una utopía en el mejor sentido de la palabra, pues vislumbra en el presente unas condiciones de futuro, indispensables para que los seres humanos y la sociedad en su conjunto abandonen el presente de explotación y desigualdad. Ese carácter utópico del pensamiento de Marx es un rechazo a la claudicación ante el presente capitalista, que ahora es considerado como un horizonte insuperable de la historia humana.

Desde luego que preservar la terca actualidad de Marx supone que los herederos actuales del legado superen todas aquellas limitaciones que también caracterizaron el pensamiento de Marx, que al fin y al cabo fue un pensador cuyo trasegar vital transcurrió en un contexto histórico particular. Así, se precisa abandonar la confianza ilimitada que Marx en determinados momentos expresó acerca de la ciencia y el progreso, superar ciertas manifestaciones de eurocentrismo, abandonar ciertas posturas de tinte hegeliano. Estas posturas hasta cierto punto eran comprensibles en su época, pues Marx era un europeo, hijo ideológico de la Ilustración que vivió en pleno período de expansión capitalista. Por supuesto, a la luz de las condiciones actuales, y luego de haber conocido los desastres producidos por la civilización, el progreso y la ciencia es necesario reevaluar la confianza decimonónica de Marx y más bien escarbar en esas otras partes de su obra en las que se vislumbran esbozos y atisbos de una crítica del progreso, de la ciencia de la técnica.

El pensamiento y la obra de Marx eran profundamente dialécticos y las afirmaciones optimistas que en ciertos casos hizo sobre la exportación de progreso por parte de las potencias capitalistas de la época, como fue el caso de Inglaterra o de los Estados Unidos, también fueron modificados en otras partes de su obra, cuando por ejemplo consideró el caso Irlandés o las consecuencias de la dominación inglesa en la India. Asimismo, pese a sus afirmaciones en algunos de sus escritos sobre el predominio de las fuerzas productivas, en sus análisis centrales del capitalismo se nota una crítica abierta a la ciencia y a la tecnología como nuevos instrumentos de la dominación capitalista. Crítica que hoy debe ser actualizada, para abandonar la fe y la confianza ciega que diversas tentativas socialistas depositaron en el progreso y la función supuestamente liberadora de la ciencia y la técnica.

La terca actualidad de Marx es fundamentalmente la de su espíritu y no la de su letra, aunque, paradójicamente, en muchos aspectos, su letra muestre una aterradora vigencia. Pues aún hoy deslumbran, por su perenne vitalidad, los desarrollos de las páginas consagradas al dinero en los *Manuscritos Económico-Filosóficos de 1844*, a la explotación en el primer volumen de *El capital*, a la subsunción real del trabajo al capital en el *Capítulo VI (Inédito) de El capital*, al librecambio al finalizar la década de 1840, a los efectos mundiales de la expansión del capitalismo en las páginas iniciales del *Manifiesto comunista*, etcétera.

Renán Vega C. (editor), "Presentación", en *Marx y el Siglo XXI. Una defensa de la historia y del socialismo*, Bogotá, Ediciones Pensamiento Crítico y Ediciones Antropos, 1999, págs. 35-37.

Anexo 11: El capitalismo universal

...afirmaremos que este es el momento en el que Marx debe y puede llegar plenamente, por primera vez, sin excluir la época histórica en la que vivió. Afirmamos esto por una simple razón: estamos viviendo en un momento en el que por primera vez el capitalismo se ha convertido en un sistema verdaderamente universal. Es universal no solo en el sentido de que es global y no solo en el sentido de que todo sujeto económico en el mundo de hoy, hasta los que viven en la periferia más lejana de la economía capitalista, está obrando de acuerdo a la lógica del capitalismo. El capitalismo es universal en el sentido de que su lógica —la lógica de la acumulación, la mercantilización, la maximización de las ganan-

cias, la competencia— ha penetrado virtualmente en todos los aspectos de la vida humana y de la naturaleza misma, en formas que no eran ni siquiera ciertas en los denominados países capitalistas avanzados hasta hace apenas una o dos décadas atrás. De modo que Marx es hoy más relevante que nunca, porque él, en forma más impresionante que ningún otro ser humano de su época o de ahora, dedicó su vida a explicar la lógica sistémica del capitalismo. [...] El capitalismo se ha vuelto universal. Se ha totalizado intensa y extensivamente. Es global en su alcance, y penetra hasta en el corazón y en el alma de la vida social y de la naturaleza. Por cierto, esto no significa necesariamente la desaparición del estado nación. Solo puede significar nuevos roles a cumplir por los estados nacionales, mientras la lógica de la competencia se impone no solo en las empresas capitalistas sino sobre las economías nacionales enteras, que con ayuda del Estado dirigen su competencia menos en las viejas formas puramente "económicas". Hasta el imperialismo tiene ahora una nueva forma. Ahora se prefiere llamarlo "globalización", pero esto es solo una palabra clave, más bien equívoca, para mencionar a un sistema en que la lógica del capitalismo se ha convertido en más o menos universal, y donde el imperialismo alcanzó sus metas, no tanto mediante las viejas formas de la expansión militar, sino desatando y manipulando los impulsos destructivos del mercado capitalista. De todos modos, aunque esta universalización del capitalismo ha expuesto ciertamente algunas contradicciones fundamentales en el sistema, tenemos que admitir que no hay síntomas de su desaparición en el futuro cercano. [...]

...supongamos que volvamos a Marx y a su análisis del capitalismo como un sistema autocerrado, que es lo que pienso que la propia totalidad del capitalismo en realidad nos permite hacer. Verdaderamente podemos comenzar a ver al mundo no como una relación entre lo que está adentro y lo que está afuera del capitalismo, sino como el desarrollo de las leyes internas del movimiento del capitalismo. Y eso facilitaría ver la universalización del capitalismo no solo como una medida del éxito, sino como una causa de su debilidad. El impulso del capitalismo a universalizarse no es una simple demostración de fuerza. Es una enfermedad, un crecimiento canceroso. Destruye el tejido social tanto como destruye a la naturaleza. Es un proceso contradictorio, así como siempre dijo Marx que era. Las antiguas teorías del imperialismo pueden no haber sido estrictamente ciertas al sugerir que el capitalismo no puede universalizarse, pero es ciertamente verdad que no puede ser universalmente exitoso y próspero. Solo puede universalizar sus contradicciones, sus

polarizaciones entre ricos y pobres, explotadores y explotados. Sus éxitos son también sus fracasos.

Ahora, el capitalismo no tiene más rutas de escape, no tiene más válvulas de seguridad o mecanismos correctores exteriores a su propia lógica interna. Aun cuando no está en guerra, aun cuando no está implicado en las viejas formas de rivalidad interimperialista, está sometido a las constantes tensiones y contradicciones de la competencia capitalista. Ahora, habiendo alcanzado más o menos sus límites geográficos, y terminado con la expansión espacial que sostenía a sus primeros triunfos, solo puede alimentarse de sí mismo; y cuanto más triunfante es en sus propios términos —en otras palabras, mientras más maximice las ganancias y el denominado crecimiento— más devorará su propia sustancia humana y natural. De modo que quizá ya es tiempo para la izquierda de ver la universalización del capitalismo no solo como una derrota para nosotros, sino también como una oportunidad, y eso, por supuesto, significa sobre todo una nueva oportunidad para esa cosa pasada de moda que se llama la lucha de clases. [...]

...el análisis del capitalismo como una totalidad sistémica en Marx sigue siendo una guía confiable sobre los imperativos estructurales del mercado capitalista. Y también hay algo más: el análisis del capitalismo por Marx como un sistema de relaciones sociales y no simplemente un mecanismo "económico", nos dice mucho sobre la estructura distintiva de poder que ha creado el capitalismo por fuera del Estado, no solo en el lugar de trabajo sino también en todas las esferas de la vida sometidas a los imperativos del mercado capitalista. Nos arriesgaríamos a decir que hay una parte mayor de nuestra vida cotidiana determinada por las exigencias del mercado capitalista que por la regulación estatal, y que esto es esencial para el sistema capitalista, no solo en su forma actual. La mercantilización de tantas necesidades y actividades humanas significa que dependemos del mercado, y estamos sometidos a sus imperativos, para cubrir nuestras necesidades más básicas, y aún en la propia organización del tiempo, los minutos y las horas que constituyen nuestro día. Si lo que queremos es un sociedad democrática, entonces la democracia debe ampliarse a las esferas de poder que ha creado el capitalismo por fuera del Estado, lo que significa que el análisis del capitalismo en Marx tiene mucho que enseñarnos, no solo sobre "economía", sino sobre democracia.

Un movimiento como "Ocupar Wall Street", que comenzó, no en el centro del poder estatal sino cerca del hogar simbólico del capital corpora-

tivo, puede representar un paso importante en reconocer que el capitalismo representa una amenaza a la democracia. Entre otras cosas, las manifestaciones están cuestionando la corrupción del Estado por parte de los intereses corporativos, que se burlan de la democracia representativa. Pero hay mucho más para decir sobre la influencia del capitalismo sobre el poder democrático, si el sistema capitalista ha creado nuevas formas del poder por fuera del Estado. Esto no significa, seguramente, que el poder estatal en una sociedad capitalista tiene poca importancia. Un Estado democrático comprometido con el mantenimiento de ciertos derechos sociales y económicos sigue siendo una defensa vital contra los estragos del capitalismo.

Pero evidentemente se necesita decir algo más sobre la democracia y el capitalismo. Si la "democracia libera", tal como la conocemos, con sus derechos y libertades civiles, tiene el propósito de controlar el poder del Estado, también debemos hallar formas de conceptualizar las libertades y derechos democráticos que alcancen el poder del propio mercado exterior al Estado; y esto significa, aquí y ahora, desafiar al poder del mercado mismo separando a la vida humana tanto como sea posible, de sus compulsiones; o sea, por la desmercantilización. Pero esto, como se suele decir, es otra historia.

Ellen Meiksins Wood, "El capitalismo universal", en Marcello Musto (editor) *De regreso a Marx*, Buenos Aires, Editorial Octubre, 2015, pp. 293-307.

Capítulo 4



De la filosofía y el periodismo, al comunismo revolucionario

Estas páginas están dedicadas a presentar la transformación de aquel filósofo idealista que era el joven Marx, doctorado en abril de 1841 con una tesis sobre *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*, en el Marx posterior que, siendo todavía joven –pues no había cumplido aún treinta años– era ya el apasionado militante comunista que podía escribir:

Es hora de que los comunistas expongan abiertamente ante todo el mundo su modo de ver, sus objetivos, sus tendencias, y que enfrenten al cuento maravilloso sobre el fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.¹

Precisamente por ello, en 1847 se encargó a Marx y Engels la redacción del *Manifiesto del Partido Comunista*, histórico documento escrito en Bruselas (Bélgica) e impreso en Inglaterra, aunque en idioma alemán, que llegó a la calle en febrero de 1848, prácticamente en simultáneo con el inicio de una ola de revoluciones que sacudió a Europa.



1 Karl Marx-Friedrich Engels, *El Manifiesto Comunista*. Ob. cit. págs. 22-23.

Para referirnos a esta transición, y dado que no pretendemos escribir una detallada biografía intelectual de Marx, no nos detendremos en los escritos de su primera juventud. Alcanza para nuestro propósito con señalar, como lo hace el brasileño Ronaldo Vielmi Fortes en su introducción a una edición de la tesis doctoral de Marx:

Sintéticamente, podemos caracterizar los progresos de Marx —antes de la constitución auténtica de la originalidad de su pensamiento— como un ideario nacido en el interior del idealismo activo, en una transición que lo lleva del democratismo radical al democratismo revolucionario. Este último momento, antes de su viraje definitivo hacia el materialismo, no se refleja todavía en su tesis doctoral, pero es una construcción paulatina que puede seguirse en los artículos de la *Gaceta Renana*.²

Ciertamente, ese período transicional está jalonado por una serie de textos que ayudan a su comprensión, pero se trató de una radical transformación vital: implicó un cambio a nivel de las ideas, pero fue mucho más que eso. Sin absolutizar el costado filosófico corresponde valorar lo vivido en ese accidentado recorrido. Repasemos el itinerario. A comienzos de 1842, a la edad de 24 años y descartada la posibilidad de iniciar una carrera académica, Marx se volcó al periodismo. Ingresó a la publicación liberal-democrática *Gaceta Renana*, en la que rápidamente llegó a ser secretario de redacción, y publicó una serie de artículos políticos animados por un espíritu democrático radical, esto es, en franca oposición a la retrógrada monarquía prusiana y desbordando el democratismo tímido y limitado de la burguesía liberal que financiaba la publicación. Muchos años después Marx recordaba dicho momento con estas palabras:

Durante los años 1842-1843, en mi carácter de director de la *Neue Rheinische Zeitung* me vi por primera vez en el compromiso de tener que opinar sobre lo que han dado en llamarse intereses materiales. Los debates de la Dieta renana sobre el robo de la leña y el parcela-

2 Ronaldo Vielmi Fortes, "Introducción", en *Karl Marx: Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*. Trad. de Esteban Ruiz. Buenos Aires: Editorial Gorla, 2013, pág. 26.

miento de la propiedad de la tierra, la polémica oficial sobre la situación de los campesinos del Mosela, iniciada por el señor von Schaper, a la sazón gobernador de la provincia renana, con la *Rheinische Zeitung*, y por último debates sobre el libre comercio y los aranceles proteccionistas, me brindaron una primera ocasión para ocuparme de problemas económicos. Por otra parte, en aquella época, en la cual la buena voluntad de "seguir adelante" compensaba en gran parte los conocimientos técnicos, se había tornado perceptible en la *Rheinische Zeitung* un eco, con un débil tinte de filosofía, del socialismo y el comunismo franceses. Yo me declaré contrario a esa chapucería, pero al mismo tiempo, en una controversia con el *Allgemeine Augsburger Zeitung*, confesaba lisa y llanamente que los estudios que había realizado hasta ese momento no me permitían arriesgar juicio alguno acerca del contenido de las corrientes francesas. Por el contrario, aproveché ávidamente la ilusión de los gerentes de la *Rheinische Zeitung*, quienes, mediante una posición más atenuada de ese periódico, creían poder hacer retrogradar la sentencia de muerte que se había dicado en contra del mismo, para retirarme de la escena pública hacia mi gabinete de estudio.³

El ya desaparecido marxista estadounidense Hal Draper, autor de una magnífica obra en cinco volúmenes titulada *Karl Marx's Theory of Revolution*, afirma con sólidos fundamentos que el pasaje de filósofo radical a revolucionario social no fue impulsado esencialmente por la crítica a las concepciones del Estado y la sociedad en la filosofía de Hegel sino que, inversamente, el contenido de las críticas al viejo maestro convertido en una especie de filósofo oficial del arcaico Estado prusiano fue el resultado de que sus investigaciones y labores periodísticas lo enfrentaron con hechos políticos y sociales reales incompatibles con la hipóstasis hegeliana del Estado, y lo obligaron asimismo a familiarizarse con la literatura política de la época.⁴

Dice Marx que al retirarse de la *Gaceta* se retiró a su "cuarto de estudio". En realidad, no sólo se puso a estudiar. Considerando que había

3 Karl Marx, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. México: Siglo XXI Editores, 2008, págs. 3-4.

4 Hal Draper, *Karl's Marx Theory Of Revolution*, volumen 1, "State And Bureaucracy". Nueva Delhi: Aakar Books, 2011.

llegado el momento de lo que a su juicio significaba asumir las responsabilidades de hombre adulto, en julio de 1843 se casó con Jenny en la ciudad de Kreuznach, donde ésta residía y en la que provisoriamente se instaló el matrimonio. Para ambos, no se trataba sólo de un cambio de estado civil, sino de un trascendental cambio de vida, pues el proyecto era abandonar Alemania e instalarse en París, donde Marx trabajaría en una ambiciosa publicación que aspiraba a sumar aportes de los intelectuales democráticos más o menos radicalizados de Francia y Alemania, los *Anales Franco-alemanes* financiada por Arnold Ruge y otros accionistas.

Marx y Jenny partieron hacia París en octubre de 1843. En el interin,

Marx también tuvo tiempo libre para embarcarse en un proyecto intelectual que llevaba preparando desde sus tiempos en Bonn [...] siempre tomaba unas notas insólitamente extensas, generalmente mucho más amplias de lo que requería el proyecto en cuestión [...] Kreuznach contaba con una biblioteca municipal excelente [...] Marx aprovechó las instalaciones, tomó notas sobre la historia de los grandes países europeos y de los Estados Unidos, y también repasó las obras de algunos clásicos de la teoría política, como Montesquieu, Maquiavelo y Rousseau.⁵

En Kreuznach escribió un muy importante aunque inconcluso estudio: *Glosas críticas de la filosofía del Estado de Hegel* (que guarda relación pero no debe ser confundido con el ensayo que sería posteriormente publicado en los *Anales*). Es un trabajo en el que Marx arremete contra la filosofía del Estado de Hegel, insertando comentarios críticos que oponen a la hipóstasis embellecedora del Estado, la monarquía y la burocracia de Prusia, una crítica política desde posiciones republicanas y democráticas, sin dejar de señalar la limitación insalvable de una emancipación puramente política y esbozando una concepción de democracia que debería incluir la solución de la cuestión social⁶. Tanto en este estudio como en *La cuestión judía* Marx señala que existe una dis-

5 Jonathan Sperber, ob. cit., págs. 121-123.

6 Karl Marx, *Crítica del derecho del Estado de Hegel*, en *Escritos de Juventud*. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.

tinción tajante entre emancipación política (necesariamente limitada) y la emancipación humana, inaugurando una perspectiva que conduce a lo que concluirá categóricamente pocos años después en *Miseria de la filosofía*: la revolución proletaria apunta nada menos que a la construcción de una sociedad nueva y será por ello una revolución total. Aunque la investigación de Kreuznach quedó inconclusa, tanto en ella como en las cartas intercambiadas durante la preparación de los *Anales*, en los dos artículos incluidos en esta publicación y en el posterior artículo "*Glosas críticas al artículo 'El Rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano'*" publicado en *Vorwärts!*, puede encontrarse el germen de ideas que reaparecerán, insertas ya en un marco de franca ruptura con el idealismo y aproximación al comunismo, en *La sagrada familia*, *La ideología alemana* o *Miseria de la filosofía*.

Es útil detenerse en *La cuestión judía* y *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*, incluidos en el número doble de los *Anales* que salió de imprenta en febrero de 1844. El estudioso argentino Horacio Tarcus, que ha preparado la recientemente editada *Antología Karl Marx*, señala:

Esta obra —en que Marx traza por primera vez su programa de crítica de la política y del Estado— no formó parte de sus textos canónicos en el siglo XX. Por ejemplo, nunca se integró en las numerosas ediciones de *Obras Escogidas* o *Textos fundamentales* que realizaron los comunistas soviéticos. [...] En el último cuarto de siglo, *Sobre la cuestión judía* ha sido objeto de reediciones y reevaluaciones, sobre todo como crítica radical de la representación política.⁷

En la *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción*, Marx parte de afirmar que "para Alemania la crítica de la religión ha alcanzado su fin sustancialmente; y la crítica de la religión es la condición preliminar de toda crítica", para agregar de inmediato que cumplido esto, "la crítica del cielo se transforma, así, en crítica de la tierra, la crítica de la religión en crítica del derecho, la crítica de la teología

7 Horacio Tarcus, "Introducción. Leer a Marx en el siglo XXI", en *Antología Karl Marx*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2015, pág. 14.

en crítica de la política", para concluir: "La filosofía no puede realizarse sin la superación del proletariado; el proletariado no puede superarse sin la realización de la filosofía"⁸. En estos textos, según Tarcus, "Marx aparece aún atrapado dentro del dualismo característico de los jóvenes hegelianos: teoría/práctica, espíritu/materia, activo/pasivo, conciencia/masa, cabeza/cuerpo, filósofo/pueblo, propio de esta corriente"⁹.

Sea como fuere, si tal oscilación existe, rápidamente quedó superada. El filósofo devenido periodista debió asumir nuevas preocupaciones sociales y políticas, al tiempo que se retiraba de las discusiones en el Club de los doctores para volcarse a los debates y controversias que agitaban a los germinales agrupamientos de los obreros en Francia e Inglaterra, al multitudinario exilio alemán en Francia y a los *subversivos* de todo el Continente (italianos, rusos, polacos, húngaros) que encontraban en París el ambiente más propicio para sus conspiraciones. Expulsado de Francia, el periplo se continúa en el muy activo exilio de Bruselas, y la reflexión marxiana se orientó ya decididamente a la elucidación de las dinámicas de clase que estructuran y transforman la sociedad.

Como relata Jonathan Sperber,

En París conoció a activistas políticos de clase obrera y pasó horas en las tabernas, junto a artesanos de sociedades secretas ilegales y miembros de asociaciones mutuales legales.

París era la capital de todo el continente. Los exiliados políticos de toda Europa acudían en masa a aquella ciudad en la que podían expresar libremente sus ideas e incluso esperaban ejercer una influencia en la esfera política que acabara repercutiendo en su país de origen. [...] Vivir en París supuso para Marx conocer de cerca a radicales de otros países, pero su condición de emigrante significó establecer nuevos contactos con ciudadanos alemanes, con frecuencia muy distintos entre sí. Eran el mayor grupo de extranjeros residentes en París, cerca de sesenta mil hacia 1845, o un parisino cada diecisiete. [...] Entre los intelectuales alemanes en París había otras figuras

8 "Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel", en *Karl Marx Antología...*, ob. cit., págs. 91,92 y 106.

9 Horacio Tarcus, ob. cit., pág. 20.

históricamente más oscuras, izquierdistas veteranos que llevaban años activos en las sociedades secretas radicales. [...] Marx también frecuentó sus círculos. [...] Marx de ninguna manera aceptaba todas las ideas y a todas las personas que conoció en París. Con más edad y experiencia, y más responsabilidades que en la época en que había sido un joven estudiante entusiasta en Berlín, Marx tenía ahora mucho más criterio para valorar las nuevas corrientes intelectuales y políticas que encontraba en París y decidir cuáles rechazar [...] Sin embargo, es difícil evitar la impresión de que la vida en París desempeñó un papel importante en la configuración del futuro de Marx.¹⁰

Esta evolución se benefició con sustanciales aportes de Friedrich Engels. Desde el punto de vista intelectual, el artículo "Esbozos para una crítica de la economía política", incluido en los *Anales*—cuidadosamente estudiado por Marx— y el libro *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en 1845 como folletín; pero también y sobre todo Engels aportó su personal vivencia de Manchester y sus relaciones con los trabajadores británicos y sus líderes: partidarios de Owen, *artistas* y dirigentes *tradeunionistas* (sindicales, diríamos hoy), así como también con los alemanes exiliados en Londres nucleados en la conspirativa Liga de los Justos.

Los *Anales franco-alemanes* no pudieron ir más allá de una primera entrega que agrupaba el material de los números 1 y 2. Los ejemplares remitidos a Alemania fueron secuestrados por la policía, y el perjuicio económico que esto acarreó fue agravado por las disputas entre los financistas del proyecto, así como por la ruptura política de Marx con Ruge. Engels y Marx continuaron entonces su labor de publicistas en las páginas de *Vorwärts!*, hasta que las protestas del gobierno prusiano lograron, hacia fines de 1845, que las autoridades de Francia ordenaran sorpresiva y expeditivamente la expulsión de Marx. Durante su estadía en París, Marx se concentró principalmente en los estudios económicos, testimonio de lo cual son muchos cuadernos con resúmenes y observaciones referidos a los economistas leídos y, muy especialmente, los

10 Jonathan Sperber, ob. cit., págs. 127-128.

llamados *Manuscritos económico-filosóficos*. (Ver anexo 12: *La alienación*). Tras la expulsión de Francia, Marx y su familia se instalaron en Bruselas, y allí se le sumaron Engels, Hess, Bracke. En colaboración con Engels escribió y publicó en 1845 *La sagrada familia*, así como también los borradores sobre los que trabajaron entre 1845 y 1846 pero abandonaron inconclusos, y fueron, muchos años después de fallecidos los autores, reunidos en el libro titulado *La ideología alemana*. Con estos trabajos culminó el ajuste de cuentas con la filosofía especulativa (que era la anterior conciencia filosófica de ellos mismos). Allí se libran a una implacable polémica contra los hermanos Bauer y su creciente elitismo, y contra el protoanarquista Max Stirner que inspiraba el llamado *socialismo verdadero* que había surgido en Alemania.

Por último, aunque no en importancia, hay que mencionar una especie de ayuda memoria que más o menos para la misma época garabateó Marx en una agenda: dos páginas y media manuscritas tituladas "Ad Feuerbach" que, mucho tiempo después, serían conocidas y cobrarían fama como *Tesis sobre Feuerbach*. En realidad, junto a la ruptura con el pasado, a lo largo de estos trabajos se esboza un enfoque original y revolucionario de la totalidad social y la praxis humana, en el que las disputas teológico-religiosas o las especulaciones filosóficas ceden lugar a la crítica de la economía política y de sus mistificaciones. En los *Manuscritos* escribió Marx:

A partir de la propia economía política, con sus mismas palabras, hemos mostrado que el trabajador se degrada al nivel de una mera mercancía, y de la mercancía más miserable; que la miseria del trabajador se encuentra en relación inversa a la fuerza y el volumen de su producción; que el resultado necesario de la competencia es la acumulación del capital en pocas manos y, por ende, la restauración, todavía más temible, del monopolio; finalmente que [...] la entera sociedad debe escindir-se en las dos clases de los *propietarios* y los *trabajadores* carentes de propiedad.¹¹

11 Karl Marx; *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue, 2004, pág. 104.

Miguel Vedda destaca:

...los *Manuscritos* proponen explicar las leyes alienadas de la economía política a partir de la praxis concreta de los diferentes sujetos sociales que integran la sociedad burguesa —ante todo, el capitalista y el trabajador—, e invita a revolucionar prácticamente las condiciones políticas y económicas que han dado origen a semejante alienación. De lo que se trata pues es de descender del cielo de las ideas a la tierra de la realidad material y concreta; de descifrar los hechos de la economía a través de las actividades de los hombres reales.¹²

En clara ruptura con las concepciones idealistas, en textos de *La ideología alemana* Marx y Engels afirman que

...los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia.¹³

Y uno de los más importantes resultados de la nueva perspectiva es que la lucha por el comunismo deja de presentarse como una filantrópica expresión de buenos deseos para asumir la fisonomía de la lucha de clases:

...la revolución comunista está dirigida contra el modo anterior de actividad, elimina el trabajo y suprime la dominación de las clases al acabar con las clases mismas, ya que esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal [...]; y que tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que solo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución; y que, por consiguiente, la revolución no solo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba

12 Miguel Vedda: "Introducción", en Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, ob. cit., pág. XXIII.

13 Karl Marx-Friedrich Engels, *La Ideología alemana*, ob. cit., pág. 26.

salir del cieno en que está hundida y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.¹⁴

Corresponde advertir, sin embargo, que muchos de los textos a que hicimos referencia quedaron inconclusos y fueron preparados para publicarse muchos años después del fallecimiento de Marx y del mismo Engels. Ya dijimos que la parte recuperada de los *Manuscritos económico-filosóficos* fue publicada recién en el año 1932 en alemán (en español, recién en 1960). En cuanto a *La ideología alemana*, fue publicada en alemán en 1932 (en 1958, en español) como si fuese un libro acabado, cuando se trató de una compaginación que ordenaba arbitrariamente un montón de borradores escritos a dos manos (tres, en realidad, porque uno de los textos fue aportado por Moses Hess) y habían sido archivados por los autores sin terminar ni corregir. Como el mismo Marx dijera: "Dejamos librado el manuscrito a la roedora crítica de los ratones, tanto más de buen grado cuanto que habíamos alcanzado nuestro objetivo principal: comprender nosotros mismos la cuestión"¹⁵.

En cuanto al ayuda-memoria o recordatorio absolutamente personal que Marx anotara en aquella agenda que fuera arrumbada en los paquetes de *La ideología alemana* hasta que Engels las rescató en febrero de 1888, se trata de unas pocas páginas con indicaciones *cuasi* telegráficas. Las *Tesis sobre Feuerbach* son once aforismos en los que se postula una nueva manera de pensar la práctica, el mundo y la teoría. De este sintético texto que ganó autonomía se ha dicho que

...es el documento más breve de la tradición filosófica occidental: dos páginas y media impresas, sesenta y cinco líneas, repartidas en once notas o "tesis", la más larga de las cuales tiene trece líneas y la más corta, la última, una línea y media. Y con esta dimensión, es también el más célebre, el más citado y el más recargado de contradictorios comentarios.¹⁶

14 *Ídem*, 81-82.

15 Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*. Ob. cit., pág. 6.

16 Georges Labica, *Karl Marx. Les Thèses sur Feuerbach*. París: PUF, 1987, pág. 5.

A pesar de un peculiar estilo que torna difícil su lectura, este texto constituye tanto una apretada y conceptual síntesis de este período de ajuste de cuentas como el genial esbozo de un nuevo programa de investigación o, mejor aún, una nueva perspectiva teórico-práctica completamente orientada hacia el objetivo de la revolución y el comunismo. Un nuevo punto de partida, si se quiere. (Ver Anexo 11: *Tesis sobre Feuerbach*).

El nuevo registro y su productividad pudieron advertirse muy poco después, cuando Marx escribió en francés y pagó con sus magros recursos la edición del libro contra Joseph Proudhon, personaje destacado en los círculos obreros de Francia y relacionado también con los Verdaderos Socialistas de Alemania. Marx lo había conocido en París, comentando elogiosamente sus críticas a la propiedad privada y lo había invitado a colaborar con el Comité de Correspondencia Comunista, pero el mutualista francés condicionó cualquier colaboración a que Marx retirara sus críticas contra el *socialismo verdadero* de Alemania. Más allá de este desencuentro, en cuanto leyó el libro *Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*, Marx consideró que se trataba de una disquisición tan presuntuosa y mediocre como dañina políticamente. Su rápida y punzante respuesta polémica contra Proudhon se tituló *Miseria de la filosofía*. Es un libro que está lejos aún de *El capital*, en el que todavía se habla de "trabajo" (hicieron falta años de investigación para llegar a escribir sobre la "fuerza de trabajo" y el "plusvalor") pero ya puede advertirse lo metódico y profundo del enfoque marxiano. Con implacable rigor, Marx expone y desmonta, una tras otra, las incoherencias argumentales y la carencia de sustento empírico del sistema ideado por Proudhon, y condena un método falsamente dialéctico que no va más allá de tratar de encontrar el "lado bueno" y el "lado malo", "la ventaja" y "el inconveniente" de las categorías económicas, a fin de "conservar el lado bueno eliminando el malo". Marx responde que tales categorías son expresiones teóricas y abstractas de relaciones sociales contradictorias y, por tanto, lo que importa es comprender y profundizar el aspecto revolucionario del antagonismo social: a la postura doctrinaria que critica el lado malo con la pretensión de desarrollar

el supuesto lado bueno, opone la superación revolucionaria del antagonismo. Así, dice, la crítica científica se convierte en crítica social y política y, en frontal oposición a la postura de aquellos socialistas apolíticos y enemigos de los sindicatos, plantea que

La emancipación de la clase oprimida implica, pues, necesariamente, la creación de una sociedad nueva [...] Mientras tanto, la contradicción entre el proletariado y la burguesía es la lucha de una clase contra otra clase, lucha que, llevada a su más alta expresión, implica una revolución total [...] No digan que el movimiento social excluye el movimiento político. Jamás hay movimiento político que, al mismo tiempo, no sea social.

Solo en un orden de cosas en el que ya no existan clases y contradicción de clases, las *evoluciones sociales* dejarán de ser *revoluciones políticas*. Hasta que ese momento llegue, en vísperas de toda reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social será siempre: Luchar o morir; la lucha sangrienta o la nada. Es el dilema inexorable. (George Sand).¹⁷

No en balde, *Miseria de la filosofía* es expresamente reivindicado por Marx como el primer fruto de sus nuevas investigaciones. Pero esto mismo nos advierte que la importancia de la estadía en Bruselas no reside sólo en los textos. Por el contrario, es el momento en que se consolida la colaboración con Engels y en el que las convicciones comunistas se afirman con una intensa actividad política y organizativa, desplegada en varios frentes a la vez. En el verano de 1845 Engels y Marx hacen un viaje a Inglaterra de un mes y medio, durante el cual entrevistaron a diversos líderes obreros ingleses y estrecharon relaciones en Londres con los alemanes de la secreta Liga de los Justos y la legal Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes, así como también con una más amplia organización denominada Demócratas Fraternalistas.

A comienzos de 1846, Marx, Engels y otros exiliados alemanes decidieron formar el Comité de Correspondencia Comunista, con sede en Bruselas y corresponsales en las principales ciudades de Europa, difun-

¹⁷ Karl Marx, *Miseria de la filosofía*. Buenos Aires, Editorial Cartago, 1987, pág. 137.

diendo circulares para intercambiar trabajos teóricos y económicos así como informes de actividad de los diversos núcleos. En paralelo a esta actividad específicamente comunista y la atención de todas las relaciones que se derivaban de la misma, Marx desarrolló una sistemática labor de educación política en el seno de los trabajadores a través de la Asociación Educativa de Trabajadores, de la que era presidente, escribía en la *Gaceta Alemana de Bruselas (Deutsche Brüsseler Zeitung)* y militaba en la Asociación Democrática para la unión y fraternidad de todos los pueblos o más simplemente Asociación Democrática Internacional, fundada en 1847 y de la cual era vicepresidente.

Estos empeños de reagrupamiento y clarificación política requerían tanto de coincidencias, como de polémicas y delimitaciones tajantes. Marx las asumió con su proverbial pasión, y es posible que en más de una ocasión Marx incurriera en excesos polémicos y descalificaciones apresuradas. Se ha dicho que Marx tenía mal genio (y que Engels despertaba aún más antipatías), lo que habría llevado a enfrentamientos innecesario y a rencillas que convertían diferencias políticas tal vez secundarias en virulentos enfrentamientos personales. Pero es preciso comprender que para Marx y Engels era imprescindible llevar hasta el fin estas batallas organizativas y políticas, así fuese a costa de disgustos y enemistades personales. Además, estos conflictos estaban azuzados por un contexto particularmente hostil: exiliados sometidos al continuo hostigamiento de gobiernos reaccionarios y en especial de los servicios represivos prusianos, por las intrigas y activa desinformación promovida por agentes infiltrados y provocadores, por la exasperante carencia de medios.

El período de casi dos años en Bruselas fue decisivo en la formación de Marx y Engels y, con ello, para la conformación de la Liga de los Comunistas que surge de la fusión del Comité de Correspondencia Comunista y la Liga de los Justos. Lo cierto es que en el momento mismo en que se publicaba *Miseria de la filosofía*, la recién conformada Liga de los Comunistas, en octubre de 1847, encargó a Marx y Engels la redacción de un documento que expusiera sus principios y objetivos. El trabajo se fue demorando, hasta que el 24 de enero Marx recibió un

ultimátum: debía presentarlo antes del primero de febrero, lo que a duras penas logró poniéndose a escribir día y noche. El texto (en alemán) fue impreso en Londres en el mismo mes de febrero de 1848, con un apuro justificado por la inminencia de acontecimientos revolucionarios que, efectivamente, estallaron casi de inmediato. Esta primera edición fue titulada *Manifiesto del Partido Comunista* y no hacía mención a los autores. Marx y Engels asumieron formalmente la autoría en una nueva edición alemana de 1872 con un título abreviado: pasó a ser, simplemente el *Manifiesto comunista*.

Miguel Vedda, quien realizó una traducción directa del alemán al castellano del *Manifiesto*, dice en su "Prólogo":

Definido como el "panfleto más genial en la literatura mundial" (Trotsky), como "una obra maestra de la literatura de propaganda" (Leszek Kolakowski), como "La obra más importante de la literatura mundial durante el siglo XIX" (Knut Nievers), o como "uno de los libros más influyentes que se hayan publicado jamás" (Francis Wheen), el *Manifiesto* ha alcanzado un ascendiente y una fama que contrastan de manera visible con las modestas condiciones de su nacimiento [...].¹⁸

Marx y Engels, ya comunistas y activistas comprometidos con la revolución proletaria, presentan acá una exposición general del modo en que por entonces entendían el antagonismo social característico del capitalismo y la dinámica en la lucha de clases, y devino con el tiempo un texto canónico del movimiento obrero mundial.

Precisamente por esto, conviene advertir que no deben buscarse en estas páginas formulaciones acabadas, ni una exposición sistemática que presentase al marxismo como un cuerpo de enunciados a partir de los cuales se explicaría lo pasado y el porvenir. En primer lugar, porque Marx repudiaba las construcciones ideológicas reduccionistas, en segundo lugar porque recién estaba dando los primeros pasos en su crítica de la economía política y, finalmente, porque la distancia histórica

18 Miguel Vedda, "Prólogo", en K. Marx & F. Engels, *El manifiesto comunista*, ob. cit., pág. 9.

nos permite advertir en ese texto evidentes rasgos de eurocentrismo, cierta idealización del progreso y una perspectiva de evolución histórica unilineal.

Nada de lo antedicho opaca la singular importancia del *Manifiesto*. El caleidoscopio de conceptos y relaciones que presenta es deslumbrante: sociedad antigua, sociedad feudal, sociedad burguesa, antagonismos de clase, burguesía, proletariado, lucha de clases, Estado representativo moderno, división del trabajo, manufactura, gran industria, mercado mundial, modo de producción y de tráfico, relaciones de producción, revolución de las relaciones sociales, todo lo establecido y estable se evapora, todo lo santo es profanado, sublevación de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción y propiedad, crisis de comercio y sobreproducción, el trabajador se convierte en accesorio de la máquina, competencia y asociación, organización del proletariado como clase y como partido político, lucha nacional y guerra civil, la condición del capital es el trabajo asalariado, revolución comunista, abolición de la propiedad privada, propiedad colectiva, conquista de la democracia, proletariado organizado como clase dominante, asociación libre de productores, y mucho más. Y todo ello para terminar proclamando:

Los comunistas se rehúsan a ocultar sus opiniones y propósitos. Declaran abiertamente que sus fines solo pueden ser alcanzados a través del violento derrumbe de todo el orden social precedente. Que las clases dominantes tiemblen ante una revolución comunista. En ella, los proletarios no tienen nada que perder excepto sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!¹⁹

Se trata de un *panfleto* desde todo punto de vista excepcional: más que relato histórico u obra teórica, es un manifiesto político en el que la denuncia de la explotación del proletariado se funde con el apasionado llamado a la acción y a la organización de los trabajadores. La precisión analítica unida a la pasión puesta al servicio de convencer y comover,

19 Karl Marx-Friedrich Engels, *El manifiesto comunista*, ob. cit., pág. 71.

logra un discurso performativo que, llamando a organizar la lucha del proletariado contribuye a dicha organización. Su criterio de verdad es, como quedó escrito, la lucha de clases existente y el movimiento histórico que se despliega. (Ver Anexo 14: *Sobre el estilo del Manifiesto*).

Pese al apuro, el *Manifiesto* llegó relativamente tarde: impreso en Inglaterra, antes de que pudiera ser difundido en el Continente habían ya estallado las revoluciones de 1848, y los mismos revolucionarios alemanes debieron intervenir en la nueva situación con un programa de reivindicaciones prácticas formulado sobre la marcha. Después de la derrota de las revoluciones de 1848 y la disolución de la Liga, también el *Manifiesto* parecía enterrado, pero no dejó de hacer su trabajo: a las reediciones en alemán, se sumaron traducciones y ediciones en francés, polaco, danés, inglés, ruso, español, italiano. Pocos años después, ya no era el documento de una fraternidad secreta, sino un punto de referencia para los trabajadores del mundo entero. Parafraseando a Marx, no podemos menos que saludar tan extraordinario desempeño diciendo: *¡bien has cavado, viejo topo!*

Anexos del capítulo 4

Anexo 12: La alienación

Sobre la base de estos precedentes [las reflexiones en torno a la alienación desarrolladas por los neo hegelianos y por Feuerbach] surge la teoría marxiana sobre la alienación, que encuentra ya importantes anticipos en los escritos compuestos entre 1843-1844: ante todo, el manuscrito *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, y las contribuciones de Marx a los *Anales franco-alemanes*, entre las que se cuentan tanto el epistolario con Ruge, Feuerbach y Bakunin de marzo a septiembre de 1843, como los artículos *Acerca de la cuestión judía* (otoño de 1843) y *Para una crítica de la filosofía del derecho de Hegel. Introducción* (comienzos de 1844). En primera instancia, correspondería que consideremos las ideas sobre la alienación que aparecen en el manuscrito de 1843. En él, Marx cuestiona en Hegel el hecho de haber convertido al Estado en una entidad que nace y funciona con total independencia de los seres humanos concretos; en Hegel, los individuos no actúan sino como mero contraste de las funciones que autónomamente desarrollan las instituciones estatales. De ahí que, en segunda instancia, Marx —siguiendo a Feuerbach— acuse a Hegel de invertir la relación entre predicado y sujeto, por lo cual los sujetos reales se convierten en meros predicados de la sustancia universal. Dicho de otro modo, no es, para Hegel, el hombre el que ha creado el Estado a fin de realizar sus propios intereses mundanos, sino que el Estado existe como realidad independiente, como fin en sí mismo. El hombre individual se convierte en una forma secundaria y subjetiva de la existencia del Estado; se trata, pues, de establecer las relaciones reales, en las cuales, así como la religión no crea al hombre, sino que el hombre crea la religión, así también no es la Constitución la que produce al pueblo, sino que éste produce a aquélla. La estrategia supone, pues, retrotraer las funciones a su génesis histórica real, de modo que el Estado no flote libremente en una esfera autónoma, sino que se coloque al servicio de las necesidades del hombre; cuando Hegel legitima filosóficamente el Estado existente, lo que procura es hipostasiar la escisión entre hombre y Estado como realidad externa e inalterable: por eso presenta a la sociedad, no como realización de la persona, sino como algo que el Estado alcanza por sí y para sí mismo.

Pero así como denuncia el proceso por el cual los hombres se ven alienados de sus capacidades propias a manos del poder estatal, Marx también

describe las condiciones históricas específicas en las que se funda la filosofía hegeliana; condiciones que, a su vez, son legitimadas por Hegel. El hecho de que éste justifique el engaño del cual el "bien general" no corresponde a los hombres, sino a las instituciones estatales, se halla en estrecha relación con la burocracia estatal: representa la ideología del aparato burocrático prusiano, que se encuentra guiado por la "conciencia de funcionario" que lo lleva a identificar su interés particular con el interés universal del Estado. Con todo, la separación entre dos esferas —pública y privada— que consumó la sociedad burguesa, representa un avance frente a estructuras sociales anteriores. La Edad Media desconocía este desdoblamiento: en ella, la división de la sociedad en estamentos era, al mismo tiempo, la división política inmediata de la sociedad; en cambio, en el mundo burgués se configura una mistificación a partir de la cual el ciudadano del Estado y el hombre privado conviven como existencias mutuamente hostiles, inconciliables entre sí —por lo menos, dentro del mundo burgués—.

Esta distinción es retomada y profundizada en *Acerca de la cuestión judía*: Marx aprovecha la polémica con Bruno Bauer para desplegar una crítica de aquellos programas de acción que limitan sus exigencias a la mera demanda de emancipación política: la conquista de esta última sólo garantiza una liberación formal, que no supera forzosamente la separación entre la sociedad burguesa y el Estado; es decir, en la que el ámbito en el que los individuos, en cuanto personas privadas, persiguen de modo egoísta sus propios intereses, y aquel otro en que creen participar de un orden común regido por valores altruistas [...].

La escisión de la conciencia entre los ideales del *citoyen* y la realidad prosaica del *bourgeois* es, para Marx, síntoma de una realidad que se encuentra en sí misma desgarrada, y que pretende encontrar en representaciones puramente ideales un modo de evadirse de su propia limitación. Así como (de acuerdo con la crítica feuerbachiana de la religión) los creyentes se ven inducidos a figurarse un paraíso celeste a fin de disimular la realidad terrena, así también se ven incitados los individuos, bajo la sociedad burguesa, a construir la imagen de un Estado en el que la corrupción privada se transfigura en virtudes públicas. Feuerbach se había propuesto enjuiciar la alienación del mundo religioso revelando su fundamento mundano; Marx no sólo propone desplazar esta crítica hacia la esfera política, sino que también aspira a ir más allá de la mera constatación: superar las ilusiones heroicas revolucionando su base mundana, es decir: la sociedad burguesa misma. De lo que se trata, según el autor de

Acerca de la cuestión judía, es de sobrepasar las restringidas demandas de *emancipación política* —demanda que deja intacta la separación de vida privada y vida comunitaria— y buscar la *emancipación humana*, es decir, una transformación capaz de lograr que los valores comunitarios, genéricos, desciendan del cielo de las ideas al ámbito mundano. En el caso de que se realice esta última, cesará la contraposición abstracta entre individuo y sociedad, y cada uno de los dos elementos se convertirá en condición para el desarrollo pleno del otro [...].

Puede verse que hasta aquí ha dado Marx un paso más allá de Feuerbach, al vincular centralmente el análisis de la alienación, no ya con la experiencia religiosa, sino con el Estado y la política. Aun cuando ese avance fue en sí importante, quedaba por realizar un avance todavía más decisivo, remontándose a las causas históricas y sociales esenciales de las otras formas de alienación. Para dar este salto, Marx tuvo que tomar conocimiento de los avances realizados por la economía política; para ello, fueron en principio importante dos aportes: el de Moses Hess en los artículos publicados en los *Veintiún pliegos* y, sobre todo, en el "genial esbozo" (Marx) de Engels, los *Esbozos para una crítica de la economía política* (1843-1844); sólo que Marx veía en estos trabajos una limitación: la de mantener todavía una perspectiva relativamente humanitarista [...].

En los *Manuscritos*, Marx rebasa esta perspectiva, aplicando a los economistas políticos burgueses críticas similares a las que en los artículos anteriores había dirigido contra Hegel; de ese modo se entiende mejor la tesis según la cual la economía política representa, en el plano económico, la misma tendencia que encuentra su encarnación filosófica más alta en el sistema hegeliano. Y como éste, según vimos, construyó un sistema especulativo orientado a justificar la inversión de las relaciones reales propiciada por la burocracia prusiana, así también los economistas clásicos transforman los procesos económicos reales en un sistema de categorías abstractas que llevan una existencia autónoma tanto respecto de aquellos procesos como de los seres humanos concretos. Al idealizar de este modo la sociedad burguesa, concedían a ésta una legitimación comparable con la que se había efectuado con las instituciones del Estado; es así que, incapaces de dar cuenta del devenir histórico de sus categorías, los economistas *simplemente las aceptan*, dando por sentado lo que tendrían, precisamente, que explicar. Entre estas categorías se encuentra, en primera línea, la de *propiedad privada*; [...].

La superación de la religión requería retrotraer a la divinidad a su bases mundanas; la superación de la filosofía política hegeliana suponía explicar el Estado a partir de los hombres particulares; de un modo similar, Marx sostiene que la superación de la propiedad privada precisa de una elucidación de ésta a partir de su base real: el trabajo alienado; de ahí que se afirme, en los *Manuscritos*, que la "propiedad privada se deduce, pues, a través del análisis del concepto del trabajo enajenado; es decir del hombre enajenado, del trabajo alienado, de la vida alienada, del hombre alienado". Esta es, en primera instancia, una aplicación consecuente de las tesis sostenidas en trabajos anteriores, en los que, como vimos, "para el hombre, la raíz es el hombre mismo": se trata, pues, de pasar de la propiedad enajenada al hombre alienado, por eso, la apariencia fetichizada tiene que ser reemplazada, sobre la base de esta perspectiva humanista, por la percepción real: "aun cuando la propiedad privada aparece como razón, como causa del trabajo enajenado, es, antes bien, una consecuencia de él, así como los dioses no son originariamente la causa, sino el efecto del extravío del entendimiento humano. Posteriormente, esta relación se convierte en una relación recíproca. Esto nos conduce a destacar acaso el aporte más decisivo que realiza Marx en los *Manuscritos*: la categoría de alienación, que había sido trasladada de la crítica de la religión a la filosofía política, es incorporada ahora de manera consecuente al análisis económico. De ahí que la categoría de trabajo ocupe un lugar tan central dentro de esta obra temprana, y —sobre todo— que el análisis marxiano no esté dirigido exclusivamente, ahora, a la abolición de la religión o a la del Estado, sino fundamentalmente a la del trabajo alienado.

Marx establece una distinción entre el análisis de la esencia *ontológica* del trabajo —en cuanto actividad que representa la esencia probatoria del hombre— y la descripción *fenomenológica* del trabajo alienado. El trabajo "en general" tiene su condición en el mundo externo y natural: "el trabajador no puede crear nada sin la naturaleza, sin el mundo externo sensorial". Dicho de otro modo, la naturaleza provee el material primero para la realización del trabajo, la ocasión para que éste produzca bienes capaces de objetivar las capacidades esenciales del hombre. De ahí que la realización (*Verwirklichig*) del trabajo requiera, para Marx, de un proceso de *objetivación* (*Vergegenständliching*) humana; esta objetivación es un rasgo general de toda actividad laboral del hombre ("un ser no objetivo es un *no ser*"), que no debería ser confundido con la forma particular y distorsionada que asume bajo las condiciones del

capitalismo, en que la objetivación es reducida a la alienación. El trabajo alienado asume cuatro formas:

1. La alienación del trabajador en su objeto: Marx señala que, en la producción de mercancías, "...el producto se enfrenta al trabajo como un ser *ajeno*, como una *fuerza independiente* del productor. El producto del trabajo es el trabajo que se ha fijado, que se ha materializado en un objeto, es la *objetivación* del trabajo. La realización del trabajo es objetivación. Esta realización del trabajo aparece, a nivel de la economía política, como *desrealización* del trabajador; la objetivación, como *pérdida del objeto*, como *sometimiento servil a él*; la apropiación, como *alienación*, como *enajenación*." [...]
2. La autoalienación del trabajador en la actividad de producción: así como se ve desposeído de sus productos, así también observa el trabajador a su propia actividad como algo extraño, como una tarea que lo daña física e intelectualmente y en la que no se siente realizado ni a gusto. Esta actividad coactiva se encuentra a tal punto alejada de una realización auténtica de las capacidades esenciales del hombre, que el trabajador sólo se siente como en casa (*bei sich*) durante el tiempo libre, y en la satisfacción de sus necesidades animales.
3. La alienación del trabajo respecto de la vida genérica humana: la reflexión en torno a la vida genérica se remonta a los artículos de los *Anales Franco-Alemanes*. Marx establece una relación dialéctica entre esencia genérica (*Gattungsein*) y ser genérico (*Gattussein*) comparable con la que reconocía Feuerbach entre Dios (como alienación del género humano) y la vida social empírica; es decir: la esencia es esa posibilidad latente en el hombre que encuentra ocasión de manifestarse en el trabajo no alienado. [...]. Al estancar las posibilidades implícitas en la humanidad, el trabajo alienado arrebató al sujeto los vínculos con la esencia genérica. Yendo más lejos que Feuerbach, Marx no ve tan sólo en Dios la expresión de la esencia genérica humana, sino todavía más —bajo el capitalismo— en el *dinero* [...].
4. La alienación del hombre respecto del hombre: la auto alienación del trabajador en el acto de producción no implica sólo su relación con su propia actividad como con una actividad coactiva, sino también la relación de otro hombre —que no produce— con ella como una actividad que está puesta a su servicio, que domina y disfruta. Marx sabe que la alienación se explica, no por la subordinación del hombre bajo Dios, sino bajo otros seres humanos. Esta relación entre trabajador y no trabajador es lo que explica la disolución de la genericidad humana,

la atomización de la sociedad y la conversión de ésta en un juego de egoísmos.

De la consideración del trabajo alienado como base de toda enajenación se infiere, pues, que la eliminación de ésta no puede realizarse, como pensaban los neohegelianos, o incluso Feuerbach, mediante la ilustración intelectual, y que sólo puede concretarse a través de una transformación práctica, capaz de subvertir las relaciones económicas, políticas y sociales. Y no se trata de una alteración que mejore en términos relativos las condiciones de trabajo, de un aumento de salarios o de una reducción del tiempo de trabajo, sino del salto hacia un orden social en el que, ante todo, queden abolidas las condiciones de explotación clasista —la relación entre trabajador y no trabajador—.

Antonino Infranca-Miguel Vedda, "Introducción", en A. Infranca-M. Vedda (comp.) *La alienación: historia y actualidad*, Buenos Aires, Herramienta ediciones, 2012, págs. 18-29.

Anexo 13: Tesis sobre Feuerbach

I El defecto fundamental de todo el materialismo precedente —*el feuerbachiano incluido*— reside en que sólo capta lo que toma por objeto (*Gegenstand*), la realidad efectiva, la sensibilidad, bajo la forma de objeto o de contemplación, no como actividad sensible humana, como praxis; no subjetivamente. Por eso, el lado activo fue desarrollado por el idealismo, por oposición al materialismo; pero sólo de un modo abstracto, ya que el idealismo, como es natural, no conoce la actividad efectiva, sensible, en cuanto tal. Feuerbach quiere objetos sensibles, realmente distintos de los objetos conceptuales, pero no concibe la actividad humana misma como una actividad que puede ser tomada por objeto (*gegenständliche*). Por eso, en *La esencia del cristianismo*, sólo se considera la actitud teórica como la auténticamente humana, mientras que la praxis es concebida y fijada sólo en su forma sórdidamente judaica de presentarse. Por tanto, Feuerbach no comprende la importancia de la actividad "revolucionaria", de la actividad "crítico-práctica".

II La cuestión de si el pensamiento humano corresponde a una verdad objetual (*gegenständliche*) no es una cuestión de la teoría, sino una cuestión práctica. Es en la praxis en la que el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad efectiva y el poder, la terrenalidad de su

pensamiento. La disputa sobre la efectiva realidad o irrealdad del pensamiento —estando éste aislado de la praxis— es una cuestión puramente escolástica.

III La doctrina materialista de que los seres humanos son producto de las circunstancias y de la educación, y de que seres humanos diferentes son producto de circunstancias y educación distintas, olvida que son los propios seres humanos quienes transforman las circunstancias, y que el educador mismo debe ser educado. Esto conduce pues, necesariamente, a escindir la sociedad en dos partes, una de las cuales es elevada por encima de ella (por ejemplo en Robert Owen). La coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o autotransformación, sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como praxis revolucionaria.

IV Feuerbach parte del hecho de la autoalienación religiosa, del doblamiento del mundo en un mundo religioso y otro terrenal. Su labor consiste en disolver el mundo religioso en su base terrenal. No ve que, después de realizada esta labor, falta por hacer lo fundamental. En efecto, el hecho de que la base terrenal se rasgue a sí misma para plasmarse como un reino autonomizado, es algo que sólo puede explicarse por el autodesgarramiento y el autocontradecirse de esta base terrenal. Ésta misma debe, por tanto, como tal, tanto ser entendida en su contradicción, como ser revolucionada prácticamente. Así, por ejemplo, después de descubrirse la familia terrenal como secreto de la familia sagrada, la primera debe ahora ser destruida tanto teórica como prácticamente.

V Feuerbach, no satisfecho con el pensamiento abstracto, quiere la contemplación; pero no concibe la sensibilidad como actividad práctica sensible-humana.

VI Feuerbach disuelve la esencia religiosa en la esencia humana. Pero la esencia humana no es algo abstracto inherente al individuo aislado. Es, en su realidad efectiva, el conjunto de las relaciones sociales. Feuerbach, que no entra en la crítica de esta esencia efectiva, está por lo tanto forzado a:

1) a abstraerse del proceso histórico y a tratar el corazón religioso por sí mismo, y a presuponer un individuo humano abstracto, aislado.

2) por consiguiente, la esencia humana sólo puede concebirla de modo "genérico", como una *generalidad interna*, muda, que vincula a la generalidad de individuos *de modo natural*.

VII Feuerbach no ve, en consecuencia, que el mismo "corazón religioso" es un producto social, y que el individuo abstracto, que él analiza, en realidad pertenece a una determinada forma de sociedad.

VIII La vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen a la teoría al misticismo, encuentran su solución racional en la praxis humana y en la comprensión de esta praxis.

IX Lo más lejos que puede llegar el materialismo contemplativo, es decir, el materialismo que no concibe la sensibilidad como actividad práctica, es a la contemplación de los individuos aislados y de la sociedad civil, la sociedad burguesa.

X El punto de vista del viejo materialismo es la sociedad civil o sociedad burguesa; el punto de vista del nuevo es la sociedad humana, o la humanidad en su socialidad.

XI Los filósofos solamente han *interpretado* el mundo de maneras diversas; lo que importa, sin embargo, es *transformarlo*.

Karl Marx, traducción del alemán de Roi Ferreiro.

Anexo 14 Sobre el estilo del Manifiesto

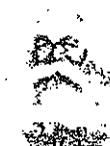
...el *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado por Marx y Engels en 1848, y que ciertamente ha influido en los acontecimientos de dos siglos, debe ser releído desde el punto de vista de su calidad literaria, o por lo menos, de su extraordinaria estructura retórico-argumentativa. [...] se trata de un texto formidable que alterna tonos apocalípticos e ironía, eslóganes eficaces y explicaciones claras, y que —si realmente la sociedad capitalista quiere vengarse de los fastidios que estas no muy numerosas páginas le han causado— debería ser religiosamente analizado hoy en las escuelas para publicistas.

Reléalo, por favor. Empieza con un formidable golpe de timbal, como la "Quinta Sinfonía" de Beethoven: "Un fantasma recorre Europa" (no olvidemos que estamos cerca ya del comienzo prerromántico de la novela gótica, y los espectros son entidades que se deben tomar en serio). Sigue inmediatamente después una historia a vuelo de pájaro de las luchas sociales, desde la antigua Roma hasta el nacimiento y desarrollo de la burguesía, y las páginas dedicadas a las conquistas de esta nueva clase "revolucionaria" constituyen su poema fundador, todavía válido para los sostenedores del liberalismo. Se ve (quiere decir exactamente "se ve", en sentido casi cinematográfico) esta nueva fuerza irrefrenable que, impulsada por la necesidad de nuevas salidas para sus mercancías, cruza todo el orbe terráqueo (y a mi parecer aquí el hebreo y mesiánico Marx piensa en el inicio del "Génesis"), altera y transforma países lejanos porque los bajos precios de sus productos son una especie de artillería pesada con la que derrumba cualquier muralla china, hace capitular a los bárbaros más endurecidos en el odio contra el extranjero, instaura y desarrolla las ciudades como signo y fundamento de su propio poder, se multinacionaliza, se globaliza, hasta inventa una literatura ya no nacional sino mundial... Al final de esta apología (que convence porque es sinceramente sentida) llega de improviso el viraje dramático: el hechicero se halla impotente para dominar las fuerzas subterráneas que ha evocado, el vencedor se ahoga en su propia sobreproducción y genera en su propio regazo, de sus mismas entrañas, a sus sepultureros, los proletarios. Entra ahora en escena esta nueva fuerza que, en un primer momento dividida y confusa, se empeña con furia en la destrucción de las máquinas y se deja usar por la burguesía como masa de choque, obligada a luchar contra los enemigos de sus propios enemigos (las monarquías absolutas, la propiedad feudal, los pequeños burgueses), y absorbe gradualmente la parte de los adversarios que la gran burguesía proletariza: artesanos, tenderos, campesinos propietarios. La sublevación se vuelve lucha organizada, los obreros están en contacto recíproco por medio de otro poder que los burgueses han desarrollado para su propio provecho: las comunicaciones. Y aquí el *Manifiesto* cita los ferrocarriles, pero piensa también en las nuevas comunicaciones de masas (no olvidemos que Marx y Engels, en *La sagrada familia*, supieron usar la televisión de la época, es decir, la novela de folletín, como modelo del imaginario colectivo, criticando su ideología pero al mismo tiempo utilizando lenguaje y situaciones que ella había popularizado).

En este punto entran a escena los comunistas. Antes de decir de manera programática quiénes son y qué quieren, el *Manifiesto* (con una soberbia jugada retórica), desde el punto de vista de la burguesía, plantea que los teme y levanta algunas aterradoras preguntas: ¿Quieren abolir la propiedad privada? ¿Quieren la comunidad de las mujeres? ¿Quieren abolir la religión, la patria, la familia? Aquí, el juego se hace sutil, porque a todas estas preguntas el *Manifiesto* parece contestar de manera tranquilizadora, como para ablandar al adversario, pero luego, con un movimiento repentino, lo golpea en el plexo solar y obtiene el aplauso del público proletario... ¿Queremos abolir la propiedad privada? ¡Qué val, las relaciones de propiedad han sido siempre objeto de transformación: ¿Acaso la Revolución Francesa no ha abolido la propiedad feudal a favor de la burguesa? ¿Queremos abolir la propiedad privada? Qué tontería, no existe, porque es una propiedad de un décimo de la población en perjuicio de los restantes nueve décimos. ¿Nos acusan entonces de querer abolir "su" propiedad? Sí, es exactamente lo que queremos hacer. ¿La comunidad de las mujeres? ¡Pero, vamos, lo que nosotros queremos es más bien quitarles el carácter de instrumento de producción! ¿Creen realmente que queremos comunicar a las mujeres? ¡Pero si la comunidad de las mujeres la han inventado precisamente ustedes, que además de usar a sus propias esposas aprovechan a las de los obreros y como mejor pasatiempo practican el arte de seducir a las de sus iguales! ¿Destruir a la patria? ¿Cómo se puede quitar a los obreros lo que no tienen? Nosotros queremos más bien que, triunfando, los proletarios se constituyan en nación... Y así sucesivamente, hasta aquella obra maestra de reticencia que es la respuesta sobre la religión. Se intuye que la respuesta es "queremos destruir esta religión" pero el texto no lo dice: antes de enfrentar un tema tan delicado, que pasa por alto, da a entender que todas las transformaciones tienen un precio, pero mejor por ahora no abrir capítulos demasiado candentes... Sigue luego la parte más doctrinaria, el programa del movimiento, la crítica a los varios socialismos, pero a estas alturas el lector ya está fascinado por las páginas anteriores. Y si la parte doctrinaria resultara demasiado difícil, he aquí el golpe final, dos eslóganes que cortan la respiración, fáciles de retener en la memoria, destinados (me parece) a una fortuna fabulosa: "Los proletarios no tienen nada que perder [...] salvo sus propias cadenas" y "¡Proletarios de todos los países, uníos!". Además de la capacidad poética para inventar metáforas memorables, el *Manifiesto* permanece como una obra maestra de retórica política (y no sólo eso)

que debería ser estudiada en las escuelas, junto con las "Catilinarias" y el discurso shakesperiano de Marco Antonio ante el cadáver de Julio César. Porque, dada la amplia cultura clásica de Marx, no hay que excluir que precisamente esos textos le sirvieran de ejemplo.

Umberto Eco, en la edición del 8 de enero de 1998 del diario *L'Espresso*.



Capítulo 5



Marx, Engels y las revoluciones de 1848

Este capítulo se detiene en la intervención que les cupo a Marx y a Engels en el transcurso de la gigantesca ola revolucionaria que sacudió a Europa entre 1848 y 1849, desde París hasta Budapest, desde Berlín hasta Palermo, y a las lecciones que de todo ello extrajeron en cuanto al carácter y la mecánica de "las revoluciones del siglo XIX" o "las revoluciones proletarias", como solían escribir.

Recordemos que la urgencia con que sus camaradas de la Liga exigían a Marx y Engels terminar el *Manifiesto* estaba motivada por una sensación de inminencia de la revolución, que bien reflejó el mismo texto como ya vimos. No faltaban razones para ello: el impacto de la grave crisis comercial y agrícola iniciada en 1847 en Inglaterra se había extendido al continente, y crecía la agitación popular en la que bullía una explosiva mezcla de reclamos, demandas democráticas y reprimidas reivindicaciones nacionales: la insurrección de los polacos, aplastada por el zarismo en febrero-marzo de 1846, los movimientos insurreccionales en los territorios italianos que habían sido ocupados por los austriacos en marzo de 1847, el triunfo de los demócratas de izquierda en la breve guerra civil que se



libró en Suiza en octubre-noviembre del mismo año, las grandes movilizaciones obreras del Cartismo en Inglaterra. Precisamente en un mitin internacional realizado en Londres el 29 de noviembre de 1847, Marx había advertido la inminencia de las confrontaciones señalando la importancia de que las mismas alcanzaran a la misma Inglaterra, porque

...es el país donde el antagonismo entre el proletariado y la burguesía ha alcanzado mayor desarrollo. Por esta razón, la victoria de los proletarios ingleses sobre la burguesía inglesa tiene importancia decisiva para la victoria de todos los oprimidos sobre los opresores. De ahí que a Polonia hay que liberarla en Inglaterra, no en Polonia. Por eso vosotros, cartistas, no debéis limitaros a expresar nobles sentimientos sobre la liberación de las naciones. Destruid vuestros enemigos interiores y entonces podréis estar legítimamente orgullosos de haber destruido toda la vieja sociedad.¹

De todas maneras, una vez más la llama de la revolución se inició en Francia. Entre el 22 y 25 de febrero de 1848 se produjo la insurrección del pueblo de París y tras ella se proclamó la Segunda República. Desde Bruselas, Marx y Engels acompañaron este acontecimiento con expectativas que muy bien describe Fernando Claudín:

República quería decir democracia, y la democracia —consideraban Marx y Engels— era incompatible con el poder de la burguesía. En París el proletariado había impuesto la República contra la voluntad de la burguesía. Así comenzaba a crearse el contexto internacional imprescindible para que el proletariado y la democracia pequeño-burguesa pudieran también imponer la república, la democracia, en Alemania. Lo mismo que en el resto de Europa. [...] Marx y Engels, como todos los comunistas de la Liga, como los blanquistas franceses y los cartistas revolucionarios, vieron en la proclamación de "la república social" por el proletariado de París el comienzo del fin del reino de la burguesía.²

Tales ideas estaban presentes en el *Manifiesto*. Pero ya no se trataba de hipótesis o perspectivas, sino de un combate en curso: llegado el

1 Citado en Fernando Claudín, *Marx, Engels y la Revolución de 1848*. Madrid, Siglo XXI de España Editores, 1985, pág. 13.

2 *Ídem.*, pág. 76.

momento de la revolución, lo primero era reconocer su realidad, incluyendo el carácter internacional de la misma, y actuar en consecuencia. Sin olvidar que el internacionalismo implicaba asumir también y muy especialmente las tareas de la revolución en su patria, o sea en aquella Alemania que no existía aún en cuanto Estado-nación unificado. A comienzos de marzo se produjo el levantamiento popular en Colonia, ciudad cabecera de Renania, el 13 del mismo mes la insurrecta fue Viena, la capital de Austria, y el 18 la revolución llegó a Berlín, capital de Prusia y centro del poder imperial de Guillermo IV, que extendía sus redes sobre toda la Confederación germánica. El continuo hostigamiento de las autoridades prusianas más allá de sus fronteras, había hecho que Marx renunciara a su nacionalidad, pero ante el estallido revolucionario, el gobierno de Bélgica dispuso, preventivamente, la expulsión del subversivo apátrida que fue inmediatamente recibido con honores en el insurrecto París. En esta ciudad se instaló también, fugazmente, el Comité Central de la Liga de los Comunistas (Marx, Schapper, Bauer, Engels, Moll, Wolff) y allí llegaron mil ejemplares del recién editado *Manifiesto*. De todas maneras, el desarrollo de los acontecimientos impuso la apurada redacción de un nuevo texto: *Reivindicaciones del Partido Comunista Alemán*, más breve y conciso, para facilitar su impresión y utilización en la agitación política. Asimismo, la *cuasi* clandestina Liga impulsó la conformación del Club de los obreros alemanes que alentaba y facilitaba el reingreso de los exiliados.

En abril, el mismo Marx se asentó en Colonia, la ciudad más grande del oeste de Alemania, adonde conservaba prestigio y relaciones tejidas desde los tiempos en que fuera secretario de redacción de la *Gaceta Renana*. También volvió Engels. Ambos desarrollaron una actividad tan descollante como multifacética, impulsando la intervención de los miembros de la Liga de los Comunistas en todos los frentes y ciudades en que estuvieran presentes, destacándose personalmente en debates, mítines públicos, actividad conspirativa y, cuando las circunstancias lo impusieron, incluso en el aspecto militar del enfrentamiento.

Marx se comprometió por entero (invirtiendo en ello todo el dinero de una herencia que acababa de recibir) en la publicación y dirección

de un diario ("el primer diario revolucionario", comentaría muchos años después Lenin) que se denominó *Nueva Gaceta Renana* (*Neue Rheinische Zeitung*), cuyo primer número estuvo en la calle el 1° de junio de 1848. Rápidamente, la potencia, magnitud y velocidad del proceso revolucionario puso en evidencia la debilidad o inexistencia orgánica de la Liga, realidad que el activismo y rol individual de algunos de sus militantes destacaba aún más. El proyecto de organizar una red nacional de asociaciones de trabajadores, impulsado por los comunistas desde Maguncia, fracasó. En tales circunstancias, dada la inexistencia de un gran partido obrero de masas y las graves discrepancias tácticas que se manifestaban entre las organizaciones obreras que localmente iban siendo conformadas sobre la marcha, Marx y Engels propusieron ingresar en la Asociación Democrática y batallaron para que los trabajadores (y como parte de ellos, los comunistas) ganaran un lugar de vanguardia como ala izquierda del movimiento democrático: radicalizando la lucha contra los *Junker* y el imperio prusiano, levantando la bandera de la unificación revolucionaria de toda la nación alemana (incluido la porción de su territorio ocupado por Dinamarca y, muy especialmente de Austria). La política propugnada por Marx y Engels daba importancia decisiva a la solidaridad internacionalista con los pueblos de Hungría y Polonia, para derrotar a la Rusia zarista, que era por entonces el principal baluarte de la contrarrevolución en toda Europa.

Las políticas de Marx despertaron críticas y fueron resistidas por algunas agrupaciones obreras cuyos líderes privilegiaban las reivindicaciones específicamente clasistas y querían mantenerse al margen del movimiento democrático. En la misma ciudad de Colonia, la relativamente fuerte Asociación de Trabajadores estaba dirigida por Gottschalk, un *socialista verdadero* que estaba en contra de hacer campaña contra la monarquía prusiana y era partidario del boicot a las elecciones convocadas para la Asamblea Nacional de Alemania (a reunirse en Fráncfort) y para la Asamblea Constituyente Prusiana (con sede en Berlín). Pese a un restrictivo sistema electoral de segundo grado (se elegían *electores* que elegían a los diputados), los demócratas participaron logrando algunos éxitos parciales.

Marx y Engels mantuvieron, contra viento y marea, la orientación que juzgaban acorde con el momento y la perspectiva estratégica de la revolución. En el verano de 1848 optaron por *congelar* el funcionamiento de la Liga y, como se dijo ya, ingresaron a la Asociación Democrática de Colonia. Asimismo, la *Nueva Gaceta Renana* tenía como subtítulo *Órgano de la democracia*. Jonathan Sperber³ reconoce los frutos de esta orientación en los siguientes términos:

El periódico sería el escenario principal de la acción política de Marx durante la Revolución de 1848; sus contemporáneos se referían a menudo a él y a sus seguidores como el "partido de la *Nueva Gaceta Renana*". Además de su labor periodística, a principios de julio, Marx comenzó a asistir a las reuniones de la Sociedad Democrática [...]. Marx y sus compañeros no tardaron en dominar las reuniones celebradas en verano y otoño [...]. Marx y Engels fueron dos figuras destacadas en un congreso de clubes democráticos de la Renania prusiana y Westfalia, celebrado en Colonia en agosto de 1848 [...].

En otoño de 1848, Marx era un revolucionario influyente, editaba un periódico que aumentaba rápidamente de tirada y ocupaba un lugar destacado en la actividad política de ámbito nacional y la *Nueva Gaceta Renana* ampliaba paulatinamente su zona de influencia, como se puede apreciar en las cartas a los editores, que llegaban de las provincias de Baviera, en el sureste de Alemania; de Greifswald, de Pomerania, en el norte; hasta de Königsberg, en el extremo noreste de Prusia, y de todos los puntos intermedios de Centroeuropa. Los corresponsales informaban sobre las luchas políticas en su zona y pedían a Marx asesoramiento político⁴

Las acciones revolucionarias de las masas se extendieron por todo el continente, hasta chocar hacia el Este con la Rusia zarista y hacia el Oeste, cruzando el Canal de la Mancha, llegando a sacudir el orden interno de Inglaterra. Pero en todos los casos, la burguesía demostró que su ímpetu democrático era mucho menor que el miedo a la revolución.

³ Biógrafo al que ya hemos citado, metódico y documentado pero, en general, muy crítico de Marx.

⁴ Jonathan Sperber, *ob. cit.*, págs. 221-222.

Con las complicidades de la burguesía liberal, que no aspiraba a más que alguna forma de monarquía constitucional, aprovechando las vacilaciones y tendencia al compromiso de la izquierda democrática pequeñoburguesa, y arrastrando tras de sí al campesinado, en junio de 1848 la reacción ahogó en sangre al proletariado parisino; luego, en agosto, el pueblo húngaro y su ejército insurrecto fueron aplastados por el ejército de Austria con ayuda del zarismo y la pasividad cómplice de Federico Guillermo IV, la Asamblea Constituyente de Prusia y la Asamblea Nacional de Alemania; en septiembre, nuevamente por exigencia del zarismo, la Asamblea Nacional de Alemania traicionó la insurrección popular en los ducados septentrionales de Schleswig-Holstein firmando un armisticio con los daneses que ocupaban dichos territorios; en noviembre fue aplastada la revolución en Viena y ese mismo mes Federico Guillermo IV disolvió con el ejército la Asamblea Constituyente de Berlín, antes de lo cual los diputados llegaron a votar un llamamiento a boicotear el pago de impuestos. Narra Sperber:

...Marx se involucró de lleno en la lucha. Todos los días, bajo la cabecera de la *Nueva Gaceta Renana* se proclamaba: "¡No más impuestos!". A diferencia de lo ocurrido durante los sucesos de septiembre, que se limitaron en gran medida a Colonia y sus alrededores, en noviembre Marx utilizó su posición en el directorio de la federación provincial de clubes democráticos para organizar tanto el boicot a los impuestos como la lucha armada contra el gobierno prusiano, a lo largo y ancho de la provincia del Rin, con un amplio apoyo de los demócratas de la región y gran aceptación pública. Fue una lucha implacable [...] pero en último término, en diciembre de 1848, la resistencia cayó. Marx estaba convencido de que lo ejecutarían por sus actos de insurgencia, pero solo fue encausado por incitación a la rebelión y resistencia a las autoridades gubernamentales.⁵

Marx convirtió el juicio en una tribuna desde la que denunció el autoritarismo prusiano y reivindicó sus posiciones políticas, con tal elocuencia que los jueces lo absolvieron por unanimidad. En enero de 1849 colaboró intensamente con los demócratas de Colonia para las elecciones

al parlamento prusiano, logrando ahora ganar para esta posición a la Asociación de Trabajadores.

Para seguir los meandros de la o las revoluciones de 1848 es preciso todo un libro, como el ya citado de Fernando Claudin. Acá, sin entrar en mayores detalles, debemos limitarnos a destacar la extrema complejidad de aquella seguidilla de revoluciones (y contrarrevoluciones), indudablemente relacionadas e interdependientes, pero marcadas en cada caso por reivindicaciones y fuerzas motrices que imprimían rasgos y velocidades dispares.

La misma revolución alemana se desplegó en múltiples frentes: por un lado, el levantamiento del pueblo austríaco y los húngaros contra la dinastía de los Ausburgo y, por el otro, en la Confederación germánica, el levantamiento contra el imperio prusiano de Federico Guillermo IV, con características y ritmos diversos en cada uno de los estados y ciudades que lo conformaban. A lo que se debe sumar que, siendo los estados-nación una perspectiva más que una realidad, y en ausencia de un Sistema Mundial de Estados como el que se construiría recién en el siglo XX, los equilibrios y conflictos que afectaban al continente europeo eran regulados por una alianza contrarrevolucionaria que tenía su plaza fuerte en la autocracia zarista y, desde allí, desplegaba sus agentes secretos y diplomacia conspirativa negociando con las monarquías de Austria, Prusia e incluso Inglaterra (de allí las sistemáticas denuncias de Marx contra la duplicidad del Primer ministro británico lord Palmerston).

Marx tenía la convicción de que la unidad de la gran Alemania debía forjarse con la desintegración de las monarquías de Prusia y Austria y en el fragor de la guerra contra Rusia: sólo así podría conquistarse una democracia en que el proletariado pudiera desplegar todo su potencial emancipatorio. Pero el temor pánico de la burguesía alemana ante la mera posibilidad de semejante curso, hizo que cediera, prácticamente sin lucha, todas y cada una de las posiciones que las masas habían conquistado para ella. Finalmente, Federico Guillermo IV impuso la Constitución: con ella, el reconocimiento del sufragio servía a la institucionalización de un Estado monárquico, autoritario y militarista. La burguesía

⁵ *Ídem*, pág. 229.

delegó en el nuevo *Reich* la tarea de modernización de Alemania: aceptaron la incierta promesa de una *revolución desde arriba* a cambio de que se aplastara la muy real revolución de los de abajo.

Ante este curso que tomaron los acontecimientos, en abril de 1849, Marx y Engels rompieron con la Asociación Democrática y renunciaron a los cargos que tenían en el movimiento. Poco antes, Marx había escrito un lapidario artículo, denunciando que la fallida revolución burguesa contra el viejo régimen se había revelado como un "anacronismo", un "cadáver social desde hace largo tiempo descompuesto", y que la burguesía alemana

...en el momento en que se alzaba contra el feudalismo y el absolutismo, se hizo hostil al proletariado y a todas las capas de la población urbana cuyos intereses e ideas se le asemejan [...] vieja ciega, sorda y desdentada: tal era la burguesía prusiana cuando, después de la revolución de marzo, se encontró en la dirección del Estado.⁶

A partir de esta caracterización de los acontecimientos, enfrentando la embestida contrarrevolucionaria aunque ya en pleno reflujo, Marx reorientó enérgicamente la actividad, priorizando la reorganización y coordinación de las diversas sociedades obreras y preparando un congreso obrero general de toda Alemania para el mes de junio, pero para entonces la revolución alemana ya estaba aplastada. Las tropas prusianas se desplazaron al sureste de Alemania y la *Nueva Gaceta Renana* fue clausurada, el día 19 de mayo. Su último número fue impreso con tinta roja y alcanzó la venta excepcional de veinte mil ejemplares. Dijo un emocionado Riazánov:

Hemos tenido en nuestras manos el último número de este periódico, el 301, el célebre número rojo que comienza con una poesía de Freiligrath, seguida de un nuevo llamamiento de Marx para poner en guardia a los obreros y para advertirles que no deben dejarse arrastrar a provocaciones.⁷

6 Artículo de Karl Marx en la *Nueva Gaceta Renana* en diciembre de 1848, citado en D. Riazánov: *Marx y Engels*. Buenos Aires: Colección Documentos, s/f, pág. 37.
7 Riazánov, *ob. cit.*, pág. 38.

Tras la crisis de mayo de 1849, el gobierno expulsó a Marx calificándolo de "extranjero indeseable", utilizando el pretexto de que él mismo había renunciado a su nacionalidad. Karl debió partir de inmediato hacia Francia, donde tampoco recibió asilo. Así, perseguido en toda Europa continental, debió embarcarse rumbo a Londres el 27 o 28 de agosto de 1849. Lejos estaba en ese momento de imaginarlo, pero lo cierto es que, como escribió Franz Mehring: "emprendía el camino hacia su tercer destierro, acompañado por la negra penuria, y esta compañía fiel, demasiado fiel, ya pocas veces había de abandonarle"⁸.

Engels, tras participar en el último episodio de la revolución, el llamado Alzamiento de Elberfeld, escapó a un casi seguro fusilamiento escondiéndose en Suiza, para luego seguir, dando un largo rodeo por el Mediterráneo, el rumbo de Marx: desembarcó el 12 de noviembre de 1849 en Londres.

Previendo inicialmente nuevos estallidos revolucionarios, los amigos participaron activamente en las ásperas y muchas veces disparatadas discusiones de los exiliados, impulsaron la refundación de la Liga de los Comunistas y prepararon, pese a una casi absoluta carencia de medios materiales, el lanzamiento de una revista en alemán: *Nueva Gaceta Renana. Revista político-económica (Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue)*. Entre mayo y diciembre de 1850 se sucedieron cinco entregas (la última, un número doble), pero los problemas de dirigir desde Londres una publicación impresa y distribuida en Hamburgo, la asfixia económica y el incremento de la represión impidieron su continuidad. En mayo de 1851, el encarcelamiento de los comunistas de Colonia, su enjuiciamiento y posterior condena tras un irregular proceso supervisado por el mismo Federico Guillermo IV e instrumentado por el agente secreto Wilhelm Stieber, terminó de poner en evidencia la profundidad de la derrota sufrida. Poco después, se propuso la disolución de la Liga Comunista.

Pero antes de que ello ocurriera, hubo momentos de reorientación política y balance. En el *Discurso de marzo* de 1850 que difundió apenas

8 Franz Mehring, *Carlos Marx. El fundador del socialismo científico. Historia de su vida y de la 1ª Internacional*. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1965., pág. 156.

reconstituido el Comité Central de la Liga de los Comunistas se denunciaban tanto el pasaje de la burguesía hacia el partido del Orden como también el rol confusionista y desmoralizador de los demócratas pequeñoburgueses con su "programa limitado e irrealista". La conclusión central era que, en la próxima ola revolucionaria, los trabajadores debían prepararse para intervenir en forma autónoma, a escala internacional o al menos en todos los países dominantes del mundo, con la perspectiva de hacer "la revolución permanente":

...los obreros alemanes no podrán conquistar el Poder y hacer triunfar sus intereses de clase sin pasar por un largo proceso revolucionario [...] ellos mismos deberán contribuir más que nadie a su triunfo final, adquiriendo la conciencia de sus intereses de clase, abrazando lo antes posible la posición de un partido independiente y no dejándose engañar ni por un momento por las frases hipócritas de la democracia pequeñoburguesa, frases con que ésta quiere contener la organización independiente del partido del proletariado. La revolución permanente: ese ha de ser su grito de guerra.⁹

Poco importa si el texto implica una autocrítica rectificación de la política llevada adelante por Marx en el curso del año 1848, como algunos pretenden. Lo que realmente importa es advertir que, más allá de cuestiones tácticas cuyo análisis exige análisis concreto de situaciones concretas, el documento introducía una precisión (estratégica, diríamos hoy) que sería valorada y recuperada años después por Rosa Luxemburgo, León Trotsky y Vladimír Lenin.

El balance de las revoluciones de 1848 se realizó también y sobre todo en las páginas de la *Nueva Gaceta Renana. Revista político-económica*, en los artículos *Revolución y contrarrevolución en Alemania* o *La guerra campesina en Alemania* (Engels), y *Las luchas de clases en Francia, 1848-1850* de Marx, publicado éste último en los tres primeros números de la revista. Marx continuó y profundizó esta elaboración en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* escrito en 1852 y publicado en la re-

⁹ K. Marx, "Mensaje del Comité Central a la Liga de los comunistas", marzo de 1850, en C. Marx y F. Engels, *Biografía del Manifiesto Comunista*. México, Editorial México S.A., 1949, pág. 465.

vista *Die Revolution*, publicada en Nueva York por Weydemeyer. Antes de 1848, Marx pensaba que en gran parte de Europa y más específicamente en Alemania se planteaba la necesidad de una lucha conjunta entre la democracia burguesa (o al menos sus sectores radicalizados) y la emergente clase obrera: la burguesía necesitaba de la acción revolucionaria del proletariado para terminar con los resabios del Antiguo Régimen e instaurar la República y, por otro lado, en esa lucha la clase obrera ganaría fuerza y experiencia que le permitirían avanzar hacia su propia revolución. La derrota de la revolución puso a prueba los análisis previos y fue preciso desprender de lo ocurrido enseñanzas teóricas y políticas. Tras el balance de las luchas de clases en Francia entre 1848 y 1852, precisamente, Marx concluye que la irrupción de la clase obrera en las calles y barricadas de París, levantando sus propias banderas junto a las reivindicaciones democráticas, había aterrorizado a la burguesía a tal punto que abandonó cualquier pretensión rupturista en el terreno político y se alineó con las fuerzas de la reacción para aplastar la amenaza revolucionaria del proletariado, aceptando para ello la imposición de regímenes autoritarios o *bonapartistas*. El corolario del análisis es que la revolución obrera debería abrirse camino en forma independiente, desarrollando, crítica y auto-críticamente, sus propias tácticas (en esa época no se hablaba aún de estrategia) y formas institucionales, al calor de incesantes luchas sociales y políticas y políticas.

La convicción de que la emancipación de los trabajadores implicaba un largo proceso de maduración revolucionaria, que brillante y elocuentemente desarrollaría décadas después Rosa Luxemburgo, enfrentó entonces a Marx y Engels con el voluntarismo de otros dirigentes de la Liga de los Comunistas:

Nosotros les decimos a los obreros: os quedan quince, veinte, cincuenta años de guerra civil para cambiar la situación, para que seáis capaces de ejercer el poder; y no lo que se les dice [por parte de Willich y Schapper]: hay que llegar al poder de inmediato, o no levantarse de la cama.¹⁰

¹⁰ Citado por J. Sperber, ob. cit., pág. 260.

En realidad, Marx sostenía que la clase obrera debía hacer la revolución no sólo contra la burguesía y el capitalismo, sino también contra sus propias limitaciones, ilusiones y prejuicios. Por eso escribió en *El 18 Brumario*:

Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminadas por fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período impetuoso y agresivo. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de las facetas flojas y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan:

Hic Rhodhus, hic salta!

*¡Aquí está la rosa, baila aquí!*¹¹

Este fragmento encierra una potencialidad (*mesiánica*, tal vez diría Benjamin) que vale mucho más allá de la coyuntura para el que fuera escrito. En otro momento histórico, pero también urgido por la necesidad de sobreponerse, crítica y autocríticamente, a la derrota, el poeta argentino Juan Gelman recreó, a su manera, la reflexión de Marx (ver Anexo 15: "*Distracciones*").

En realidad, pienso que la obra marxiana está recorrida por un hilo rojo: la convicción de que la revolución de los de abajo debe concebirse y *a fortiori* realizarse como un acontecimiento sin precedentes, un

11 Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, en Horacio Tarcus. *Antología*, ob. cit., págs. 154-155.

punto de viraje en la historia o prehistoria de la humanidad. Ya no se trata de reemplazar la dominación de una clase imponiendo el dominio de otra clase y, precisamente por ello, el objetivo de la emancipación política, siendo necesario, es limitado e insuficiente. La emancipación humana implica la construcción de una nueva sociedad basada en la libre asociación de productores-consumidores, y esto exige que los subalternos deban hacer la revolución contra la burguesía revolucionándose a sí mismos. Sólo en la lucha contra la burguesía y combatiendo prácticamente la alienación de clase que les es impuesta, los expropiados, explotados y oprimidos del mundo podrán efectivamente llegar a conformarse como clase revolucionaria y universal, para retomar una expresión utilizada en *La ideología alemana*.

Indudablemente, las experiencias vividas y los nuevos desarrollos de la situación europea habían puesto en cuestión diversos lineamientos del *Manifiesto*: el nacionalismo se había revelado como un impensado pero importante factor en las revoluciones populares, y no sólo en casos especiales como podrían haber sido Polonia y Hungría; el peso político de la aristocracia terrateniente se había hecho sentir no sólo en Inglaterra o Alemania; la aristocracia financiera había revelado una fuerza imprevista. Por último, pero no en importancia, pudo comprobarse que los alineamientos políticos de las diversas fracciones burguesas, de las clases medias y la pequeñoburguesía, de los campesinos, e incluso del proletariado, no se derivaban mecánicamente de las respectivas posiciones en la estructura productiva, y que los factores superestructurales podían llegar a ser determinantes en determinadas circunstancias, como cuando las disputas parlamentarias, convertidas en comedia de enredos, allanaron el camino para que el poder ejecutivo, con aparatos que parecían actuar por su cuenta, terminara por colocar en el trono imperial a Luis Bonaparte. Horacio Tarcus puntualiza algunos de los interrogantes planteados en los siguientes términos:

¿Cómo entender que no fuese la burguesía industrial la que finalmente hegemonizaba al proceso político y conquistaba el aparato del Estado, sino que el propio Estado adquiriese tan alto grado de autonomía frente a la burguesía? ¿Cómo explicar que la crisis política

fuera resuelta por un desclasado, un individuo hasta muy poco antes desprestigiado y ajeno al sistema político como Luis Bonaparte? ¿Cómo entender que la burguesía industrial, la clase llamada a conducir los destinos del Estado francés, pudiera verse humillada por un don nadie con un acto que aparecía a la vez como grotesco e irracional: un golpe de Estado que le permitió clausurar la Asamblea Nacional, dar por terminada la república burguesa y proclamarse emperador? ¿Cómo comprender la anomalía del "bonapartismo"?

Marx abominaba del bonapartismo, con un desprecio sólo comparable al que sentía por el absolutismo zarista y por el "espíritu prusiano". Para descifrar el enigma y comprender este fracaso inesperado de 1851, indagó en la significación social de los imaginarios colectivos, en la inercia de la memoria, en el peso de los muertos obsesionando el espíritu de los vivos. *El 18 Brumario* concibe una opacidad de los procesos políticos reales para la conciencia de los actores sociales y políticos que contrasta con el optimismo cognoscitivo del *Manifiesto comunista*. Ofrece un fresco histórico de los acontecimientos que se iniciaron con la revolución de febrero y desembocaron en el golpe de Estado de 1851 en términos de la lucha entre las clases y las fracciones de clase, exponentes intelectuales y periodísticos así como sus representantes políticos, los partidos. Pero otorga mayor espesor explicativo a las representaciones y auto-representaciones políticas, a los procesos de formación de la conciencia colectiva, nos presenta a los actores de este drama histórico atrapados en el juego de sus ilusiones y sus estrechos intereses, y nos muestra cómo el Estado, que hasta el *Manifiesto* era concebido por Marx como "una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa", podía alcanzar una relativa autonomía frente a esa misma clase.¹²

La riqueza en detalles, el rigor histórico y el método dialéctico aplicado al análisis de *Las luchas de clases en Francia* y *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, los han convertido en pequeños clásicos de la politología. Y no sólo: el gran antropólogo estructuralista Claude Lévi-Strauss escribió en *Tristes trópicos*: "Rara vez me pongo a desentrañar un problema de sociología o de etnología sin vivificar mi reflexión previamente con

12 Horacio Tarcus, "Introducción...", en Karl Marx *Antología*, ob. cit.: págs. 29-30.

algunas páginas de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* o de la *Crítica de la economía política*¹³. Se trata de dos pequeños libros enfrentados a inmensas cuestiones que demandaban nuevas respuestas políticas (ver Anexo 16: Marx y el Estado). Pero conviene insistir en que se puede advertir y rescatar en ellos valores teóricos más generales. Evidencian, por ejemplo, que Marx no consideraba a las clases sociales con criterio mecanicista ni esencialista. No se refiere a las clases como si fuesen objetos pasibles de clasificar y ordenar en distintas estanterías poniéndoles las correspondientes etiquetas ("obreros", "clase media", "burguesía", "terratenientes", "campesinado", etcétera). En lugar de la pedantería del doctrinario que encasilla el curso vivo de la lucha de clases acomodándolo a esquemas previamente elaborados, en estos libros Marx expone plástica e históricamente un fresco en donde la burguesía, la pequeña burguesía y el proletariado se constituyen conflictivamente, asumen formas concretas y se transforman luchando entre sí. Y dejan planteados en nuevos términos (lo que no significa agotar ni, mucho menos, resolver) la problemática relación entre clase y conciencia de clase, o las que existen entre *la forma Estado* propia del orden del capital y las diversas formas de Estado que pueden presentarse en distintos contextos y relaciones de fuerza. (Ver anexos 16: *Marx y la cuestión del Estado* y 17: *La teoría política de Marx*).

Terminaré este capítulo refiriéndome a una cuestión aparentemente anecdótica, pero no carente de importancia. Mucho se ha fabulado sobre el mal carácter de Marx y su tendencia a convertir diferencias de ideas en odios personales, y discrepancias políticas en guerra de insultos. Como prueba de tales asertos, se ha citado un folleto casi desconocido y que en realidad nunca llegó a circular porque antes de que pudiera ser impreso fue "robado" por un agente policíaco infiltrado. Escribe Sperber:

Marx recopilaba relatos hostiles de sus seguidores para publicar un panfleto polémico contra sus enemigos, *Los grandes hombres del exilio*, una colección de relatos difamatorios y anécdotas desagradables,

13 Claude Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*. Buenos Aires: Paidós, 1988, pág. 61.

que giraban sobre todo en torno a Gottfried Kinkel [...] Cuesta no advertir las trivialidades y los egos desmedidos que impregnan estas polémicas. Por ello, los historiadores con frecuencia han renegado de estas disputas, consideradas banales y sin importancia, frente a los textos e ideas de Marx, mientras que otros las han percibido como muestras de su arrogancia e intolerancia ante puntos de vista diferentes.¹⁴

Corresponde precisar, en primer lugar, que las páginas de ese folleto fueron escritas entre mayo y junio de 1852 no sólo por Marx, sino también por Engels, Ernst Dronke y otros. La investigadora argentina Laura Sotelo, a quién debemos la traducción y publicación de ese material, señala:

El hecho de que haya sido producto de un trabajo colectivo en el que Marx no jugó un papel principal, revela hasta qué punto la cosmovisión de Marx, Engels, Jenny, Dronke, Moll y otros miembros de la Liga Comunista, se forjó en la producción de escritos e ideas colectivas.¹⁵

Al enterarse que la policía prusiana se había apoderado del documento (que luego descartó porque no encontró nada que sirviera a sus propósitos), Marx

Lo que más lamentaba era no haber podido contribuir con un texto de batalla a la crítica de los héroes de la derrota del 48, en el momento en que posaban, ante la opinión pública europea, como profetas llamados a dividir el Mar Rojo. La ruptura de los comunistas con los republicanos –liberales y democrático-radicales– es aquí completa, y aunque su tono es lúdico y burlesco, los motivos de la ruptura deben buscarse en textos previos, en especial en el *Mensaje a la Liga de los Comunistas de 1850*.¹⁶

Laura Sotelo, además de reivindicar el ingenio satírico del texto y considerarlo una *mascarada paródica*, propone una sugerente hipótesis y una benevolente conclusión:

14 Jonathan Sperber, *ob. cit.*, págs. 264 y 265.

15 Laura Sotelo, "Prefacio", en Karl Marx y Friedrich Engels, *Los grandes hombres del exilio*. Buenos Aires: Editorial Las cuarenta, 2015, pág. 13.

16 *Ídem*, pág. 14.

...queda claro que la amistad de Marx con Heine, Freiligrath y Herweg, y en general, su propia incursión en un estilo de escritura "total", por así decirlo –esto es, la conjunción laboriosa de ciencia, filosofía, literatura y política– dan muestras de que la forma literaria no constituía para él, meramente, un recurso estilístico. Más que un panfleto, *Los grandes hombres del exilio* vale como un índice exhaustivo de que todo un período de la literatura y la vida social había encontrado su punto límite. Por otra, como dice Bajtin "la risa destruye el miedo y respeto al objeto, al mundo, lo transforma en un objeto de contacto familiar, preparando con ello la investigación libre y completa del mismo". No sería erróneo pensar que la risa de despedida que esta obra representa, abrió para Marx el arduo camino de investigación que culminaría, quince años después, en la publicación del tomo I de *El capital*. [...] La parodia de estos "grandes hombres" no va dirigida a menospreciar a la víctima [...] sino a justipreciar un proceso histórico a escala humana real, sin dioses ni individuos sobrehumanamente esclarecidos. La retractación sarcástica no conlleva, sin embargo, una liquidación sin ternura del adversario: la risa los libera, también a ellos, del excesivo peso, cuasi-divino, que imaginaban tener sobre la historia.¹⁷

Efectivamente, si eran muchas las diferencias que separaban a Marx de aquellos emigrados empeñados en una guerra de pulgas para asegurarse un lugar destacado en la Historia, tal vez la más importante fuese la convicción de que el futuro de la humanidad no dependía de *los grandes hombres*. Estaba convencido, como lo dejará asentado con letras de molde en el primero de los *considerandos* de los Estatutos de la Internacional: "la emancipación de la clase obrera debe ser obra de los obreros mismos".

17 *Ibidem*, págs. 44 y 45.

Anexos del capítulo 5

Anexo 15: "DISTRACCIONES"

admirando el vuelo del pájaro
la distracción es tal que se olvidan las
dudas debilidades miserias de los
intentos cuando intentó volar / es claro que

difficilmente el pájaro hablará
de todo eso/no por orgullo o mudez sino
porque el vuelo es así/se critica
todo el tiempo a sí mismo/se para

a cada rato/vuelve
sobre lo que voló para volarlo otra vez/aparta
dudas debilidades miserias con impiedad
increíble en un pájaro/es decir

la revolución es así/se critica
todo el tiempo a sí misma/se para
a cada rato/vuelve
sobre lo que empezó para empezarlo otra vez/aparta

dudas debilidades miserias con
impiedad increíble en un pájaro/vuela
como rostros del mundo o
pobres del mundo o sol

Juan Gelman, HECHOS [Buenos Aires-Roma, 1974/1978]
En *POESÍA REUNIDA* Tomo I, Buenos Aires, Seix Barral, 2012, pág. 369

Anexo 16: Marx y la cuestión del Estado

En sus planes de *El capital*, Marx había previsto un capítulo sobre el Estado que jamás vio la luz; no solamente por razones de tiempo, sino,

manifiestamente, a causa de dificultades teóricas del análisis general. *El capital* no es un tratado sobre economía, entendida como una ciencia transhistórica, sino un análisis del modo de producción capitalista y de sus contradicciones. Y el método de ese análisis es el de la "crítica de la economía política", título, sabemos, de *El capital*. Si el Estado está presente en los entresijos de numerosos análisis de *El capital*, no existe sin embargo una teoría del Estado en su articulación con el modo de producción capitalista. Como veremos, esa no es una tarea sencilla. Con todo, debemos rechazar como no serios todos los discursos que hacen (han hecho) de Marx un pensador sumido en un "economicismo" incapaz de pensar y de analizar la política. Al contrario, puesto en relación con su época, Marx es un analista político destacable. Sin hablar aquí del interés de artículos coyunturales, tres aspectos son destacables. Antes que nada, su análisis de los regímenes políticos. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* devino un clásico de la "ciencia política". Y la claridad de los análisis de la dialéctica específica de las formas políticas es también siempre llamativa. [...].

En segundo lugar, Marx y Engels —y no solamente a causa de su inmensa cultura historiográfica— esbozaron una doble tipología de los estados modernos, más exactamente de los diferentes perfiles nacionales de estos estados. Por un lado, dan un lugar particular al Estado estadounidense que no tiene ningún pasado feudal. Por otro, ellos dan cuenta (y a menudo con análisis que aciertan en el blanco) del perfil de los diferentes estados europeos en función de dos enfoques (por otra parte ligados entre sí): la forma de feudalización específica de los países concernidos y las formas de salida del feudalismo en esos mismos países. esa tipología me parece todavía pertinente.

Por último, los primeros textos de juventud de Marx, en particular la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* y *Sobre la cuestión judía*, están enteramente centrados en el análisis de las características del Estado moderno. Según dos ángulos. En principio señalan las rupturas con las antiguas formas de poder político, y Marx va siempre a guardar una sensibilidad muy fuerte en la puesta en evidencia (y la explicación) de las diferencias entre las formas políticas precapitalistas y el Estado moderno; por otro lado, ponen en evidencia las transformaciones radicales de las formas de organización de lo social ligadas a ese Estado. Una serie de análisis hechos entonces son pertinentes, pero jamás fueron retomados, ni rearticulados con el análisis de las relaciones de producción capitalista que sólo vendrá más tarde y se desarrollará en *El capital*.

Naturalmente, esto sería muy fácil si se tratara solamente de reparar, de alguna forma, ese olvido añadiéndole los textos de juventud a *El capital* [...] (pero) no es posible tratar las relaciones de producción capitalistas sin tratar del Estado capitalista, y *viceversa*. Debemos admitir que, sin embargo, esto sucedió durante mucho tiempo en el caso de la tradición marxista. A pesar de que el Estado ocupó un lugar cada vez más importante en su seno, desde el punto de vista estratégico (toma del poder) y de la experiencia histórica con la construcción del Estado soviético. Lo que domina durante todo este período es la referencia al Estado como Estado de clases en general, la mayor parte del tiempo con una simple repetición (o con reajuste marginales) de las fórmulas de Engels en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.

[...] es en los años 1960-1980 que, como sobre otros temas, las tradiciones de discusión y de análisis fueron reactivadas, en conjunción con la crisis del "marxismo estalinista" [...] Todo ello en un contexto general de discusión sobre el conjunto de la obra de Marx, y el lugar de los diversos textos de Marx: los textos de "juventud" y los del período de *El capital*, las relaciones entre la temática de la alienación de los primeros y del fetichismo del segundo, el estatus de *El capital*, no como ciencia de la economía, sino como "crítica de la economía política". [...] (Esos debates) permitieron reactivar (o simplemente hacer emerger...) una tradición marxista de análisis del Estado, no como sustancia de clase transhistórica, sino como "relación de soberanía y dependencia", según una fórmula de Marx, ligada a una relación de explotación específica. Y esto no para disolver la política en la economía o en un curso transhistórico sobre el Estado de clase, sino, al contrario, para tomar en cuenta el lugar constitutivo del Estado en las relaciones de producción, así como su figura institucional específica.

Antoine Artous, "Introducción", en Antoine Artous, Tran Hai Hac, José Luis Solís González, Pierre Salama, *Naturaleza y forma del Estado capitalista*, Buenos Aires, Herramienta ediciones, 2016, págs. 11-14.

Anexo 17: La teoría política de Marx

Fue formulada con vigor y claridad ya en la década de 1840, con repetidas advertencias en contra del voluntarismo y aventurerismo (). Las cuestiones principales se pueden condensar en los siguientes puntos:

- 1) El Estado (y la política en general, como un campo aparte) debe ser *superado* mediante una transformación radical del conjunto de la sociedad, pero no puede ser *abolido* por decreto, ni tan siquiera por toda una serie de medidas político/administrativas;
- 2) La revolución por-venir no puede ser simplemente política, debe ser una revolución *social* para no verse atrapada dentro de los confines del sistema autopertuante de la explotación social/económica;
- 3) Las revoluciones sociales apuntan hacia la eliminación de la contradicción entre parcialidad y universalidad que las revoluciones políticas del pasado siempre reprodujeron, al someter al conjunto de la sociedad a la dominación de una parcialidad política, en beneficio de los sectores dominantes de la "sociedad civil";
- 4) El agente social de la emancipación es el proletariado porque está obligado, por la maduración de las contradicciones antagónicas del capital, a derrocar el orden social imperante, siendo al mismo tiempo incapaz de imponerse como una nueva parcialidad dominante —una clase dominante mantenida por el trabajo de las demás— sobre el conjunto de la sociedad;
- 5) Las luchas políticas y socio-económicas constituyen una unidad dialéctica y en consecuencia ignorar la dimensión socio-económica priva de realidad a la política;
- 6) La ausencia de condiciones objetivas para la implementación de medidas socialistas, irónicamente, solo puede conducir a llevar adelante las políticas del adversario en caso de una prematura conquista del poder;
- 7) La revolución social exitosa no puede ser local o nacional —solo las revoluciones políticas pueden confinarse en un escenario limitado, acorde con su misma parcialidad—, debe ser *global/universal*, lo que implica la necesaria superación del Estado a escala *global*.

Claramente, los elementos de esta teoría constituyen un todo orgánico del que no pueden ser separados uno a uno. Porque cada uno de ellos está referido a los demás y todos adquieren su significado completo mediante las recíprocas interconexiones. Esto resulta bastante obvio al considerar 1, 2, 5, 6 y 7 conjuntamente, pues todos tienen que ver con las condiciones objetivas ineludibles de la transformación social, concebida como una totalidad social compleja con su propio dinamismo interno. Los números 3 y 4 parecen ser "los que no cuadran", ya que el propugnar la resolución de la contradicción entre parcialidad y universalidad parece ser una intromisión injustificada de la

lógica hegeliana en el sistema de Marx y el número 4 parece el traslado imperativo de esa categoría lógica abstracta a una entidad pseudoempírica. [...] En verdad, sin embargo, el procedimiento de Marx es perfectamente válido, aunque la conexión con Hegel no puede ni debe ser negada. Pues la similitud entre la "clase universal" de Hegel (la burocracia idealizada) y el proletariado de Marx es superficial, dado que sus discursos provienen de universos muy distintos. Hegel busca preservar (más bien glorificar) el Estado e inventa la clase burocrática "universal" con un *Sollen* (un "deber ser") quintaesencial. Ella cumple la función de conciliar las contradicciones de los intereses en conflicto preservándolos, salvaguardando y asegurando así la permanencia de la estructura social establecida con su forma antagónica. Marx, muy por el contrario, busca la *superación* del Estado y la política en cuanto tal, e identifica la paradójica universalidad del proletariado (universalidad todavía-no-dada, aún-por-ser-realizada) como una parcialidad que *necesariamente debe auto-abolirse*. [...] Con su "tarea histórica" tiene una función universalizante objetivamente fundada por cumplir. Al mismo tiempo, su parcialidad es también única, pues no puede ser convertida en una condición de dominación exclusiva en la sociedad. En consecuencia, para "dominar" el proletariado debe generalizar su propia condición de existencia: vale decir, la incapacidad de dominar como parcialidad a expensas de otros grupos y clases sociales. [...] El dominio de una parcialidad sobre la sociedad en su conjunto está siempre sostenido por la política como necesario complemento de las iniquidades de las relaciones materiales de poder establecidas. A esto se debe que la emancipación de la sociedad de la dominación de la parcialidad es imposible sin la radical superación de la política y del Estado. En otras palabras, en tanto el proletariado actúe políticamente, sigue estando en la órbita de la parcialidad (con implicaciones serias, pues el mismo proletariado se encuentra necesariamente afectado por la dominación de la parcialidad), mientras que la realización de la revolución social implica otros muchos factores que van mucho más allá del nivel político, junto con la maduración de las pertinentes condiciones objetivas.

Naturalmente, el proletariado en tanto exista estará situado a mayor o menor distancia del cumplimiento de su "tarea histórica" en cada momento histórico determinado, y la evaluación de los cambios en su composición sociológica y en la relación con otras fuerzas, junto con los éxitos y fracasos relativos, etcétera, requiere minuciosas investiga-

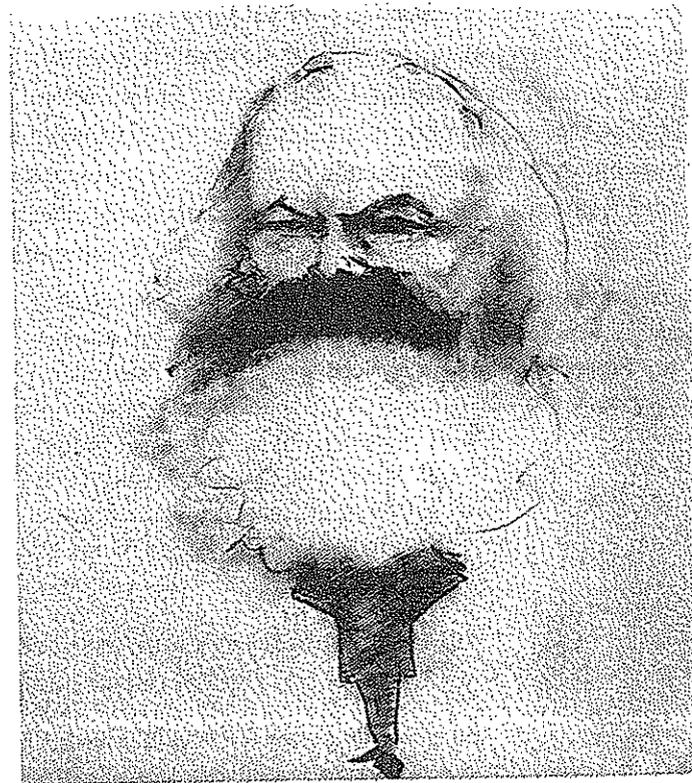
ciones de acuerdo a las circunstancias específicas. Lo que acá importa es destacar el vínculo inquebrantable de los puntos 3 y 4 con el resto de la teoría política de Marx. Porque, por un lado, es precisamente esta categoría objetivamente fundada de *universalidad* la que coloca a la política en la debida perspectiva: se mantiene "fuera" de la política (lo que significa ir más allá de las limitaciones que impone "pensar dentro del marco de la política", como él dice). Lo que debe hacerse para poder *negar* la crónica parcialidad de la política; y hacerlo no desde un nivel abstracto metafísico-lógico, sino sobre la base de la sola y única universalidad no ficticia (no como un "deber-ser"), vale decir, el metabolismo fundamental de la sociedad, lo social. Esta comprensión de la universalidad es a la vez histórica y transhistórica, por cuanto destaca las necesariamente cambiantes condiciones del metabolismo social pero marca también los límites últimos más allá de los cuales incluso el más poderoso medio y modo de ese metabolismo —el capital, por ejemplo— pierde su vitalidad y justificación histórica. Por otro lado, el proletariado como realidad social/económica verdadera era ya un actor importante en el escenario político bastante antes de Marx. Demostró su capacidad para encaminarse hacia una "revolución dentro de la revolución" durante los acontecimientos que siguieron a 1789, tratando de asumir un papel independiente, en su propio interés, en contraste con la posición subordinada que hasta entonces le tocara dentro del Tercer Estado. [...]

Así, regresando a los puntos principales de la teoría de Marx tomada en su conjunto, queda claro que ninguno de los otros puntos tiene sentido si se abandona la agencia social de las transformaciones revolucionarias. ¿Qué significado podría tener afirmar que el Estado sólo puede ser "superado" pero no "abolido" (en un escenario nacional limitado o a escala global) si no hay una fuerza social que quiera y pueda acometer la empresa? Lo mismo ocurre con los demás puntos. La distinción entre revolución social y política tiene contenido sólo si una o más agencias sociales existentes pueden *realmente* darle sentido, a través de los objetivos y estrategias de su acción y a través del nuevo orden social que surja de esa acción. Asimismo, es imposible pregonar una estrecha y completa reciprocidad entre la política y la economía antes de una etapa bastante avanzada del desarrollo social/económico; lo que a su vez presupone que las principales fuerzas de la sociedad estén realmente involucradas en una confrontación inextricablemente política y económica entre ellas. [...] Así, la superación del Estado y quien puede iniciarla,

el proletariado (o utilizando un término teóricamente más preciso, el trabajo: el antagonista estructural del capital), van inseparablemente unidos y constituyen el pivote de la teoría política de Marx.

István Mészáros, *Más allá del capital*. Venezuela: Vadell Hermanos Editores, 2001, págs. 533 a 538.

Capítulo 6



J.M.

El capital y la crítica marxiana de la economía política

Derrotadas las revoluciones de 1848, los que siguieron fueron años de reacción y reflujo de las luchas populares en toda Europa, años durante los cuales el accionar de los revolucionarios quedó cada vez más limitado, incluso en el terreno propagandístico y literario: como ya se dijo, la *Nueva Gaceta Renana: Revista económico-política* dejó de publicarse en noviembre de 1850. Dos años después, el 12 de noviembre de 1852, los comunistas de Colonia recibieron duras condenas. Este fue un golpe tremendo:

El miércoles posterior a la emisión del veredicto, Marx acudió a la reunión que celebraba semanalmente en un *pub* con sus seguidores londinenses y les propuso disolver la Liga de los Comunistas. Con la aceptación de la propuesta, el grupo se dio por clausurado. Marx explicó su decisión en una carta a Engels: con la detención y condena de sus seguidores de Colonia, todas las posibilidades de acción política efectiva se habían desvanecido.¹

Sobre el impacto del acontecimiento, otro biógrafo ha señalado:

Aquellos días de noviembre señalaron casi matemáticamente el tránsito de la



1 Jonathan Sperber, *ob. cit.*, pág. 278.

primera a la segunda mitad de su vida, e interiormente representan también un viraje muy importante en la vida y en la obra de Marx. Él mismo tenía la sensación viva de que era así, como la tenía también Engels, con percepción quizá todavía más clara. [...] Disuelta la Liga Comunista, se rompieron los últimos lazos que unían a Marx a la vida pública de su país. A partir de ahora, el destierro, "la patria de los buenos", se convertiría en su segunda patria.²

Apartándose de las tertulias y envenenadas disputas de los emigrados y liberándose de ataduras y compromisos "de partido" carentes ahora de sentido, Marx decidió volcarse por entero al trabajo científico que junto a otras ocupaciones había retomado ya desde 1850. Día tras día, desde las 9 de la mañana hasta las 7 de la tarde, estudiaba y tomaba notas (pues no tenía dinero para comprar los libros) en la biblioteca del Museo Británico, para luego continuar el trabajo por las noches en el modestísimo domicilio en que vivía con su numerosa familia, soportando todo tipo de privaciones y arruinando su salud.

El empeño, que debió repartirse desde 1853 con el trabajo periódico para el *New York Tribune* (dos artículos semanales sobre política internacional) culminó con el libro que presenta una primera exposición de la investigación en curso: la *Contribución a la crítica de la economía política*, publicada en Berlín en el año 1859. Allí anunciaba:

Consideraré el sistema de la economía burguesa en la siguiente secuencia: *el capital, la propiedad de la tierra, el trabajo asalariado; el Estado, el comercio exterior, el mercado mundial*. Bajo los tres primeros investigaré las condiciones económicas de vida de las tres grandes clases en que se divide la sociedad burguesa moderna; la relación entre los otros tres rubros salta a la vista. La primera sección del primer libro, que trata del capital, consta de los siguientes capítulos: 1) la mercancía; 2) el dinero o la circulación simple; 3) el capital en general. Los dos primeros capítulos constituyen el contenido del presente fascículo. Todo el material se halla ante mí en la forma de monografías, escritas en períodos muy distanciados entre sí y destinadas a mi propia comprensión del asunto, pero no a su

2 Franz Mehring, *ob. cit.*, págs. 169 y 181.

edición, y cuya elaboración coherente según el plan indicado habrá de depender de circunstancias externas.³

Una parte significativa de las monografías que Marx menciona fueron reunidas y publicadas, casi un siglo después de escritas, entre 1939-1941, con el título de *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858 (Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Rohentwurf) 1857-1858)*. En su documentado estudio sobre el tema, Enrique Dussel sostiene que en los *Grundrisse*

...Marx descubre por primera vez explícitamente la "esencia" de su pensar teórico: la cuestión del *valor* como fundamento del concepto de *plusvalor*. Y, repitémoslo, la cuestión del plusvalor es descubierta de manera explícita e irreversible, definitivamente, por Marx, aquí en los *Grundrisse* [...] Si el que se inicia comprende adecuadamente el concepto (y la categoría) de plusvalor, entenderá al mismo tiempo el fundamento de donde Marx saca la totalidad de sus posteriores descubrimientos...⁴

Como luego se verá, la prometida elaboración sistemática que prometiera Marx en el libro de 1859 le insumiría muchos años más de lo que entonces podía suponer y, en realidad, nunca fue completada. Sin embargo, es indudable que el gran esfuerzo de investigación y crítica llevado adelante por Karl Marx aportó nuevas y más sólidas bases teóricas a la lucha económica y política de los trabajadores, como lo revelaría especialmente el rol jugado por Marx cuando se conformó la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT) o Primera Internacional. (Ver anexo 18: *La lucha entre el capital y el trabajo, y sus resultados*).

De todos modos, el libro sobre el cual siguió trabajando Marx, *El capital. Crítica de la economía política (Das Kapital. Kritik der politischen Ökonomie)*, recién pudo ser editado en 1867 y una segunda edición

3 Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo XXI editores, 2008, pág. 3.

4 Enrique Dussel, *La producción teórica de Marx. Un comentario a los Grundrisse*. México: Iztapalapa y Siglo XXI Editores, 1995, págs. 11-12.

corregida, en 1873. Y sólo se publicó el libro primero de los cuatro anunciados en el "Prólogo":

El segundo tomo de esta obra versará en torno al proceso de circulación del capital (libro segundo) y a las configuraciones del proceso en su conjunto (libro tercero); el tercero y final (libro cuarto), a la historia de la teoría.⁵

La redacción de esos anunciados libros nunca fue concluida. Según Enrique Dussel:

Posteriormente a la aparición del tomo I de *El capital*, Marx reemprenderá desde 1870 nuevas investigaciones, pero ya nunca podrá escribir los textos para la imprenta (en un correcto orden "en la exposición") de los tomos posteriores (el II, III y IV, tarea que realizarán, por su cuenta y riesgo, Engels y Kautsky).⁶

Después de investigar en los archivos de Berlín y Ámsterdam y habiendo consultado los correspondientes tomos de la MEGA II (a los que pudo acceder antes incluso de su publicación), Dussel precisó:

...hoy sabemos que la redacción de *El capital* tuvo cuatro etapas que denominaremos "redacciones". La primera fue hecha entre 1857 y 1858 y constituye los *Grundrisse*. La segunda "redacción" está contenida en los *Manuscritos del 61-63*, donde Marx elabora ya una versión casi definitiva de muchas de las cuestiones esenciales del libro I de *El capital*, y trata además temas centrales del libro III (el precio de producción desde la ganancia media, la renta, etcétera) y del libro II (la reproducción, etcétera). En esta segunda redacción, debemos incluir, como sus capítulos 1 y 2, a la *Contribución* de 1859, ya que los *Manuscritos del 61-63* tratan solo aspectos relativos al capítulo 3. [...]

Sin embargo, hasta hace poco casi nada se sabía del hecho de que Marx hubiera escrito por entero (y en realidad fue la única ocasión en su vida en que hizo tal esfuerzo) los tres libros de su obra entre 1863 y 1865. Escribió el libro I, completo, desde julio de 1863 hasta

5 Karl Marx, *El capital*, Tomo I/Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2014, pág. 9.
6 E. Dussel, *La producción teórica de Marx*, ob. cit.: pág. 24.

el verano de 1864; de éste sólo se ha podido conservar —el resto se halla perdido hasta el momento— el llamado *Capítulo 6 inédito*, con la numeración de mano de Marx del folio 441 al 495. También escribió la primera variante del libro II, *Manuscrito I*, con 149 folios numerados por él mismo. Y, al mismo tiempo, redactó enteramente el libro III en el llamado *Manuscrito principal (Manuscrito I)* [...] usado por Engels para la edición del tomo III. Se trata de un escrito de 575 folios, numerados también por Marx, catalogado en el Archivo de Amsterdam bajo la rúbrica A 80 (A 54). Estos *Manuscritos del 63-65* tienen al menos 1.219 folios de la pequeña y taquigráfica letra de Marx. Como hemos dicho, es el único texto completo de los tres libros; está mucho más desarrollado que los *Grundrisse* e incluye el libro III que prácticamente Marx nunca más trabajó *in extenso*.⁷

Recapitulando lo antedicho, y recordando que en una carta a Engels de 1858 Marx anunciaba que su obra "...se dividirá en seis libros: I. Capital; II. Propiedad de la tierra; III. Trabajo asalariado; IV. Estado; V. Comercio internacional; VI. Mercado mundial"⁸ y que en diversas ocasiones agregó que al considerar la conformación del mercado mundial trataría también la fundamental cuestión de las crisis, fuerza es concluir que, de los seis libros previstos sólo llegaron a ser relativamente elaborados los tres primeros.

El mismo libro primero de *El capital* revisado y editado con la supervisión de Marx, debe ser leído como anticipo de un trabajo en marcha, pues el mismo autor no se cansó de insistir en la necesidad de una constante revisión de las formulaciones y la disposición a modificarlas cuando la introducción en el análisis de nuevos conjuntos de relaciones permitiese la mayor determinación en los conceptos utilizados y sus alcances.

Ha sido una fuente de equívocos el que los tres tomos de *El capital* sean presentados como obra unitaria, siendo que Marx sólo terminó y envió a imprenta el primero de ellos. El tomo II o libro segundo, "El proceso de circulación del capital", fue preparado por Engels trabajando

7 Enrique Dussel, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*. México, Iztapalapa y Siglo XXI Editores, 1990, págs. 21-22.

8 Carlos Marx / Federico Engels, *Correspondencia*, ob. cit., págs. 93-94.

sobre manuscritos redactados por Marx en distintos momentos, y salió de imprenta recién en 1885, dos años después de fallecido Marx. El siguiente tomo, el libro tercero o "El proceso de la producción capitalista en su conjunto" recién logró ser publicado por Engels en 1894, después de un ingente trabajo a partir de otros borradores que Marx dejó inconclusos. Y, finalmente, el grueso de los textos de crítica a las teorías económicas que habían sido preparados por Marx entre los años 1861-1863, fueron publicados por Karl Kautsky en dos volúmenes publicados en 1905 y 1910 con el discutible título de *Teorías de la plusvalía, Libro IV de El capital*.

El solo hecho de que la edición de estos libros demandara tantos años suplementarios de trabajo a un curador tan calificado y compenetrado con el material como Engels, que había acompañado paso a paso toda la elaboración de Marx⁹, sugiere que los tomos II y III deben ser considerados la interpretación que dio Engels a los textos inacabados de Marx. Se trata sin duda de una interpretación calificada y autorizada, pero interpretación al fin. Y lo mismo vale, con más razón, para *Teorías de la plusvalía*. En todo caso, como bien señala Umberto Cerroni,

El hecho que la obra principal de Marx quedara incompleta ha planteado graves problemas de interpretación, relacionado, sobre todo, con la conexión entre los diferentes libros, las modificaciones efectuadas sobre el plan inicial de la obra y las perspectivas de una ulterior profundización. También es cierto, sin embargo, que el primer libro de *El capital* reúne en el tratamiento de las categorías económicas fundamentales (mercancías, valor de uso, valor de cambio, valor, dinero, precio, capital fijo y capital variable, plusvalía absoluta y plusvalía relativa) una suma de proposiciones y perspectivas teóricas suficientes para reconstruir las líneas generales de una grandiosa y coherente visión crítica del proceso de producción capitalista y de la sociedad burguesa.¹⁰

No se trata, evidentemente, de menoscabar la importancia de *El capital*. Al contrario: se trata de un libro imprescindible que cobra mayor

9 Como lo prueba la correspondencia entre ambos.

10 Umberto Cerroni: *El pensamiento de Marx*. Barcelona: ediciones del Serbal, 1980, pág. 227.

importancia aun cuando es considerado pieza fundamental de un *work in progress*.

Aclarado lo anterior, podemos volver al contenido mismo de *El capital*, comenzando por recordar su título completo: *El capital. Crítica de la economía política*. Así, desde la tapa queda dicho que no se trata de un libro de economía, sino de una *crítica de la economía política* o, si se prefiere, de *la forma política que los economistas clásicos impusieron a las categorías de su ciencia presentándolas como eternas e inmutables*.

Volviendo sobre el título, cabe preguntar ¿por qué se destaca en tapa el concepto de *capital* en lugar de apuntar al capitalismo? La cuestión es más pertinente aún, pues en el "Prólogo" sí se habla del capitalismo:

Lo que he de investigar en esta obra es el *modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio* a él correspondientes. La sede clásica de ese modo de producción es, hasta hoy, Inglaterra. Es éste el motivo por el cual, al desarrollar mi teoría, me sirvo de ese país como principal fuente de ejemplo.¹¹

Tratándose de un autor tan meticuloso que rozaba lo maniático, es difícil que la aparente discordancia haya sido fruto de la casualidad o de un descuido. Podemos entonces suponer que Marx eligió referirse en tapa al capital para destacar que su investigación, si bien tomaba como principal ejemplo al régimen capitalista en Inglaterra, apuntaba más allá pues tenía como propósito esencial elucidar que el capital no debía ser considerado como una sumatoria de artefactos, procedimientos e instituciones (máquinas, técnicas, bancos, etc.) sino, en primer lugar y ante todo, una forma de relación social sin precedentes. Más allá de los rasgos específicos con que surge en determinado país o grupo de países y los rasgos diversos que asume según circunstancias de tiempo y lugar, el capital debe ser teóricamente comprendido como un sistema que, junto con la apariencia con que se manifiesta se caracteriza esencialmente por poner las condiciones (materiales, institucionales, culturales) necesarias para la producción y reproducción del mismo capital.

11 Karl Marx: *El capital*, I/1, ob. cit., pág. 6.

Es una forma de relación social que introdujo una mutación radical en el metabolismo económico-social de la humanidad ("la gran transformación", según la feliz denominación de Karl Polanyi), portadora de explosivas contradicciones y una irrefrenable tendencia expansiva que lleva no sólo a la conformación del mercado mundial sino a subordinar la totalidad de la praxis y las condiciones de existencia social a la valorización del valor. Lo que genera tanto condiciones de posibilidad como urgencia de enfrentar las (diversas) formas históricas que el orden del capital pueda asumir, vale decir, deja planteada la necesidad de *ir más allá del capital* (dejando atrás sus alienaciones, fetichismos, antagonismos y destructividad), hacia una nueva forma social emancipada de los antagonismos de clase y la división social jerárquica del trabajo: el comunismo.

Los libros de *El capital* exponen los resultados del gran proyecto marxiano de investigación crítica de la economía política, que es también crítica de la relación capital-trabajo asalariado, que la apologética económica naturaliza. El estudio crítico de la economía política estaba ya presente en los cuadernos y manuscritos de París y Bruselas, tuvo una inicial exposición polémica en *Miseria de la filosofía*, y una primer anticipo científico con la *Crítica* de 1859, pero se trataba de una investigación de largo aliento que tuvo diversos jalones y atravesó por sucesivos intentos de redacción de *El capital*, enfrentando el desafío siempre renovado que planteaban las fases de expansión y crisis del capitalismo que, más de una vez, enfrentaron al investigador, según sus palabras, con la necesidad de volver a empezar desde el principio.

Pero, ¿en qué consiste, más precisamente, esta *crítica de la economía política*? Según la lectura de Alain Bihl, que comparto, puede encontrarse que en la obra de Marx dicha crítica asume tres sentidos diferentes.

El primero y más evidente es la crítica de las insuficiencias de la ciencia económica estándar. Marx toma nota y utiliza todo lo que considera valioso en los libros de economía que estudia, critica sus lagunas, contradicciones e ilusiones ideológicas y trata de hacer avanzar a la economía en cuanto conocimiento positivo del proceso de producción capitalista. Por ejemplo cuando escribe que "el objetivo último de esta obra

es, en definitiva, sacar a la luz la ley económica que rige el movimiento de la sociedad moderna"¹² y en tal sentido formula un conjunto de leyes generales de la economía capitalista ("leyes tendenciales", escribe más adelante, para morigerar la connotación mecanicista del término) que permitirían una mejor comprensión del sistema. Pero Marx se diferenciaba de los economistas, y pudo superar sus aportes, porque mantiene siempre una relación crítica con su objeto de estudio, considerando que, lejos de ser algo eterno y natural, el capitalismo y, en un nivel de mayor abstracción y generalidad, el orden del capital, es una forma histórica destinada a desaparecer.

En un segundo sentido, la crítica marxiana está dirigida no sólo contra las falencias de la economía política como ciencia, sino también y sobre todo contra las relaciones de producción capitalistas y el modo de producción constituido en base a tales relaciones. Más allá de la representación que de la realidad ofrecían los economistas, lo que Marx critica es el mundo invertido que en la práctica producen las relaciones de producción capitalistas¹³: a) la explotación y dominación del *trabajo asalariado* por el capital que permite y enmascara la producción y acumulación de *plusvalía*; b) el proceso histórico de desposesión y expropiación de los productores que abre paso al capital como relación social de producción; c) la *fetichización* de los soportes materiales de la producción (la mercancía, el dinero, los medios de producción) de modo tal que los productos parecen independizarse y someter a quienes en realidad los producen (ya mencionada en el primer capítulo); d) las contradicciones que se derivan del carácter competitivo, confrontativo y antagónico del complejo e inestable sistema en el que la reproducción ampliada de capital exige la valorización del valor, conduce a cíclicas crisis y, tendencialmente, a una *crisis estructural* que pone en riesgo el metabolismo de la sociedad y la naturaleza, así como la subsistencia misma de la humanidad. (Ver anexo 19: *Trabajo concreto, trabajo abstracto y fetichismo*).

¹² *Ídem*, pág. 8.

¹³ Una primera aproximación a esta cuestión fue adelantada en el capítulo 1 de éste mismo libro, págs. 9-11.

Pero el objetivo último de la crítica marxiana, y este es su tercer sentido, consiste en mostrar la posibilidad de una sociedad nueva, en la cual se ponga fin a la economía como reino de la necesidad y la escasez, dado que

...bajo una forma ciertamente contradictoria, en el marco de las relaciones capitalistas de producción, se acumulan también las condiciones objetivas (en forma de fuerzas productivas materiales) pero también subjetivas (en forma de fuerzas sociales) que hacen posible otro mundo. Dicho de otra manera, a sus ojos, la dinámica misma de la economía capitalista crea las condiciones que hacen posible no solamente la inversión de ese mundo al revés que es el universo capitalista, de la apropiación por los hombres de sus condiciones sociales de existencia, de la constitución de una sociedad basada en la "libre asociación de productores", sino también y al mismo tiempo, fundamentalmente, las condiciones para la superación de toda economía: la abolición del reino de la necesidad y de la escasez en que se funda el universo económico, con ellas, la "lucha por la vida", del acceso a la abundancia y a la libertad definido especialmente por el fin del trabajo (por la reducción al mínimo de la duración del trabajo necesario). Posibilidades cuya plena actualización suponía, según Marx, una revolución y el advenimiento de un nuevo modo de producción, el comunismo. La demostración de la posibilidad del comunismo, tal es el sentido último de la crítica marxiana de la economía política.¹⁴

Claro está que no corresponde aproximarse a *El capital* como si de un libro sagrado se tratara. Como escribe Néstor Kohan:

En nuestra opinión no todo lo que hay que saber se encuentra en *El capital*. Grave equivocación la de aquellos que nos sugieren leer únicamente textos marxistas y dejar de lado el resto del pensamiento social clásico y contemporáneo.

Sin embargo, si uno pretende acompañar y legitimar la rebelión cotidiana contra el modo de vida capitalista con herramientas teóricas y conceptuales, conviene no desconocer ni olvidar *El capital*. En esta obra de escandalosa actualidad, Marx hunde el cuchillo de la crítica

14 Alain Bihr: *La Logique Méconnue du "Capital"*. Lausana: Editions Page deux, 2010, págs. 11-14.

en el corazón del modo de producción capitalista. No le tiembla el pulso en la mano. Allí descubre un entramado de relaciones sociales en el que la explotación viene entrecruzada por relaciones de dominación.

A contrapelo de la mirada economicista (que el neoliberalismo instaló como sentido común durante los años 80 y 90), Marx vuelve observable algo oculto para el fetichismo de las apariencias, ámbito en el que se mueve cómodamente la economía neoclásica. El valor, el dinero y el capital no son cosas ni "factores de producción", sino relaciones sociales. Relaciones de producción atravesadas por la lucha de clases, por lo tanto, relaciones de poder y de fuerza. No hay economía "pura", sin política, sin poder y sin relaciones de fuerza. La política no es algo externo a las relaciones sociales. Algo así como un aditamento "superestructural". Un epifenómeno que se derivaría de manera lineal del "factor económico". Por eso *El capital* no es un manual (izquierdista) de economía, sino una crítica de la economía política.¹⁵

Para terminar con este capítulo, y dado que el capitalismo mundial continúa sacudido por las sucesivas fases de una crisis sistémica que se inició allá por el 2007 y parece no tener fin, es oportuno contrastar la crónica incapacidad de quienes conforman el *mainstream* de la ciencia económica para considerar seriamente el tema de las crisis, con la crítica de la economía política desarrollada por Marx que apuntaba centralmente a esta cuestión. Tanto, que *El capital* debía terminar con un capítulo o libro entero denominado "El mercado mundial y las crisis", advirtiendo precisamente en que

...la producción está puesta como totalidad al igual que cada uno de sus momentos, pero en la que al mismo tiempo todas las contradicciones se ven en proceso. El mercado mundial constituye a la vez que el supuesto, el soporte del conjunto. Las crisis representan entonces el síntoma general de la superación de [ese] supuesto y el impulso a la ascensión de una nueva forma histórica.¹⁶

15 Néstor Kohan: "Prólogo a la edición cubana", en *El Capital, historia y método -una introducción-*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2004, pág. XIV.

16 Karl Marx, *Elementos fundamentales...* vol. 1, ob. cit., pág. 163.

Ciertamente, el carácter históricamente transitorio del capitalismo y la tendencia al colapso, más evidente en su fase senil, no autoriza a suponer que esto allane el camino hacia la conquista de una forma civilizatoria superior. Significa, sí, que la alternativa de *socialismo o barbarie*, popularizada en su momento por Rosa Luxemburgo y recogida por Trotsky se plantea hoy con urgencia, a pesar de lo que escriban los galardonados gurús de la ciencia económica en incontables artículos periodísticos y académicos en los que brilla por su ausencia cualquier reflexión crítica sobre las contradicciones y antagonismos que llevaron (¡una vez más!) a la catástrofe. Semejante ceguera ideológica y de clase ya fue denunciada por Marx:

En las crisis del mercado mundial estallan las contradicciones y los antagonismos de la producción burguesa. Y en vez de indagar en qué consisten los elementos contradictorios, que se abren paso violentamente en la catástrofe, los apologistas se conforman con negar la catástrofe misma y, a despecho de su periodicidad fiel a una ley, se obstinan en sostener que si la producción se atuviese a las reglas de sus manuales, jamás existirían crisis.¹⁷

Los años pasaron, pero la ceguera persiste. Interpelados por la reina de Gran Bretaña Isabel II, los académicos de la célebre London School of Economics confesaron que la nueva crisis los había sorprendido porque no vieron "los riesgos sistémicos" y se habían perdido "en una política de denegación". Para los marxistas, en cambio, hablar del capital es también hablar de la crisis, con explicaciones que ponen el acento, alternativa o complementariamente, en el subconsumo, la financierización, la sobreproducción o la caída de la tasa de ganancia. Y en todo caso, la crítica de Marx es un apoyo imprescindible para indagar más allá de las apariencias y la confusa superficie de las cosas, buscando en el corazón del sistema las razones de la sinrazón, la lógica de lo ilógico, las contradicciones subyacentes a las crisis. Ya el *Manifiesto comunista* se refería a

17 Karl Marx, *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, tomo 2, Ed. Brumario, Buenos Aires, 1974, pág. 31.

...las crisis comerciales, que, en su periódica recurrencia, ponen en cuestión de manera cada vez más amenazante la existencia de la entera sociedad burguesa, con una calamidad jamás vista en el pasado: la epidemia de la sobreproducción.

Y avanzaba un diagnóstico que no envejeció:

¿De qué manera supera la burguesía las crisis? Por un lado, a través de la forzada aniquilación de una masa de fuerzas productivas; por otro lado, a través de la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensiva de los viejos. ¿De qué manera, pues? Preparando crisis cada vez más multilaterales y poderosas, y reduciendo los medios para prevenir las crisis.¹⁸

Y si bien el anunciado capítulo final sobre "El mercado mundial y las crisis" no llegó a ser escrito, Marx llegó a identificar claramente las tres determinaciones de la crisis: en una sociedad productora de mercancías, la separación entre la esfera de la producción y la esfera de la distribución es la primera condición de posibilidad para una crisis; la segunda, es la diferencia entre el ritmo de rotación del capital fijo y el ritmo de rotación del capital circulante; y la tercera es la denominada "ley de tendencia decreciente de la tasa de ganancia". Estas determinaciones surgen de un formidable *corpus* de investigaciones y análisis, que Marx concluye con un lacónico párrafo:

La ingente fuerza productiva, en proporción a la población, que se desarrolla dentro del régimen capitalista de producción, y el crecimiento, aunque no en la misma proporción, de los valores de capital (no solo de su sustrato material), que crecen con mucha mayor celeridad que la población, contradice a la base —que, en relación con el crecimiento de la riqueza, se torna cada vez más estrecha— para la cual opera esta inmensa fuerza productiva, y a las relaciones de valorización de este capital en expansión. De ahí las crisis.¹⁹

18 Karl Marx-Friedrich Engels, *El manifiesto comunista*. Traducción de Miguel Vedda, Buenos Aires, Herramienta, 2008, págs. 32, 33.

19 Karl Marx, *El capital*, ob. cit., tomo III/vol. 6, pag. 341.

Tan simple constatación disimula una gran complejidad, porque tras una apariencia económica ("ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia") se manifiesta el conjunto de barreras sociales con que choca la acumulación del capital y su acción depende de múltiples variables, luchas sociales de resultado incierto, cambiantes relaciones de fuerza... Ciertamente, el incremento del capital constante es tanto un factor explicativo de la caída en la tasa de ganancia en razón del aumento en la composición orgánica del capital, como también factor explicativo de la superproducción y sobre-acumulación de capital. Pero las condiciones formales para la crisis no explican la crisis misma. Lo mismo cabe decir del limitado poder de consumo de la sociedad, que es una condición general de la producción capitalista. Puede agregarse que la contradicción básica del modo de producción capitalista, dado que el proceso de valorización implica la unidad del proceso de producción y del proceso de circulación, es la que existe entre el desarrollo absoluto de las fuerzas productivas del trabajo vivo y el propósito de este desarrollo restringido a la preservación y valorización del trabajo objetivado en el capital constante existente. Esta contradicción lleva a la sobreacumulación de capital y empuja a que el capital excedente trate de encontrar un modo más insano de valorizarse sin desempeñar ninguna función productiva (lo que se conoce como *financierización*).

Marx no pretendió dejar una explicación *pret a porter* de las crisis, sino instrumentos teóricos que permitan el abordaje concreto de crisis concretas. Pues la conocida periodicidad de las crisis no autoriza a suponer que los ciclos económicos sean monótonamente iguales a sí mismos. Por el contrario:

...la historia no se repite, ninguna crisis cíclica mundial se parece a otra y todas ellas para ser realmente entendidas deben ser incluidas en el recorrido temporal del capitalismo, en su gran y único súper ciclo, lo que nos permite por ejemplo distinguir a las crisis cíclicas de crecimiento juveniles del siglo XIX de las crisis seniles de finales del siglo XX y del siglo XXI.²⁰

20 Jorge Beinstein, "Rostros de la crisis. Reflexiones sobre el colapso de la civilización burguesa", en *ALAI*, 11 de abril de 2008.

Es notable que en esta ocasión, transcurridos ya ocho años desde el estallido de 2008, la sobreacumulación de capital a nivel mundial se mantenga. También subsisten el peso aplastante del capital ficticio y el desmesurado poder de las finanzas que, con fuertes respaldos político-institucionales, pueden imponer políticas e incluso gobiernos que defienden los intereses económicos y políticos de los acreedores, a despecho de los sufrimientos sociales y el riesgo de nuevas convulsiones financieras.

Ampliando el punto de vista, tanto las crisis breves y limitadas que se multiplicaron a partir de los años setenta del siglo pasado, como la crisis general o sistémica que está en curso, pueden ser incluidas y contextualizadas dentro de un marco mayor, *epocal* si se quiere, caracterizado por Istvan Mészáros como crisis estructural del capital. Crisis estructural que no queda limitada a una determinada esfera (financiera, comercial o de tal o cual rama productiva, etcétera), tiene alcance planetario, se inscribe en la larga duración y que en su despliegue gradual no excluye la hipótesis de violentas convulsiones. Revela que la dominación a escala mundial del capital y la plena conformación del mercado mundial chocan violentamente con los límites absolutos del sistema a resultas de lo cual éste comienza a perder la capacidad de mantener un relativo control utilizando el viejo recurso de desplazar y/ o postergar las contradicciones.

Valga como ejemplo la contradicción irresoluble entre la emergencia de capitales globales con objetiva tendencia transnacional y la inexistencia de un Estado mundial que, como estructura de comando centralizada, pueda morigerar el carácter antagónico y confrontativo del capital impidiendo su estallido. Al mismo tiempo, el productivismo y la expansión del capital destruyen las condiciones de la reproducción metabólica social y desatan procesos que amenazan la supervivencia misma de la humanidad, con requerimientos energéticos insostenibles, saqueo de los bienes comunes del planeta, manejo irresponsable de los recursos químicos y la agricultura global, despilfarro de un elemento tan vital como el agua... Mencionemos, finalmente, los recursos volcados en cantidades siempre crecientes a proyectos militares e industrias

bélicas según la demanda del complejo militar/industrial así como la proliferación de armas nucleares en tales cantidades que el empleo de una ínfima parte de tales reservas bastaría para hacer estallar el planeta.

La incontrolabilidad del sistema crece y con ello se multiplican los rostros de las crisis: crisis financiera, crisis energética, crisis alimentaria, crisis urbana, todo lo cual se combina con la crisis ecológico-ambiental y desemboca en una crisis civilizatoria. La humanidad está ante un peligro que nos exige *ir más allá del capital*.

Anexos del capítulo 6

Anexo 18: La lucha entre el capital y el trabajo, y sus resultados

1. Después de demostrar que la resistencia periódica que los obreros oponen a la rebaja de sus salarios y sus intentos periódicos por conseguir una subida de salarios son fenómenos inseparables del sistema del trabajo asalariado y responden precisamente al hecho de que el trabajo se halla equiparado a las mercancías y, por tanto, sometido a las leyes que regulan el movimiento general de los precios; habiendo demostrado, asimismo, que una subida general de salarios se traduciría en la disminución de la cuota general de ganancia, pero sin afectar a los precios medios de las mercancías, ni a sus valores, surge ahora por fin el problema de saber hasta qué punto, en la lucha incesante entre el capital y el trabajo, tiene éste perspectivas de éxito.

Podría contestar con una generalización, diciendo que el precio del trabajo en el mercado, al igual que el de las demás mercancías, tiene que adaptarse, con el transcurso del tiempo, a su valor; que, por tanto, pese a todas sus alzas y bajas y a todo lo que el obrero puede hacer, éste acabará obteniendo solamente, por término medio, el valor de su trabajo que se reduce al valor de su fuerza de trabajo; la cual, a su vez, se halla determinada por el valor de los medios de sustento necesarios para su manutención y reproducción, valor que está regulado en último término por la cantidad de trabajo necesaria para producirlos.

Pero hay ciertos rasgos peculiares que distinguen el valor de la fuerza de trabajo o el valor del trabajo de los valores de todas las demás mercancías. El valor de la fuerza de trabajo está formado por dos elementos, uno de los cuales es puramente físico, mientras que el otro tiene un carácter histórico o social. Su límite mínimo está determinado por el elemento físico; es decir, que para poder mantenerse y reproducirse, para poder perpetuar su existencia física, la clase obrera tiene que obtener los artículos de primera necesidad absolutamente indispensables para vivir y multiplicarse. El valor de estos medios de sustento indispensables constituye, pues, el límite mínimo del valor del trabajo. Por otra parte, la extensión de la jornada de trabajo tiene también sus límites extremos, aunque sean muy elásticos. Su límite máximo lo traza la fuerza física del obrero. Si el agotamiento diario de sus energías vitales rebasa un cierto grado, no podrá desplegarlas de nuevo día tras día. Pero, como dije, este límite es muy elástico. Una sucesión rápida de generaciones raquíticas y

de vida corta abastecería el mercado de trabajo exactamente lo mismo que una serie de generaciones vigorosas y de vida larga.

Además de este elemento puramente físico, en la determinación del valor del trabajo entra el nivel de vida tradicional en cada país. No se trata solamente de la vida física, sino de la satisfacción de ciertas necesidades, que brotan de las condiciones sociales en que viven y se educan los hombres. [...]

Si comparáis los salarios o valores del trabajo normales en distintos países y en distintas épocas históricas dentro del mismo país, veréis que el valor del trabajo no es, por sí mismo, una magnitud constante, sino variable, aun suponiendo que los valores de las demás mercancías permanezcan fijos.

Una comparación similar demostraría que no varían solamente las cuotas de ganancia en el mercado, sino también sus cuotas medias.

Por lo que se refiere a la ganancia, no existe ninguna ley que le trace un mínimo. No puede decirse cuál es el límite extremo de su baja. ¿Y por qué no podemos fijar este límite? Porque si podemos fijar el salario mínimo, no podemos, en cambio, fijar el salario máximo. Lo único que podemos decir es que, dados los límites de la jornada de trabajo, el máximo de ganancia corresponde al mínimo físico del salario, y que, partiendo de salarios dados, el máximo de ganancia corresponde a la prolongación de la jornada de trabajo, en la medida en que sea compatible con las fuerzas físicas del obrero. Por tanto, el máximo de ganancia se halla limitado por el mínimo físico del salario y por el máximo físico de la jornada de trabajo. Es evidente que, entre los dos límites de esta cuota de ganancia máxima, cabe una escala inmensa de variantes. La determinación de su grado efectivo se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo hasta su máximo físico, mientras que el obrero presiona constantemente en el sentido contrario.

El problema se reduce, por tanto, al problema de las fuerzas respectivas de los contendientes.

2. Por lo que atañe a la limitación de la jornada de trabajo, lo mismo en Inglaterra que en los demás países, nunca se ha reglamentado sino por injerencia legislativa. Sin la constante presión de los obreros desde fuera, la ley jamás habría intervenido. En todo caso, este resultado no podía alcanzarse mediante convenios privados entre los obreros y los capitalistas. Esta necesidad de una acción política general es precisamente la

que demuestra que, en el terreno puramente económico de lucha, el capital es la parte más fuerte.

En cuanto a los límites del valor del trabajo, su fijación efectiva depende siempre de la oferta y la demanda, refiriéndome a la demanda de trabajo por parte del capital y a la oferta de trabajo por los obreros. [...]

Pero, pasemos ahora a los viejos países civilizados, en que el capital domina todo el proceso de producción. Fijémonos, por ejemplo, en la subida de los jornales de los obreros agrícolas en Inglaterra, de 1849 a 1859. [...] Pero, durante estos once años, introdujeron máquinas de todas clases y aplicaron métodos más científicos, transformaron una parte de las tierras de labor en pastizales, aumentaron la extensión de sus granjas, y con ella la escala de la producción; y de este modo, haciendo disminuir por estos y por otros medios la demanda de trabajo gracias al aumento de sus fuerzas productivas, volvieron a crear una superpoblación relativa en el campo. Tal es el método general con que opera el capital en los países poblados de antiguo, para reaccionar, más rápida o más lentamente, contra las subidas de salarios. Ricardo ha observado acertadamente que la máquina está en continua competencia con el trabajo, y con harta frecuencia sólo puede introducirse cuando el precio del trabajo sube hasta cierto límite; pero la aplicación de maquinaria no es más que uno de los muchos métodos empleados para aumentar las fuerzas productivas del trabajo. Este mismo proceso de desarrollo, que deja relativamente sobrante el trabajo simple, simplifica por otra parte el trabajo calificado, y por tanto, lo deprecia.

La misma ley se impone, además, bajo otra forma. Con el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, se acelera la acumulación del capital, aun en el caso de que el tipo de salarios sea relativamente alto. De aquí podría inferirse, como lo hizo Adam Smith, en cuyos tiempos la industria moderna estaba aún en su infancia, que la acumulación acelerada del capital tiene que inclinar la balanza a favor del obrero, por cuanto asegura una demanda creciente de su trabajo. Situándose en el mismo punto de vista, muchos autores contemporáneos se asombran de que, a pesar de haber crecido en los últimos veinte años el capital inglés mucho más rápidamente que la población inglesa, los salarios no hayan experimentado un aumento mayor. Pero es que, simultáneamente con la acumulación progresiva, se opera un cambio progresivo en cuanto a la composición del capital. La parte del capital global formada por capital fijo: maquinaria, materias primas, medios de producción de todo

género, crece con mayor rapidez que la parte destinada a salarios, o sea a comprar trabajo. [...]

Por tanto, al desarrollarse la industria, la demanda de trabajo no avanza con el mismo ritmo que la acumulación del capital. Aumentará, pero aumentará en una proporción constantemente decreciente, comparándola con el incremento del capital.

Estas pocas indicaciones bastarán para poner de relieve que el propio desarrollo de la moderna industria contribuye por fuerza a inclinar la balanza cada vez más en favor del capitalista y en contra del obrero, y que, como consecuencia de esto, la tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el nivel medio de los salarios, sino, por el contrario, a hacerlo bajar, o sea, a empujar más o menos el valor del trabajo a su límite mínimo. Siendo tal la tendencia de las cosas en este sistema, ¿quiere esto decir que la clase obrera deba renunciar a defenderse contra las usurpaciones del capital y cejar en sus esfuerzos para aprovechar todas las posibilidades que se le ofrezcan para mejorar temporalmente su situación? Si lo hiciese, veríase degradada en una masa uniforme de hombres desgraciados y quebrantados, sin salvación posible. Creo haber demostrado que las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema del trabajo asalariado, que en el 99% de los casos sus esfuerzos por elevar los salarios no son más que esfuerzos dirigidos a mantener en pie el valor dado del trabajo, y que la necesidad de forcejar con el capitalista acerca de su precio va unida a la situación del obrero, que le obliga a venderse a sí mismo como una mercancía. Si en sus conflictos diarios con el capital cediesen cobardemente, se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura.

Al mismo tiempo, y aun prescindiendo por completo del esclavizamiento general que entraña el sistema del trabajo asalariado, la clase obrera no debe exagerar a sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad. No debe, por tanto, entregarse por entero a esta inevitable lucha guerrillera, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado. Debe comprender que el sistema actual, aun con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la reconstrucción económica de la so-

cialidad. En vez del lema conservador de "¡Un salario justo por una jornada de trabajo justa!", deberá inscribir en su bandera esta consigna revolucionaria: "¡Abolición del sistema del trabajo asalariado!"

Después de esta exposición larguísima y me temo que fatigosa, que he considerado indispensable para esclarecer un poco nuestro tema principal, voy a concluir, proponiendo la siguiente resolución:

1. Una subida general de los tipos de salarios acarrearía una baja de la cuota general de ganancia, pero no afectaría, en términos generales, a los precios de las mercancías.
2. La tendencia general de la producción capitalista no es a elevar el promedio estandar del salario, sino a reducirlo.
3. Las tradeuniones trabajan bien como centros de resistencia contra las usurpaciones del capital. Fracasan, en algunos casos, por usar poco inteligentemente su fuerza. Pero, en general, fracasan por limitarse a una guerra de guerrillas contra los efectos del sistema existente, en vez de esforzarse, al mismo tiempo, por cambiarlo, en vez de emplear sus fuerzas organizadas como palanca para la emancipación final de la clase obrera; es decir, para la abolición definitiva del sistema del trabajo asalariado.

Discurso de Carlos Marx en las sesiones del Consejo General de la Primera Internacional celebradas el 20 y el 27 de junio de 1865. Tomado de <http://www.marxist.org/español/m-e/65-salar.htm>

Anexo 19: Trabajo concreto, trabajo abstracto y fetichismo

Trabajo concreto y trabajo abstracto. El primer resultado original y fundamental del análisis marxiano es haber diferenciado estas dos determinaciones del trabajo humano en tanto es productor de mercancías. Pero no hay que confundir el sentido de esta diferenciación.

Trabajo concreto y trabajo abstracto no son dos tipos diferentes de trabajo. Se trata en ambos casos del *mismo* trabajo productivo, considerado simplemente desde *dos* ángulos distintos. El trabajo concreto, es el trabajo productivo considerado como generador de valores de uso; el trabajo abstracto, el mismo trabajo productivo considerado como formador de valor. La doble determinación del trabajo productivo, simultáneamente trabajo concreto y trabajo abstracto, remite en definitiva a la doble determinación del producto desde que pasa a ser mercancía y se presenta como valor de uso y valor a la vez.

Pero para Marx, el trabajo abstracto no es solamente una abstracción teórica: es al mismo tiempo una realidad social. Marx tratara de mostrar en lo que sigue de *El capital* que, en el seno del proceso de producción capitalista, el trabajo productivo tiende a tomar la forma concreta de trabajo abstracto. Dicho de otro modo, ese proceso realiza la abstracción que es el trabajo abstracto. Y lo hace al menos de dos formas.

Por una parte, en forma de *trabajo social medio* o de *trabajo social normal*. Bajo el efecto de la competencia entre sí, los diversos capitalistas que operan en el seno de una misma rama de producción están obligados, so pena de ser eliminados, a respetar una media o incluso una norma en términos de calidad, de regularidad, de intensidad y en definitiva de productividad del trabajo, en suma, una misma media o norma en el uso de las fuerzas productivas (las herramientas, las máquinas, las instalaciones productivas, pero también las formas de organización del trabajo, las calificaciones de las fuerzas de trabajo, etcétera) que existen en las condiciones sociales e históricas en que operan. El trabajo abstracto es pues en este sentido un trabajo ejecutado con un "grado medio de habilidad y de intensidad" en "las condiciones que, en relación a un determinado medio social, son normales" (El capital...).

Por otra parte, en la forma de *trabajo simple*, entendido como el gasto de una fuerza humana de trabajo sin peculiar calidad, sin que requiera ninguna calidad o formación especializada, acorde a las facultades y capacidades distribuidas común y normalmente entre los miembros de una determinada sociedad: "Es un gasto de una fuerza simple que todo hombre común, sin un desarrollo especial, posee en el organismo de su cuerpo. El trabajo simple medio cambia, es verdad, de carácter en diferentes países y en diferentes épocas; pero está siempre determinado en una sociedad dada". [...] Y Marx mostrará que es característica del proceso de producción capitalista la tendencia a reducir el mayor número posible de trabajos humanos a trabajo simple en este sentido.

No basta sin embargo con determinar la sustancia del valor y su magnitud. Es preciso además exponer sus formas, especialmente para comprender cómo el valor llega a autonomizarse en forma de dinero: "se trata ahora de hacer lo que la economía burguesa jamás intentó: se trata de establecer la génesis de la forma moneda" [...], para aclarar el enigma. No la génesis histórica, sino lógica.

La primera forma en que se manifiesta el valor es aquella de la que parte el análisis marxiano, cuya fórmula es x mercancía A = y mercancía B. Por

ejemplo 20 m de tela = 1 vestido. Marx la denomina *forma simple* o *accidental* del valor: no intervienen más que dos mercancías en la relación ocasional de un trueque. El valor de las dos mercancías no aparece, sin embargo, a igual título, ni juega el mismo rol: el valor de A se expresa *relativamente* al de B, que sólo sirve aquí de *equivalente* al primero con la apariencia directa de su valor de uso. En suma, en esta forma, el valor de A se distingue de su valor de uso mostrando que puede tomar la apariencia de otro valor de uso, por ejemplo el de B.

Cuando el trueque, de ocasional o intermitente, pasa a hacerse regular, aparece una segunda forma del valor que Marx llama *desarrollada* o *total* pues es el simple desarrollo de la anterior, permitiendo que una mercancía se intercambie con todas las otras mercancías. La fórmula en este caso es: t mercancía A = u mercancía B, o = v mercancía C, o w mercancía D, o x mercancía E, o y mercancía F, etcétera. El valor de la mercancía A se desliga entonces más claramente todavía de su valor de uso, pues aparece como una realidad que puede tomar la apariencia del valor de uso de todas las restantes mercancías, excepto el de ella misma.

Para pasar a la forma *general*, basta con invertir la forma anterior. En lugar de que sea una mercancía la que toma como equivalente a todas las otras mercancías, es inversamente una sola y única mercancía la que sirve de equivalente a todas las otras mercancías. Con ella, el valor de todas las mercancías (excepto la que sirve de equivalente) adopta una forma diferente a la de sus valores de uso; se materializa, independientemente de estos últimos, en el valor de uso formal de la mercancía que sirve de equivalente general y que debido a esto posee "la forma de intercambiabilidad inmediata y universal".

La forma *dinero* del valor no es más que la realización social de esta forma general. Supone la institución, en el seno de una determinada sociedad, de una mercancía singular como equivalente general. Históricamente, son en general los metales más o menos preciosos (cobre, plata, oro) los que han jugado este rol.

En la forma de mercancía, el valor no ha terminado de mostrar sus secretos. Ya sabemos que no es más que la forma en que se manifiesta el trabajo social en las relaciones generadas por la división mercantil del mismo, pero es una forma generadora de apariencias engañosas y mistificadoras.

Para dar cuenta de esto, Marx avanza por primera vez el concepto de *fetichismo*, que constituye uno de los grandes temas, de los más profundos y más originales, de su crítica de la economía política. Pero también

uno de los más complejos y, en parte por esta razón, uno de los menos comprendidos y, en todo caso, de los más descuidados por la mayor parte de sus comentaristas.

De un modo general, Marx entiende como fetichismo del valor un proceso de dos caras, que ya se da en la forma simple del valor que es la mercancía. En primer lugar, un proceso de *reificación de las relaciones sociales de producción*, por la confusión de estas relaciones con sus soportes materiales. En el caso de la mercancía, una triple confusión:

-las relaciones sociales entre los productores mercantiles asumen la apariencia de relaciones entre los productos que les sirven como simples mediaciones materiales. A los ojos de estos productores: "Las relaciones de sus trabajos privados aparecen como lo que son, es decir no las relaciones sociales inmediatas de las personas en sus mismos trabajos, sino más bien relaciones sociales entre las cosas" [...].

-El carácter de trabajo social de cada trabajo productivo particular se manifiesta bajo la forma del valor de su producto, dicho de otra manera, como una cualidad o propiedad que parece inherente al producto como tal: "El carácter social de los trabajos más diversos consiste en la igualdad como trabajo humano y [...] este carácter social específico reviste una forma objetiva, la forma valor de los productos del trabajo" [...].

-Las proporciones en que los diversos trabajos concretos materializan trabajo abstracto (trabajo social medio) se confunden con las cantidades de valor de sus respectivos productos, dicho de otro modo acá también con propiedades que parecen inherentes a los productos como tales.

En cada caso, lo que es social adopta la forma objetiva (en el sentido de modo práctico de existencia y manifestación) de una realidad *material* que parece no tener nada que ver con una determinación social, con ninguna configuración de relaciones sociales.

A lo que viene a sumarse, en segundo lugar y en consecuencia, un proceso de personificación de los objetos en los cuales fueron reificadas las relaciones sociales: se atribuye a estos objetos propiedades y capacidades que no tienen por sí mismos, sólo se deben al hecho de ser los soportes de relaciones sociales con las que se los confunde. A pesar de que ellos aparecen ante los hombres como si estuvieran dotados de cualidades y de potencias autónomas, que les escapan y que los dominan, que terminan incluso por tomar la apariencia de entidades sobrehumanas, en las que los hombres ya no reconocen su propia obra. [...].

Con la institución del dinero como forma autonomizada del valor frente a todas las mercancías, el fetichismo del valor pasa, también, a una nue-

va etapa. Todo ocurre entonces como si el carácter de valor de todas las mercancías se hubiese separado de ellas para condensarse en el cuerpo de la única mercancía que cumple la función de equivalente general (por ejemplo, el oro), en la cual el valor se presenta ahora, independiente, frente a todos los valores de uso. El íntimo desdoblamiento de toda mercancía en valor de uso y valor, toma aquí la forma exterior, visible e incluso palpable, del desdoblamiento entre mercancía y dinero.

Con ello mismo, el fetichismo del valor se desarrolla como *fetichismo del dinero*. Éste consiste en la apariencia y la creencia que otorgan a ciertas mercancías (metales preciosos: plata u oro) la misteriosa capacidad de representar, por sí mismas, por su solo un valor de uso, el valor de cualquier mercancía: la capacidad de ser una especie de valor en y por sí mismo, de manera sustancial. Se encuentran aquí los dos rasgos característicos de la fórmula general del fetichismo ya señalado, por una parte, la reificación de la relación social que es el valor confundiendo a este con el objeto (metal precioso) que le sirve de soporte, por otra parte, la personificación de este objeto, investido, por el deseo y la imaginación de los hombres, de poderes sobrehumanos. Debido simplemente a que, en calidad de equivalente general, el dinero deviene capaz de intercambiarse por todos los productos del trabajo humano y otorga a su poseedor, en consecuencia, la capacidad de apropiarse de toda la riqueza sociales, el poder comandar a todo y a todos.

Alain Bihl, *La logique méconnue du "Capital"*, Lausana, Editions Page Deux, 2010, págs. 18-24.

Capítulo 7



La AIT y la Comuna de París

En el momento de su mayor productividad teórica, a partir de 1864 y durante casi una década más que intensa, Karl Marx asumió una nueva y por momentos frenética actividad político-organizativa, por lo que pasó a compartir su investigación o trabajo científico con las responsabilidades que implicaba ser uno de los principales dirigentes de la Asociación Internacional de Trabajadores¹, fundada el 28 de septiembre de 1864, con un gran acto en el St. Martin Hall de Londres impulsado fundamentalmente por representantes obreros de Inglaterra y Francia.

La AIT no solo fue la *primera* Internacional. Tiene la característica de haber concretado la formidable y tal vez irreplicable experiencia de unir en una organización de masas a múltiples y dispares asociaciones obreras de los más distintos países y tendencias: las muchas vertientes y matices del anarquismo, el socialismo y el comunismo, los sindicalistas británicos, mutualistas y cooperativistas, etcétera. La inmensa mayoría

¹ La AIT es conocida, también, como *Primera Internacional*, debido a que, diecisiete años después de la desaparición de la AIT, un Congreso de Partidos Socialistas y Obreros reunido en 1889 resolvió constituir la *Segunda Internacional*. Llegarían luego la *Tercera Internacional* o *Internacional Comunista* (1919), y la *Cuarta Internacional* impulsada por León Trotsky (1938).



de las organizaciones obreras existentes en Europa se sumaron a la AIT, abriendo un nuevo capítulo en la historia del movimiento obrero, tanto más notable por cuanto, en esa época, las asociaciones, mutuales, clubes o círculos de trabajadores tenían un carácter meramente local: en ningún país existían aún organizaciones obreras de envergadura nacional.

Los líderes obreros que acometieron la descomunal tarea de conducir la Internacional, en primer lugar los tradeunionistas ingleses y los delegados de los trabajadores de Francia, apenas constituida la misma reclamaron la colaboración del exiliado alemán Karl Marx. Y a él se le encomendó redactar el Manifiesto y el Estatuto de la naciente Internacional, luego de lo cual fue electo como miembro de su dirección, el Consejo General o Comité Ejecutivo. La sensibilidad y capacidad política puestas que se reflejaron ya en la redacción de documentos fundacionales con los que podían sentirse identificadas las tan diversas tendencias y sensibilidades, y una actividad incansable, lo convirtieron muy pronto en el principal referente de la AIT y como tal mantuvo una fluida relación personal o por correspondencia con casi todos los líderes obreros y dirigentes revolucionarios de la época. (Ver Anexo 21: *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores*).

La relativamente breve pero intensa vida de la Internacional y su Consejo General estuvo marcada por continuos debates y rencillas de carácter ideológico, político, organizativo y aun personales, que culminaron en el frontal e irreconciliable enfrentamiento entre Marx y Engels con Bakunin y sus partidarios agrupados en la Alianza de la Democracia Socialista. Sin negar la importancia política e incluso teórica de aquella confrontación, no entraremos en el detalle de tales disputas, para mejor destacar el aporte de Marx a lo realizado y conquistado por la AIT y la inmensa deuda que los revolucionarios del presente mantenemos con aquella experiencia germinal: no en balde, la Internacional sigue siendo un himno que sintetiza las aspiraciones de millones de explotados en todos los rincones del planeta. (Ver anexo 22: *"La Internacional"*).

Marx estaba convencido de que una organización obrera de masas debía ser capaz de llevar la lucha más allá de las imprescindibles y ur-

gentes reivindicaciones sectoriales y corporativas, y bregó también para imprimir un genuino y consecuente espíritu internacionalista en las organizaciones afiliadas.

La Asociación ganó prestigio y fuerza impulsando y organizando la solidaridad política y material con las huelgas obreras, pero asumió desde el comienzo tareas más ambiciosas y generales. El objetivo emancipatorio de la Internacional exigía también una activa solidaridad con las grandes causas democráticas del momento, como lo eran la lucha por la abolición de la esclavitud y los combates que llevaban adelante las nacionalidades sojuzgadas. De hecho, una de las primeras acciones públicas de la AIT fue un gran acto en solidaridad con la lucha del pueblo polaco, cuyo territorio estaba ocupado por la Rusia zarista. Pero la insistencia de Marx logró que la AIT diera respaldo también a la lucha del pueblo irlandés, colonizado y oprimido por Gran Bretaña, combatiendo el chauvinismo y racismo de los mismos obreros ingleses, advirtiendo que

...la condición preliminar de la emancipación de la clase obrera inglesa es la transformación de la actual *unión coercitiva*, es decir, del avasallamiento de Irlanda, en *alianza igual y libre*, si es posible, o en una *separación completa*, si hace falta.²

Marx fue un decidido impulsor del apoyo activo de la Internacional al combate contra los esclavistas en el curso de la prolongada y sangrienta guerra civil en Norteamérica, orientación de gran importancia pues la movilización de los trabajadores en Inglaterra fue uno de los principales factores que impidió a la monarquía británica intervenir en dicha guerra apoyando a los esclavistas de los Estados sureños de la Confederación. Un ejemplo de la importancia que concedía a la cuestión, es que fue Marx en persona quien redactó y envió una carta de respaldo al presidente Lincoln, que éste receptó y agradeció.

Los años de mayor expansión de la AIT fueron los que van de 1866 a 1870, durante los cuales la Internacional jugó un gran rol en la difusión

2 Carlos Marx, "Comunicación Confidencial", marzo de 1870, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas*, Tomo II. Moscú: Editorial Progreso, 1980, pág. 103.

y solidaridad activa con los múltiples movimientos huelguísticos en Europa. La Internacional asumió el apoyo material a las luchas, organizando colectas internacionales de dinero para los huelguistas. El éxito de estas actividades hizo que nuevos contingentes de trabajadores se unieran a la internacional. Como afirmó Eugène Dupont, uno de sus dirigentes: "no es la AIT la que empuja a los obreros a la huelga, sino que es la huelga la que los empuja a los brazos de la Internacional"³.

La AIT no fue solamente una organización de lucha. Se cuenta en su haber una intensa vida de organización, educación y elaboración política, con intercambio de experiencia e intensos debates. Entre 1864 y 1872 se registraron notables avances políticos y programáticos que sentaron verdaderos y perdurables hitos en la historia del movimiento obrero a escala mundial. Primero, fueron superados los prejuicios que mantenían los proudhonianos en contra de las huelgas y la acción sindical (Congreso de Ginebra, 1866). Luego, existió un pronunciamiento en favor de la socialización de los medios de producción (Congreso de Bruselas, 1868). Finalmente, reivindicando la necesidad de la acción política organizada de la clase obrera (segunda Conferencia de Londres, 1871 y Congreso de La Haya, 1872)...

Sin desmedro de todas y cada una de estas conquistas, el marxista belga Ernest Mandel destaca la que posiblemente sea la más importante, aunque paradójicamente se relacione también con una terrible derrota:

El éxito más brillante que la Internacional obtuvo en el terreno de la acción fue, igualmente, el más inesperado de todos ellos, y el menos preparado conscientemente: el advenimiento de la Comuna de París. Si bien es cierto que la Internacional no desempeñó ningún papel decisivo en la preparación y la dirección de la Comuna, también lo es que el auge del movimiento obrero francés, especialmente en París, durante los años y los meses que precedieron a la Comuna, estuvo lo bastante influido por la Internacional, para

3 Citado por Marcello Musto, en "La AIT a 150 años de su fundación", *Herramienta* nº 55, primavera 2014, pág. 54.

que pueda considerarse objetivamente que la primera revolución proletaria victoriosa fue la coronación lógica de su trabajo.⁴

En todo caso, cupo a la Internacional y a Marx en persona la tarea de reivindicar, primero, el accionar del pueblo de París y la insurrección que dio lugar al ejemplar autogobierno de los de abajo y, luego, asumir con dignidad y entereza la defensa incondicional del honor y la memoria de la Comuna, enfrentando el torrente de odio, mentiras y calumnias que desencadenaron todos los gobiernos europeos tras su sangriento aplastamiento. Por mandato del Consejo General de la AIT, Marx escribió sobre el curso mismo del acontecimiento, en 1871, uno de sus más importantes trabajos políticos: *La guerra civil en Francia*.

Rememoremos el acontecimiento y el contexto en que se produjo. El 15 de julio de 1870, el emperador Luis Bonaparte (Napoleón III) declaró la guerra a Prusia. El Consejo General de la Internacional en un manifiesto lanzado el 23 de julio condenó la agresión, considerando que "del lado alemán, esta guerra es una guerra defensiva", sin dejar por ello de señalar las responsabilidades que en el conflicto cabían a Bismarck, "a la dinastía de los Hohenzollern" y su "régimen bonapartista". La declaración advertía también: "Si la clase obrera alemana soporta que la guerra actual pierda su carácter estrictamente defensivo y degenerare en una guerra contra el pueblo francés, la victoria o la derrota serán igualmente desastrosas"⁵. Desgraciadamente, eso fue lo que ocurrió. En pocos meses el ejército francés fue derrotado y el mismo Napoleón III detenido, lo que precipitó, el 4 de septiembre de 1870, la proclamación de la Tercera República y la conformación de un gobierno burgués reaccionario encabezado por Adolphe Thiers. Tras cinco meses de asedio el nuevo gobierno pactó con la fuerza militar de ocupación alemana la capitulación de París y la ocupación por los invasores de algunos de sus barrios. Los alemanes debieron aceptar,

4 Ernest Mandel: "La Primera Internacional y su lugar en la revolución del movimiento obrero", en *Sobre la historia del movimiento obrero*. Barcelona: Editorial Fontamara, 1978, pág. 25.

5 Citado en Édouard Dolléans, *Historia del movimiento obrero 1830-1871*. Buenos Aires: EUDEBA, 1962, pág. 322.

sin embargo, que la Guardia Nacional que defendía la ciudad conservara sus armas...

Pero el gobierno de la burguesía francesa temía más la efervescencia y movilización del pueblo y los trabajadores parisinos que al ejército de Bismarck, y el 18 de marzo de 1871 trató de desarmarlos, apoderándose de cañones y ametralladoras que habían sido pagados por los mismos habitantes de la ciudad:

...la Guardia Nacional reacciona con energía. Estando dispersos los miembros del Comité Central [que había sido anteriormente conformado por los trabajadores, pero estaba en ese momento prácticamente desarticulado] son los grupos locales, es la muchedumbre, la que obra espontáneamente. Y sin orden suya son muertos los generales Lecomte y Clément Thomas.

Thiers da orden de evacuar París, de evacuar los fuertes del sur entregados por los alemanes e inclusive de evacuar el Mont Valérien. [...] Thiers quiere su batalla de París.⁶

Luego de la fulminante respuesta popular al golpe de mano intentado por Thiers, el pueblo y los trabajadores de París pasaron a organizar su auto-gobierno, hicieron de la Guardia Nacional su milicia y luego de derrotar o neutralizar a las tropas regulares comenzaron a reorganizar social y económicamente la sitiada ciudad. El 28 de marzo de 1871 fue proclamada la Comuna de París. Ingenuamente, los comuneros permitieron que el gobierno de Thiers y su ejército se retirara y acampara con armas y bagajes en la cercana Versalles, posibilitando que se preparara desde allí, con el respaldo de toda la burguesía de Francia y la colaboración de todos los gobiernos reaccionarios de Europa (en primer lugar, de Guillermo Federico IV, Bismarck y el ejército de ocupación prusiano) un sangriento escarmiento.

Más allá de las diferencias que Marx tenía en cuanto a la oportunidad de la acción y/o sus críticas tácticas a determinadas acciones (o inacciones) de los comuneros, *La guerra civil en Francia* constituye un vibrante

⁶ *Ídem*, págs. 333-334.

texto de reivindicación y homenaje a los comuneros, en el que Marx pone de relieve los rasgos más avanzados y dinámicos de aquel heroico intento de *tomar el cielo por asalto*. Destaca que en sus pocas semanas de gestión, el gobierno de los trabajadores en París y el pueblo en general terminó con el ejército permanente y la burocracia estatal, dispuso la separación de la Iglesia y el Estado, abrió los establecimientos educacionales al pueblo, puso a funcionar los Talleres colectivos, organizó la milicia y armó al pueblo. De imperecedera importancia y trascendencia histórica, la experiencia de la Comuna fue sin embargo muy breve. El gobierno burgués y su ejército, reorganizado y militarmente reforzado en Versalles, aisló primero y luego reocupó la ciudad de París, a sangre y fuego, el 28 de mayo. La masacre se prolongó con el fusilamiento de 30.000 *communards* y el destierro de miles de simples ciudadanos, en lo que constituye un testimonio sangriento del internacionalismo reaccionario de las burguesías de Francia, Alemania y el resto de Europa que prepararon y llevaron a cabo semejante masacre.

Y sin embargo, a pesar de la derrota, concluía Marx, el heroísmo de los parisinos seguramente servirá de inspiración al proletariado de todos los países, porque a ellos cabe el mérito de haber puesto de pie

...una forma política perfectamente flexible, a diferencia de las formas anteriores de gobierno, que habían sido todas fundamentalmente represivas. He aquí su verdadero secreto: la Comuna era, esencialmente, un gobierno de la clase obrera, fruto de la lucha de la clase productora contra la clase apropiadora, la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación económica del trabajo.⁷

Indudablemente, la Comuna sirvió de inspiración en primer lugar al mismo Marx, quien a partir de esta experiencia concluyó que la revolución no puede desarrollarse limitándose a conquistar el poder, sino que es preciso *destruir el viejo Estado* y construir un poder radicalmente diferente. (Ver anexos 23: *Marx y la Comuna*, y Anexo 24: *La significación de la Comuna*).

⁷ C. Marx: *La guerra civil en Francia*, en C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas*, Tomo II, ob. cit. pág. 130.

La perspectiva histórica permite advertir hoy que las palabras de Marx que antes hemos citado incluyen una afirmación excesivamente optimista. El aporte imperecedero de la Comuna no permite sin embargo decir que ella constituye "la forma política al fin descubierta para llevar a cabo dentro de ella la emancipación del trabajo". Y no sólo porque es un hecho que, desde entonces al presente, todas y cada una de las revoluciones que se han sucedido han tratado infructuosamente de encontrar esa forma política, sino también y sobre todo porque, a la luz de todo lo ocurrido desde entonces, tal vez debamos precisar que lo necesario en realidad es construir la o las formas políticas que posibiliten y faciliten más allá incluso de ellas la auto-emancipación respecto de la división jerárquica del trabajo, en un complejo proceso económico-social que pueda conducir, desde la expropiación política de la burguesía a la emancipación humana en una forma social nueva. Para decirlo con la precisión de István Mészáros, aún tenemos por delante la tarea de desarrollar, en toda su complejidad, una teoría de la transición que nos ayude a ir prácticamente *más allá del capital*.

Sea como fuere, *La guerra civil en Francia* sigue siendo un texto emocionante y educativo que se sobrepone al dolor y la indignación del momento y logra, aún hoy, convocarnos a continuar el combate aprendiendo también con las derrotas, advirtiendo errores propios y reconociendo los desplazamientos estratégicos de nuestros enemigos de clase. De allí la siempre renovada actualidad del folleto. Así, cuando el revolucionario ruso Vladimir I. Lenin, en vísperas de la Revolución de Octubre de 1917, escribió *El Estado y la Revolución*, recurrió ampliamente a *La guerra civil en Francia*. Y mucho más cerca de nosotros, cuando el venezolano Comandante Chávez sintió la urgencia de radicalizar el proceso para que la revolución bolivariana no perdiera el rumbo, buscó inspiración en este texto para advertir, dramáticamente, en el discurso publicado con el título "Golpe de timón", que era urgente concentrar todos los esfuerzos necesarios para avanzar en la construcción y desarrollo del poder comunal como alternativa al Estado burgués.

Si, como se ha dicho, la heroica gesta de la Comuna de París representó el punto más alto en la acción e influencia de la AIT, es preciso

advertir también que la terrible derrota y el período de feroz ofensiva contrarrevolucionaria que siguió a la misma marcaron el comienzo de su ocaso. Pueden mencionarse varios factores concurrentes a esta crisis. El debilitamiento numérico y político de los internacionalistas a causa de la represión es sólo uno de ellos. Algunas organizaciones y dirigentes "moderados", como lo eran sin duda los sindicalistas ingleses, que estaban muy lejos de avalar la experiencia revolucionaria de la Comuna, aprovecharon para romper con Marx y Engels cuando estos asumieron su incondicional defensa. Inversamente, los anarquistas consideraron que debían capitalizar para sí el reconocimiento y prestigio ganado por la AIT y se propusieron tomar su dirección por cualquier medio. Marx y Engels resistieron la embestida y en la búsqueda de aliados para esta batalla sumaron a sus partidarios más o menos declarados la activa participación de los blanquistas, que tenían el mérito de haber sido, sobre el terreno, los más decididos impulsores de la Comuna. Así lograron imponerse en la segunda Conferencia de la AIT reunida en septiembre de 1871 en Londres y, un año después, en el quinto Congreso de la AIT celebrado en La Haya, al que concurrió personalmente Marx. El Congreso no sólo respaldó las posiciones políticas defendidas por Marx, sino también la expulsión de los bakuninistas. Sin embargo, más allá de la victoria táctica que había impedido que la AIT cayera en manos de aventureros, Marx y Engels comprendieron que un período se había cerrado y, consecuentemente, se retiraron del Consejo general proponiendo que la sede de la AIT se instalase en los Estados Unidos (esto es, lejos de Bakunin). Cuatro años después, la AIT se disolvió formalmente.

Digamos para terminar que, pese al voluntarismo militante desplegado durante todo este período y que en gran medida sintetizan los textos de *La guerra civil en Francia*, Marx cargaba con un enigma irresuelto. Por un lado, el autor de *El capital* había profundizado su conocimiento de las determinaciones y la lógica sistémica que impone y sustentan el orden del capital, lógica que, como advierte ese mismo libro, era incluso capaz de asimilar grandes conquistas obreras y digerirlas para convertirlas en nuevos acicates del desarrollo capitalista. Por otro lado, su intuición y experiencia de revolucionario lo orientaban a prestar atención a

la lógica (abierta) de la auto-actividad del proletariado, imprescindible para afrontar estratégicamente la lucha de clases, vale decir: enfrentar los movimientos del enemigo desafiando sus reglas y apostando a la creativa combatividad de los explotados, sin apartarse del principio básico: *la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos*. ¿Cómo expresar teóricamente la articulación o, mejor aún, el choque de ambas lógicas?

El dilema sigue sin resolverse, y adquiere hoy mayor actualidad que nunca. Los seres humanos siempre han vivido, trabajado (¡y también luchado!) en situaciones determinadas, condicionados por contextos históricos y sociales no elegidos, resultantes del accionar de generaciones anteriores, y la historia muestra que esas prácticas condicionadas pueden a su vez cambiar tales condicionamientos. Pero fuerza es advertir que los condicionamientos que hoy pone el capital para asegurar la reproducción ampliada y la valorización del valor tienen un alcance y capacidad coactiva históricamente sin precedentes, al punto de poner en riesgo la misma supervivencia de la humanidad. Esta amenaza sólo puede ser enfrentada recordando que, así como estamos obligados a actuar en situaciones y condiciones no elegidas y crecientemente dañinas, conservamos también la potencialidad de hacerlo de modo tal que colectivamente logremos cambiar estas impuestas condiciones y cambiar nosotros mismos desarrollando las potencialidades emancipadoras del ser social. La apuesta es que el sujeto revolucionario colectivo se construya como tal auto-transformándose. Los expropiados, explotados y oprimidos del mundo podremos devenir en clase revolucionaria, en el pleno sentido de la palabra, si somos capaces de ganar en la lucha la conciencia anticapitalista necesaria también para definir los objetivos emancipadores que debemos asumir, en un momento histórico sin precedentes, cuando lo que está en juego es, ni más ni menos, la supervivencia de la humanidad.

Anexos del capítulo 7

Anexo 21: Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores

Trabajadores:

Es un hecho notabilísimo el que la miseria de las masas trabajadoras no haya disminuido desde 1848 hasta 1864, y, sin embargo, este período ofrece un desarrollo incomparable de la industria y el comercio. En 1850, un órgano moderado de la burguesía británica, bastante bien informado, pronosticaba que si la exportación y la importación de Inglaterra ascendían a un 50 por 100, el pauperismo descendería a cero. Pero, ¡ay! el 7 de abril de 1864, el canciller del Tesoro cautivaba a su auditorio parlamentario, anunciándole que el comercio de importación y exportación había ascendido en el año de 1863 "a 443.955.000 libras esterlinas, cantidad sorprendente, casi tres veces mayor que el comercio de la época, relativamente reciente, de 1843". Al mismo tiempo, hablaba elocuentemente de la "miseria". "Pensad —exclamaba— en los que viven al borde de la miseria", en los "salarios... que no han aumentado", en la "vida humana... que de diez casos, en nueve no es otra cosa que una lucha por la existencia". No dijo nada del pueblo irlandés, que en el Norte de su país es remplazado gradualmente por las máquinas, y en el Sur, por los pastizales para ovejas. Y aunque las mismas ovejas disminuyen en este desgraciado país, lo hacen con menos rapidez que los hombres. [...]

Y en verdad, si tenemos en cuenta la diferencia de las circunstancias locales, vemos los hechos ingleses reproducirse, en escala algo menor, en todos los países industriales y progresivos del continente. Desde 1848 ha tenido lugar en estos países un desarrollo inaudito de la industria y una expansión ni siquiera soñada de las exportaciones y de las importaciones. En todos ellos "el aumento de la riqueza y el poder, restringido exclusivamente a las clases poseedoras" ha sido en realidad "embriagador". En todos ellos, lo mismo que en Inglaterra, una pequeña minoría de la clase trabajadora ha obtenido cierto aumento de su salario real; pero para la mayoría de los trabajadores, el aumento nominal de los salarios no representa un aumento real del bienestar [...]. Por todas partes, la gran masa de las clases laboriosas descendía cada vez más bajo, en la misma proporción, por lo menos, en que los que están por encima de ella subían más alto en la escala social. En todos los países de Europa

—y esto ha llegado a ser actualmente una verdad incontestable para todo entendimiento no enturbiado por los prejuicios y negada tan sólo por aquellos cuyo interés consiste en adormecer a los demás con falsas esperanzas—, ni el perfeccionamiento de las máquinas, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el mejoramiento de los medios de comunicación, ni las nuevas colonias, ni la emigración, ni la creación de nuevos mercados, ni el libre cambio, ni todas estas cosas juntas están en condiciones de suprimir la miseria de las clases laboriosas; al contrario, mientras exista la base falsa de hoy, cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo ahondará necesariamente los contrastes sociales y agudizará más cada día los antagonismos sociales. Durante esta embriagadora época de progreso económico, la muerte por inanición se ha elevado a la categoría de una institución en la capital del imperio británico. Esta época está marcada en los anales del mundo por la repetición cada vez más frecuente, por la extensión cada vez mayor y por los efectos cada vez más mortíferos de esa plaga de la sociedad que se llama crisis comercial e industrial.

Después del fracaso de las revoluciones de 1848, todas las organizaciones del partido y todos los periódicos de partido de las clases trabajadoras fueron destruidos en el continente por la fuerza bruta. Los más avanzados de entre los hijos del trabajo huyeron desesperados a la república de allende el océano, y los sueños efímeros de emancipación se desvanecieron ante una época de fiebre industrial, de marasmo moral y de reacción política. Debido en parte a la diplomacia del gobierno inglés, que obraba con el gabinete de San Petersburgo, la derrota de la clase obrera continental esparció bien pronto sus contagiosos efectos a este lado del estrecho. Mientras la derrota de sus hermanos del continente llevó el abatimiento a las filas de la clase obrera inglesa y quebrantó su fe en la propia causa, devolvió al señor de la tierra y al señor del dinero la confianza un tanto quebrantada. Estos retiraron insolentemente las concesiones que habían anunciado con tanto alarde. [...]

Sin embargo, este período transcurrido desde las revoluciones de 1848 ha tenido también sus compensaciones. No indicaremos aquí más que dos hechos importantes.

Después de una lucha de treinta años, sostenida con una tenacidad admirable, la clase obrera inglesa, aprovechándose de una disidencia momentánea entre los señores de la tierra y los señores del dinero, consiguió arrancar la ley de la jornada de diez horas. Las inmensas ventajas físicas, morales e intelectuales que esta ley proporcionó a los obreros

fabriles, señaladas en las memorias semestrales de los inspectores del trabajo, son ahora reconocidas en todas partes. La mayoría de los gobiernos continentales tuvo que aceptar la ley inglesa del trabajo bajo una forma más o menos modificada; y el mismo parlamento inglés se ve obligado cada año a ampliar la esfera de acción de esta ley. Pero al lado de su significación práctica, había otros aspectos que realizaban el maravilloso triunfo de esta medida para los obreros. [...] Esta lucha por la limitación legal de la jornada de trabajo se hizo aún más furiosa, porque —dejando a un lado la avaricia alarmada— de lo que se trataba era de decidir la gran disputa entre la dominación ciega ejercida por las leyes de la oferta y la demanda, contenido de la economía política burguesa, y la producción social controlada por la previsión social, contenido de la economía política de la clase obrera. Por eso, la ley de la jornada de diez horas no fue tan sólo un gran triunfo práctico, fue también el triunfo de un principio; por primera vez la economía política de la burguesía había sido derrotada en pleno día por la economía política de la clase obrera. Pero estaba reservado a la economía política del trabajo el alcanzar un triunfo más completo todavía sobre la economía política de la propiedad. Nos referimos al movimiento cooperativo, y, sobre todo, a las fábricas cooperativas creadas, sin apoyo alguno, por la iniciativa de algunas "manos" ("hands") audaces. Es imposible exagerar la importancia de estos grandes experimentos sociales que han mostrado con hechos, no con simples argumentos, que la producción en gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna, puede prescindir de la clase de los patronos, que utiliza el trabajo de la clase de las "manos"; han mostrado también que no es necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estén monopolizados como instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo; y han mostrado, por fin, que lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría. [...]

Al mismo tiempo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. [...] Para emancipar a las masas trabajadoras, la

cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios nacionales. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles. [...]

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia, se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros.

La clase obrera posee ya un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarles a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados. Guiados por este pensamiento, los trabajadores de los diferentes países, que se reunieron en un mitin público en Saint Martin's Hall el 28 de septiembre de 1864, han resuelto fundar la Asociación Internacional.

Otra convicción ha inspirado también este mitin.

Si la emancipación de la clase obrera exige su fraternal unión y colaboración, ¿cómo van a poder cumplir esta gran misión con una política exterior que persigue designios criminales, que pone en juego prejuicios nacionales y dilapida en guerras de piratería la sangre y las riquezas del pueblo? No ha sido la prudencia de las clases dominantes, sino la heroica resistencia de la clase obrera de Inglaterra a la criminal locura de aquéllas, la que ha evitado a la Europa Occidental el verse precipitada a una infame cruzada para perpetuar y propagar la esclavitud allende el océano Atlántico. La aprobación impúdica, la falsa simpatía o la indiferencia idiota con que las clases superiores de Europa han visto a Rusia apoderarse del baluarte montañoso del Cáucaso y asesinar a la heroica Polonia; las inmensas usurpaciones realizadas sin obstáculo por esa potencia bárbara, cuya cabeza está en San Petersburgo y cuya mano se encuentra en todos los gabinetes de Europa, han enseñado a los trabajadores el deber de iniciarse en los misterios de la política internacional, de vigilar la actividad diplomática de sus gobiernos respectivos, de combatirla, en caso necesario, por todos los medios de que dispongan;

y cuando no se pueda impedir, unirse para lanzar una protesta común y reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones.

La lucha por una política exterior de este género forma parte de la lucha general por la emancipación de la clase obrera.

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Karl Marx, escrito en octubre de 1864. Marxist Internet Archive www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/1864fait.htm

Anexo 22: Letra de "La Internacional"

¡Arriba, parias de la Tierra!

¡En pie, famélica legión!

Atruená la razón en marcha:

es el fin de la opresión.

Del pasado hay que hacer añicos.

¡Legión esclava en pie a vencer!

El mundo va a cambiar de base.

Los nada de hoy todo han de ser.

Agrupémonos todos,

en la lucha final.

El género humano

es la internacional. (Bis)

Ni en dioses, reyes ni tribunos,

está el supremo salvador.

Nosotros mismos realicemos

el esfuerzo redentor.

Para hacer que el tirano caiga

y el mundo esclavo liberar,

soplemos la potente fragua

que el hombre nuevo ha de forjar.

Agrupémonos todos,

en la lucha final.

El género humano

es la internacional. (Bis)

La ley nos burla y el Estado

oprime y sangra al productor;

nos da derechos irrisorios,

no hay deberes del señor.
Basta ya de tutela odiosa,
que la igualdad ley ha de ser:
"No más deberes sin derechos,
ningún derecho sin deber".
Agrupémonos todos,
en la lucha final.
El género humano
es la Internacional. (Bis).

Versión abreviada, usualmente cantada en la Argentina

Arriba los pobres del mundo
de pie los esclavos sin pan
y gritemos todos unidos
¡Viva la Internacional!
Derrotemos todas las trabas
que oprimen al proletario
cambiemos al mundo de base
hundiendo al imperio burgués.
Agrupémonos todos
en la lucha final
y se alcen los pueblos
por la Internacional.
Agrupémonos todos
en la lucha final
y se alcen los pueblos con valor
por la Internacional.
La Internacional

"La Internacional" fue escrita en 1871 (en francés) por el obrero Eugène Portier, quien participara en la Revolución de 1848 y en La Comuna de París; fue musicalizada por G. Delory en 1888.

Anexo 23: Marx y la Comuna (fragmento)

Marx no tuvo una postura unívoca y perenne sobre la Comuna. Las diversas comunicaciones a la Internacional —que componen *La guerra civil*

en Francia— permiten leer las variaciones de su postura en los textos que la matizan. Más tarde, Marx reflexionaría nuevamente sobre la Comuna y adoptaría actitudes cambiantes a la luz de sus siempre renovadas investigaciones. De manera general y simplificando, Marx *siempre* apoyó a la Comuna a pesar de que en su opinión la insurrección y la constitución de un poder autónomo habían sido prematuras. Valoró su arrojo, al punto de considerarla una "revolución proletaria" (y así extremó su coherencia), sin por eso dejar de percibir que carecía de la fuerza militar para sostener tal audacia. Según él, faltaba al proletariado francés la configuración material y la experiencia política necesarias para lanzarse organizada y decididamente a la acción revolucionaria. Sus logros fueron enormes, pero también lo fueron sus deficiencias. Sobre todo, la timidez en atacar con toda vehemencia al poder en Versalles cuando todavía era posible derrotarlo, brindó a la reacción el tiempo necesario para fortalecerse y aplastar a París. Pero también puede leerse a Marx sin aplicar a la Comuna una medida ideal externa, es decir, evitando una censura intelectual sostenida en lo que *debería haber hecho*. En efecto, el autor de *El capital* halló en ella "la forma política al fin descubierta" de un gobierno de los trabajadores. La Comuna antiburguesa parisina puso en aprietos a la imaginación política de Marx, quien tras 1848 se desencantó respecto de las capacidades transformadoras de la burguesía que él y Engels habían celebrado a fines de 1847 en el *Manifiesto comunista*. La insurrección comunera, pero sobre todo los ensayos de un poder popular basado en la auto-organización de las y los trabajadores armados, mostraron en los hechos que la era de las revoluciones burguesas como proa del cambio había terminado. Desde la Comuna, incluso con su derrota bélica, estaba planteada la factibilidad de una revolución de quienes una canción comunera —luego transmitida al himno de la Internacional— llamará "los condenados de la tierra". Marx homenajeó a la proeza de la Comuna nombrándola bajo la fórmula perdurable de haber intentado tomar "el cielo por asalto". Ese momento en que la acción práctica hizo estallar el aparente acontecer monótono de la historia comenzó a ser pensado como la innovación peculiar de la revolución, la que ya no era necesariamente la sedimentación mecánica de procesos previos. Sesenta años más tarde Walter Benjamin intentó repensar el siglo diecinueve bajo esa estrella filosófica.

Pero la Comuna afectó más profundamente al lugar que en la proyección revolucionaria del *Manifiesto* se asignaba al Estado por su papel centralizador en la progresiva sustitución del poder burgués y la

propiedad privada. Hacia 1847 Engels y Marx consideraban que el proceso transformador requería una concentración de capacidad decisoria y administrativa, en una dinámica gradual donde la función estatal era decisiva. La Comuna condujo a Marx hacia una profunda revisión del planteo, incluso forzándolo a una mutación conceptual, como bien señalaron sus polemistas libertarios. En el prólogo a la edición del *Manifiesto* en 1872, Engels y Marx citaban *La guerra civil en Francia* para corregir sus anticipaciones en el segundo capítulo del folleto de 1847 al subrayar que "la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines". Algunas posturas (pienso en Maximilien Rubel y Daniel Guérin) vieron allí las semillas de un "marxismo libertario" superador de una oposición osificada en el seno de las izquierdas. En nuestros días Olivier Besancenot y Michael Löwy, como el autor de este prólogo, apuestan por una convergencia no ingenua sino políticamente activa entre el socialismo marxista y el anarquismo atento a las servidumbres estatistas.

Omar Acha, "Prólogo: Entender la Comuna de París y sus legados para la revolución de nuestro tiempo", en P.-O. Lissagaray, *La Comuna de París*, Buenos Aires, Editorial Marat, 2016, págs. 19-39.

Anexo 24: La significación de la Comuna

La insurrección del 18 de marzo y los grandes días de la Comuna que siguieron, suponen la apertura ilimitada hacia el porvenir y lo posible, sin prestar atención a los obstáculos y a las imposibilidades que pueden atajar el camino. Una espontaneidad fundamental separa los sedimentos depositados por los siglos: el Estado, la burocracia, las instituciones, la cultura muerta.

Una efervescencia volcánica alza las escorias acumuladas. En ese movimiento suscitado por los elementos negativos —por lo tanto creadores, de la sociedad existente: el proletariado— la práctica social se quiere y se hace libre, liberada de las cargas que pesan sobre ella. Se metamorfosea de un salto en comunidad, en comunión, en el seno de la cual el trabajo, la alegría, el ocio, la satisfacción de las necesidades —y ante todo de las necesidades sociales y de las necesidades de sociabilidad— no se separarán más. La cotidianeidad se transforma en fiesta perpetua.

¿La Comuna? Fue una fiesta, la más grande del siglo y de los tiempos modernos. El análisis más frío descubre allí la impresión y la voluntad de los insurgentes de volverse los dueños de su vida y de su historia, no solamente en lo que concierne a las decisiones políticas sino al nivel de la cotidianeidad. Es en ese sentido como comprendemos a Marx: "La más grande medida social de La Comuna era su propia existencia en acto... París todo verdad, Versalles, todo mentira."

Ese acto revolucionario total, que se realizó históricamente, bastó para mostrar que la tesis marxista de un fin de la prehistoria humana, de una supresión de las alienaciones humanas, de la inauguración de una historia conscientemente vivida y dominada por los hombres, no tiene que ver como se ha dicho a menudo con la escatología, con la visión apocalíptica, con la vana construcción utópica. Esa utopía, ese pretendido mito, durante algunos días, entró en los hechos y en la vida. En ese sentido, la Comuna se confunde con la idea misma de la revolución, entendida no como una idealidad abstracta sino como la idea concreta de la libertad. Esa idea contiene el sentido de la historia, o más bien de la prehistoria del hombre, en tanto que ella desemboca en su verdadera historia y en la historia de su verdad.

La experiencia de la Comuna va pues mucho más lejos que un conjunto de imágenes revolucionarias de enseñanzas políticas. Gustosamente la llamaremos transhistórica, o aún filosófica y "ontológica" (en un sentido renovado de esos términos). La Comuna anticipó, en acto, lo posible y lo imposible. De suerte que incluso sus proyectos y decisiones inaplicables, que quedaron en estado de intenciones políticas, como el proyecto federativo, guardan un sentido profundo.

En nombre de la Comuna y de las iniciativas del pueblo parisiense, comprendidas las del Comité Central, la doctrina marxista sobre el Estado y la política tomó forma. En la confusión efervescente, Marx ha percibido y elegido lo que podía proyectarse hacia el porvenir. Los gérmenes de una crítica radical del Estado y de la política, contenidos en la obra de Marx desde la Crítica del Estado hegeliano han tomado cuerpo. La misión histórica del proletariado no es solamente proseguir el desarrollo de las fuerzas productivas, es también poner fin al Estado y a la política. El Estado de nuevo tipo creado por la clase obrera en el poder no puede ser y no debe ser sino un Estado en desaparición, consagrado a desaparecer, en la vía del debilitamiento y de la superación, liberado de las cargas del ejército permanente, de la burocracia, de la policía, de la magistratura establecida; para abreviar, de todos los "aparatos"

estatales y gubernamentales instalados en el curso de la historia en las sociedades de clases. Y por consiguiente más democrático que ninguna otra forma de gobierno.

La Comuna fue la conquista del poder político por la clase obrera (Marx) pero ella ha cambiado radicalmente la forma y el sentido del poder político, poniendo lo social y la sociedad por encima de lo político, rebajando esto último y llevándolo a su fin.

"Gracias al combate librado por París, la lucha de la clase obrera contra la clase capitalista y su Estado ha entrado en una fase nueva. Cualquiera sea la salida, hemos obtenido un nuevo punto de partida de una importancia universal", escribe Marx a Kugelmann el 17 de abril de 1871. No omitamos subrayar el término "universal" o "histórico mundial" empleado por Marx, término que muestra que encaraba ya desarrollos teóricos y no un simple inventario de las iniciativas creadoras del pueblo parisiense y de la clase obrera al nivel del empirismo político. [...]

En la 1a. insurrección del 18 de marzo y de la Comuna hasta su fin dramático, los héroes y los genios fueron colectivos. La Comuna no tuvo grandes jefes. Los guías oficiales del movimiento de 1871 —tanto los teóricos como los hombres de acción, tanto los miembros del Comité central como los del consejo comunal— carecen de amplitud, de genio y aún de competencia. Así se explica hasta cierto punto el enredo paradójal de éxitos y de fracasos del movimiento.

Sin embargo, debemos tomar en cuenta que los actos más espontáneos y los más "irresponsables" deben también y sobre todo reivindicarse para la continuación del movimiento revolucionario de nuestro tiempo. Por ejemplo, el haberse hecho cargo de los grandes organismos públicos hombres de buen sentido y de experiencia cotidiana. Por ejemplo, la intervención incesante de la "base" en los asuntos generalmente tratados "en la cima".

La importancia del armamento del pueblo se manifestó desde el comienzo del movimiento hasta su término. En el conjunto, el pueblo parisiense y sus apoderados no han abdicado en favor de destacamentos especializados —voluntarios, tropas de élite o de choque, formaciones de marcha y de ataque— el derecho de imponer la voluntad común. Es cierto que esa actitud colectiva y espontánea engendró dificultades, contradicciones y conflictos. El valor ejemplar del armamento general del pueblo tiene su reverso: la falta de coordinación en las ofensivas militares, el hecho de que la lucha contra Versalles no llevó nunca la fuerza popular al grado de la eficacia militar. Sin embargo, no olvidemos que la revolu-

ción española fue vencida, a pesar de la sólida organización de un ejército republicano. Por otra parte, la Comuna de París fue vencida menos por la fuerza de las armas que por la fuerza de la costumbre, fuerza sin embargo sacudida por la espontaneidad fundamental, pero reconstituida por ciertos dirigentes en nombre de su ideología (los proudhonianos, de los cuales es el lado nefasto). Que el Banco de Francia siguiera siendo un enclave versallesco en París así como la Bolsa, los bancos en general, la Caja de depósitos y consignaciones, es un asombro para el historiador y un escándalo. Otras costumbres ideológicas fueron ruinosas y contienen ciertas razones del fracaso: las resurgencias del jacobinismo, los recuerdos del 89 (tan bien denunciados por Marx); la estrategia defensiva y por consiguiente derrotista de las barricadas por barrios en recuerdo de 1848, etcétera. Es necesario evidentemente reprochar a los hombres de la Comuna no haber osado responder al terror totalitario del poder establecido con la totalidad del empleo de sus medios y de sus armas.

La Comuna y su derrota muestran cómo los defensores del viejo mundo se benefician con la complicidad de los revolucionarios, de aquellos que piensan o pretenden pensar la revolución. Ellos revisten las auténticas creaciones revolucionarias con vestimentas antiguas que las ahogan. El viejo mundo guarda así puntos de apoyo: ideología, lenguaje, costumbres, gustos, ritos sospechosos, imágenes consagradas, viejos símbolos —hasta entre sus enemigos—. Se sirve de ello para recuperar el terreno perdido. Sólo se le escapa para siempre la espontaneidad fundamental, la capacidad creadora, el pensamiento, acción inherente al proletariado y al pueblo revolucionario. La "quinta columna" yace demasiado a menudo en el corazón, el alma y el espíritu de los revolucionarios mismos. Incontestablemente, en la única ideología que ha animado a los hombres de la Comuna, la doctrina proudhoniana —el blanquismo y el jacobinismo siendo sobre todo actitudes de acción— el reformismo y el proyecto revolucionario se mezclaban en una confusión y un conflicto inextricables. [...].

La Comuna representa hasta nosotros la única tentativa de un urbanismo revolucionario, atacando sobre el terreno los signos petrificados de la vieja organización, captando las fuentes de la sociabilidad —en ese momento *el barrio*— reconociendo el espacio social en términos políticos y no creyendo que un monumento pueda ser inocente (demolición de la columna Vendôme, ocupación de las iglesias por los clubes, etcétera). Aquellos que relacionan tales actos con el nihilismo y la barbarie deben confesar que en contrapartida ellos se disponen a conservar todo

lo que consideran como "positivo", es decir todos los resultados de la historia, todas las obras de la sociedad dominante, todas las tradiciones: todo lo adquirido, comprendida la muerte y el congelamiento.

La masa de los actos bosquejados de la Comuna no permite que sean catalogadas de "atrocidades" tal acción particular, que quedó inacabada y en estado de intención espontánea.

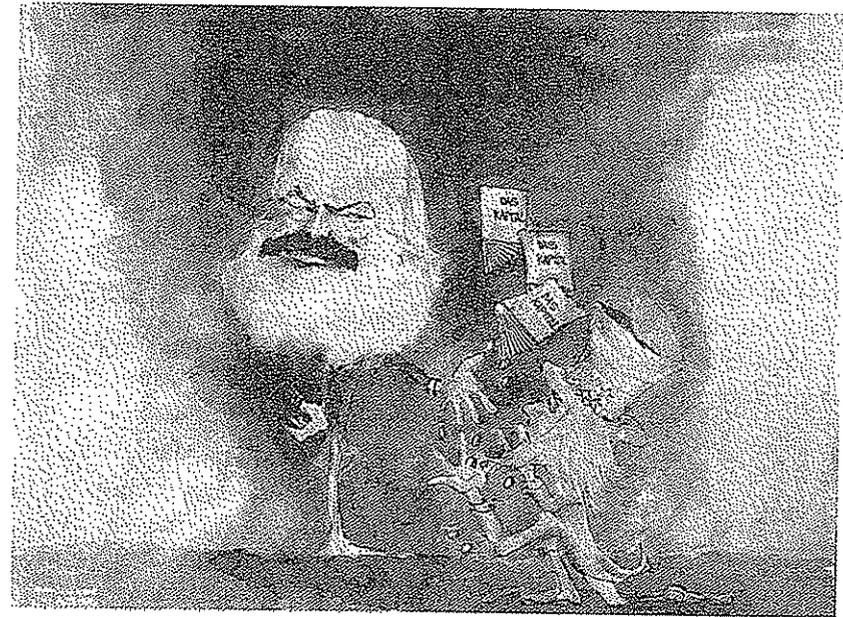
Los historiadores que restituyen la historia colocándose, conscientemente o no, en el punto de vista de una providencia divina o de un determinismo subyacente (lo que viene a ser casi lo mismo) no tienen ninguna pena en mostrar que la Comuna estaba objetivamente condenada. Presa en sus propias contradicciones, no podía superar esas contradicciones. Pero es necesario no olvidar que para aquellos que han vivido el acontecimiento, la superación estaba allí, próxima, en marcha, en el movimiento mismo.

La audacia y la invención del movimiento revolucionario en 1871 no pueden evidentemente medirse con relación a nuestra época, sino con relación a las trivialidades reinantes entonces en la vida cultural, política, moral y cotidiana. El movimiento revolucionario ha quebrado esas trivialidades. Si consideramos la suma de las trivialidades actualmente en curso, podemos imaginar la invención que resultaría de una explosión análoga en el mundo llamado moderno. Explosión espontánea que no es actualmente posible, pero que nada relega para el porvenir más lejano al imposible absoluto, porque razones de rebelión, de descontento, de frustración, se acumulan.

La gran lucha de la cual la Comuna es un momento [que] dura [para] siempre (bien que sus condiciones hayan cambiado). Para lo que es "volver conscientes las tendencias inconscientes de la Comuna" (Engels), la última palabra está lejos de haber sido dicha. Retomando aquí integralmente el pensamiento de Marx sobre la Comuna hemos visto en ella la gran tentativa de destrucción del poder jerarquizado, la praxis enteramente subversiva develando para destruirlo el mundo existente, sustituyéndole por otro mundo, un mundo nuevo, tangible, sensible y transparente. Momento único hasta aquí de la revolución total.

Henri Lefebvre, *La significación de la Comuna* (1962) (fragmentos). Libros de Ciencias Sociales-Planeta Sedna, s/f.

Capítulo 8

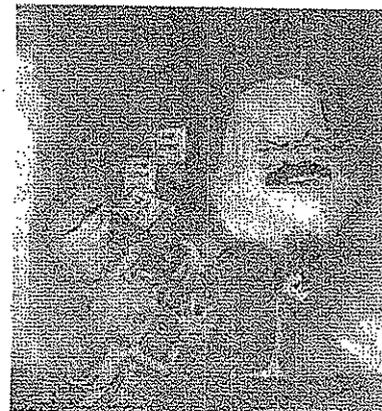


“Con los principios no se negocia”

Hacia fines de 1873, retirado ya del Consejo general de la AIT, Karl Marx se dispuso a retomar y terminar la demorada redacción de los libros 2, 3 y 4 de *El capital*; nuevamente el mal estado de salud le impuso reiteradas interrupciones. A lo que se sumaba que debía además dedicar tiempo y energías a la correspondencia y las consultas que seguía recibiendo, incluso después de la disolución de la *Internacional*. Como escribiera Franz Mehring:

Para restaurar por completo su salud tendría que haberse entregado al descanso al que sin duda alguna le había hecho acreedor el acercarse a los 60 años, toda una vida de trabajo y sacrificio. Pero no había que pensar en esto, siendo él quien era. Afanoso de sacar adelante su obra científica maestra, se entregó con ardoroso celo a los estudios cuyos horizontes se habían ido dilatando poco a poco.

“Para un hombre que como él tenía que analizar los orígenes históricos y las condiciones previas de todo —dice Engels, hablando de esto—, era natural que cada problema entrañase, por concreto que fuese, toda una serie de problemas nuevos. La prehistoria, la agronomía, el régimen ruso y norteamericano de la propiedad territorial,



la geología, etcétera, todo lo estudia a fondo para construir con una integridad como jamás hasta él había intentado nadie, el capítulo del tercer tomo que trata de la renta del suelo. Además de los idiomas germánicos y latinos, que ya leía en su totalidad, se puso a estudiar la vieja lengua eslava, el ruso y el serbio".

Y esto, con ser mucho, no era más que la mitad de su labor diaria, pues Marx, aunque se hubiese retirado de la política activa, seguía interviniendo con igual celo en el movimiento obrero europeo y americano. Mantenía correspondencia con casi todos los dirigentes de los diversos países, que no daban ni un paso importante sin antes consultarle, siempre que ello fuese posible; poco a poco, iba convirtiéndose en el consejero acuciosamente solicitado y siempre dispuesto del proletariado militante.¹

En realidad, mantenerse informado de la evolución de las organizaciones obreras y responder a sus demandas constituía una carga que lejos de disminuir se fue incrementando, a medida que avanzaba el proceso de recuperación y reorganización de los trabajadores en diversos países de Europa, luego de la terrible derrota de la Comuna. En Francia misma, por ejemplo, luego de sucesivos congresos obreros (en 1876, 1878 y 1879) se había dispuesto la conformación de un partido socialista (el Partido Obrero) liderado por el antiguo anarquista Jules Guèsdé, quien visitó en Londres a Marx y logró que éste ayudara personalmente a la redacción del programa del nuevo partido, en 1880.

Pero las relaciones que más ocuparon (y preocuparon) a Marx y Engels fueron, indudablemente, las que desde el exilio en Inglaterra ambos mantenían con los obreros socialistas de Alemania. Después de la guerra austro-prusiana de 1866, la victoriosa Prusia devino eje de la unificación nacional de Alemania. Unificación impuesta desde arriba y a la fuerza por Guillermo I, los *junker* prusianos, los grandes industriales y el canciller Bismarck. No había sido ésta la perspectiva por la que se había luchado en 1848, y Marx nunca dejó de denunciar que el Reich así constituido no dejaba de ser un régimen monárquico autoritario, aun-

1 Franz Mehring, *ob. cit.*, págs. 389-390.

que admitiera las elecciones y un controlado sistema de partidos. Pero el hecho consumado no podía ser desconocido, así como tampoco se podía desconocer la otra cara de la nueva realidad: el fuerte impulso dado por el Estado autoritario a la industrialización y modernización de la economía (lo que se conoce como *vía prusiana*) promovía el desarrollo capitalista y un importante crecimiento numérico de la clase obrera. E indirectamente, también crecían y ganaban fuerza las organizaciones sindicales y los agrupamientos socialistas, a pesar de las divisiones por rencillas personales y antiguas diferencias tácticas. Recordemos que alrededor del año 1863 se habían fundado dos organizaciones rivales, que competían entre sí para organizar a los trabajadores. Estaban, por un lado, la Asociación General de Obreros conducida por Ferdinand Lassalle, quien sostenía que podía enfrentarse a los capitalistas buscando acuerdos y ayuda del Estado y el gobierno conducido por Bismarck; por el otro, la Federación de Asociaciones Obreras organizada por Bebel y Liebknecht, que reivindicaban la orientación general de Marx y Engels. Lassalle falleció en un duelo en 1864, pero quien lo sucedió en la conducción de la Asociación mantuvo su orientación. Mientras duró la actividad de la AIT, y a pesar de que las condiciones internas dificultaran la participación de los alemanes en ella, Marx y Engels estrecharon relaciones con Liebknecht y Bebel. En 1869, en el Congreso de Eisenach, se fundó el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán, presidido por Bebel, Liebknecht y Bracke y ese mismo año las dos fracciones del socialismo ("lassalleanos" y "eisenachianos") obtuvieron en las elecciones al Reichstag 350.000 votos y nueve bancas: seis, los socialistas relacionados con Marx y Engels; tres, los seguidores del ya desaparecido Lassalle. Ambos agrupamientos consideraron llegado el momento de unificarse.

El historiador J. Sperber relata:

Marx y Engels se identificaban como internacionalistas y Engels dijo que Marx y él eran "representantes del socialismo internacional" y que "pertenec[ía]n al partido alemán poco más que al francés, al americano o al ruso". Pero, a pesar de su internacionalismo, no podían negar la existencia de un vínculo personal con el movimiento obrero alemán: "Disfrutamos de cada triunfo en Alemania tan-

to como en otros lugares, e incluso más, porque el partido alemán desde el principio se ha desarrollado en dependencia de nuestras posiciones teóricas".

Con la creación de un Estado nación en Alemania en 1871, que aglutinaba en un Imperio alemán federal a Prusia y a reinos anteriormente antiprusianos, como Sajonia y Baviera, ya no había motivos para la separación entre los lassalleanos prusianos de la Asociación General de Trabajadores Alemanes y el Partido Obrero Socialdemócrata Alemán, antiprusiano y liderado por Liebknecht y Bebel. Al aumentar el hostigamiento a los dos partidos socialistas por parte de las autoridades del gobierno alemán, que ya no los consideraban instrumentos útiles para su política de unificación nacional, la propuesta de fusión parecía cada vez más verosímil y Wilhelm Liebknecht, el estrecho colaborador de Marx, estaba totalmente a favor. Los representantes de los dos grupos se reunieron y elaboraron un programa común, a modo de preparación del congreso de unificación, que se iba a celebrar en la ciudad Turingia de Gotha a finales de mayo de 1875. Marx y Engels se enteraron de aquella decisión, que se tomó sin que ellos intervinieran en absoluto, cuando se publicó en la prensa.²

Ese "programa común" conocido como *Programa de Gotha* provocó la indignación e inmediato rechazo de Engels y Marx. Ambos comprendían la presión de las bases obreras en favor de la unificación y no la objetaban. Entendían también que tras la fusión el nuevo Partido Obrero Social-Demócrata de Alemania (o simplemente SDP) pasaría a ser el partido obrero más importante de Europa: por la cantidad de afiliados, por el número de votos obtenidos en las elecciones, porque dirigía casi todos los sindicatos y animaba un inmenso movimiento cultural alternativo, por contar con cuadros políticamente experimentados, eficientes y políticamente formados. Sin embargo, criticaron duramente tanto el contenido del programa como los métodos utilizados para elaborarlo e imponérselo a los militantes, en sendas cartas enviadas a los dirigentes de su tendencia. La carta que Marx dirigió a W. Bracke estaba redactada en términos muy duros:

2 Jonathan Sperber, *ob. cit.*, págs. 491-493.

...tengo el deber de no reconocer, ni siquiera mediante un silencio diplomático, un programa que es, en mi convicción, absolutamente inadmisibles y desmoralizador para el Partido.

Cada paso del movimiento real vale más que una docena de programas. Por lo tanto, si no era posible —y las circunstancias del momento no lo consentían— ir más allá del programa de Eisenach, habría que haberse limitado, simplemente a concertar un acuerdo para la acción contra el enemigo común. Pero cuando se redacta un programa de principios (en vez de aplazarlo hasta el momento en que una prolongada actuación conjunta lo prepare), se colocan ante todo el mundo los jalones por los que se mide el nivel de los movimientos del Partido. Los jefes de los lassalleanos han venido a nosotros porque las circunstancias les obligaron a venir. Y si, desde el primer momento se les hubiera hecho saber que no se admitía ningún chaloneo [negociado] con los principios, *habrían tenido* que contentarse con un programa de acción o con un plan de organización para la actuación conjunta.³

Además, Marx les manifestó que consideraba igualmente inadmisibles el procedimiento que se había seguido: los dirigentes habían acordado "por arriba" los términos del programa y lo habían difundido para que el Congreso de conciliación lo refrendara, sin dar posibilidad reales de discutirlo, porque el Congreso del partido que se decía marxista fue reunido *post festum*:

Indudablemente, con esto se ha querido escamotear toda crítica, y no permitir que el Partido reflexionase. Sabido es que el mero hecho de la unificación satisface de por sí a los obreros, pero se equivoca quien piense que este éxito efímero no ha costado demasiado caro.⁴

El enojo de Marx y Engels no se debía tanto a que ellos no hubieran sido previamente consultados. Estaban indignados, sobre todo, porque los dirigentes del partido hubieran actuado de tal modo que impedía contar con la opinión y participación de los militantes y el conjunto de

3 Carlos Marx, *Crítica del Programa de Gotha*. Buenos Aires: Organización Editorial, 1971, págs. 9-10.

4 Ídem, pág. 10.

los trabajadores, sentando con ello un peligroso precedente. La breve y seca carta de Marx a Bracke estaba acompañada por un texto breve pero denso y de gran importancia teórica y política: las *Glosas marginales al Programa del Partido Obrero Alemán* (o *Crítica del Programa de Gotha*) que constituye un verdadero documento programático. Allí critica las inconsistencias y errores teóricos del programa acordado al considerar el antagonismo entre los trabajadores y el capital, denuncia las ilusiones nacional-estatistas sembradas por dicho documento, e insiste en que la emancipación del proletariado implica superar el trabajo asalariado, rechazando por otra parte la afirmación simplista y sectaria de que frente a los obreros "todas las demás clases no forman más que una masa reaccionaria".

La *Crítica del Programa de Gotha* tiene el interés adicional de que es uno de los pocos textos en que Marx avanza algunas indicaciones sobre lo que podría ser la transición socialista, en la que desaparecería el fetichismo de la mercancía y su *valor*, y los trabajos individuales estarían directamente integrados en el trabajo común de la sociedad. En esta transición, y Marx precisa que se refiere a cuando la sociedad "acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y [...] presenta todavía en todos sus aspectos [...] el sello de la vieja sociedad". Con estas palabras advierte que aún si pudiera eliminarse el salario y la retribución de los productores fuese "proporcional al trabajo que han rendido", aún se estaría lejos de la meta comunista, pues que para ello será necesario que la nueva sociedad se conforme y despliegue "sobre su propia base".

Marx considera que

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que *la dictadura revolucionaria del proletariado*.⁵

La importancia del asunto justifica dejar por un momento de lado otros aspectos de las discrepancias con los dirigentes de la socialdemo-

5 Ibid., pág. 38.

cracia alemana, para detenernos en estas reflexiones hipotéticas sobre el comunismo o el socialismo, dado que en general Marx utilizaba indistintamente dichos términos.

Marx comienza por rechazar las formulaciones imprecisas o directamente falsas del programa. En primer lugar, la promesa de que en el socialismo "todos los miembros de la sociedad tienen igual derecho a percibir el fruto íntegro del trabajo". Objeta que no es cierto que *todo* el producto social deba ser distribuido, porque una parte significativa debe destinarse a reponer los medios de producción consumidos, al incremento de la producción y a un fondo de seguro, a los gastos generales de administración, a las necesidades colectivas (educación, salud, etcétera) y a la ayuda social a quienes no están en condiciones de trabajar. Y concluye con una objeción teórica de fondo:

...en el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de esos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente. La expresión "fruto del trabajo" [...] pierde así todo sentido.⁶

A continuación, Marx advierte que hay que distinguir entre "una sociedad comunista que *se ha desarrollado* sobre su propia base" y "una que acaba de *salir* precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede". Esta situación o momento inicial desautoriza el *distribucionismo* pregonado por el programa, puesto que sólo cuando el nuevo modo de producción asegure la necesaria riqueza colectiva "la sociedad podrá escribir en su bandera: ¡de cada cual, según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades!", y podrá entonces superar el principio sólo *formalmente* igualitario que prescribe retribuir "a cada cual según su

6 Ibid., págs. 20-21.

trabajo".⁷ Siguiendo en esto al marxista canadiense Michael Lebowitz, diré que el verdadero contenido y alcance de la advertencia que introduce Marx es que *la nueva sociedad debe reconocer la existencia de los defectos y problemas que deja como herencia el capitalismo, pero no para adaptarse a ellos sino para contrarrestarlos*. Dado que muchos comentaristas interpretan el texto al revés, es preciso examinarlo más detenidamente.

Marx nos ha enseñado que históricamente el capitalismo se consolidó (relativamente) en la medida que fue capaz de poner sus propias condiciones para la producción y reproducción del *valor*, vale decir, transformar las condiciones en las que había surgido, hasta llegar a convertirse en un sistema orgánico en el cual cada una de sus relaciones presupone a todas las restantes y cada elemento producido es al mismo tiempo una premisa. El capital subsume o subordina todos los elementos de la sociedad y crea otros que le hacen falta. *El hacerse mundo del capital, es el hacerse capital del mundo*, al decir de Alain Bihl. El capitalismo, incluso, desarrolló fuerzas productivas específicamente funcionales a la necesidad de producir los obreros que necesita, esto es, productores dispuestos a vender su fuerza de trabajo, no sólo porque necesitan del salario para vivir, sino porque las fuerzas productivas con que se enfrentan los dividen y colocan en una situación de dependencia que torna prácticamente impensable otra salida.

Marx había denunciado ya la alienación de los trabajadores en los escritos de 1844, pero la crítica de la economía política le permite formular ahora una denuncia más certera y dura: los métodos del capitalismo para desarrollar la producción mutilan al obrero, lo degradan, lo alienan hasta *quebrar la resistencia y producir una clase trabajadora que por educación, tradición y hábito reconoce y acepta las exigencias del modo de producción capitalista como naturales y evidentes en sí mismas*. Ahora bien: esta "naturalización" nada tuvo de natural: fue impuesta recurriendo a la violencia descarnada, con leyes antiobreras y todo el poder coercitivo del Estado (tanto del Estado "gendarme" como

7 Ibid., pág. 24.

del posterior Estado "ético-moral"), hasta lograr que la regulación del modo de producción y reproducción operase de manera más o menos espontánea. Esta evocación del recorrido del capital, desde la violenta imposición inicial hasta la regulación lograda por la hegemonía del capital y el *hábitus* del trabajador, viene a cuento para señalar que también el socialismo o el comunismo nacientes deben encontrar un modo de regulación que torne compatible la conducta de los productores con los requerimientos y objetivos de la nueva sociedad en formación. Claro está que esta regulación no puede ni debe imponerse del modo en que lo hiciera el capital, sino buscando conscientemente aquello que el comunismo consolidado generará espontáneamente: la solidaridad, el sentido de lo comunitario y el reconocimiento como ley natural de que "el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desarrollo de todos". Por eso precisa que el comunismo estará desarrollado "cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza productiva."⁸

Cabe precisar acá que las fuerzas productivas a las que se refiere Marx no podrían ser las mismas que desarrolló el capitalismo para dividir, someter y degradar a los trabajadores. En la nueva sociedad se debe alentar "la libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social"⁹, y el modo de producción debe promover "el desarrollo pleno del individuo, desenvolvimiento que a su vez reacciona como máxima fuerza productiva sobre la fuerza productiva del trabajo"¹⁰. Para alcanzar ese estadio, el comunismo (o socialismo) germinal debe desarrollarse haciendo, claro que con finalidades y métodos opuestos por el vértice, aquello que hiciera el capital para terminar de imponerse: *crear por medio de la práctica nuevas fuerzas productivas y nuevas capacidades humanas*.

8 Ibid., pág. 24.

9 Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Ob. cit., vol. 1, pág. 85.

10 Ídem. Ob. cit., vol. 2, pág. 236.

Será preciso terminar con la separación del obrero y las condiciones que se le imponen y a las que es sometido en el proceso de trabajo, para que los seres humanos antes fragmentados y mutilados por el capitalismo pasen a ser *individuos totalmente desarrollados*, para los cuales las diversas funciones sociales sean sólo modos alternativos de actividad y no ya la antigua división social jerárquica del trabajo. Articulando las indicaciones de Marx con la experiencia acumulada en el curso de las experiencias revolucionarias con sus aprendizajes y sus fracasos, pienso que el desarrollo práctico del *poder popular* parece ser el medio más idóneo para que el protagonismo colectivo haga posible que los productores asociados se transformen en los sujetos que requiere la construcción de la nueva sociedad, mediante la práctica en la autogestión y autogobierno colectivo. Sólo así podrá también superarse el arraigado individualismo heredado, desarrollando una nueva racionalidad social y haciendo de la producción un intercambio de actividades dictado y regulado por las necesidades comunales. En el socialismo o comunismo, el modo de producción debe centrarse en la comunidad y sus necesidades, estimulando el desarrollo de nuevas normas sociales basadas en relaciones cooperativas y solidarias entre sus miembros. Y dado que como ya reconociera el joven Marx las ideas pueden llegar a constituir una fuerza material cuando se apoderan de las masas, el socialismo o comunismo debe dar sus primeros pasos también en este terreno, dando una batalla de ideas para enfrentar la fuerza de las viejas ideologías y promoviendo la *racionalidad social*. Racionalidad social que, tal como la racionalidad individual, debe reconocer la importancia de aprovechar el tiempo de una manera eficiente, pues según escribe Marx esta es "la primera ley económica sobre la base de la producción colectiva", en un párrafo en el que también indica que, en lo que se refiere al individuo, "la sociedad debe repartir su tiempo de manera planificada para conseguir una producción adecuada a sus necesidades de conjunto"¹¹. Asumiéndose y actuando conscientemente como miembros de una comunidad, los productores asociados deben identificar las necesidades

11 Ibid. Ob. cit., vol. 1, pág. 101.

comunitarias y emplear conscientemente sus "muchas fuerzas de trabajo individuales como una fuerza de trabajo social"¹².

En la *Crítica del programa de Gotha* está escrito que al iniciar la construcción del comunismo "la parte que se destina a satisfacer necesidades colectivas [...] aumentará considerablemente desde el primer momento, en comparación con la sociedad actual, y seguirá aumentando a medida que la sociedad se desarrolle"¹³. Pero esto no debe ser interpretado como un llamado a que los individuos sigan siendo alentados a trabajar para recibir el equivalente a su gasto de energía, porque en tal caso la racionalidad individual llevará a empeñar el tiempo y las energías de cada uno en función de sus propios objetivos, concentrando esfuerzos en las actividades que ofrezcan mayor provecho individual, y minimizando el esfuerzo laboral cuando se considere que lo obtenido a cambio es poco. Si el trabajo sigue reducido a un medio de conseguir dinero y sigue siendo ejecutado en condiciones impuestas, será percibido como un sacrificio, una carga que cada cual intentará hacer más liviana sin tomar en cuenta las necesidades que puedan tener otros miembros de la sociedad. La racionalidad *mercantil*, según la cual individuos *atomizados* responden a las señales de precios que están fuera de su control, se desentiende de los pobres, de los enfermos, de las familias numerosas, de las necesidades de la comunidad y de los objetivos comunitarios. En otras palabras, la racionalidad individual conduce a una irracionalidad social. Y por ello mismo, conformarse con sostener que la distribución deberá ser regida exclusivamente por la contribución productiva de cada uno, desde el punto de vista del comunismo es irracional. Es verdad que esa norma constituye un progreso, en tanto y en cuanto puede y debe oponerse al antiguo "derecho" a la explotación de los dueños de los medios de producción, pero conserva un aspecto retardatario en la medida que privilegia el carácter de propiedad personal de la fuerza de trabajo. Lo que no sólo mantiene y genera desigualdades, sino que socava la solidaridad en el seno de la sociedad y alimenta una irrefrenable tendencia a la desarticulación de la "propiedad colectiva de los medios

12 Karl Marx, *El capital*. Ob. cit., Tomo 1/vol. 1, pág. 96.

13 Karl Marx, *Crítica del Programa de Gotha*. Ob. cit.

de producción" que, dicho sea de paso, inicialmente puede ser mayoritariamente propiedad estatal de los medios de producción.

Así pues, es de prever que, en los momentos iniciales del socialismo o comunismo, cuando recién se sale del capitalismo, subsista una grave contradicción entre el carácter tendencialmente colectivo de los medios de producción arrancados a la burguesía, mientras que la fuerza del trabajo no sólo sigue siendo propiedad individual, y sujeta a nuevas formas de división jerárquica del trabajo, que no pueden superarse de un día para el otro. Esto hace que los primeros pasos hacia la construcción del comunismo, incluso luego de ser expropiados los expropiadores y dinamitado el viejo Estado burgués, están lejos de ser irreversibles. Sólo podrán serlo cuando se genere un nuevo metabolismo económico social que reemplace el viejo orden del capital: lo que Istvan Mészáros llama *la autogestión social coordinada*. Hasta tanto eso no ocurra, la desarticulación de los elementos de la nueva sociedad en construcción sólo puede ser evitada estimulando el desarrollo de una conciencia socialista de masas y llevando adelante una batalla de ideas como mecanismo transitorio de regulación. Batalla de ideas que implica impulsar prácticas colectivas acordes a la racionalidad social, por encima e incluso en contra de la racionalidad mercantil en la nueva sociedad. Consideremos por ejemplo el problema de la escasez. La racionalidad social exige un debate democrático dentro de las comunidades y los centros de trabajo para analizar cómo economizar el uso del producto faltante y también como incrementar su producción y disponibilidad. Inversamente, la racionalidad individual y del mercado enfrentaría el problema incrementando el precio del producto en cuestión y dejando que cada individuo tome una decisión individual: reducir el consumo, cambiar de producto o arreglárselas para conseguir individualmente mayores ingresos para mantener o incrementar el consumo nada de lo cual enfrenta el problema de la escasez.

¿Qué tipo de personas produce una sociedad sujeta a la racionalidad del mercado y cuáles una sociedad regulada por la racionalidad social? En el primero de los casos, la racionalidad individual y mercantil refuerza la vieja idea que sostiene que las soluciones son asunto de cada individuo y que la forma de resolver los problemas es conseguir más dinero

sobre una base individual. En el caso de la racionalidad social, se refuerza la idea de que las soluciones necesarias son de naturaleza comunitaria, las personas que esta racionalidad produce son las que pueden construir la nueva sociedad. Creo que así debe entenderse este aspecto de la *Crítica al Programa de Gotha*.

Claro está que para Marx, el programa adoptado por el partido socialdemócrata unificado no sólo confundía lo que deberían ser las tareas y prioridades apuntadas a la construcción del socialismo o comunismo, sino que en realidad daba la espalda y renunciaba a dicha perspectiva, porque "sus reivindicaciones políticas no se salen de la vieja y consabida letanía democrática" y, peor aún, caía en la indignidad de

...exigir cosas que sólo tienen sentido en una república democrática a un Estado que no es más que un despotismo militar de armazón burocrático y blindado policíaco, guarnecido de formas parlamentarias, revuelto con ingredientes feudales e influenciado ya por la burguesía; ¡y encima, asegurar a este Estado que uno se imagina poder conseguir eso de él "por medios legales"!¹⁴

Este documento traduce la preocupación de quien advierte la magnitud de los problemas políticos que enfrenta el movimiento obrero y la falencia de sus dirigentes ¡y eso nada menos que en el contingente más organizado y consciente del proletariado! Pese a la gravedad de la advertencia, o precisamente por ello, los dirigentes social-demócratas ignoraron y ocultaron la crítica. Marx y Engels debieron en definitiva rumiar en silencio sus objeciones. Es posible que lo hicieran porque pensarán que la agudización de las contradicciones y el desarrollo de la fuerza organizada de los trabajadores superarían el conservadurismo de los dirigentes. Según Sperber

Le impresionaron los resultados del partido unificado en las elecciones nacionales del 1877, en las que duplicó el total de los votos anteriores de los socialistas y se convirtió en una voz política significativa de la oposición a Bismarck.¹⁵

14 *Ibíd.*, págs. 38-40.

15 Jonathan Sperber, *ob. cit.*, pág. 494.

Pero los progresos del movimiento no resolvieron aquellas falencias. Por el contrario, cuando en 1878 las "leyes de excepción contra los socialistas" pusieron en peligro algunas de las posiciones conquistadas por el partido y los sindicatos, la dirección socialdemócrata se dispuso a hacer "buena letra", publicando un diario que debería editarse fuera de Alemania (en Zurich) y una orientación conciliadora. Pusieron al frente de la publicación a intelectuales que

...abogaban por la renuncia a la revolución violenta, la reforma del capitalismo en lugar de la introducción del socialismo, la cooperación de clases en lugar de la lucha de clases, y la búsqueda de apoyos en toda la sociedad en lugar de recurrir exclusivamente a la clase obrera. El programa se acercaba mucho a lo que luego se llamaría "revisionismo"¹⁶

Frente a esto, en el otoño de 1879 Marx y Engels debieron enviar una nueva nota de denuncia y protesta a los dirigentes del Partido:

En lo que a nosotros respecta, sólo hay una vía abierta. Durante casi cuarenta años hemos insistido en que la lucha de clases es el motor fundamental de la historia y principalmente la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, que es la gran palanca de la convulsión social moderna; nos es imposible sumarnos a aquellos que pretenden excluir esta lucha de clases del movimiento [...] Si el nuevo órgano del partido adopta una posición que se corresponde con los sentimientos burgueses y no proletarios de estos caballeros, muy a nuestro pesar, no podremos sino mostrar públicamente nuestra repulsa y disolver la solidaridad que hasta ahora hemos demostrado con el partido alemán.¹⁷

En este caso, la dirección del partido tomó nota de la advertencia. August Bebel y Eduard Bernstein viajaron a Londres para dar garantías de que el periódico editado en Zúrich no abandonaría la lucha de clases... El incidente pareció resuelto, pero no el problema de fondo. Y es mérito de Marx haberlo advertido, anticipando la crítica del oportu-

16 Ídem, ob. cit., pág. 495.

17 Citada en Jonatan Sperber, ob. cit., pág. 496.

nismo y burocratismo de los dirigentes de la socialdemocracia alemana que años después formularía Rosa Luxemburgo. El dolorido juicio que Marx confiara a Engels fue lapidario: "Ya están tan contaminados del cretinismo parlamentario, que se creen por encima de toda crítica y truenan contra ella como si fuese un delito de lesa majestad"¹⁸. (Ver Anexo 25, "Teoría socialista y práctica política partidaria").

18 Citado en F. Mehring, ob. cit., pág. 403.

Anexos del capítulo 8

Anexo 25: Teoría socialista y práctica política partidaria

La *Crítica del Programa de Gotha* de Marx termina con una frase críptica: "*Dixi et salvavi animam meam*" (He dicho, y salvé mi alma). La misma indicaba en primer lugar las extrañas dificultades bajo las cuales Marx debió escribir sus observaciones. Y lo peor fue que debieron pasar dieciséis largos años para que las notas críticas de Marx fueran publicadas, e incluso entonces después de una amarga lucha contra una fuerte oposición. Y esto no fue todo. Porque luego de la misma publicación, los "jerarcas socialistas" continuaron los ataques, a los que Engels debió responder defensivamente en una carta a Kautsky: "¿Si no nos atrevemos a decir abiertamente esto [las críticas] ahora, cuándo entonces?". Engels puso el dedo en un tema muy delicado cuando en otra carta le dijo a Kautsky: "también es necesario que la gente deje de tratar a los funcionarios del partido —que son sus servidores— eternamente con guantes de seda y de mantenerse ante ellos en una actitud de obediencia absoluta y no críticamente, como si fueran *burócratas infalibles*".

Todo esto revelaba que un nuevo tipo de limitaciones había aparecido en el desarrollo del movimiento socialista: la *interiorización* (y la consiguiente racionalización) de las necesidades y contradicciones inmediatas del mismo movimiento. Unos pocos años antes de las controversias en torno al *Programa de Gotha* Marx había podido escribir con orgullo: "La Comuna no pretendía la *infalibilidad*, don que invariablemente se atribuían todos los gobiernos de viejo cuño. Publicaba todo lo que hacía y decía, y comunicaba al público sus *fallas*".

Ahora, muy por el contrario, tenía que dirigir sus reparos de manera estrictamente confidencial y apenas a un puñado de amigos: "sólo para dejar a salvo su conciencia y *sin ninguna esperanza de éxito*", como admitió Engels después. Porque incluso quien de aquel puñado en 1875 estaba de su lado, August Bebel, se había adaptado ampliamente a las presiones internas al momento de la *Crítica al Programa de Gotha*, aceptando la supresión de la crítica con la "justificación" —que desgraciadamente se hizo familiar a los miembros del movimiento socialista desde entonces— de que criticar a los líderes del partido *ayuda a nuestros enemigos*. Los denodados esfuerzos de Engels por "bajarle el tono" a las observaciones de Marx y de "aplicarle un poco de morfina y bromuro de potasio a la introducción", según sus propias palabras, no lograron

producir "un efecto calmante suficiente" en la mente de los "infalibles jerarcas socialistas" que preferían ocultarse tras el fantasma inflado del mítico "enemigo".

Así, puede verse la total inversión de las intenciones originales en varias cuestiones de importancia vital. La defensa apasionada de tratar los asuntos bajo el control público, sin ningún intento de tapar las fallas, chocaba con los mezquinos intereses del secreto y la "confidencialidad". El principio de autocritica, bajo la presión de estos intereses, asumía la forma estupidizante de la censura voluntariamente aplicada como autocensura en nombre de la unidad del partido. Comentó Engels con amarga ironía: "Es realmente una brillante idea poner a la ciencia socialista alemana, luego de su liberación de la ley Anti-Socialista de Bismarck, bajo una nueva ley Anti-Socialista hecha y aplicada por las mismas autoridades del Partido Social-Demócrata. Por lo demás, ordenan que los árboles no crezcan hacia el cielo".

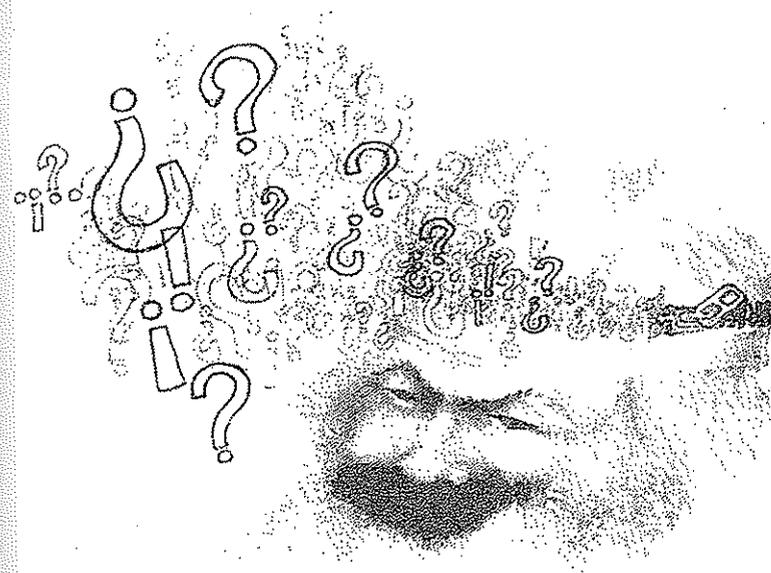
A todo esto cabe agregar lo que quizá tuvo implicaciones de mayor alcance: la fundamental preocupación de Marx por la "unidad de la teoría y la práctica" se aplicó bajo la forma de una completa subordinación de la teoría a la estrecha práctica política partidista, con su "propensión a las medidas coercitivas" (Engels) en nombre de la "disciplina de partido". Obviamente, esta fue una inversión de fundamental importancia. Decir, como hizo Engels, que "toda la gente que cuenta teóricamente está de mi lado" era un pobre consuelo. ¿Cómo podía ser que los que no contaban teóricamente sí "contaban" práctica y políticamente? Que el asunto pudiera plantearse de esa manera solo podía destacar el amenazante carácter de esos desarrollos para el futuro del movimiento socialista.

[...] Engels identificaba claramente en el momento en que emergían los peligros de: 1) la transformación de la autoridad moral (de algunos dirigentes) en los poderes dictatoriales de una autoridad "burocrática" *ex officio*; 2) la supresión de la libertad de discusión; 3) la introducción de un sistema de medidas coercitivas; 4) La declaración de la infalibilidad de los jefes del partido (que colocaba a los partidos socialistas en un nivel inferior al de los partidos burgueses, cuando se suponía que debían ejercer una "dura auto-crítica" como demostración de su "poder interno"); 5) la imposición de una disciplina artificial de pequeña secta en un partido de masas (en otras palabras, el triunfo de un sectarismo impuesto, operando a través de medidas coercitivas y culto religioso a la "infalibilidad"; y 6) el cultivo artificial de una mentalidad de crisis propia de un estado de emergencia como auto-evidente e incuestionable

justificación de la más flagrante y sistemática violación de todos los principios, formas organizativas y prácticas de cualquier democracia socialista concebible.

István Mészáros, *Más allá del capital*. Ob. cit., págs. 499-501.

Capítulo 9



Edición

Marx, primer crítico del “marxismo”

La producción intelectual en los últimos trece años de vida de Marx es relativamente pequeña, pero de gran importancia teórica y política. Como explica Enrique Dussel:

Marx terminó el *Manuscrito del 63-65*, los tres libros de *El capital* (por primera y última vez en su vida), en diciembre de 1865. En enero de 1866 comenzó la redacción del libro I, el único que vio publicado en vida –y el único que redactó para la imprenta–. Desde el punto de vista teórico, este período de su vida tiene cinco momentos:

Desde enero de 1866 hasta septiembre de 1867 (mes en que aparece *El capital*, libro I).

A partir de ese momento hasta 1870, época en que escribió algunos manuscritos de los libros II y III.

Hay un largo compás de espera, de 1870 a 1877 (a excepción del manuscrito A 77 sobre “Cálculos matemáticos” de mayo de 1875), en el que Marx abandona la creación teórica de su obra maestra.

De fines de 1877 a 1880 (con mayor decisión en 1878) hay el deseo de emprender la edición de los libros restantes.

De 1880 a 1883 la tarea se declara como imposible, y Marx se resigna a no ver publicado el final de su obra.



Cinco momentos, de los cuales podemos resaltar que en realidad sólo trabajó todavía con intensidad de 1866 a 1870. En los últimos trece años, no logró un avance significativo. Sin embargo [...] en la década de 1870, Marx abordó una problemática de gran importancia para América Latina, la cual quizá tenga relación con su aparente infertilidad teórica. Se trata de la investigación sobre los países capitalistas poco desarrollados; de la cuestión campesina, y relacionada con ella, del asunto del campesinado ruso. Es posible que Marx se haya entonces abierto a un ámbito teórico que cuestionó alguno de los supuestos de la época anterior a 1870 —por ejemplo, haber tomado a Inglaterra como el modelo para el estudio del capital en general, cuando quizá debió considerarla como un caso de capitalismo desarrollado (de manera que habría generalizado como esenciales al concepto de capital algunas determinaciones propias del capital central más desarrollado).¹

Durante toda su vida Marx prestó mucha atención a la “cuestión rusa”, pero tanto el foco de su atención como muchas de sus opiniones experimentaron grandes transformaciones. Es conocida la violencia con que Marx se refería al rol retardatario y reaccionario de la Rusia zarista (y en los capítulos anteriores varias veces lo hemos mencionado). Algunos comentaristas superficiales llegaron incluso a decir que las posiciones de Marx estaban inspiradas por una supuesta *eslavofobia*. La realidad es que la repulsa a la autocracia y la porfiada denuncia de la conspiración contrarrevolucionaria del zarismo y sus agentes a escala de toda Europa, estuvo efectivamente en el centro de los análisis políticos de Marx, y por una buena razón: el zarismo era el principal baluarte de la reacción en todo el Viejo Mundo.

Sin abandonar esa postura, en los últimos años de su vida Marx debió considerar la cuestión rusa integrando nuevos elementos y un renovado enfoque teórico que lo llevó incluso a reconocer y destacar el potencial revolucionario que podía desplegar el campesinado en Rusia. Desde 1870, a pesar de tener entre manos más tareas de las que podía atender, decidió aprender a leer en ruso. Como dijera Engels, lo hizo en

1 Enrique Dussel, *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana*. México: IZTAPALAPA-Siglo XXI Editores, 1990, págs. 133-134.

función de sus investigaciones sobre la propiedad de la tierra en Rusia. Pero también para acceder a literatura y documentación que le permitieran un mejor y más fructífero diálogo con Danielsón (traductor al ruso de *El capital*) y otros integrantes del populismo ruso (*narodnichestvo*) que habían recibido con gran interés su libro.

El movimiento precursor del populismo, que se llamaba *Servir al pueblo*, había sido masacrado casi de inmediato por el zarismo, pero fue continuado por nuevas organizaciones: primero *Zemly i Volya (Tierra y Libertad)*, luego *Naródnaya Volya (la Voluntad del Pueblo)* y *Cherney Peredely (Reparto Negro)*. Con tendencias diversas, incluso encontradas, uno de los rasgos distintivos de aquel amplio movimiento era la preocupación por la penosa situación de la abrumadora mayoría de la población rusa que vivía en el campo y, sobre todo, el reconocimiento de que parte importante de aquel campesinado conservaba tradiciones y tierras comunales, la *obshchina*, reguladas por el *mir* (asamblea de ancianos)², todo lo cual configuraba una realidad concreta que, según ellos, abría la posibilidad de prever un desarrollo no-capitalista para Rusia.

Los populistas animaban una corriente de masas que privilegiaba la intervención en el seno del campesinado, aunque tenía también militancia urbana y destacamentos que llevaban adelante acciones terroristas contra el Zar y sus funcionarios (el hermano mayor de Lenin fue ejecutado por su participación en uno de dichos atentados). Algunos *narodnikis* (como el ya mencionado Danielsón) consideraban a Marx uno de sus referentes, pero los intelectuales rusos que se consideraban fieles intérpretes de Marx y se denominaban marxistas (entre los cuales estaba Plejanov, llamado “el padre del marxismo ruso” y que llegaría a ser uno de los principales teóricos de la Segunda Internacional, junto con Kautsky) los rechazaban despectivamente: “leyeron mal *El capital*”, “es inconcebible una revolución socialista basada en el campesinado”, “reivindicar al *mir* es reaccionario”, “será preciso el desarrollo del capitalismo para que sobre tal base los obreros hagan su revolución”,

2 Instituciones en cierto modo comparables al *ayllu* de los pueblos andinos o el *callpulis* en mesoamérica.

etcétera. Estos marxistas se aferraban a la letra de algunas afirmaciones de Marx que, efectivamente, daban pie a suponer que el desarrollo del capitalismo tal y como se había dado en Inglaterra marcaba el camino que inexorablemente deberían seguir todos los pueblos del mundo (Ver anexo 27: *Marx, el nacionalismo, la etnicidad y las sociedades no occidentales*).

En febrero de 1881, buscando zanjar las diferencias planteadas entre los revolucionarios rusos, Vera Zasúlich, legendaria dirigente del populismo que se había aproximado a los marxistas, decidió pedir la opinión del mismo Marx. La importancia que éste atribuyó al asunto se advierte en el hecho mismo de que, para responder a la Zasúlich, escribió cinco textos: tres esbozos preparatorios relativamente extensos, un borrador, y la breve carta que finalmente envió el 8 de marzo, en la cual toma distancia de los vulgarizadores de sus ideas (que, además, pretendían que todo lo que ocurría en el mundo debía amoldarse a esa vulgata). Marx comienza por recordar que *El capital* trata la cuestión del cambio en la propiedad de la tierra tomando en consideración lo ocurrido en Inglaterra y Europa occidental, y precisa entonces:

El análisis de *El capital*, por tanto, no aporta razones ni en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rusa. Sin embargo, el estudio especial que he hecho sobre ella, que incluye una búsqueda de material original, me ha convencido de que la comuna es el punto de apoyo para la regeneración social de Rusia. Pero, para que pueda funcionar como tal, las influencias dañinas que la asaltan por todos lados deben ser primero eliminadas y luego se le deben garantizar las condiciones normales para su desarrollo espontáneo.³

Algunos años después, en 1877, Marx retoma la cuestión mediante carta destinada a una revista rusa, y formulando en esta ocasión una precisión de la mayor importancia que, lamentablemente, muchos marxistas ignoraron por completo. En primer lugar protesta contra quienes insisten

3 "Karl Marx: La respuesta a Zasulich", en Teodor Shanin (Edición y presentación), *El Marx tardío y la vía rusa. Marx y la periferia del capitalismo*. Madrid: Editorial Revolución, 1990, pág. 160.

...en transformar mi esbozo histórico de la génesis del capitalismo en Europa occidental en una teoría histórico-filosófica sobre la evolución general, fatalmente impuesta a todos los pueblos, cualesquiera sean las circunstancias históricas en las que ellos mismos se encuentren, para llegar, por fin, a esa formación económica que asegura la mayor expansión de las fuerzas productivas del trabajo social, así como el más completo desarrollo del ser humano.⁴

Contra esa interpretación que califica de falsa, Marx sostiene que, a su juicio:

...acontecimientos de una semejanza extraordinaria, que tienen lugar en diferentes contextos históricos, llevan a resultados totalmente diferentes. Estudiando cada uno de esos desarrollos por separado, y luego comparándolos, se puede descubrir fácilmente la clave del fenómeno. Pero nunca se alcanzará el éxito con la llave maestra de una teoría histórico-filosófica general, cuya suprema virtud consiste en ser suprahistórica.⁵

El estudioso T. Shanin dice con razón que una adecuada valoración de estos textos del Marx tardío

...ayudará a transformar el comentario de Marx sobre sí mismo en 1870 —"yo no soy un marxista"— de una simple anécdota, en una revelación fundamental del propio marxismo de Marx frente al de la primera generación de intérpretes.⁶

Podrá decirse que también ayuda comprender las tensiones presentes en el desarrollo de la obra marxiana, como el verdadero sentido de la *crítica ontológica* y la rigurosa utilización de "la facultad de abstraer"⁷ [*Abstraktionskraft*] utilizada por Marx, para quien:

La investigación debe apropiarse pormenorizadamente de su objeto, analizar sus distintas formas de desarrollo y rastrear su nexo interno.

4 K. Marx: "Carta al Consejo Editorial de *Otechestvennye Zapiski*", en Teodor Shanin, ob. cit., pág. 172.

5 Ídem.

6 Teodor Shanin, "Introducción", ob. cit., pág. 8.

7 Karl Marx, *El capital* I. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2014, pág. 6.

Tan sólo después de consumada esa labor, puede exponerse adecuadamente el movimiento real.⁸

La reflexión del Marx tardío, en suma, destaca nuevamente la capacidad crítica y autocrítica que, hasta el fin de sus días, mantuvo Karl Marx. Es preciso tener esto muy presente, para evitar tanto la aceptación acrítica de todas y cada una de sus expresiones, como la crítica lapidaria que tomando algunas formulaciones separadas del conjunto de su pensamiento cree demostrar que toda la elaboración de Marx estaría viciada por el eurocentrismo, el culto al progreso o el cientificismo positivista...

Porque es verdad que el *Manifiesto comunista* (1848), o los artículos sobre la India o China escritos en la primera mitad de los años 1850, contienen expresiones de evidente eurocentrismo y, más en general, trasuntan una concepción del desarrollo histórico-social de tipo *evolucionista y unilineal*. Ya antes, en *La ideología alemana* se expresa la idea que Inglaterra indica el camino que deberían recorrer inexorablemente los países más *atrasados, bárbaros o sin historia*. Pero a esta altura de las investigaciones sobre la obra marxiana, es inadmisibles ignorar que textos posteriores, como los ya mencionados de 1881 referidos a la comuna rural rusa, introdujeron una rectificación sustancial, que incluso fue incorporada al "Prólogo" [a la edición rusa de 1882] del *Manifiesto*. Por lo demás, es preciso tener en cuenta que muchos años antes, ya en los *Grundrisse* (1857-1858), cuando se trata de las "Formas que preceden a la producción capitalista", la entidad que allí es reconocida al *modo de producción asiático* constituye un evidente desafío al modelo unilineal que otorgaba universal validez a la sucesión que se suponía verificada para Europa: *modo de producción primitivo - modo de producción antiguo - modo de producción capitalista - comunismo*. Sustanciales rectificaciones pueden encontrarse también en los artículos de Marx sobre la India (escritos en 1879), rectificación que en otro plano se tradujo en el explícito respaldo dado por Marx a las luchas contra el colonialismo que estallaron en la India y China (Rebelión de los Cipayos, segunda Guerra del opio...).

8 *Ídem*, pág. 19.

Por otra parte y sobre todo, la elaboración marxiana establece una tajante distinción entre todas las formas sociales precapitalistas (productoras de *valores de uso*), y el orden del capital (esencialmente transitorio, según Marx insistía) que se caracteriza por el tendencial predominio del *valor de cambio*, el *trabajo asalariado* y la irrefrenable compulsión a la *valorización del valor*. Esto sugiere una radical discontinuidad más que una línea evolutiva.

Dígame además que la misma presentación de la acumulación originaria y desposesión del campesinado *a la inglesa* hecha en la primera edición de *El capital* fue significativamente matizada por el mismo Marx con las correcciones que introdujo para la edición francesa (1872-1875).

Parece indiscutible, entonces, que las reflexiones de Marx en los años 1880 lo muestran como lo que realmente es: un pensador que no es un doctrinario empeñado en ajustar el complejo curso histórico de la humanidad al corsé de una *teoría filosófico-histórica general*, ni pregona un *evolucionismo unilineal*, ni un *determinismo económico mecánico*. Un teórico tan audaz que fue capaz de admitir que, en algunos países, arcaicas formas comunales podían conservar potencialidades capaces de impulsar un desarrollo no capitalista. Porque fue Marx, y no otro, quien escribió (¡en 1882!) que "Rusia constituye la vanguardia de la acción revolucionaria en Europa", y que era admisible considerar que la *obstschina* "pueda pasar inmediatamente a la forma superior de la propiedad común comunista" lo que supondría *otra* vía muy distinta a lo que fuera "la evolución histórica de Occidente", puesto que

...si la revolución rusa es la señal de una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común de la tierra en Rusia puede servir de punto de partida para una evolución comunista.⁹

Por eso, porque Marx era un revolucionario y no un doctrinario, pudo considerar compañeros suyos a los populistas rusos, y no porque algunos de ellos hubieran leído y acordado con *El capital*, sino porque eran revolucionarios, esto es, hombres y mujeres vitalmente comprometidos

9 Karl Marx-Friedrich Engels, *El manifiesto comunista*. Ob. cit., págs. 78-79.

en una acción social, política e incluso terrorista, *revolucionaria*. Y tenía en cambio muy mala impresión de quienes, proclamándose marxistas, estaban cómodos manteniéndose a kilómetros de cualquier revolución.

Por eso, como escribiera el filósofo francés Maximilien Rubel, bien puede decirse que Marx fue el primer crítico del marxismo. Porque si bien ya en vida de Marx había quienes se llamaban a sí mismos marxistas, el mismo Marx habría dicho "yo no soy marxista". Cuenta Engels que se lo dijo en un par de ocasiones, entre 1880 y 1881, protestando contra la utilización que de sus ideas hacían los *guesdistas* franceses (incluido Lafargue, su yerno), y también contra los intelectuales oportunistas encaramados en el Partido Social-Demócrata Alemán, o los rusos a *la* Plejanov que vulgarizaban sus investigaciones. Cuenta Engels que Marx se lo dijo riendo, pero la humorada tenía un trasfondo serio: no le gustaba para nada eso que algunos de sus partidarios habían comenzado a hacer circular como *marxismo*. Es posible, incluso, que aquella disconformidad o incomodidad guardase relación con la reconsideración crítica de algunos aspectos de su propia obra. Podríamos decir entonces que el marxismo de Marx incluye la crítica a Marx y, *mutatis mutandis*, a gran parte del marxismo posterior.

Este marxismo crítico y autocrítico es el que pretendemos hacer nuestro. Hace ya algunos años¹⁰ escribí que si debo señalar lo que considero el núcleo duro (y válido) de la concepción marxista, digo que la política socialista consiste, siempre y en cada momento, en asumir y llevar adelante la tarea de restituir o devolverle al cuerpo social los poderes usurpados por la política burgués-estatalista. Pienso con Mézáros que "La política socialista o sigue la senda que le fijó Marx —del sustitucionismo a la restitución— o deja de ser política socialista y, en vez de 'autoabolirse' a su debido tiempo, se convierte en autoperpetuación autoritaria". Destaco también la concepción de que la revolución no resulta ni de un determinismo económico, ni de un puro voluntarismo político. Es un proceso que *adviene* sobre la base de determinadas condiciones o prerrequisitos objetivos y la acción de un sujeto colectivo que, con su práctica revolu-

cionaria, apuesta e intenta la transformación revolucionaria tanto de las circunstancias como de la misma clase que lucha por el cambio.

Al mismo tiempo, advierto que la teoría de la revolución y de la política que nos transmiten los escritos de Marx resulta en algunos aspectos insuficiente o anacrónica. Y no solo por los inmensos cambios que se han acumulado a lo largo de un siglo y medio, sino porque existen en dicha elaboración "puntos ciegos", ambigüedades y/o expectativas refutadas por la realidad. A título de ejemplo, me limitaré a señalar dos, que tuvieron significativas consecuencias políticas.

El primero, tiene que ver con el desarrollo de la organización y conciencia de los trabajadores. Marx había advertido ya en el *Manifiesto comunista* que la clase trabajadora, sometida a la explotación de una multiplicidad de capitales, estaba necesariamente fragmentada y que las condiciones materiales empujaban a que los trabajadores compitieran entre sí. Posteriormente, en el curso de su investigación crítica de la economía política, se refirió con más detalle y profundidad a estas cuestiones y otras estrechamente relacionadas, como la *subsunción real* del trabajo, la producción del *trabajo abstracto*, etcétera. Paradójicamente, estos progresos teóricos no tuvieron un correlato en el terreno político. Marx parece haber subestimado el impacto que el desarrollo de estos mecanismos cada vez más sofisticados tendría a largo plazo en el desarrollo de la organización (sindical y política) de la clase obrera y de su conciencia. Mantuvo en gran medida la confianza de que la creciente concentración y combinación del capital y el desarrollo de la gran industria acarrearían, como contrapartida, la acelerada multiplicación de la fuerza, la organización colectiva y la conciencia de la clase obrera. No ocurrió así. La fragmentación y las desigualdades de los trabajadores se mantuvieron y agravaron, alentando así, directa o indirectamente, no tanto el antagonismo de clase y el "espíritu de escisión" para usar palabras de Gramsci, sino recurrentes esperanzas y confianza en el rol "correctivo" del Estado. Así lo evidencia el curso de la lucha de clase a lo largo del siglo XX y el primer tramo del siglo XXI.

Otro error que tuvo consecuencias políticas negativas fue la caracterización de que el "bonapartismo", al estilo de la Segunda República en

10 Aldo Casas, *Los desafíos de la transición. Socialismo desde abajo y poder popular*. Buenos Aires: Herramienta Ediciones-Editorial El Colectivo, 2011, págs. 37-46.

Francia, constituía para la clase dominante "la única forma de gobierno posible" y "la forma última" del poder estatal burgués. Tan categóricas afirmaciones sustentaban la correlativa suposición de que el "parlamentarismo" estaba liquidado... Pero ocurrió algo completamente diferente. A fin del siglo XIX y a lo largo del siglo XX se sucedieron cambios estructurales y en las superestructuras políticas del capitalismo, incluyendo profundas transformaciones del Estado y del sistema mundial de estados. En cuanto al parlamentarismo, se reveló capaz de apresar entre sus redes a los partidos obreros de Europa, incluso al Partido Socialdemócrata Alemán, el más fuerte del Viejo Continente y supuesto custodio del marxismo. En lugar de sentarse sobre las bayonetas del ejército y confiar la salvaguarda de sus intereses de clase al "Estado gendarme", la burguesía supo afirmarse como *clase dominante* erigiéndose también como *clase dirigente*, utilizando la coerción y el consenso, desde un Estado que, además de reprimir, educaba y "moralizaba" con sus valores a las clases subalternas, montando "casamatas" en la sociedad civil e incluso entre los trabajadores. Pero esto no lo advirtió Marx, sino el italiano Antonio Gramsci, y muchos años después.

Marx señaló objetivos generales y principios válidos estratégicamente que, sin embargo, resultan actualmente insuficientes. Urgen desarrollos teóricos y prácticos para precisar aquellas tareas políticas y las *mediaciones* que permitan afrontar los problemas de la transición, en el amplio sentido del término. En nuestro país, como en todo el mundo, las políticas neoliberales abrieron una brecha inmensa entre la creciente riqueza acaparada por los explotadores y las miserias (no solo pobreza) impuestas a la inmensa mayoría del pueblo. Y si bien después del 2003 la masa de "desocupados estructurales" se redujo, el desmantelamiento de las antiguas estructuraciones de los asalariados (tareas, categorizaciones, convenios, etcétera) y el salto cualitativo en la degeneración de las grandes organizaciones sindicales (cuyas cúpulas y aparatos, por lo demás, ya habían dejado de ser independientes mucho antes) han dejado marcas duraderas en el pueblo trabajador. Operan deliberada y sistemáticamente mecanismos de asimilación y/o disgregación de los movimientos y agrupamientos sociales conformados en

la resistencia al neoliberalismo y/o en las luchas para enfrentar la crisis de 2001. Continuamente se tropieza con la arraigada práctica de las direcciones políticas y sindicales tradicionales apuntada a desalentar movilizaciones y acciones directas, a aferrarse a reivindicaciones auto-limitadas y objetivos sectoriales, insistiendo en una orientación puramente defensiva que se reveló ineficaz en el pasado y resulta más inútil en este momento histórico. Los avances y pretensiones del capital, en todos los terrenos, generan múltiples y continuados conflictos; de tal modo que si, por un lado, se fragmenta a los sectores populares, por el otro se "socializa" el conflicto despertando resistencias que *podrían* ser, de conjunto, *antagónicas* al capitalismo. Claro que esto no es automático, pues reclamos sectoriales parcialmente contradictorios pueden neutralizarse mutuamente, e incluso, en muchos casos, ser manipulados para enfrentar a "pobres contra pobres". Lo cierto es, en todo caso, que debemos asumir la generalizada conflictividad social como terreno complejo en que la reconstrucción de una identidad popular y de clase es necesaria y posible, en la medida que colectivamente se recupere o fortalezca la capacidad de "hacer juntos" de los trabajadores, se rompan las formas fetichizadas de las relaciones sociales cotidianas y un genuino movimiento popular recoja y proyecte las mejores tradiciones de lucha de nuestro pueblo, estrechando los márgenes de maniobra de la colaboración de clases y del populismo. Apostar a una construcción que, sobre la marcha, vaya definiendo un camino superador de sendas ya recorridas, requiere voluntad, elaboración política, audacia comunicativa y flexibilidad organizativa. Solo con esta vocación e impulso será posible acercar fuerzas y experiencias militantes diversas (a veces incluso conflictivas) y alentar a la convergencia de diversas tradiciones para proyectarse conjunta y creativamente en una nueva perspectiva emancipatoria construida colectivamente. No hay recetas, ni sendas preestablecidas para hacerlo.

Pero creo firmemente que una lectura no dogmática de Marx nos ayuda a advertir que nos enfrentamos con un enemigo multifacético, lo que el filósofo cubano Gilberto Valdez Gutiérrez ha denominado "el sistema de dominación múltiple del capital", frente a lo cual,

Lo antisistémico actúa como horizonte de sentido de las resistencias y las luchas del presente (aunque teniendo los pies y las mentes puestos en las contradicciones que deben ser resueltas en el plano social-popular, nacional y regional) que adelantan, desde la cotidianidad de esas luchas, procesos económicos, políticos y culturales en franco desafío a la lógica del capital en todos los planos. Dicha perspectiva, en consecuencia, va más allá de la mera sustitución de un régimen de propiedad por otro, ya que contiene un desafío integral a las formas de dominación múltiple del capital y a la civilización que este engendró a nivel planetario. Se trata de un potente esfuerzo de ruptura radical con la lógica de dominación y sujeción del capital en todas sus modalidades, desde lo económico productivo hasta lo simbólico cultural. Lo antisistémico se resignifica como subversión/superación no solo política, económica y social del capitalismo, sino civilizatoria y cultural, mediado por ejes transversales, cuyo centro es la diversidad (de género, étnico-racial, cultural, identitaria, etcétera). La referencia de los valores antisistémicos (anticapitalistas, antipatriarcales, por relaciones de producción no depredadora con el medio ambiente, en defensa de la diversidad natural, de la diversidad social-humana) es clave para asumir esos valores en la cotidianidad y fundar las acciones de transformación en esa ética y no desligar fines y medios.¹¹

Las experiencias históricas y presentes, tanto a escala nacional como al nivel de Nuestra América, indican que existe entre los explotados y oprimidos una heterogeneidad o variabilidad que difícilmente un Partido pueda ignorar, y menos aún subsumir. Son necesarios, entonces, tanto la capacidad de *reconocer y respetar diferencias*, como un sistemático empeño de convergencia, de autovaloración y formación que contribuya a *unir lo diferente en luchas (y perspectivas políticas) comunes*. Estas mismas experiencias nacionales y continentales sugieren la posibilidad y conveniencia estratégicas de *intervenir en todos los ámbitos de la sociedad*, integrando a activistas y movimientos sociales que son también políticos, y aglutinando los intereses de las distintas franjas populares

11 Gilberto Valdés Gutiérrez: "Movimientos Antisistémicos y gobiernos populares en América Latina: nuevos desafíos", 2009. En <http://www.cetri.be/spip.php?article1389#lang=es>

en la construcción de un proyecto político-social contrahegemónico.

Con este espíritu hemos tratado de aproximarnos en estos breves capítulos al inmenso obrador que es el legado del barbudo revolucionario nacido en Tréveris y enterrado en Londres. Lo tratamos como a un venerable maestro, pero también y sobre todo como a un querible compañero. Porque su combate se continúa en nuestros combates: los de ayer, los de hoy y los de mañana. Y cada vez que las masas en rebelión nos enfrenten con la renovada actualidad de la Revolución, justo será que recordemos a Marx para repetir con él: "Bien has cavado, viejo topo".

Karl Marx

Karl Marx

Karl Marx

Anexos del capítulo 9

Anexo 27: Marx en torno al nacionalismo, la etnicidad y las sociedades no occidentales

En este libro [*Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*] he querido mostrar que Marx desarrolló una teoría dialéctica del cambio social que no era ni unilineal ni exclusivamente basada en las clases sociales; que su teoría del desarrollo social se hace más plurilineal y, a medida que pasa el tiempo, su teoría de la revolución se concentra cada vez más en la articulación de las contradicciones de clase con la etnicidad, la raza y el nacionalismo. [...] La teoría social del Marx maduro giró en torno a una idea de la totalidad que no sólo ofrecía un lugar considerable a la particularidad y a la diferencia, sino que, en ocasiones, hacía de esta particularidad (la raza, la etnicidad o la nacionalidad), elementos determinantes de la totalidad. Es lo que hizo cuando sostuvo que una revolución nacional irlandesa podría ser la "palanca" para ayudar a derrocar el capitalismo en Gran Bretaña o cuando escribió que una revolución basada en las comunas rurales rusas podía servir de punto de partida para un desarrollo comunista a nivel europeo.

Marx analizó cómo el poder del capital dominaba el mundo, cómo este poder se extendía y creaba, por primera vez en la historia, un sistema industrial y comercial a escala mundial, al tiempo que formaba una nueva clase de oprimidos, la clase obrera industrial. Desarrollando esta teoría universal de la historia y de la sociedad, Marx, se esforzaba —como hemos insistido a lo largo de todo el libro— de evitar generalizaciones abstractas y formales. Trató de entender, una y otra vez, las formas concretas como se inscribía la universalización del capital y la clase obrera en sociedades y grupos determinados. Bien en sociedades como la rusa o la hindú en las que el capital no había penetrado totalmente, o bien en las que se entablaba una interacción entre la conciencia de la clase obrera, la etnicidad, la raza y el nacionalismo en los países industriales más desarrollados.

Esto nos lleva a otra cuestión. ¿Qué nos enseña la dialéctica social plurilineal y transcultural de Marx sobre la actual globalización capitalista? ¿Son pertinentes en la actualidad sus perspectivas plurilineales sobre el desarrollo social en Rusia y otros países no capitalistas de su época? Creo que sí, aunque de forma limitada. Es cierto que aún existen algu-

nas zonas del mundo (como Chiapas en México o las regiones montañosas de Bolivia o Guatemala, así como otras comunidades parecidas en América Latina, África, Asia y Oriente Medio) donde sobreviven formas comunitarias indígenas. No obstante, ninguna de ellas tiene una dimensión similar a las de la India o Rusia en la época de Marx. No obstante, vestigios de estas formas comunales acompañan a los campesinos en sus migraciones hacia las ciudades y, sea como fuera, recientemente se han desarrollado importantes movimientos anticapitalistas en determinados zonas de México y Bolivia basados en formas comunitarias indígenas.

Sin embargo, en conjunto, estas regiones han sido penetradas por el capital en un grado mucho más importante de lo que fueron las aldeas rusas o hindúes en los años 1880. Aun así, el punto de vista plurilineal de Marx respecto a Rusia, India y otros países no capitalistas continúa siendo pertinente a nivel teórico y metodológico. Constituye un ejemplo importante de su teoría dialéctica de la sociedad. Trabajó sobre la base de un principio general según el cual el conjunto del planeta sucumbiría a la dominación del capital y de sus formas de valor y, al mismo tiempo, analizó muy en concreto y de forma histórica importantes y diferentes sociedades del planeta que aún no estaban totalmente subyugadas por el capital.

Muchas conclusiones teóricas de Marx que afectan a la articulación de la clase con la cuestión racial, la etnicidad y el nacionalismo, tienen una pertinencia total para nosotros en la actualidad. En los principales países industriales, las divisiones étnicas (a menudo derivadas de la inmigración) han transformado a la clase obrera. A este respecto, los principios que se deducen de los escritos que Marx consagró a las relaciones entre clase y raza en el curso de la guerra civil americana, entre la lucha por la independencia de Polonia y la revolución europea de conjunto así como entre el movimiento independentista irlandés y los trabajadores ingleses, tienen una pertinencia actual más que manifiesta. Los escritos de Marx sobre estas cuestiones nos ayudan a criticar la mezcla de racismo y represión (de los afro-americanos) en los Estados Unidos, a analizar las revueltas de 1992 en Los Ángeles o, también, a comprender la rebelión de la juventud en los suburbios parisinos en 2005. Pero, una vez más, la fuerza de la perspectiva teórica de Marx se base en su rechazo a separar estas cuestiones de la crítica del capital, lo que ofrece a las mismas un contexto más amplio, sin que por ello la etnicidad, la raza o la nacionalidad se vean diluidas en la clase.

Kevin B. Anderson, *Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*. Chicago: University of Chicago Press, 2010. Traducción de Viento Sur.

Karl Marx y Friederich Engels

Breve cronología biográfico-contextual

Presentamos acá una sintética cronología que articula la actividad de Karl Marx con el contexto histórico y social en que nació, vivió y luchó hasta el fin de sus días. Su formato casi telegráfico puede hacer tediosa la lectura, pero tiene la ventaja de posibilitar un rápido acceso a diversos momentos de la apasionante vida de Marx (indisociable de la de Friederich Engels) y su multifacética labor. Puede entonces ayudar una mejor contextualización de los temas abordados en los diversos capítulos.

Antes de que naciera Marx...

En 1751, Denis Diderot y Jean Le Rond d'Alembert inician en Francia la publicación los 17 volúmenes de la *Enciclopedia o Diccionario razonado de las Ciencias, las artes y los oficios*, finalizada en 1772. Jean-Jacques Rousseau publica en 1762 *El Contrato Social*. En 1776 comienza el proceso mediante el cual los Estados Unidos se independizarán de la corona británica. Entre 1780 y 1790 se produjo el estallido inicial de la revolución industrial en Gran Bretaña. En 1781 Immanuel Kant publica *Crítica de la razón pura*. En 1789 comienza la Revolución Francesa, que se radicaliza durante el período de la República Jacobina y se cierra con la derrota de la Conspiración de los Iguales y el proceso reaccionario

conocido como Termidor, en 1799. Los efectos de la *Gran Revolución* se hacen sentir en toda Europa, por su influencia política y las campañas del ejército surgido de la Revolución, conducido por Napoleón Bonaparte, que enfrenta una amplia coalición internacional contrarrevolucionaria. En Alemania, en 1807 se publica la *Fenomenología del Espíritu* de Georg W. F. Hegel (siguen, en años posteriores, *Ciencia de la Lógica*, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas* y *Elementos de la filosofía del derecho*). En 1808 Johann W. von Goethe publica la primera parte de *Fausto* y en la península ibérica se inicia la rebelión de los españoles contra el intento de imponer como rey a José Bonaparte, hermano de Napoleón. En 1810 comienzan las revoluciones independentistas en Latinoamérica. Napoleón I es derrotado en 1815 y la Santa Alianza impone la Paz de Viena que rediseña el mapa de Europa; Renania y Westfalia son anexadas a la Prusia del rey Federico Guillermo III; la Confederación Alemana agrupa 30 principados, tensionados por la disputa (dinástica) entre Prusia y Austria. En 1817 se publican los *Principios de economía política y tributación*, de David Ricardo...

- 1818** El 5 de mayo nace Karl Marx en la ciudad de Tréveris, Renania, en el seno de una familia judía relativamente acomodada. El mismo año, en Sudamérica, Simón Bolívar proclama la independencia de Venezuela.
- 1819** En numerosas ciudades de Europa Central estallan *pogromos* antisemitas. El padre de Marx, para poder ejercer el Derecho, se convierte al protestantismo.
- 1820** El 20 de noviembre nace Friedrich Engels en Barmen, Renania. Su padre es un comerciante y fabricante de algodón, muy religioso (*pietista*) y políticamente conservador. Jorge V es coronado Rey de Inglaterra.
- 1824** Marx comienza su educación primaria. Bolívar asume el poder ejecutivo en Perú.
- 1825** En Francia muere Henri de Saint-Simón, uno de los inspiradores del socialismo utópico. La Batalla de Ayacucho marca el fin del dominio de España en Sudamérica.

- 1829** En Gran Bretaña se funda la Gran Unión General de los Obreros Hiladores del Reino Unido y gana influencia Robert Owen, otro referente del socialismo utópico.
- 1830** Marx inicia estudios secundarios en el bachillerato de Tréveris, perteneciente a los jesuitas pero dirigido por un antiguo partidario de la Revolución Francesa. Estallan y son derrotadas revoluciones obreras en Bélgica y Francia, donde se instaura la monarquía constitucional encabezada por el *rey burgués* Luis Felipe. En Europa se desarrollan diversas vertientes del socialismo utópico impulsadas por figuras como Owen, Charles Fourier, Pierre-Joseph Proudhon y Auguste Blanqui.
- 1831** En Alemania muere Hegel. El zarismo aplasta una insurrección en Polonia.
- 1832** Muere Goethe y, póstumamente, se publica la segunda parte de *Fausto*.
- 1834** Engels inicia sus estudios secundarios. Se crea la Unión Aduanera de la Confederación Germánica, con predominio de Prusia. En el Imperio Británico se declara la abolición de la esclavitud. Insurrección obrera en Lyon.
- 1835** Marx se inscribe en la Facultad de Derecho de Bonn, participa en asociaciones estudiantiles y en el Club de los poetas. Los amigos llaman a Marx *el Moro*, apodo que lo acompañará toda la vida. El régimen prusiano proscribía al movimiento literario La Joven Alemania, en el campo filosófico surgen Los Jóvenes Hegelianos y, clandestinamente, trabajadores y artesanos organizan la Liga de los Justos. David F. Strauss publica *Vida de Jesús*.
- 1836** Marx se pasa a la Universidad de Berlín, donde asiste a los cursos del constitucionista hegeliano Eduard Gans. Inicia su noviazgo con Jenny von Westphalen, cinco años mayor que él. En Inglaterra, comienza el desarrollo del movimiento político-sindical de trabajadores conocido como Cartismo.
- 1837** Fallecido Gans, Marx abandona los estudios jurídicos, se vuelca a la filosofía y se incorpora al Club de los Doctores animado por

los hermanos Bauer y otros Jóvenes hegelianos. Engels comienza a ocuparse de los negocios familiares. Asume el trono de Inglaterra la Reina Victoria.

- 1838** Marx profundiza el estudio de Aristóteles, Spinoza, Leibnitz, Hume y Kant, su padre muere de tuberculosis. Engels emprende estudios comerciales en Barmen y lee a los autores de la *Joven Alemania*. En Inglaterra se proclama la Carta del Pueblo.
- 1839** Marx es exceptuado, por razones de salud, del servicio militar. Engels lee obras de Hegel.
- 1840** Asume el trono de Prusia Federico Guillermo IV, devoto de la vertiente más reaccionaria del protestantismo. En Francia, Proudhon publica el libro *¿Qué es la propiedad?*
- 1841** Ludwig Feuerbach publica *La esencia del cristianismo*. Marx deja Berlín y se doctora en la Universidad de Jena. Su tesis se intitula *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro*. Bruno Bauer, autor de *Crítica de la historia evangélica de San Juan* y *Crítica de la historia evangélica de los sinópticos* es expulsado de la Universidad de Bonn por ateísmo. Engels cumple con el servicio militar en Berlín y se relaciona con los jóvenes hegelianos.
- 1842** Marx opta por el periodismo, comienza a escribir en la *Gaceta Renana* de la que llega a ser jefe de redacción y se instala en la ciudad de Colonia. Engels es enviado a la Hilandería Ermen & Engels, en Manchester, corazón de la Industria textil británica; allí se relaciona con Mary Burns y a su hermana Lizzie, trabajadoras textiles irlandesas. Feuerbach publica *Tesis provisionarias para una reforma de la filosofía*.
- 1843** En protesta contra la censura gubernamental Marx renuncia a la *Gaceta Renana*, en junio se casa con Jenny y se instalan brevemente en la ciudad de Kreuznach, donde estudia, toma apuntes sobre historia, teoría política y escribe el inconcluso estudio *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. En octubre el matrimonio se traslada a París en función de un ambicioso proyecto periodístico: los *Anales Franco-Alemanes*. El joven matrimonio establece una gran

amistad con el poeta Heine. Moses Hess introduce a Marx en las sociedades secretas de socialistas y comunistas de Francia y en las reuniones del exilio alemán. Engels escribe con Edgar Bauer un panfleto contra el oscurantismo religioso, comienza a colaborar con las publicaciones cartistas de Inglaterra y establece contacto con los exiliados londinenses de la Liga de los Justos. En Alemania, Feuerbach publica *Principios de la filosofía del futuro*.

- 1844** Se publica el primero y único volumen de los *Anales Franco-Alemanes* donde se incluyen *La cuestión judía* y la *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* escritos por Marx y el *Esbozo para una crítica de la economía política* de Engels. Marx llena varios cuadernos con extractos y apuntes de sus lecturas de economía y los *Manuscritos económico-filosóficos*. Nace su primera hija, Jenny, y se incorpora al hogar una criada de la familia Westphalen, Lenchen Demuth, quien los acompañará durante el resto de sus vidas. Engels visita a Marx y se sienta la base de una amistad y colaboración político-intelectual imperecedera. *Vorwärts!*, periódico de los exiliados alemanes, comienza la publicación en serie de *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, de Engels, e incluye un artículo de Marx sobre la insurrección de los tejedores de Silesia, que provoca la airada protesta del gobierno prusiano.

- 1845** Marx es expulsado de Francia y se instala en Bruselas; se le une Engels, y ambos visitan Inglaterra. Conjuntamente publican *La Sagrada Familia* e inician la redacción de los textos después reunidos en *La ideología Alemana*, al tiempo que Marx anota en una agenda las célebres *Tesis sobre Feuerbach*. En septiembre nace Laura, segunda hija de Marx. El





Engels comienza la vida en común con Mary Burns.

- 1846** Marx, Engels, Wolff y otros exiliados organizan en Bruselas el Comité Comunista de Correspondencia, con filiales en otras importantes ciudades de Europa. Fracasa el proyecto editorial de dar continuación a los *Anales*. En diciembre nace su tercer hijo, Edgar ("Munch"). El panorama internacional está marcado por la crisis alimentaria en Europa, un nuevo levantamiento de los polacos en Cracovia y la declaración de guerra de los Estados Unidos contra México.
- 1847** Los miembros del Comité Comunista de Correspondencia se incorporan a la Liga de los Justos, que pasa a denominarse Liga de los Comunistas. En noviembre se encarga la redacción del programa a Marx y Engels. Estos fundan en Bruselas la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes y, simultáneamente, la Asociación Democrática de la que Marx es vicepresidente. Marx publica *Miseria de la Filosofía* polemizando con Proudhon. Estalla una grave crisis comercial mundial. En Suiza los conservadores son derrotados por un levantamiento popular.
- 1848** En febrero se lanzó el *Manifiesto del Partido Comunista*, editado en Inglaterra pero escrito en alemán. A mediados de marzo comienzan en Francia las revoluciones de 1848 que casi inmediatamente se extienden a Renania, Prusia, Austria y gran parte de Europa. Marx, detenido y expulsado de Bélgica, es recibido con honores en

el París revolucionario, y allí redacta con Engels las *Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania*. Impulsa el regreso de los exiliados alemanes y él mismo se instala con su familia en Colonia, donde el 1 de junio lanza el diario *Nueva Gaceta Renana* subtítulo *Órgano de la democracia*. La contrarrevolución no se hace esperar: en junio son derrotados los obreros de París, en noviembre las tropas de los Habsburgo aplastan a los trabajadores de Viena, en diciembre el rey de Prusia proclama su Constitución en Berlín.

- 1849** En febrero Marx es llevado a juicio por el gobierno prusiano pero con su alegato logra un triunfo contundente y la absolución. En abril denuncia la capitulación de los demócratas burgueses, rompe con el Comité Democrático y llama a la conformación de una federación de trabajadores revolucionarios de toda Alemania. Asfixiada por la contra-revolución, la *Nueva Gaceta Renana* deja de publicarse en el mes de mayo. Marx y Engels intentan coordinar los esfuerzos de los diversos focos aún subsistentes de la sublevación, hasta que en julio son militarmente derrotadas las últimas fuerzas de la revolución en Baden-Palatinado. Engels evita el fusilamiento escondiéndose en Suiza, Marx parte hacia el exilio, en Londres, donde en noviembre nace Guido, su cuarto hijo.
- 1850** En Londres se reorganiza el Comité Central de la Liga de los Comunistas y se constituye el Comité Socialdemócrata de ayuda a los emigrados que aflúan de toda Europa. Marx se dedica centralmente al lanzamiento de la *Nueva Gaceta Renana*. *Revista económico-política* donde publicó *Las luchas de clases en Francia* y Engels *La campaña alemana por la Constitución imperial* y *La guerra campesina en Alemania*. El hogar de Marx atraviesa una situación de verdadera miseria, y debe contraer pesadas deudas. En noviembre fallece el pequeño Guido. Engels se instala en Manchester, donde trabajará durante veinte años en la empresa del padre, para mantenerse y ayudar económicamente a Marx. Una ola reaccionaria barre toda Europa continental. En Francia, se deroga el sufragio universal.

- 1851 Marx retoma sus estudios en la Biblioteca del Museo Británico y comienza a trabajar como periodista para el *New York Daily Tribune*. El 28 de marzo nace su quinta hija, Franciska, que fallecerá al año siguiente. El 23 de junio Lenchen Demuth tuvo un hijo (Henry Frederick) cuya paternidad asumió Engels, pero posteriormente se ha establecido que el verdadero progenitor fue Marx. En Alemania son detenidos, procesados y condenados los comunistas de Colonia, estrechamente relacionados con Marx. En Francia se produce el golpe de Estado de Luis Bonaparte. El reflujo de la revolución se combina con el inicio de una expansión económica capitalista.
- 1852 Marx publica en una revista de exiliados alemanes editada en Nueva York *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* y, a su propuesta, se disuelve la Liga de los comunistas. Escribe con Engels y Dronke *Los grandes hombres en el exilio*, tras lo cual se retira de la política activa para dedicarse a la investigación y crítica de la economía política. Engels escribe *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. Luis Bonaparte es proclamado emperador de Francia con el título de Napoleón Bonaparte III.
- 1853 Marx escribe sobre cuestiones internacionales para el *New York Tribune* y el *People's Paper*. Los apuntes y extractos tomados en la Biblioteca del Museo Británico ocupan ya veinticuatro cuadernos, cuando debe suspender la investigación por motivos de salud.
- 1854 Marx y Engels continúan estudiando y escribiendo sobre cuestiones internacionales. Los artículos sobre la guerra de Crimea convierten a Marx en un periodista reconocido internacionalmente.
- 1855 Marx comienza a escribir para el *Neue Oder Zeitung*, de Breslau. En enero nace su sexta hija, Eleonora ("Tussy") y dos meses después fallece, a los ocho años, Edgar ("Munch"). Engels escribe para el periódico *Putnam*. En Rusia muere el Zar Nicolás I y asume Alejandro II.
- 1856 Jenny recibe una herencia que permite la mudanza de la familia a un departamento más confortable. Marx escribe para *Prensa Libre* de Inglaterra doce artículos (recopilados y publicados como

- Historia Diplomática Secreta del Siglo XVIII*). Engels y Mary Burns recorren Irlanda. Mueren Max Stirner y Heine. Guerra de Francia e Inglaterra contra China.
- 1857 Marx comienza la redacción de *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, conocidos como *Grundrisse*. Escribe para la *New American Encyclopaedia* varias notas biográficas, entre ellas una muy discutida sobre Bolívar. Tras un complicado embarazo, Jenny da a luz a un niño ya muerto. Engels supera una grave enfermedad (posiblemente mononucleosis) y escribe un ensayo sobre temas militares para la *Encyclopaedia*. El estallido de una nueva crisis económica mundial estimula luchas obreras y reivindicaciones nacionales en numerosos países. Darwin publica *El origen de las especies*.
- 1858 Marx continúa trabajando en los *Grundrisse* y relee *Ciencia de la lógica*, de Hegel. Se agravan sus problemas de salud y financieros. Engels profundiza el estudio de las ciencias de la naturaleza. Muere Robert Owen.
- 1859 Se edita la *Contribución a la crítica de la economía política*. Marx y Engels escriben para *Das Volk*. Estalla la guerra entre Austria y el reino de Piamonte-Cerdeña, inicialmente Francia interviene en favor de la unificación de Italia, pero por presión de Rusia pacta con Austria.
- 1860 Marx se dedica a la preparación del libro *El señor Vogt*, respondiendo a las calumnias de un profesor influyente en los círculos democráticos de Alemania. Muere el padre de Engels. En diciembre, Jenny contrae viruela. Se producen levantamientos reclamando la unidad de Italia y Garibaldi toma Palermo y Nápoles. Comienza la guerra civil en Norteamérica.
- 1861 Marx viaja a Alemania, se reúne con Lasalle y reclama infructuosamente se le restituya la nacionalidad. En Londres, participa en la movilización en defensa de Blanqui y comienza a escribir los *Manuscritos del 61-63*. Escribe para diversos periódicos sobre la guerra civil en Norteamérica.

- 1862** Fracasa el proyecto de lanzar un periódico con Lassalle. Marx es empujado por la miseria a pedir trabajo en las oficinas de una empresa de ferrocarriles, pero es rechazado por su caligrafía. Se realiza la Exposición Universal de Londres en ocasión de la cual se celebra una fiesta de fraternidad entre los delegados obreros ingleses y franceses. Lincoln decreta la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos. En Francia, Victor Hugo publica *Los miserables*.
- 1863** Marx emprende la redacción de *El capital* y participa en acciones de solidaridad internacionalista. Mueren su madre y su hija Henriette. También fallece Mary Burns, la compañera de Engels. Marx está atormentado por dolorosos forúnculos (posiblemente *Hydradenitis suppurativa*, trastorno autoinmune doloroso y deformante de difícil tratamiento). Continúa la guerra civil en Norteamérica. Una nueva sublevación en Polonia es ahogada en sangre por el imperio ruso. En Alemania se fundan la Asociación General de Obreros conducida por Ferdinand Lassalle y, paralelamente, la Federación de Asociaciones Obreras liderada por Bebel y Liebknecht.
- 1864** Se funda en Londres la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), Marx escribe los *Estatutos* y la *Memoria Inaugural* y es incorporado a su Consejo general. Muere su amigo Wilhelm Wolff, a quien dedicará *El capital*. En Alemania fallece, en un duelo, Ferdinand Lassalle.
- 1865** Marx participa en la reunión del Consejo central de la AIT en septiembre y pronuncia la conferencia *Salario, precio y ganancia*. Engels escribe *El problema militar en Prusia y el Partido Obrero Alemán*. Se produce el asesinato de Lincoln y la guerra civil estadounidense finaliza con la derrota de los sureños Estados Confederados (esclavistas). Muere Proudhon.
- 1866** Multitudinaria manifestación de los sindicatos ingleses por el sufragio universal arranca concesiones al régimen. Marx trabaja en la preparación de la Conferencia de la AIT en Londres y su primer Congreso en Ginebra. Prusia, victoriosa en una breve guerra contra

Austria, se convierte en eje de la unificación alemana y Bismark introduce el sufragio universal.

- 1867** Se publica la primera edición, en alemán, de *El capital. Crítica de la economía política* (Libro primero). Marx y Engels estrechan relaciones con Liebknecht y Bebel. En Irlanda el ejército inglés aplasta la insurrección nacionalista organizada por la Hermandad Feniana. Se reúne el segundo Congreso de la AIT en Lausana.
- 1868** Empeora el estado de salud de Marx, que inicia la correspondencia con el *naródnik* Nikolai Danielsón, traductor al ruso de *El capital*. Laura Marx se casa con el socialista francés Paul Lafargue. Los obreros ingleses se movilizan en oposición a una eventual guerra contra los Estados Unidos. Míjail Bakunin ingresa a la AIT y conforma la Alianza de la Democracia Socialista, pero ésta no es admitida en la Internacional. Se reúne el tercer Congreso de la AIT en Bruselas.
- 1869** Utilizando una falsa identidad, Marx visita en París a Laura y a Lafargue, para conocer a su primer nieto; luego, acompañado por su hija Jenny, visita a Kugelmann en Hannover. Engels se desliga de la actividad comercial y cobra una compensación que le permite mudarse a Londres y estrechar la colaboración con Marx; con Lizzie y Laura Marx visitan Irlanda. Se funda



en Eisenach el Partido Socialdemócrata Alemán presidido por Bracke, Bebel y Leibknecht. Sesiona cuarto Congreso de la AIT en Basilea, Suiza.

- 1870** Marx redacta los comunicados de la Internacional fijando posición ante la guerra franco-prusiana: inicialmente contra la agresión de Francia a Prusia y, en un segundo momento, contra ésta por su política anexionista. Engels es electo al Consejo general de la AIT. Derrotado y apresado Napoleón III por las tropas alemanas, en Francia se proclama la Tercera República, presidida por un gobierno conservador. Se profundiza el conflicto con Bakunin.
- 1871** Se precipita la situación en Francia: en paralelo a la proclamación de Guillermo I como Káiser del Reich Alemán, el insurrecto pueblo de París expulsa al gobierno burgués y el 18 de marzo se proclama la Comuna de París, aplastada a sangre y fuego a fines de mayo. Inmediatamente, en nombre de la AIT, Marx escribe y publica *La guerra civil en Francia*. Todos los gobiernos de Europa lanzan una campaña de calumnia y persecuciones contra la AIT en general y contra Marx en particular. Se reúne en Londres la Segunda Conferencia de la AIT. En Inglaterra se concede legalidad a los sindicatos.
- 1872** Se reúne el quinto Congreso de la AIT en La Haya, ratificando orientaciones y resoluciones políticas propuestas por Marx y Engels y la expulsión de Bakunin. Inmediatamente, ante el agravamiento de la crisis en el seno de la AIT, Marx y Engels aconsejan que el Consejo general se traslade a Nueva York y se retiran del mismo.
- 1873** Marx enferma gravemente y el médico le prohíbe toda actividad; en cuanto puede, pero con frecuentes recaídas, retoma el trabajo para terminar *El capital*. Muere la madre de Engels. Insurrección en España. Engels publica *Los bakunistas en acción*. Muere Napoleón III y se retiran las tropas alemanas de Francia.
- 1874** El gobierno británico niega la ciudadanía inglesa a Marx por no guardar fidelidad al rey. Marx escribe acotaciones al libro de Bakunin *El Estado y la anarquía*.

1875 Comienza la publicación en francés de *El capital* (en fascículos), supervisada, corregida y ampliada por Marx. En el mes de mayo las dos vertientes del socialismo ("lassalleanos" y "eisenachianos") se unifican en el Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania sobre una base programática duramente rechazada por Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*. Mueren Bakunin y Moses Hess.

1876 Marx continúa sus estudios sobre Rusia. El sexto Congreso de la AIT reunido en Filadelfia dispone la formal disolución de la AIT.

1877 Engels escribe *La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring*, conocido como *Anti-Dühring*. Guerra entre Rusia y Turquía.

1878 Marx extiende su estudio sobre Rusia a la cuestión de la propiedad comunal de la tierra en Oriente. Fallece Lizzy Burns. En Alemania se promulga la Ley de excepción contra los socialistas. Ola de huelgas obreras en Rusia.

1879 Marx y Engels envían a los dirigentes del Partido Socialdemócrata de Alemania una circular alertando contra el oportunismo. La salud de Marx se deteriora.

1880 Marx colabora en la redacción del programa del Partido Obrero de Francia. Profundiza sus estudios sobre etnología y escribe *Glosas marginales al tratado de economía política de Adolph Wagner*.

Recibe en Londres la visita de Bebel, Bernstein y Singer. Muere Arnold Ruge.

1881-1883 Correspondencia entre Zazúlich y Marx. El 2 de diciembre fallece Jenny, tras lo cual la vida de Marx se convierte



en una prolongada agonía. La sorpresiva muerte de la hija mayor, en enero de 1883, acelera el fin y el 14 de marzo del mismo año se detiene su corazón.

1883-1895 Tras la muerte de Marx, Engels dedica sus mayores esfuerzos a preparar las ediciones de los faltantes libros de *El capital*: el tomo II en 1885 y el III en 1894, así como a la reedición y traducciones de obras de Marx y él mismo, escribiendo nuevos prefacios. En 1884 publica *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* y en 1886 *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*. Paralelamente, sobre Engels (apodado "El general" o "El viejo" por los amigos y camaradas más jóvenes) recae el peso de aconsejar y orientar a los socialistas de todo el mundo, escribiendo para sus periódicos, carteándose con los dirigentes o recibéndolos en su casa. Tiene un rol destacado en la preparación del Congreso de 1889 y el lanzamiento de la Segunda Internacional. Y así continúa hasta el fin de sus días, el 5 de agosto de 1895.

Epílogo:

El obrador de Aldo Casas

Miguel Mazzeo*

Desde la muerte de Carlos Marx, hemos asistido al despliegue interminable de una extensa serie de marxismos. Se habló y se habla de un marxismo engelsiano, leninista, trotskista, estalinista, maoísta. También de un marxismo soviético, chino, eurocéntrico, occidental, latinoamericano; o de uno escolástico, mecanicista, legal, funcionalista,

* Profesor de Historia y Doctor en Ciencias Sociales. Docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y en la Universidad de Lanús (UNLa). Escritor, autor de varios libros publicados en Argentina, Venezuela, Chile y Perú, entre otros: *Piqueter@s. Breve historia de un movimiento popular argentino; ¿Qué (no) Hacer? Apuntes para un crítica de los regimenes emancipatorios; Introducción al poder popular (el sueño de una cosa); El socialismo enraizado*. Colaborador de la página *Contrahegemonía.web*. Colaborador habitual de *Herramienta*; su libro *Poder popular y nación. Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo* fue publicado conjuntamente por Ediciones Herramienta y El colectivo en 2011.

estructuralista, historicista o analítico. A lo largo de la historia se identificaron marxismos economicistas o humanistas, productivistas o culturalistas, deterministas o subjetivistas, dogmáticos o heréticos, ortodoxos o heterodoxos, cerrados o abiertos, gélidos y calidos.

C. Wriath Mills habló de un marxismo "creativo". Ernst Bloch identificó una corriente cálida del marxismo. José Carlos Mariátegui propuso una traducción fecunda del marxismo a la realidad de Nuestra América: un "marxismo mestizo". Pier Paolo Pasolini habló de un "marxismo visceral", que era un componente básico de su empirismo herético y mágico. Jean Paul Sartre definió al marxismo como "una filosofía hecha mundo" y como el "horizonte insuperable de nuestro tiempo". Michael Löwy habló de un "marxismo romántico" llamado a corregir los desciertos de la ilustración y, retomando a Mariátegui (entre otros pensadores marxistas), le adosó a los fundamentos racionales del marxismo los derechos de la tradición y el sentimiento. Más recientemente se planteó una diferenciación entre los marxismos del siglo XIX, el XX y el XXI. Hasta se ha perpetrado el anacronismo que sugiere un "marxismo dieciochesco", modernizador y científicista.

Tanta adjetivación, indirectamente promovió la afirmación sustantiva y así también tenemos un marxismo "a secas". Pero, tal vez, este sea uno de los menos fiables: reivindica un marxismo en estado puro, niega contextos, mediaciones y subjetividades, rechaza las progresivas estratificaciones de aportaciones, tiende a negar la esfera axiológica. No deja de exhibir altas dosis de jactancia mientras blande un fósil, un abalorio teórico. Siguiendo a Theodor Adorno debemos tener presente que la teoría concebida como definitiva y universal se objetiva frente al hombre y a la mujer que piensa. Desde este emplazamiento, la teoría indirectamente promueve una actitud a-crítica frente a la pseudorealidad de las objetivaciones del capitalismo.

Podríamos prolongar la lista de marxismos —e intentar calificativos ingeniosos— hasta lo indecible. Por ejemplo, podríamos haber partido de los "humores" del médico griego Claudio Galeno e identificar un marxismo colérico, uno melancólico, otro sanguíneo y, finalmente,

uno flemático. O, inspirados en la literatura de Julio Cortázar, instituir un marxismo *fama* y otro *cronopio*. Es decir, un marxismo que consiste "en dejarse ir" y otro marxismo que saber ser "contra cada cosa que los demás aceptan".

Algunos de los marxismos listados partieron a Marx en dos o reivindicaron fragmentos de su obra. Usaron partes de su obra a modo de desechos para confeccionar embutidos. Los y las que estaban convencidos y convencidas de la autonomía epistemológica del marxismo, cultivaron el purismo para preservarlo incontaminado de otras filosofías pero, en general, este emplazamiento aséptico oculta filosofías segundas de la peor catadura: racionalistas, positivistas, liberales. Otros y otras propiciaron las mixturas, los ensamblajes. O, simplemente, los aceptaron como consecuencias lógicas de los procesos históricos de la periferia, en particular en aquellas sociedades con tiempos fracturados y discontinuos, como las de Nuestra América; en fin, como efecto de las intromisiones del mundo y de la vida.

Asimismo, se puede ser marxólogos y no ser marxistas. Va de suyo que para ser marxista no necesariamente hay que ser marxólogo. Porque el marxismo, en contra de lo que promueve cierto dandismo académico, no es una etiqueta ni un signo de distinción intelectual. Por supuesto, un marxista debe asumir con esfuerzo y dedicación, a lo largo de toda su vida, la tarea de alcanzar, peldaño tras peldaño, todo el Marx que se pueda. Por supuesto, nunca conviene encarar esta faena en soledad. Creemos que las cimas del marxismo sólo se alcanzan en el marco de procesos colectivos.



El mismo Marx, frente a las tempranas interpretaciones empalagosas de su obra y su pensamiento, frente a los recortes que sugerían caricaturas, llegó a afirmar que no era marxista. O sea: que no se reconocía en muchas formulaciones y planteos que invocaban su pensamiento en vano, porque lo tergiversaban o acotaban, porque querían hacer cuadrada o rectangular una obra que es poliédrica.

Sin dudas, Antonio Gramsci fue uno de los discípulos del maestro de Tréveris más certeros cuando definió al marxismo como la filosofía de la praxis (y no precisamente una "filosofía de la materia" o una "filosofía del logos"). Una filosofía que exige una teoría crítica: de la economía política, de la ideología, la cultura, etcétera. Una praxis que articula ciencia y ética. No tenemos ninguna duda que esa es la definición que mejor se aviene al marxismo de Aldo Casas.

En *Karl Marx, nuestro compañero*, Aldo nos propone un camino para adentrarse en Marx y en el marxismo. Nos presenta a un Marx de carne y hueso, próximo. Ni una divinidad intelectual inabordable y misteriosa como un menhir, ni un revolucionario embalsamado.

Aldo describe con minuciosidad el obrador de Marx, se detiene en cada compartimiento del pañol, nos presenta las herramientas apiladas en la mesa de trabajo, nos suministra valiosa información sobre los usos persistentes de algunas de ellas y sobre el proceso que llevó a Marx a readaptarlas y a crear otras nuevas, originales y más aptas para comprender/transformar el mundo erigido por el capital.

Aldo reconoce los puntos débiles y las contribuciones más valiosas del marxismo y pone de relieve la necesidad de reconocer los primeros y afinarse en las segundas. Gesto de enorme valor teórico-práctico, en tiempos en donde no es extraño toparse con lecturas que proponen exactamente lo contrario.

Asimismo, presenta al marxismo como un lenguaje: el de la lucha de clases, a la que la que considera uno de los factores decisivos. Un lenguaje confeccionado con palabras hechas para desmenuzar la realidad, para horadarla y, claro está, para cambiarla radicalmente. Una "lengua viva", aclara Aldo. Vale tener presente que Georg Christoph Lichtenberg decía que el lenguaje era filosofía condensada. (También decía que era

posible "vivir cómodamente en el mundo haciendo profecías, pero no diciendo verdades").

Aldo sostiene su propuesta en una lúcida reflexión sobre las relaciones entre el contexto histórico, las circunstancias personales de Carlos Marx y su producción teórica. Pero, principalmente, Aldo nos muestra su relación íntima con el marxismo. Su vía al marxismo. Su modo de vivirlo, sentirlo y ejercerlo a lo largo de su trayectoria como imprescindible militante orgánico de la clase trabajadora que ha sido y es. Su modo de militarlo y hacer que brote de él una inteligencia nueva. Esta condición es clave para comprender el aporte político-pedagógico de Aldo Casas a varias generaciones de militantes de la izquierda argentina y de otros parajes del mundo.

Claro está, Aldo se sitúa en las antípodas del marxismo ontologizador y esencializador que congela a los objetos y a los sujetos que considera. El marxismo de Aldo no es logocéntrico, ni fijista, ni rígido. No tiene todo programado y resuelto, y apuesta a la función vivificadora de la praxis (del pensamiento, el lenguaje y la acción). Jamás es binario: causa/efecto, mando/obediencia, ser/conciencia, estructura/sujeto, determinismo/voluntad, etcétera. El marxismo que nos propone Aldo no es de Biblia ni de digesto. No es un marxismo asumido como una partitura o como una fórmula litúrgica y rancia.

Aldo insiste en aunar las categorías de/para la lucha con las categorías de/para el análisis. Es intransigente en este punto. Y estamos de acuerdo con él. ¿Acaso pueden las categorías analíticas dejar de remitir a la praxis de los hombres y las mujeres? ¿Acaso estas categorías no están mediadas por los sujetos? En efecto, como lo demuestra este libro, tal dicotomía es absolutamente falsa y de ninguna manera está presente en Marx.

Aldo deja bien en claro que el marxismo invoca una universalidad, al tiempo que para poner en práctica sus categorías principales necesita fondear en materialidades concretas, es decir, en particularidades. En ese terreno suelen hacer agua las aproximaciones sistemáticas más atadas a las verdades sintácticas. Porque se trata de desarrollar aproximaciones sistemáticas al marxismo pero en función de las verdades

semánticas, exponiéndose a los riesgos, a los accidentes, a los errores implicados en toda praxis colectiva que busca ir más allá del capital. Esa es la única posibilidad de estar a la altura del horizonte emancipatorio del marxismo.

Por lo tanto, si el marxismo no logra consubstanciarse con el universo que nos circunda: con las cosas, los seres y la vida; con el dolor, la angustia, el sufrimiento, la pasión y el amor; si no se desarrolla al "aire libre"; si cultiva la razón, pero a expensas de otras facultades, indefectiblemente se auto-boicoteará como filosofía de la praxis emancipatoria y pervertirá nuestros sentidos, nuestro entendimiento.

El Che decía que para no caer en dogmatismos extremos y en fríos escolasticismos había que tener una gran devoción por la humanidad, y que había que luchar todos los días y todas las horas para transformar esa devoción en hechos concretos y en acciones. Aldo Casas es una de las pocas personas que conocemos que, en la Argentina, ha permanecido fiel a esa orientación guevarista durante más de medio siglo, toda la vida.

Este libro, no solo habla del obrador de Marx. Profundo, didáctico, generoso, cálido y transparente, Aldo nos abre las puertas de su propio obrador. Exhibe el escaparate donde resalta una vida de lucha, estudio y fraternidad. Nosotros y nosotras, como de costumbre, agradecidos al compañero imprescindible.

Lanús Oeste, 16 de agosto de 2016.

